A.VALSTRAË



LAS CRÓNICAS DE LOR'ASTRAË

LORYNOR

EL DESPERTAR DE LA LUZ ETERNA

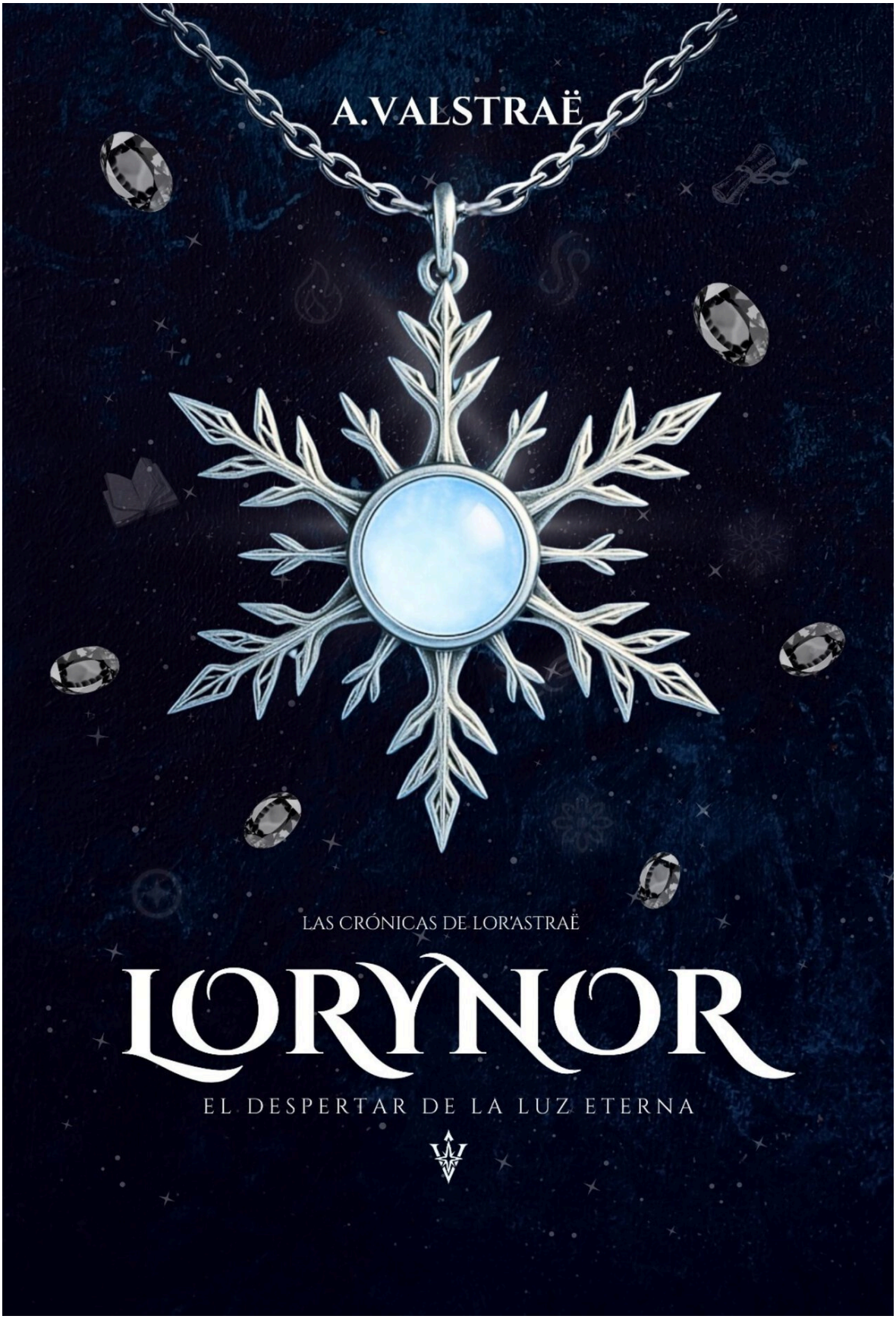
CONTENTS

LAS CRÓNICAS DE LOR'ASTRAË
LORYNOR
EL DESPERTAR DE LA LUZ ETERNA
Profecía
PRÓLOGO
Capítulo 1
ISIL
Capítulo 2
ISIL
Capítulo 3
ISIL
Capítulo 4
ISIL
Capítulo 5
ISIL
Capítulo 6
ISIL
Capítulo 7
RION
Capítulo 8
ISIL
Capítulo 9
ISIL

Capítulo 10
ISIL
Capítulo 11
ISIL
Capítulo 12
ISIL
Capítulo 13
Aidan Stormrider:
El Viento
Capítulo 14
ISIL
Capítulo 15
ISIL
Capítulo 16
ISIL
Capítulo 17
RION
Capítulo 18
ISIL
Capítulo 19
ISIL
Capítulo 20
ISIL
Capítulo 21
Aeron Nightshade:
La Sombra
Capítulo 22
ISIL
Capítulo 23
ISIL
Capítulo 24
ISIL

Capítulo 25
Capítulo 26
Nivaryn: El Hielo
Capítulo 27
ISIL
Capítulo 28
ISIL
Capítulo 29
ISIL
Capítulo 30
ISIL
Capítulo 31
ISIL
Capítulo 32
ISIL
Capítulo 33
RHEON
Capítulo 34
ISIL
Capítulo 35
ISIL
Capítulo 36
ISIL
Capítulo 37
ISIL
Capítulo 38
ISIL
Capítulo 39
Capítulo 40
ISIL
Capítulo 41
ISIL

Capítulo 42
ISIL
Capítulo 43
ISIL
Capítulo 44
ISIL
Capítulo 45
ISIL
GLOSARIO
AGRADECIMIENTOS
NOTA DE LA AUTORA


A.VALSTRAË
LAS CRÓNICAS DE LOR'ASTRAË
LORYNOR
EL DESPERTAR DE LA LUZ ETERNA

LAS CRÓNICAS DE LOR'ASTRAË
LORYNOR
EL DESPERTAR DE LA LUZ ETERNA

© Todos los derechos reservados

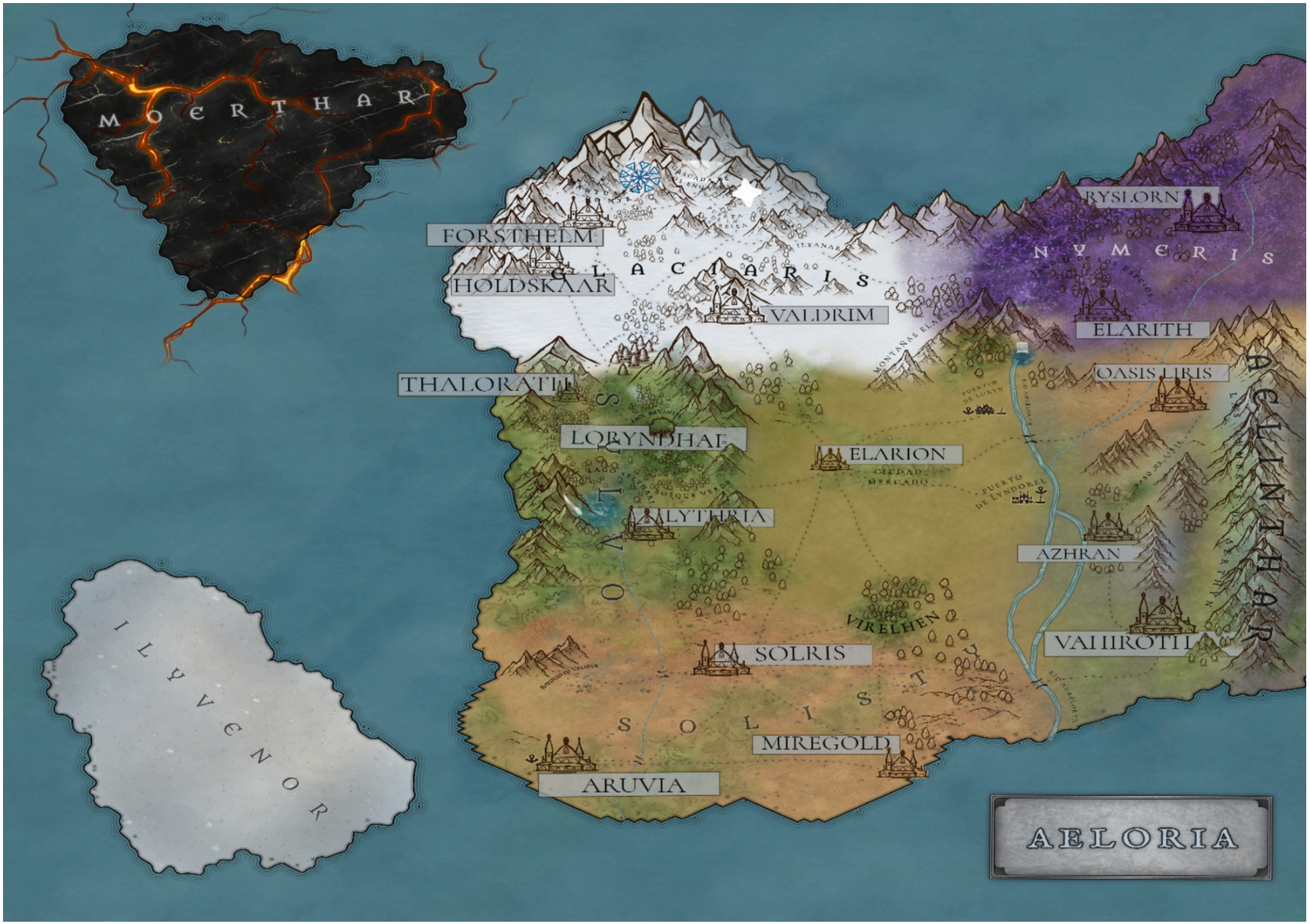
© Las Crónicas de Lor’Astraë. LORYNOR: El Despertar de la Luz Eterna.
© Ana Valls Santos

Primera edición: 2026
ISBN: 9798285221814

Edición especial para Amazon.

Reservado todos los derechos. Los personajes y eventos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia y no es una intención del autor.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin la autorización expresa por escrito de la escritora o editora.


MOERTHAR
FORSTHELM
HOLDSKAAR
GLACIARIS
VALDRIM
RYSLORN
NYMERIS
ELARITH
OASIS LIRIS
PELINTHAR
THALORATH
LORYNDHAL
ELARION
CIUDAD MERCADO
PUERTO DE LYSDORIEN
LYTHRIA
AZHRAN
VIRELHEN
VALHIROTH
SOLRIS
SOLISTAR
MIREGOLD
ARUVIA
ILYVENOR
AELORIA

La Luz te iluminará el camino. El Fuego te dará fuerza, el

Viento sabiduría, El Hielo disciplina y la Sombra te recordará.
La Vida te sanará, y el Éter te completará.

Para aquellos que están perdidos y necesitan un empujón.

PROFECÍA

Cuando la oscuridad vuelva a extender sus dominios sobre el mundo, cuando comience a reclamar la luz, una estrella caerá desde el cielo iluminado, con el Lumen Astraë en su pecho. Lor' Astraë, la Portadora de la Luz Eterna, la que traerá consigo la luz que revelará la verdad oculta y la oscuridad desaparecerá.

Seis nuevos protectores despertarán y caminarán sobre la tierra. Nacidos en tiempos sin guerra, dormidos entre la calma. Esa luz, aún desconocida, traerá consigo el despertar de los seis.

PRÓLOGO

En los albores del universo, donde todo era oscuridad. No existían las estrellas, ni almas que soñaran, ni fuego que quemara. Todo era espera. Todo era silencio.

Cuatro Guardianes —entidades eternas, surgieron con la primera voluntad del cosmos: Eon, Guardián del Tiempo y del Espacio; Nyxariel, Guardián del Infinito; Serathys, Guardiana del Alma; y Veskar, Guardián del Olvido. Fueron los primeros en alzarse en medio del vacío, cuando aún no existía ni forma, ni dirección, ni vida.

Sus esencias no respondían a leyes conocidas; ellos eran la ley y la vida, el tiempo y las estrellas. Serían quienes crearan los cimientos sobre los que, más tarde, reposaría la existencia.

Cuando se alzaron al unísono, el universo escuchó y dieron forma al equilibrio, creando un mundo con tierra próspera. Moldearon montañas, mares y cielos. El sol estalló y la luz se filtró entre las primeras raíces; el silencio dio paso al murmullo de la vida. El viento susurró entre árboles y la tierra despertó.

Veskar, el Guardián del Olvido, contempló cómo las civilizaciones prosperaban, honraban y veneraban a los otros Guardianes durante siglos, elevaban templos resplandecientes y componían canciones de gloria y gratitud. Sin embargo, él permanecía invisible, su nombre olvidado de la memoria de los seres que había ayudado a crear. Su esencia se diluyó lentamente en la oscuridad. En aquella soledad; al no hallar consuelo, se hundió en lo más hondo de su ser, envenenando lentamente la luz que le quedaba, hasta convertirse en una oscuridad interna, silenciosa y creciente, que lo devoraba todo desde dentro. Veskar, desapareció y no se supo nada de él.

Los tres Guardianes sabiendo lo que empezaba a cernirse sobre el mundo que habían creado, decidieron usar su poder y canalizarlo para crear a Seis Dioses. No eran simples criaturas, sino seres celestiales, entidades nacidas del poder, compasión y amor. Para velar por la paz, el equilibrio y la esperanza de todo lo que ya existía.

Seis Dioses: Aurealis, el Dios del Fuego y la Luz; Kaelyor, el Dios del viento y los caminos; Nirai, la Diosa del Hielo y las Visiones; Vareth, Dios de la Sombra y la Memoria; Sylthari, Diosa de la Vida y la Sanación; Elionar, el Dios del Éter.

A ellos les fue confiada la custodia del nuevo mundo. La promesa de mantener la luz a salvo de toda oscuridad venidera.

Así, los Guardianes confiaron a sus hijos divinos el cuidado de una tierra joven y vulnerable. Por si algún día, Veskar regresaba. Los Seis Dioses alzaron su mirada hacia el firmamento, listos para proteger, guiar y custodiar el mundo que sus creadores habían soñado.

Pero donde hay vida, también hay muerte.

Cientos de años pasaron, y Aeloria se alzaba orgullosa, las civilizaciones se desarrollaron más todavía bajo la custodia de los dioses.

Hasta que una oscuridad comenzó a extenderse. Veskar corrompido, abandonó el equilibrio que debía custodiar.

En su escondite comenzó a crear criaturas desde lo más profundo de la oscuridad, seres nacidos de las propios miedos y frustraciones de los mortales. Seres cuya esencia era la desesperanza y cuyo propósito era devorar la luz y corromper todo aquello que había amado. Se extendió lentamente como una plaga silenciosa, y lo que en su día fue armonía comenzó a fracturarse. El mundo, tan cuidadosamente forjado y custodiado, enfrentaba ahora la amenaza de un Guardián, cegado por su propio vacío, decidido a reclamar el lugar que creía merecer por derecho propio. El Guardián del Olvido ya no buscaría lo que anhelaba: lo reclamaría

El mundo tembló. Todas las regiones de Aeloria empezaron a incrementar sus ejércitos. Escaramuzas de seres oscuros y extraños que nunca habían visto, empezaron a aparecer. Todas las razas de

Aeloria se enfrentaban con sabiduría y destreza contra seres que no habrían imaginado que existieran.

Los Tres Guardianes y los Seis Dioses, al sentir la fragilidad y lo efímero de lo que habían creado y la oscuridad que se cernía desde lo profundo, decidieron obrar una última esperanza: crearían a Seis Protectores de la Luz, entidades mortales, pero nacidos con poder de canalizado de sus creadores. Los Guardianes y los Dioses, decidieron unir sus poderes por última vez, para crear, dos colgantes gemelos:

Lumen Astraë, la Estrella de Luz Eterna, capaz de canalizar la luz y el poder de los seis protectores; y el Umbra Luxor, la Sombra de la Luz, capaz de sellar la oscuridad.

Pero necesitaban a alguien capaz de canalizar el poder del Lumen Astraë, así que con el poder de los tres Guardianes y la Diosa de la Vida, Sylthari, eligieron a un alma pura: el primer Portador del Lumen Astraë. A su lado se alzaron los primeros Protectores —Fuego, Viento, Hielo, Sombra, Vida y Éter— cada uno portando una marca sagrada, una marca del poder divino. Juntos, marcharon hacia Elyvar, un valle situado en la región solar de Solisty, donde los cielos ardieron y la tierra firme tembló bajo el peso del destino.

No lucharon solos. Todas las regiones respondieron al llamado.

Glaciaris, envió legiones desde Holdskaar, Forsthelm y Valdrim: tropas de élite y de magia rúnica. Guerreros y Sacerdotisas del hielo, duros y fuertes.

Solisty, bajo el estandarte del Señor Vaelen Daryon, desplegó a los legendarios Guerreros del Sol, relucientes en blanco y negro, sus espadas ardientes como el alba y sus formaciones tan perfectas que parecían himnos vivientes.

Desde la llanura del este, el ejército de Aelinthar surgieron envueltos en capas ondeantes, como si el aire mismo les abriera paso. Arriba, surcando los cielos, los Tharalas de Aelinthar: criaturas casi tan antiguas como Aeloria; blancas majestuosas con cabeza y cuerpo de felino con una pequeña joya en su frente; y alas emplumadas gigantes, con reflejos plateados. Cortaron el cielo con un solo rugido, y sus sombras cruzaron el campo, veloces y agiles, era muy difícil saber por dónde iban a aparecer.

Sylvo no necesitó tambores. Desde Thalorath, Lythria y Loryndhal, descendió un ejército tan silencioso como bello, con armaduras ligeras forjadas con metales antiguos y cuero en tonalidades oscuras.

Nymeris, desde la niebla, tejió su poder sin ser vista. Desde la neblina surgieron las primeras siluetas: estandartes altos como torres. Nadie conocía realmente la envergadura de su ejército, pero todos temían los rumores sobre las habilidades de los Nymerin.

Elarion también había llegado. Avanzaban en perfecta formación, hombres y mujeres de armaduras blancas y acero pulido, portando sus escudos circulares grabados con la estrella de seis puntas, marchaban decididos.

Así comenzó la Batalla de Elyvar. Una sinfonía de poder, sangre y esperanza.

Las espadas cubiertas de sangre, flechas cruzaban el firmamento. Los vasallos de Veskar deformaban el mundo con cada paso, un ejército de cientos de miles de seres oscuros: Nyvashrim, los Merisyn, hechiceros, silfrans y más entidades.

En el clímax del combate, cuando el primer portador canalizó los poderes de los protectores en el Lumen Astraë, los colgantes, Umbra Luxor y Lumen Astraë resplandecieron, seguido de una gran explosión de poder que desgarró el continente. Las regiones de Moerthar e Ilyvenor fueron separadas de Aeloria.

Pero la voluntad de la Luz prevaleció.

El primer Portador junto con la ayuda de los Protectores y varios Sabios de Aeloria, sellaron una parte del alma de Veskar en el Umbra Luxor, ocultándolo más allá del alcance de la codicia y el poder.

El Lumen Astraë, fue enviado lejos. A otro mundo. Un mundo sin magia. Un mundo ajeno.

El continente de Aeloria sumido en una tranquilidad durante milenios progresó, generaciones pasaron. Las leyendas se volvieron cuentos. Los Protectores desaparecieron. El Portador fue recordado como un mito. Y los colgantes gemelos, olvidados.

Hasta hoy. Hasta Eldara.

Las sombras recuerdan, los vientos murmuran su nombre, la llama anhela arder, el hielo quiere sentir, el alma vibra.

CAPÍTULO 1
ISIL

El chirrido de las puertas del autobús al cerrarse todavía resonaba en mis oídos. Me había manchado la camisa de café desde primera hora, olvidado el almuerzo y se había abierto la botella de agua en el bolso. No tenía fuerzas para fingir que todo estaba bien.

Al entrar en casa, no encendí las luces. No hizo falta.

Sabía exactamente dónde estaban las sillas, la mesa, el sofá… y el jarrón de cerámica blanca que reposaba en el aparador del salón.

Me acerqué quitándome los zapatos de mala gana, dejando caer el bolso al suelo.

El jarrón seguía intacto, con su forma simple y elegante. Dentro, las cenizas de mi abuela. A veces le hablaba. Otras veces, como aquella noche, simplemente me sentaba frente a él.

—Hola, abuela… —susurré, con la voz llena de agotamiento.

Me dejé caer en el sofá y encendí la lámpara de la pequeña mesita que estaba a mi derecha. Agarré uno de los cojines y lo abracé como si pudiera devolverme algo de calor.

En la mesa, un cuaderno, ese que le veía a la abuela escribiendo sus fantasías e historias. Lo alcancé y con un suspiro profundo, lo abrí.

Su letra.

Unas líneas escritas como si fuera una despedida.

La luz está en ti, pequeña Isil. Cuando no puedas verla, cántala.

No era algo que pudiera recordar con nitidez. Fue un susurro, como el que se canta sin saber por qué.

Las palabras surgieron solas, aprendidas de labios que ya no estaban. Palabras antiguas, dulces.

Vareth en la noche, Aurealis en la llama,

Nirai me cuida, Sylthari me llama.

Kaelyor me sigue, Elionar me guía…

y si me pierdo, que la Luz me envíe.

Una melodía suave como el vaivén de una cuna.

La abuela la cantaba cuando era pequeña. Pensaba que eran canciones que se inventaba, palabras bonitas sin sentido. Tan solo eran cuentos que la abuela me contaba antes de dormir.

Hablaba de dioses, sombras, luz … pero solo eran eso, historias. Después de todo, llevaba toda mi vida escuchando las mismas aventuras.

De pequeña me encantaban, pero ya no era una niña. No era más que una adulta común.

Desde que la abuela murió, todo parecía ir demasiado rápido.

El sonido de la lluvia era lo único que llenaba la habitación. Las gotas golpeaban los cristales como dedos impacientes.

Varios días después de la pérdida, mi vida ya había vuelto a la misma rutina: trabajo, paseos, una copa, o dos; y volver a casa.

Ese día, cuando terminé mi turno, no subí directamente al apartamento.

No podía.

El pensamiento de entrar en esa casa tan llena de recuerdos se hacía angustioso. Así que caminé hasta un bar que frecuentaba cerca de casa, con luces cálidas y olor a cerveza derramada.

Por unas horas, fue suficiente.

Tomé asiento en una mesa junto a la ventana y pedí una cerveza al camarero.

El murmullo del local se mezclaba con mis recuerdos.

El alcohol empezó a subir despacio, como una ola tibia. Cuando ya estaba en ese punto, en el que un sorbo más dejaría de ser alivio para convertirse en torpeza. Dejé el vaso a un lado.

Pagué murmurando un “gracias” que se perdió entre las voces de los demás.

El camino a casa se hizo corto, o quizá fui yo la que caminó demasiado deprisa. Cuando cerré la puerta detrás de mí, el silencio me envolvió. Me apoyé un momento en la pared, y respiré.

Qué absurdo es querer volver a ver a alguien sabiendo que no va a suceder.

Aun así, el deseo apareció y tal vez por eso, esa noche sentí que era la hora. Llevaba días evitando entrar a la habitación de la abuela y abrir el armario donde guardé sus pertenencias.

Encendí la luz y caminé hasta quedar enfrente de la puerta.

Tomé airé durante un segundo, de pie enfrente de la puerta y suspiré dejando ir la tensión en mi cuerpo.

Agarré el pomo y lo giré empujando la puerta. El armario de madera antiguo estaba enfrente. El armario donde guardé sus enseres.

Me acerqué a él y lo abrí con cuidado. Todo estaba tal y como lo había dejado: ropa doblada y varias cajas con joyas y accesorios.

Me arrodillé en el suelo y saqué las cajas.

Al fondo de una de ellas, lo que parecía una caja envuelta en una tela, llamó mi atención, esa… no recordaba haberla guardado. Igual que no recordaba tantas otras cosas desde que la abuela se fue. En el trabajo no paraba de cometer errores, perdí citas importantes y me vida iba un poco de un lado a otro.

La caja era pequeña, envuelta en una exquisita tela de seda plateada, con un copo de nieve en forma de estrella de seis puntas bordada en el centro.

—Esta tela…

La recordaba vagamente… No la había visto desde hacía meses.

Desde que era niña, esa cajita estaba siempre en un estante alto del salón, pero recordando los últimos años, era verdad que no se había fijado en ella.

Sentí un nudo en la garganta al tomarla entre mis manos.

Era más ligera de lo que esperaba.

Me senté en el suelo, con las piernas cruzadas apoyando la caja entre ellas.

Desaté el nudo y la tela cayó, deslizándose por los lados descubriendo una caja de una madera oscura con otra estrella plateada grabada en su parte superior.

Al abrirla, una luz tenue se reflejó en su interior. Allí descansaba un collar de plata antigua. Lo tomé entre los dedos.

La estrella tenía seis puntas, simétrica y perfecta, como un copo de nieve detenido en el instante previo a caer.

Parecía que hubiera sido forjada con algún metal antiguo y reluciente.

En cada punta había pequeños símbolos grabados. Al rozarlos, un hormigueo me recorrió la piel, subiéndome por el brazo, como si algo en mi interior hubiera reconocido lo que sostenía.

En el centro, una gema azul, transparente y brillante.

—¿Qué haces tú aquí…? —susurré, alzándolo.

Al acercarlo a mi pecho, un estremecimiento me recorrió el cuerpo. No fue dolor ni miedo, sino una calma inesperada, profunda, como si algo en mí se hubiera aquietado de golpe.

Esto no es normal.

Aun observándolo con extrañeza, lo até alrededor de mi cuello. En cuanto la cadena tocó mi piel, un calor suave nació en mi pecho y se extendió lentamente, envolviéndome por dentro.

Cuando fui a cerrar la caja, vi que dentro, había una pequeña nota desgastada por el tiempo.

A ti, mi querida Isil, te dejo este colgante. Es la llave de lo que aún no sabes. Recuerda quién eres, porque la luz está dentro de ti. Siempre te amé.

Después de encontrar el colgante y leer las palabras de la nota, no pude dejar de pensar en lo que acababa de suceder.

¿Por qué siento esto? ¿Qué me pasa?

Al principio creí que aquellas palabras estaban cerrando, por fin, un ciclo. Que el dolor por la ausencia de mi abuela comenzaba a suavizarse, como si algo dentro de mí hubiera aceptado su marcha.

Pero en los días siguientes, pequeñas cosas empezaron a cambiar.

Me despertaba con una calma extraña, distinta a cualquier otra que hubiera sentido antes. Los pensamientos que solían atraparme en dudas y ansiedad se disipaban poco a poco, como niebla al amanecer.

Una noche, ya en la cama, todavía con el cuerpo tibio tras una ducha caliente, intentaba mantener los ojos abiertos mientras un video en la televisión avanzaba sin que yo le prestara verdadera atención.

Resistí unos segundos más… y después el sueño me venció.

Soñé con luces cayendo del cielo. Con susurros que rozaban mi oído sin llegar a convertirse en palabras. Con llamas envueltas en sombras, mientras una brisa suave me apartaba el cabello.

Y, sobre todo, con la certeza incómoda de que algo me observaba.

Al despertar, esa sensación seguía allí.

No entendía nada. *¿Estoy volviéndome loca?*

Al día siguiente mi vida continuaba exactamente igual. Durante una pausa del trabajo, me reuní con Vyssa en la cafetería que teníamos cerca de las oficinas. Desde que nos conocimos en el instituto, hemos estado juntas. Mi abuela la quería como una nieta más.

Cuando salimos de la universidad, decidimos trabajar en el mismo sitio, pero eso ya no dependía de nosotras. Primero la contrataron a ella y pasados seis meses, una renuncia me facilitó la entrada. Tres años después aquí seguimos, aunque las dos hemos sufrido grandes pérdidas en este tiempo.

Ella, hacía un año, había perdido a su madre, lo cuál yo, también me vi afectada, ya que tenía muy buena relación con su madre. Y después llegó lo de mi abuela.

Un anuncio en la televisión llamó mi atención mientras tomaba el primer sorbo a mi café. De repente, muchos teléfonos sonando; sacamos nuestros teléfonos y revisamos.

Un gran viento se estaba levantando en el norte.

En la cafetería se empezó a notar la tensión. Gente levantándose y saliendo con prisa.

Las tiendas cerrarían por seguridad, las casas se aseguraban, y las autoridades pedían a todos que se resguardaran.

Los demás caían en el miedo y la preocupación; yo, en cambio, sentía una extraña calma.

—¿No estás preocupada? —me preguntó Vyssa, mientras tomaba un sorbo a su café.

La miré, con una sonrisa leve.

—No —respondí sin quitar la vista de la pajita que movía en círculos.

—¿Qué te pasa Isil? Ahora mismo estarías hiperactiva, con ansiedad queriendo tenerlo todo mínimamente controlado —preguntó Vyssa.

—Solo… He decido relajarme... Si… eso. —carraspeé y miré por la ventana.

Esa tormenta se sentía como si fuese algo más que un fenómeno natural. Llegaba, con vientos fuertes y nubes oscuras que cubrían el cielo.

Sentía que en mi corazón, algo empezaba a despertar.

El colgante brilló suavemente bajo mi ropa, lo agarré rápidamente, suplicándole mentalmente que parase de brillar. Tras unos segundo, su luz menguó.

—¿Y eso…? —preguntó Vyssa al ver mi reacción—. ¿Qué es, otra de tus extrañas adquisiciones?

Solté el colgante con un pequeño y disimulado suspiro.

—No, no. O también podría decir que si —agarré mi taza de café con las dos manos y tomé un sorbo—, era de mi abuela. Lo encontré entre sus pertenencias.

Vyssa puso su cara de disculpas, ella sabía bien como lo estaba pasando. Puse mi mano sobre la suya y sacudí con la cabeza quitándole importancia.

—No te preocupes. Lo extraño… —dije mientras lo sacaba de dentro del jersey para enseñárselo—, es que a veces brilla.

Tras un rato en la cafetería, salimos y nos despedimos.

Tras terminar la jornada, Vyssa me esperaba en el mismo bar de siempre. La lluvia ya había llegado, las gotas repicaban en los

cristales, dejando un eco agradable dentro del bar.
"Una copa y a casa" decía siempre. Y así fue, por lo menos el día de hoy.

—Nos vemos mañana. —Vyssa me abrazó —. No te mojes mucho.

—¡Adiós! —le dije mientras veía como se alejaba saltando pequeños charcos que ya se habían formado y con una mano cubriéndose la cabeza.

Cuando llegué a casa estaba empapada por la lluvia. El agua resbalaba por mi rostro, mezclándose con el calor que aún quedaba en las mejillas. Cada paso que daba hacia el interior dejaba una huella de agua de mis zapatos.

Cerré con suavidad, pero el golpe del pestillo sonó más fuerte de lo que esperaba. Deslicé el abrigo de mis hombros con lentitud. Las gotas caían y mojaban la alfombra.

Estaba temblando.

El colgante comenzó a brillar, un titileo constante; me llevé la mano al pecho, cerrando los dedos alrededor de la estrella.

—¿Qué está…qué… está… pasando? —la respiración entrecortada, con mi mano apretándolo. Un trueno estalló tan fuerte que las ventanas vibraron y las luces del salón parpadearon.

—No puede ser, es solo mi imaginación. —susurré apretando más el colgante y vibró. Retrocedí un paso.

—¿Estás…? —pregunté, casi sin darme cuenta de que estaba hablando sola.

La estrella volvió a centellear.

O no del todo…

CAPÍTULO 2
ISIL

La tormenta se cernía sobre la ciudad, la temperatura disminuyó y ráfagas de viento empezaron a levantarse. A medida que la noche caía, me sumí en un sueño extraño que comenzó a tomar forma.

Visiones de un hombre de ojos intensos y una corona dorada.

Su rostro estaba lleno de seriedad, pero también de una profunda bondad. Me observaba, como si estuviera tratando de comunicarse conmigo.

Isil… —susurró, su voz clara como si estuviera justo a mi lado—*. La tormenta no es el fin, es el comienzo. Lo que has tocado no es solo una joya, es un lazo antiguo. La oscuridad que se avecina lo sabe.*

Intenté acercarme, pero la figura se desvaneció rápidamente en una neblina, dejándome sola.

Un trueno me despertó de golpe, la tormenta seguía rugiendo afuera.

—¿Qué eres…? —susurré al colgante levantándome de la cama.

No obtuve respuesta.

—No sé qué eres, pero lo averiguaré.

Fui a la cocina a por una taza de té caliente, buscando algo que me ayudara a entrar de nuevo en calor.

Mientras tomaba la taza con las manos frías, un trueno estalló tan cerca y me sobresaltó. La taza se me resbaló de las manos, y al tocar el suelo se hizo añicos.

El sonido del cristal rompiéndose llenó la casa.

—Genial…—rodeé los ojos y fui a por la fregona y la escoba, y lo limpié.

En el momento en que me agaché para recoger los restos, un ardor comenzó a extenderse por mi cuerpo, se centró en la muñeca izquierda.

Cuando me remangué, había una marca blanca.

Una estrella de seis puntas, que se parecía al colgante.

—Pero que… —dije pasándome la mano por encima, froté con mis dedos para ver si se borraba, pero nada. La marca parecía estar grabada en mi piel, como si fuera un tatuaje pero resplandeciendo desde dentro.

En ese momento, el colgante vibró bajo mi ropa y empezó a brillar, cada vez más fuerte. Lo agarré deslizándolo hacia fuera, por encima de la camiseta y la luz se expandió, llenando la habitación con una luz blanca.

Estaba rodeada de luz, no había paredes ni suelo.

Respiré hondo.

Pero justo cuando creía que podría ser un sueño, todo se apagó.

Mis pulsaciones subieron, me abracé a mí misma, intentando mantener el control.

La oscuridad me envolvió, lo que antes era un infinito iluminado, ahora estaba flotando en un vacío negro. No había sonido, ni luz, solo una calma profunda.

El viento rugió, cerré y abrí los ojos lentamente, con una sensación de plomo en los párpados, parecía que hubiese dormido durante siglos.

Aturdida. Respiraba con dificultad.

El primer aliento que tomé sabía a humedad, a tierra y frío.

La ropa empezó a empaparse y mi cuerpo se estremeció, estaba tumbada en algo helado.

Cuando mi visión se aclaró, y vi mi alrededor… ya no estaba en mi apartamento. Ni las paredes grises azuladas del salón, ni las cortinas de lino blancas, ni el leve zumbido del tráfico lejano.

Todo eso había desaparecido.

Tenía ante mí, en un lugar desconocido, un mundo que no reconocía.

Todo era blanco, muy blanco; frío y con olor a madera. Me incorporé con torpeza, apoyando primero una mano en el frío suelo, nieve. El tacto me estremeció.

¿Cómo he llegado hasta aquí?

—No puede ser.

Húmeda por la nieve empezaba a notar el frío impregnarse en mi cuerpo.

Eché un vistazo a mi alrededor:

Bosque y nieve. Pinos y abetos a mi alrededor cubiertos de un manto blanco.

Examiné mi cuerpo para ver si estaba herida, ni un rasguño. Mi pijama de cuadros rojos y blancos estaba completamente húmedo, y la camiseta que llevaba por debajo empezaba a transparentarse.

Me temblaron los dedos cuando toqué la tela empapada.

Me llevé las manos a la cara, rozándome suavemente con los dedos. Al mirarme las palmas para comprobar si estaba herida.

Cuando revisé mis dedos, había un poco sangre, volví a revisar pero no pude encontrar donde tenía la herida, tenía la cara y los dedos tan fríos que no sentía nada.

De lo que tenía que preocuparme ahora era de encontrar un lugar cálido y cambiar mis ropas. Secar mi pelo, para no coger más frío y ya empezaba a notar los mechones pegados a la camisa, y otros caían lacios y húmedos sobre mis hombros. Me llevé las manos a la cabeza, y pasé mis dedos por mi cabello tratando de alisarlo.

—Esto no puede estar pasando —susurré dando varios pasos sin rumbo mirando al basto bosque.

Cerré los ojos un instante, esperando que al abrirlos de nuevo todo desapareciera. Regresar a mi cama, la ventana, el murmullo cotidiano del mundo que conocía.

Pero al abrirlos, todo seguía igual.

—¿Estoy soñando? —pregunté al aire.

No se escuchaba ningún sonido salvo mi respiración algo agitada.

Ningún pájaro.

Solo silencio.

El frío mordía mis pies descalzos y un escalofrió me recorrió el cuerpo. Di varios saltos alternando los pies para entrar en calor, pero

no fue suficiente.

Con el vahó saliendo de mi boca con cada respiración, y el frio calándome el cuerpo tenía que moverme.

Miré hacia todos lados, buscando una salida, una señal.

Nada.

Solo un vasto bosque nevado, daba igual en que dirección mirase.

Los árboles se alzaban imponentes con nieve en sus copas y ramas.

—No es mi mundo…

Acaso es una cámara oculta o… ¿magia? Miré el colgante que caía sobre mi pecho.

Imposible, la magia de verdad no existe, solo son truquitos.

Escuché un ruido y giré bruscamente.

De entre las sombras de los árboles, un grupo de figuras apareció. Cuatro hombres se acercaban, todos con rostros llenos de cicatrices y curtidos por el frío. Estaban armados, con cuchillos y espadas.

Uno de ellos, el más alto y corpulento, fijó su mirada azabache en mí.

—¿Qué haces aquí, preciosa? —preguntó en tono amenazante con una voz ronca, rascándose la enorme cicatriz que le cruzaba toda la mejilla.

Di un paso atrás, mirando de reojo mis espaldas, pero no tenía escapatoria. El pánico empezó a apoderarse de mi cuerpo.

Sentí como mis pies no respondían, y mi cuerpo se paralizó.

—No sé… no sé cómo llegué aquí. —murmuré con un ligero temblor en mi voz.

Sin darme cuenta, uno de ellos apareció por detrás, agarrándome del pelo y tirándome con fuerza al suelo.

Forcejeé dando patadas al aire y zarandeándome mientras me estiraba para arañarle las manos y los brazos, pero no conseguí deshacerme de su agarre, no le importaba las heridas que le estaba haciendo.

¿Qué me iban a hacer?

La incertidumbre era la peor parte.

Cuando me soltó intenté levantarme y correr hacia la derecha pero me volvió a agarrar del pelo y me lanzó hacia atrás chocando con una roca que hizo que al momento dejase de respirar por unos segundo y tosiese al siguiente.

—Quietecita… —dijo mientras pasaba por mi garganta la punta de una pequeña daga y se relamía los labios con una sonrisa burlona.

—¿Quién eres? ¿Qué hace una preciosidad como tú por este bosque? —insistió el que parecía ser el líder, que se encontraba justo detrás de él, de pie.

Apartó de una patada al hombre que me estaba amenazando y él se agachó delante de mí.

Acercó su cara, su rostro estaba cada vez más cerca.

Vi por el rabillo del ojo como subía su mano y desenfundaba un pequeño cuchillo de la espalda. Lo acercó a mi cuello.

Intenté estar lo más calmada posible, pero el vaho de mis respiraciones continuas me delataba.

—No quiero problemas —dije intentando sonar lo más tranquila y segura posible, mirándole a los ojos.

Seguía sentada, mi espalda contra la piedra, con la mirada perturbadora de ese hombre clavada en mí.

—¡JA! ¿Problemas? —inclinó su cabeza hacía atrás emitiendo una gran carcajada —. Una pequeña ardilla como tú no daría problemas —deslizó la punta del cuchillo por mi mentón y mi mejilla.

En mi mente, intentaba encontrar alguna respuesta, alguna forma de escapar. Necesitaba salir de esta y encontrar algún refugio pero… cómo.

Una sombra apareció a la distancia, moviéndose con rapidez, casi como un fantasma entre la niebla. Aún sin comprender lo que sucedía, vi cómo esa figura se acercaba. Era un hombre, con una capa gruesa. Cuando llegó cerca de donde estábamos, se detuvo en seco. Su figura alta y ancha con ese pelo negro contrastaba con el paisaje.

—Dejadla ir —su voz fue fuerte y decidida.

Se quedaron quietos, sorprendidos por su presencia, pero uno de ellos, dio un paso hacia él, acercándose con fanfarronería.

El líder delante de mí chasqueó la lengua y se incorporó girándose hacía el hombre que le había interrumpido.

—Y tú ¿Quién eres para decirnos qué hacer? —gruñó desenvainando su espada.

Antes de que cualquiera pudiera reaccionar, la figura del hombre se movió con una velocidad asombrosa. Con un gesto firme, levantó la mano y, en un parpadeo, el primer enemigo que tenía delante fue derribado, levantando una nube de nieve.

Los demás se quedaron atónitos, mirando a su compañero en el suelo. Después sus miradas llenas de desconcierto volvieron al hombre que sostenía la espada decidido a acabar con ellos.

El hombre era alto, de hombros anchos, su presencia era imponente.

Aproveché esos momentos de distracción para alejarme del líder, y resguardarme detrás de otras rocas, aunque no eran de mucha ayuda.

El hombre que acababa de llegar se acercó a los otros asaltantes que me habían retenido. No tenía miedo en su mirada, al contrario, ardía.

No hubo palabras, solo un movimiento rápido. En cuestión de segundos, se encontraron desarmados e inconscientes.

El líder se abalanzó hacía él con la espada en lo alto, pillándolo con la guardia baja.

¿Le había alcanzado?

El hombre de los ojos ardientes se giró rápido y consiguió clavarle la espada al líder en mitad del estómago.

Mi cuerpo seguía temblando al ver cómo la situación cambió ante mis ojos. Tampoco ayudaba que estaba empapada de arriba abajo y descalza.

La nieve entumecía cada vez más mis pies.

El hombre se acercó, pasando su mirada de los asaltantes derrotados hacia mí, que estaba agazapada entre dos rocas.

Lo miré de pies a la cabeza.

La respiración se me entrecortó. Empecé a notar un agradable calor en mis mejillas.

—¿Estás bien? —preguntó con voz grave mientras se acercaba.

Asentí mientras miraba alrededor intentando asimilar lo que acababa de suceder.

Se agachó frente a mí con una calma que contrastaba con los nervios que sentía por dentro.

Extendió la mano, firme, esperando.

Extendí mi mano, sus dedos rozaron los míos apenas un segundo antes de cerrarse alrededor de mi palma. Tiró de mí con un movimiento seguro, acercándome más de lo necesario, lo justo para que su respiración rozara mi frente.

Al incorporarme pude notar claramente que era mucho más alto de lo que esperaba, eso sin duda. Mi mirada llegaba a la altura de su pecho.

Alcé la cabeza para verle más claramente la cara y nuestros ojos se encontraron.

Se alejó varios pasos y giró sobre sí mismo. Ajustó el agarre de la espada y recorrió el entorno con la vista, atento.

¿Quién era? ¿Por qué me había ayudado?

—Este lugar no es seguro. —dijo mientras giraba ligeramente la cabeza, evaluando el bosque—. Envainó la espada, pero no bajó la guardia. Señaló con la barbilla hacia el norte, donde el viento golpeaba con más fuerza.

—Te llevaré a un refugio. Vamos —comenzó a caminar, dejando sus huellas en la nieve.

Seguía aturdida, con el cuerpo rígido y la mente llena de preguntas. Rechazar su ayuda ahora mismo habría sido una completa estupidez.

—¿Y por qué debería seguirte? —pregunté, sin moverme del sitio.

—Tú decides —paró de golpe y dijo señalándome con la mano de arriba abajo— Te doy una hora para que mueras congelada, comida por algún animal salvaje, o violada por otros mercenarios. —miró a los que estaban inconscientes detrás nuestro.

Realmente había dado buenas excusas.

—Está bien…

Comenzó a caminar y se paró de golpe.

Me atravesó con la mirada.

—¿Si…? —pregunté con una ceja levantada. *¿A que venía ahora esa actitud?*

—Gracias. —soltó en un tono frío.

—¿Gra…? —me interrumpió.

—Te he salvado la vida… ¿y ni siquiera tienes los mínimos modales? —su tono era bajo, serio.

Abrí la boca inconscientemente después de lo que acababa de oír. Eso había sido un golpe bajo. Me consideraba muy educada en mi vida, ¿cómo podía…?

Me recompuse de inmediato y dibujé una sonrisa, aunque un poco irónica, en mis labios.

—Perdona. Tienes razón. Muchas Gracias —Incliné la cabeza en un gesto rápido y lo maldecía en mis adentros.

—Bien, pues en marcha. —se acercó mientras se quitaba la capa —. El refugio más cercano está a dos horas de aquí. Hay que llegar antes de que anochezca —dijo mirando a su alrededor y reanudando la marcha.

Se acercó sin aviso, me paralicé al notarlo tan cerca.

Con un movimiento rápido la colocó sobre mis hombros, ajustándola por delante, cubriéndome del viento. El calor me golpeó de repente y un escalofrío placentero me subió hasta las orejas.

Intentaba seguirle el paso, descalza sobre la nieve, y aunque la capa me daba ese calor acogedor en el cuerpo, seguía temblando, el frío en los pies atravesaba mi cuerpo. Cuando llegamos a un claro donde el viento soplaba con menos fuerza, él se detuvo y me miró.

—¿Tienes nombre? —preguntó.

—Isil… Me llamo Isil Tharëlys—dije tiritando.

El hombre inclinó la cabeza, como si aquel nombre le sonara familiar, aunque no dijo nada de inmediato.

—Yo soy Rion Caerys —dijo al fin—. No temas, no te haré daño.

Su tono de voz era más suave y seguro. Su mirada reflejaba sinceridad pero aun así no podía fiarme completamente de él.

—¿Dónde estamos? —mi mirada volvió a analizar los alrededores contemplando el paisaje nevado con árboles gigantes y montañas a la izquierda.

Rion me miró de arriba abajo.

—Glaciaris, tierra del hielo y la magia rúnica.

Mi cara de incredulidad fija en él. La seriedad en su rostro no dejaba espacio para pensar que era una broma.

—¿Magia rúnica? —me adelanté hasta ponerme a su lado.

Sus ojos volvieron a posarse en mí. Se acercó para escudriñarme todavía más. Me miraba fijamente, como si quisiera descifrarme, pero no preguntó nada, no dijo nada.

Mi mente se inundó de preguntas*.*

¿Glaciaris? No hay ninguna ciudad, ni país que se llame Glaciaris… ¿Magia rúnica? ¿pero de qué está hablando?

Ensimismada en mis pensamientos lo murmuré*:*

—*¿*Glaciaris?

—Una de las seis regiones de Aeloria. —contestó con su voz grave.

Me descompuse de nuevo.

—¿Aeloria? —mi voz salió entrecortada y algo alterada—. ¿Esto no es Eldara?

Los nervios y el miedo se reflejaban en mi rostro.

—Tranquila —apoyó una mano en mi hombro, presionándolo—. Por ahora sigamos hasta encontrar el refugio para resguardarnos.

Sacó de su bolso dos trozos de tela y otra capa que se ató al cuello. Los trozos los anudó de tal forma que parecía calzado.

—Póntelos, te resguardará del frío, aunque sea un poco.

Caminaba algo aturdida, pero también agradecida por la presencia de Rion a mi lado. Iba delante, mirando de un lado a otro, siempre alerta.

El frío mordía mi piel, aunque la capa y las telas en los pies ayudaban bastante y conseguían retener mi calor corporal.

Había pasado un rato, no sabía exactamente cuánto. Rion había dicho unas dos horas, así que no tardaríamos en llegar. No hablaba mucho, pero me estaba guiando a un lugar seguro, o eso esperaba.

El refugió apareció delante nuestra. Una cabaña antigua de madera, escondida entre los árboles y rocas gigantes. Un hogar humilde, seguro, donde el viento no podía penetrar.

Al entrar, fui recibida por un calor reconfortante, acogedor y la sensación de que ya no estaba perdida. Rion me invitó a sentarme

junto a una cálida chimenea. Él se encargó de preparar algo de comida. A pesar de parecer un hombre reservado, había algo en su actitud que me daba una sensación de protección y seguridad.

El crepitar del fuego llenaba el pequeño refugio. Me quedé sentada donde Rion me había indicado. Con las manos y los pies extendidos cerca de la llama, intentando que el frío saliera de mis huesos.

Rion se mantenía sentado en una esquina donde se encontraba una pequeña mesa, con un cuchillo en la mano preparando lo que sería nuestra cena.

No me atreví a interrumpirlo.

Ya me había dicho y prácticamente me había obligado a sentarme frente al fuego para entrar en calor y descansar. Después de eso no me había hablado más, pero sentía su mirada posándose en mí.

Había algo en él, su temple, su tranquilidad y seriedad; una disciplina que imponía respeto.

Se levantó y se acercó a la chimenea colocando varios trozos de carne y verduras con un poco de agua en un caldero que llevaba ya un rato calentándose.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora? —pregunté sin apartar la mirada de las llamas.

Rion no me miró al instante. Removió el caldero con calma, midiendo el gesto. El vapor subía en espirales lentas, el brillo del fuego se reflejaba en sus ojos.

Abracé mis rodillas. El cuerpo pesaba, aunque no solo por el cansancio, tenía esa sensación de estar atrapada en un sueño que no terminaba. El calor del fuego me adormecía, pero no quería dormir. Quería memorizar ese instante.

—No morir —gruñó mirándome con sus ojos iluminados por la luz que desprendía el fuego—. Así que escucha.

Levanté la vista.

—Ahora comerás. Después dormirás —se levantó y llegó a la mesa, donde agarró un trozo de carne que cortó en dos. Me lo lanzó y lo atrapé torpemente—. .Mañana, con luz y cabeza fría, hablaremos.

—¿Y qué va a cambiar en una noche? ¡Mañana tampoco entenderé nada!

Una leve curva apareció en la comisura de su boca mientras masticaba. No era una sonrisa. Era algo más seco.

—Por lo menos seguirás viva para no entenderlo todavía. Créeme, es una mejora.

Resoplé, cansada, frustrada.

Me preguntaba si mi abuela estaría orgullosa de verme aquí, tan lejos de todo lo conocido. Quizás esto era lo que quería que descubriera… o tal vez solo había perdido la cabeza.

Un olor exquisito empezó a llenar la estancia: arroz, verduras y un toque de carne dorándose. Mi estómago gruñó, traicionándome. Rion levantó una ceja al escucharlo, sin decir nada.

Al cabo de un rato, se acercó con un plato en cada mano. El olor me envolvió antes de que hablara.

—Come un poco. —dejó el plato frente a mí, con una cuchara de madera.

El vapor subía con ese delicioso aroma a arroz caldoso con algunas verduras y un poco de carne. Estaba hambrienta.

Rion caminó hasta la ventana con su cuenco en la mano. Apartó un poco la cortina y miró hacia el exterior. La noche había caído del todo. El bosque era una masa oscura, silenciosa, hostil.

—De noche, Glaciaris no perdona —dijo—. Ni a los fuertes. Ni a los imprudentes.

Se giró despacio hacia mí.

—Y tú ahora mismo eres ambas cosas… sin saberlo.

El comentario me pinchó el orgullo.

—No soy una inútil.

—No he dicho eso —dijo mientras soplaba el cuenco y se metía una cucharada en la boca.

—Lo has pensado.

Esta vez sí me miró de lleno. Sus ojos ardían, no de ira, sino de una intensidad que me obligó a sostenerle la mirada, pero no dijo nada más.

Comimos en silencio, pero mi mente decidió que no podía dejar de pensar en lo que había sucedido. ¿Cómo había llegado hasta

aquí? ¿Por qué había despertado en un lugar tan distante, tan diferente, donde estaba? ¿Y qué significaba todo esto?

Miré a Rion que se había sentado a mi lado en una silla de madera, con su expresión seria, mirando su plato. Como si estuviese perdido en sus pensamientos.

Rion parecía un hombre de pocas palabras, pero algo en su mirada transmitía que él, también estaba en busca de algo.

—Gracias… por ayudarme, de verdad. —dije con voz suave rompiendo ese silencio, aunque no era incómodo.

Una pequeña sonrisa se le dibujó en la cara, alzó la vista sin levantar del todo su cara.

—No es nada. Todos necesitamos ayuda alguna vez —añadió.

Me acerqué al fuego mientras terminaba el plato de caldo con arroz

—Esto no es real… —murmuré bajando el cuenco— no puede ser real.

Rion alzó la mirada, sin moverse. Sus ojos se posaron en mí.

—Lo es.

—¿Dónde estoy? ¿Qué es este sitio? Todo es tan... distinto. No reconozco el cielo, ni el aire —una presión en mi pecho. Quería llorar, desahogarme.

Rion apoyó los codos sobre las rodillas y respiró hondo antes de responder.

—¿Y de donde eres señorita? —dijo en tono burlón. Se inclinó hacia mí, mirándome sin pestañear.

Parpadeé.

—El…Eldara. —mis palabras temblaban.

Rion me observó un instante, como si sopesara cuánta verdad contarme.

—Tampoco lo entiendo del todo. —dijo levantándose y acercándose lo suficiente como para notar su respiración— Pero sé que no fue casualidad. Algo te trajo aquí.

Tragué saliva, sintiendo el nudo en mi garganta crecer. Bajé la cabeza pensando en qué podría hacer.

—Quiero volver a casa. —sentencié.

Rion se inclinó levemente hacia mí.

—No hay un camino de regreso. No por ahora. —se apartó y giró sobre sí mismo para dirigirse de nuevo a la silla, y sentarse.

La decepción e incertidumbre me recorrían por dentro.

—Entonces… ¿qué se supone que debo hacer?

—Ven conmigo —dijo él, simple y directo—. Te llevaré a Elarion. Allí quizás encuentres respuestas.

—¿Elarion?

—La capital. El centro de todo. Si alguien puede ayudarte a entender lo que está pasando, tiene que estar allí.

Desvié la mirada hacia el fuego, las llamas crepitaban y el fuego parecía un reflejo de todo lo que sentía: una mezcla de miedo, esperanza y algo más. Algo que no podía definir. Rion se mantenía firme frente a mí, sus ojos brillaban con una intensidad que no podía ignorar.

¿Debía confiar en él?

—¿Por qué me ayudas? —pregunté.

Rion se removió en la silla donde estaba sentado, parecía incomodo ante la pregunta.

—Porque vi tu mirada, y no era tan distinta de la mía.

En ese momento, vi algo en los ojos de Rion. Había algo en él, en su mirada intensa, un brillo sutil que parecía reflejar el mismo vacío que yo sentía, pero también una fuerza que emanaba de él.

CAPÍTULO 3
ISIL

La mañana siguiente, los árboles de Glaciaris se alzaban como centinelas sombríos alrededor nuestro.

Estaba envuelta en la capa que me había dado Rion, la cuál me resguardaba del frío manteniendo el calor dentro.

Retomamos la marcha hacia Valdrim, y en el camino no paraba de sentir que desde que había llegado a aquel mundo, todo parecía un sueño distorsionado.

Seguimos caminando mientras daba grandes zancadas y me balanceaba torpemente sobre la nieve. Aun así, siempre quedaba rezagada; su altura y sus largas piernas me dejaban atrás.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —pregunté cuando lo alcancé.

—Un día hasta Valdrim, ciudad de piedras preciosas. Llegaremos al anochecer si todo va bien.

Se detuvo un momento y se giró hacía mí.

—Haremos noche allí y descansaremos. Cuando nos pongamos en marcha hacía Elarion, nos tomará cuatro días. Si encontramos alguna posada, descansaremos ahí. Si no, donde se pueda —finalizó con voz grave.

—¿¡Queé!? —exclamé—. ¿Andando?

El eco de mi propia voz se perdió entre los árboles, sentí cómo la incertidumbre se adueñaba de mi mente y lo miraba con una risa nerviosa.

No podía ser verdad. En Eldara, caminar más de cinco horas era impensable; el metro, los autobuses, los coches… ¿y él quería que camináramos cuatro días? Sin contar el trayecto de hoy hasta Valdrim.

Mi cuerpo se estremeció. La idea de pasar jornadas enteras avanzando a pie entre bosques nevados me parecía una broma cruel del destino.

Aun así, Rion hablaba con una seguridad que no dejaba espacio para quejas. Solo pude suspirar y pensar qué, en aquel mundo, mi pensamiento de lo que es "caminar lo justo" iba a ser lo primero en morir.

Rion se detuvo. Giró el rostro, clavándome los ojos como cuchillas.

—Perdóneme señorita por no llevar un carro para usted. —dijo serio.

—No quise… —dije retraída por su comentario después de lo de anoche. No conseguía entenderle.

—En el mejor de los casos nos haremos con algún caballo. —comentó en tono calmado después de unos segundos— De momento usa tus piernas.

Después de varias horas caminando con esas telas en los pies, las cuales me encontré mejoradas al despertar. Rion parecía que había estado por la noche cosiéndolas, les había puesto suela de madera y las había rellenado con un poco de lana.

En el bosque solo se escuchaban nuestras pisadas crujir en la nieve, por lo demás silencio absoluto.

Caminaba con la vista baja, concentrada en no tropezar, en el ritmo de mi respiración y en el entumecimiento de los pies. Mi mente vagaba sin orden. Pensaba en Eldara, en lo absurdo que resultaba todo esto, en cómo una vida podía quebrarse en una sola noche.

Levanté la vista al notar que Rion se detenía de golpe. Alzó una mano, firme, ordenándome parar.

Me quedé quieta al instante, el corazón acelerándose sin saber aún por qué. Rion no me miró. Inclinó ligeramente la cabeza y cerró los ojos, como si el bosque le hablara en un idioma que yo no podía escuchar.

Contuve el aliento, nerviosa. Mis ojos se deslizaban de un lado a otro sin mover mucho la cabeza.

Rion abrió los ojos de nuevo, en alerta.

—Debemos darnos prisa —dijo en voz baja, retomando la marcha sin explicaciones.

—¿Qué sucede? —Di un par de pasos tras él, confusa, cuando el sonido estalló.

Un primer chillido al oeste de nuestra posición. No fue humano. Surgió de los árboles, agudo. Las aves alzaron el vuelo y los árboles se sacudieron.

—Un Silfran —soltó Rion—. ¡Escóndete!

En un segundo, sacó la espada y se puso en posición de ataque.

¿Qué era un Silfran?

Obedecí y corrí a ocultarme detrás de unos árboles, me agaché sin hacer ruido.

De entre la neblina apareció una criatura que parecía hecha de una masa de humo opaco. Tenía garras, pero no tocaba el suelo. Sus ojos eran huecos, y su cuerpo dejaba un rastro de oscuridad.

Rion corrió hacia ese ser con un grito y la espada baja. Sus botas se hundieron en la nieve mientras acortaba la distancia.

El corazón me latía con fuerza, incapaz de apartar la mirada pero el miedo me consumía por dentro.

El filo de la espada impactó contra el torso del Silfran.

Un chispazo estalló en el aire y Rion hundió la hoja un poco más y la criatura no gritó. Se estremeció como si hubiera sentido una molestia.

Una fuerza invisible golpeó a Rion de lleno en el pecho y salió despedido hacia atrás; su cuerpo se estrelló contra la nieve. Rodó varios metros, dejando un surco irregular, hasta quedar inmóvil, medio enterrado. La espada quedó a unos metros de él hundida en la nieve, sólo sobresalía la empuñadura.

—¡Rion! —se escapó de mi boca en un grito sin poder contenerme.

El colgante comenzó a brillar contra mi pecho. Primero fue un destello tímido. Después, la luz creció de golpe, expandiéndose en pulsos rápidos, cada vez más intensos.

—El collar… —dije llevándome una mano hacia donde estaba descansando la estrella—. No puede ser…

El Silfran se volvió hacia mí.

Su forma se distorsionó, alargándose con una estela de bruma negra; y avanzó sin tocar el suelo, deslizándose sobre la nieve. Las sombras que lo componían se arremolinaban, estirándose como garras ansiosas.

Se abalanzó sobre mí. No tuve tiempo de moverme. El colgante respondió antes que yo. Una oleada de luz brotó desde el colgante y se expandió a mi alrededor formando una barrera translúcida que me envolvió por completo, como una cúpula protectora.

El Silfran chocó con ella y lanzó un chillido agudo, desgarrador, que hizo llevarme las manos a los oídos.

A unos pasos de distancia, Rion se incorporó con dificultad. La sangre le corría por la sien, tiñendo la nieve. Al alzar la vista y verme envuelta en aquella luz, se quedó inmóvil.

—¡Isil! —gritó.

Lo escuché llamarme pero todavía seguía aturdida. La cúpula de luz palpitaba a mi alrededor, el ser oscuro estaba encima mío y el miedo me atenazó.

El Silfran seguía delante y no parecía que fuera a rendirse.

En uno de los golpes levanté una mano por encima de mi cabeza para protegerme. El colgante respondió.

Un haz de luz surgió, recto, preciso, atravesando el aire como una lanza e impactó de lleno en la criatura.

El Silfran lanzó un grito agudo, que sacudió los árboles y se perdió entre las ramas cargadas de nieve. Su forma se deshizo, desintegrándose en partículas oscuras que el viento dispersó hasta no dejar rastro.

Un silencio abrumador se instaló durante unos segundos.

Las fuerzas me abandonaron y un temblor me cruzó el cuerpo. Cuando intenté sostenerme, las piernas ya no respondían. Antes de tocar el suelo, unos brazos firmes me rodearon y me atraparon.

Rion.

Me aferré a su ropa. La calidez de su cuerpo era un ancla en medio de un lugar que todavía no comprendía.

—¿Qué ha pasado…? —susurré sin fuerzas.

Rion no respondió de inmediato. Me sostuvo con más fuerza, como si temiera soltarme.

Sentí su respiración agitada cerca de mi oído.

—No lo sé. —dijo al fin—. Pero acabas de salvarnos a los dos.

—Rion… —susurré, sin estar segura de que mi voz llegara a salir.

Intenté separar mi rostro de su pecho para mirarlo, pero no tuve fuerzas. Todo me daba vueltas. El colgante, ahora inerte, pesaba como una piedra contra mi piel.

—Isil —me llamó, con urgencia.

Sentí cómo me sostenía mejor, ajustando su agarre para que no me desplomara. Sus manos eran firmes, pero noté un leve temblor en ellas.

—Oye, mírame —dijo—. No cierres los ojos.

Quise obedecerle. De verdad que quise. Pero mis párpados se sentían demasiado pesados. El mareo aumentó. El sonido del bosque empezó a distorsionarse. Los bordes de mi visión se oscurecieron.

—Isil —repitió, más fuerte—. Quédate conmigo.

Asentí levemente, o al menos eso intenté. Sentí cómo me levantaba en brazos, o quizás ya me había levantado antes. El movimiento se volvió extraño, distante. Cada paso era un balanceo lento.

—No te duermas —me dijo, esta vez más cerca—. Isil, mírame. Por favor.

Quise decir su nombre otra vez, decirle que tenía miedo. Pero las palabras ya no me obedecían.

Su voz empezó a apagarse.

—Isil… —sonó como un eco—. Isil…

Luego todo fue oscuridad.

Al principio fue solo un vaivén constante, rítmico, como si flotara. Luego llegó el sonido: un crujido seco y repetido, reconocible incluso en mi confusión. Nieve siendo aplastada. Pasos. Cada impacto resonaba a través de mi cuerpo, subiendo desde algún punto firme bajo mi vientre hasta sacudirme ligeramente los hombros.

Todo me dolía como si hubiera corrido sin parar durante horas. Me costaba respirar hondo; el aire frío se colaba en mis pulmones y me hacía estremecer.

Noté brazos rodeándome las piernas, fuertes, seguros. Desorientada, intenté moverme, pero el mundo giró levemente y preferí quedarme quieta unos segundos más, reuniendo fuerzas.
Abrí los ojos despacio.
Lo primero que vi fue una mancha oscura que subía y bajaba frente a mí. Me llevó un par de parpadeos entender que eran mechones de cabello, balanceándose al ritmo de una caminata. Más abajo, el contorno firme de unos hombros, y delante, la línea recta de un camino cubierto de nieve.
Un segundo después, la realidad cayó sobre mí.
Iba a caballito sobre Rion.
—¿Ya te despertaste? —dijo, sin girar la cabeza, como si llevar a una persona a cuestas mientras cruzaba un bosque nevado fuera lo más natural del mundo.
—¿Qué…? —parpadeé varias veces, tratando de enfocar—. ¿¡Qué estás haciendo!?
El tono de mi propia voz sonó más débil de lo que me habría gustado. El orgullo reaccionó antes que la razón. Me moví instintivamente, intentando incorporarme, y solo conseguí que el mundo diera otro giro incómodo.
—¡Bájame ahora mismo! ¡Estoy bien!
Rion frunció el ceño, lo supe aunque no pudiera ver su expresión.
—No lo estás.
—¡Rion, suéltame! —protesté, zarandeándome otra vez. Esta vez perdí claramente el equilibrio y me aferré a su abrigo por puro reflejo.
Se detuvo en seco.
—Si sigues moviéndote, te caerás —advirtió con una voz más tensa —. Y no pienso recogerte otra vez del suelo.
Me dejó sin palabras, con algo extraño apretándome el pecho.
Suspiré, derrotada por mi propio cuerpo. Tras unos segundos de silencio, lo sentí ceder.
—Está bien. Pero despacio.
Me bajó con cuidado, sujetándome por los brazos como si fuera de cristal. En cuanto mis botas tocaron la nieve, mis piernas temblaron

traicioneras. Intenté mantenerme erguida, pero el suelo parecía moverse bajo mis pies.
—¿Ves? —dijo él.
—…Solo estoy un poco mareada —mentí, obstinada.
Di dos pasos por pura terquedad. El tercero no llegó a completarse. Mis rodillas flaquearon y el mundo volvió a inclinarse peligrosamente.
Rion me sostuvo al instante, impidiendo que cayera.
—No vuelvas a hacer lo que sea que hiciste antes —dijo en voz más baja, cerca—. Aún no sabes el precio que conlleva.
Asentí preocupada, con la respiración aún inestable. El frío me mordía las mejillas y el temblor en las piernas no cedía. Rion no me soltó de inmediato; sus manos permanecieron firmes en mis brazos, como si evaluara si realmente podía sostenerme sola.
—Vamos —dijo al cabo de un instante—. No llegarás muy lejos así.
Antes de que pudiera responder, sentí cómo se movía para volver a cargarme. Su brazo rodeó mi espalda con naturalidad, como si ya hubiera tomado la decisión.
—¡No! —protesté al instante, apoyando una mano en su pecho para mantener distancia—. Puedo caminar.
El gesto fue más simbólico que efectivo. Apenas tenía fuerza, y él ni siquiera se inmutó.
—Claro que sí —respondió, con un deje irónico—. Dos pasos más y estarías otra vez besando la nieve.
—No soy tan… —me interrumpí al notar algo oscuro deslizándose por su sien.
El contraste del rojo sobre su piel pálida me heló el estómago. Un hilo de sangre espeso descendía lentamente, perdiéndose entre los pliegues de su capa.
—Estás herido —dije en voz baja, señalándolo—. Rion, estás sangrando.
Él se llevó una mano a la cabeza con indiferencia, comprobó la herida al tacto y se encogió de hombros.
—No es nada.
—Claro que lo es —repliqué—. Fue por protegerme. No pienso dejar que me cargues más tiempo, ¿Cuántas horas llevas caminando

desde lo que ha pasado?
Intenté apartarme, pero mis piernas volvieron a fallar. Rion paso su mano por la nuca, claramente perdiendo la paciencia, y me sostuvo con más firmeza antes de que cayera.
—Isil —dijo, inclinándose un poco para que lo mirara—. No me pesas. Ni un poco.
Una leve curva apareció en su boca, apenas un gesto.
—Mides poco más de metro y medio —añadió con ironía—. Llevarte es menos esfuerzo que empuñar mi espada.
Lo dijo con tal naturalidad que casi consiguió tranquilizarme… casi.
—No dudo de tu fuerza —admití—. Pero sí de mis límites.
El mareo volvió a intensificarse, como si el cuerpo me traicionara a propósito. Rion me sujetó antes de que lo pidiera.
—Solo hasta que puedas caminar sin caerte.

CAPÍTULO 4
ISIL

Cayendo el sol, empezamos a divisar unas luces entre montañas blancas y grises.

Rion me bajó al suelo con cuidado.

—Ahí lo tienes. Valdrim —lo dijo con orgullo, su mirada brillaba.

Era espectacular, no podía negarlo. Desde la distancia, divisaba aquellas luces cristalinas y cálidas, como si una magia invisible envolviera la ciudad. En el corazón de un valle estrecho entre montañas, allí estaba, resplandeciente.

Seguimos el camino hasta acercarnos. La ciudad brillaba bajo los últimos rayos del sol con una intensidad irreal. Sus casas, levantadas con paredes de bloques de hielo que parecía cristal, devolvían reflejos cambiantes que teñian el aire de violetas suaves, azules y plateados estelares. Era como mirar una ciudad construida sobre un arcoíris congelado.

Por algún tipo de magia, no se veía lo que había en el interior: las fachadas de vidrio eran translúcidas, pero veladas, como si protegieran la intimidad de sus habitantes sin renunciar a la belleza.

El ambiente que se respiraba desde la entrada era hogareño y acogedor. A pesar de tanta magnificencia, no parecía una ciudad hecha para ostentar, sino para vivir en la calidez. Las calles llenas de faroles que no ardían con fuego, sino con cristales que emitían una luz suave, como estrellas atrapadas en frascos.

Un edificio mayor que los demás se elevaba en el centro, con torres que parecían lanzas talladas de cuarzo transparente. Se imponía sobre los techos como un guardián silencioso. No pregunté

qué era, aunque mi curiosidad hervía e intuía que en Valdrim, todo guardaba un secreto.

Al atravesar las primeras calles, nos envolvió con una calidez inesperada. El frío quedó atrás: el aire parecía más templado, suavizado por el reflejo de las piedras. ¿Cómo podían construir así? Esa arquitectura, los materiales…; cómo podían vivir rodeados de paredes que parecían gemas y piedras mágicas. Era un mundo nuevo, y yo me sentía pequeña, insignificante, y al mismo tiempo fascinada.

—Esto sí que es mágico —quedé completamente cautivada por el paisaje que estaban viendo mis ojos.

—Las montañas que la rodean, no solo ofrecen abrigo, son el origen de las piedras preciosas —comentó señalando las majestuosas cumbres—. Vamos, ya queda poco.

Estaba agotada por estos dos días, por todo lo que ha pasado, sin embargo, la visión de la ciudad me arrancó el cansancio de golpe.

—Pero ¿cómo es posible…? —dije sin parar de observar.

—Así es Valdrim —dijo—. Aquí las piedras son más que piedras. Dicen que guardan memoria, que el cristal recuerda.

No dije nada, sólo sentí un escalofrío que recorrió mi espalda hasta la nuca. Realmente esta ciudad respiraba magia.

Los colores se reflejaban y producían colores de ensueño. Era belleza, sí; pero yo seguía preguntándome: dónde estaba, y cómo podía regresar a mi ciudad.

Nos abrimos paso entre calles que olían a leña recién cortada y especias dulces, un contraste delicioso después de tantos días respirando solo el olor a humedad de la nieve y la madera. El suelo adoquinado con diminutos fragmentos de cuarzo incrustados, que brillaban a cada paso, como si la ciudad misma quisiera alumbrarnos el camino.

El murmullo de voces se mezclaba con el repicar de herramientas sobre cristal, un sonido metálico y limpio que resonaba desde los talleres abiertos. Comerciantes recogían sus puestos, guardando telas y especias, otros ofrecían gemas pulidas que despedían destellos de colores imposibles. Había gentes de todas partes.

Valdrim no era solo hermosa: era un cruce de caminos, donde culturas y rostros distintos compartían las mismas calles.

Caminamos en silencio un buen trecho, y mi curiosidad se desbordaba. Los faroles de cristal que iluminaban las calles, un patrón se repetía en la piedra de las paredes y ropas, símbolos tallados en las casas y edificios emitiendo una suave luz. En los ropajes de gente local también se podían ver símbolos cosidos.

—¿Qué son esos símbolos? —pregunté incapaz de guardármelo.

Rion sonrió sin apartar la vista del camino.

—Runas… eso son runas mágicas.

—¿Runas mágicas? —arqueé las cejas intrigada.

—Sí —afirmó con un gesto de cabeza—. No son solo adornos. Cada una guarda un significado, un poder. Algunos dicen que son como… llaves. Abren cosas que no podemos ver, o las mantienen cerradas.

Me acerqué más a una pared cubierta de signos incrustados en cristal. Algunos parecían moverse, casi como si flotaran dentro de la piedra.

—¿Y toda la ciudad está llena de ellas?

—Todas las grandes ciudades y asentamientos de Glaciaris —afirmó —. Aquí, los Nívalen viven rodeados de símbolos. Los tallan y cosen en sus casas y ropas para protegerse.

Lo miré de reojo. Todo esto no tenía sentido.

—¿Los Nívalen? —fruncí el ceño.

—Una de las razas más antiguas de Aeloria. Se desarrollaron aquí, en Glaciaris —dijo, señalando con un gesto discreto a una familia cercana—. Esas son ropas típicas, con runas mágicas bordadas en los tejidos.

—Definitivamente, no estoy en mi mundo… —aun así era fascinante todo lo que estaba viendo, no me serviría de nada preocuparme ahora. Tendría que esperar a Elarion.

Las calles estaban todavía iluminadas por faroles de cristal que latían con un resplandor azulado. No podía dejar de mirar en todas direcciones, atrapada entre el reflejo de las casas de hielo y los colores que parecían bailar sobre los edificios.

Rion avanzaba con paso firme, ajeno a mi asombro.

—Vamos, necesitas algo de ropa decente —dijo sin mirarme—. Y yo también.

Bajé la vista para mirar el conjunto del pijama que llevaba puesto, estaba completamente sucio y empapado. Tenía que admitir que él llevaba razón.

Se detuvo frente a un taller abierto en un lado de la calle, con un cartel rectangular grabado en el centro, una bobina de hilo. Dentro, un suave aroma a lana y hierbas secas flotaba en el aire.

Una mujer de piel clara con cabello blanco nos recibió bajo la luz de los cristales. Tenía los ojos azul celeste con una pequeña mota blanca que le iluminaba la mirada. Su porte era fuerte. Vestía un abrigo grueso y elegante en tonos celeste, blanco y plateado, con copos de nieve y runas bordadas en los ribetes. Por debajo asomaba una túnica de lana clara y unas botas altas de piel curtida. Cada puntada parecía hablar de su tierra helada.

—¿Qué buscáis? —preguntó, mientras nos escudriñaba de arriba abajo.

—Algo que abrigue y resista el viaje. —respondió Rion sin dudar, como si ya supiera exactamente lo que necesitábamos.

La mujer asintió y trajo varias prendas. Toqué la tela, era gruesa, cálida, de un azul celeste.

Había también una capa larga, del mismo tono, con runas bordadas en plata.

—Es precioso… —murmuré, sin poder apartar la vista.

—Es práctico —soltó Rion agarrando las prendas y entregando unas monedas.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—¿Siempre tienes que apagar la magia de todo?

Él arqueó una ceja.

—La magia no te mantendrá caliente fuera de aquí. Esto sí —concluyó Rion, entregando las monedas a la dueña.

Apreté los labios, pero no repliqué. En silencio, apreté la ropa contra mi pecho, sintiendo su peso sólido y reconfortante.

La mujer, que hasta entonces había permanecido callada mientras doblaba otros tejidos, levantó la mirada. Sus ojos azul hielo brillaron con una calma antigua.

—La magia puede hacer eso… y mucho más —replicó en tono sereno, como quien afirma una verdad que no necesita discusión.

Rion terminó de recoger lo que había pagado y miró a la comerciante.

—Que lo haga quien sepa usarla entonces. Yo me quedo con la lana y las botas —dijo con esa convicción que lo caracterizaba.

La mujer lo observó en silencio, y después sus ojos volvieron a mí. Fue solo un instante, pero aquella mirada me atravesó como si quisiera ver más allá de mi piel. Me incomodé, sin saber por qué; con una sensación de que había visto algo que yo misma desconocía.

—Cuida esa capa, joven —añadió, todavía sin apartar la vista de mí—. A veces la magia encuentra a quienes menos la buscan.

No supe qué contestar.

Rion, en cambio, inclinó la cabeza con un gesto breve y seco, la forma más cercana a un agradecimiento que era capaz de dar.

—Buenas noches, señora —se despidió.

La mujer asintió con una sonrisa apenas perceptible, y nosotros salimos de la tienda hacia las calles iluminadas.

Rion iba delante, quería agradecerle lo que estaba haciendo por mí desde que nos encontramos.

—Gracias por lo que estás haciendo por mí —le dije alcanzándole y situándome a su derecha.

Ni una palabra salió de su boca, pero vi el gesto curvado de sus labios.

Seguía fascinada mirando la belleza que emanaban sus calles; nunca había visto una ciudad así, hasta que un recuerdo me golpeó de pronto y me devolvió a la realidad: el ser oscuro que nos había atacado hacía unas horas. Tragué saliva y, casi sin pensar, mi boca se abrió.

—Rion… Lo que vimos allá atrás en el bosque, esa cosa… El ser oscuro… —paré de inmediato al ver el giro brusco que hizo hacia mí. Su expresión se endureció. Miró a un lado y a otro, consciente de la gente alrededor, y avanzó de nuevo con pasos más rápidos.

—No aquí. No ahora —murmuró entre dientes y mirando hacia los lados, tenso.

Seguí su mirada para ver alrededor.

—Pero… —insistí en voz baja.

—Isil. —me cortó, apenas girando la cabeza—. Hay cosas de las que no conviene hablar en mitad de la calle y menos de noche.

El silencio cayó entre nosotros mientras seguíamos andando, y supe que había tocado un tema que era mejor que lo habláramos en privado.

El peso de aquella respuesta y mis ganas de entender, no me dejaban en paz.

—Rion… —me atreví al fin, mi voz sonó más fuerte de lo que esperaba—. ¿Entonces volverá a aparecer? Esa cosa, ¿puede volver?

Él no se detuvo, pero su gesto se endureció.

—No lo sé. —su tono era seco, sin adornos.

—¿Cómo que no lo sabes? —insistí incapaz de contener una preocupación creciente—. ¿Qué era exactamente?

Sus pasos resonaron firmes contra el empedrado; aceleró; y tuve que apurar los míos para seguirle.

—No todo tiene una respuesta que quieras escuchar, ni tampoco sería el mejor lugar. A veces sólo hay que seguir adelante y no mirar atrás.

Su evasiva me crispó. Apreté los labios, sintiendo que me hervía la sangre. Este mundo; sus símbolos o criaturas imposibles surgiendo de la nada... Todo era abrumador.

—Pero yo necesito entenderlo. —murmuré, más para mí que para él—. No puedo seguir andando a ciegas.

Rion bajó un poco el tono, como si quisiera apaciguarme sin que sonara a consuelo:

—Y lo harás. Con el tiempo. Pero ahora, lo que necesitas es descansar.

Seguimos en silencio unos metros más, hasta que al doblar una esquina apareció un cartel de hierro forjado, cubierto de escarcha:

La Estrella de Cristal.

De las ventanas escapaba un resplandor cálido y el aroma inconfundible de guiso espeso.

Rion soltó un leve suspiro.

—Aquí.

Contemplaba la puerta, con el estómago rugiendo y la cabeza llena de preguntas que todavía no tenían respuesta.

El interior de la posada unos faroles antiguos colgados en las esquinas iluminaban la estancia; las paredes de piedra gris y las vigas de madera. El murmullo de conversaciones y el chisporroteo de la chimenea llenaban el aire, mezclados con el olor a carne guisada, pan recién horneado y vino caliente.

Una estrella de cristal dentro de un círculo plateado, situada encima de la chimenea fue lo que llamó mi atención.

Rion se dirigió hacia el posadero; era un hombre robusto con barba oscura que nos recibió con una sonrisa detrás de un mostrador.

Cuando habló, no entendí nada; parecía otro idioma. Su voz se volvió grave, cortante, con un ritmo que parecía golpear como el crujido del hielo.

—Vaelor thyn valdrim enar —dijo colocando unas monedas sobre el mostrador.

El posadero asintió y respondió en el mismo tono áspero y resonante. Tras ese breve intercambio, el hombre nos entregó dos llaves de bronce.

Rion volvió a mi lado y habló en la lengua que entendía, como si nada hubiera pasado:

—Dos habitaciones —dijo mientras me daba una de las llaves—. Descansa un poco. En una hora nos vemos para cenar.

No discutí. Estaba demasiado agotada para protestar, aunque la idea de separarnos en un lugar que no conocía me dejó un nudo en el pecho.

Subí las escaleras escuchando el crujido de la madera bajo mis botas húmedas; el pasillo olía a resina y piedra fría. Mi habitación se encontraba al fondo del pasillo, a la derecha.

Cuando entré y cerré, un silencio intenso se instaló. Por un momento no supe si agradecerlo, o temerlo. Al fondo de la

habitación una cama estrecha cubierta por una manta, una pequeña mesa con una jarra de agua y, en la ventana, un cristal tallado que dejaba entrar un resplandor verde suave desde la calle. Descubrí otra puerta a la izquierda que conducía a un pequeño baño con letrina y una ducha rudimentaria.

—Agua caliente... —susurré feliz.

Me deshice de la ropa húmeda, sintiendo el alivio de liberarme del frío. Giré la palanca y al instante el agua comenzó a correr en un chorro constante; el vapor blanco se elevó con rapidez, impregnando la estancia de calor.

Probé la temperatura con la mano: era perfecta. Me metí bajo el agua y un escalofrío de placer recorrió mi cuerpo. Era como si cada gota barriera el cansancio, la suciedad y el miedo acumulados.

Apoyé la frente contra la pared de piedra y mis párpados se cerraron mientras dejaba que el agua resbalara por mi espalda. Mi cuerpo por fin se relajaba poco a poco. La tensión de los músculos cedió; mi mente, en cambio, comenzó a divagar.

La tormenta que me arrancó de mi mundo, la oscuridad que me envolvió, aquel ser que casi nos mata, la luz que brotó del colgante… Y ahora, esta ciudad que parecía hecha de hielo y sueños... Y mañana hacia Elarion.

La ducha no borró las preguntas, pero sí suavizó el duro día.

La imagen de Rion apareció en mi mente. Su mirada ámbar, su cuerpo, esa calidez que desprendía, y al mismo tiempo sus silencios. Ese "no aquí" que había susurrado con tanta urgencia en la calle.

¿Quién era en realidad? Y lo más importante… ¿Podía confiar en él?

El instinto me decía que sin él, ya estaría muerta. Otra voz más fría, más cauta, me repetía que no lo conocía, que me ocultaba cosas.

Apreté el colgante entre mis dedos, buscando en su frío metálico alguna respuesta que no llegaba.

El tiempo pasaba despacio en aquella habitación silenciosa, y sabía que pronto tendría que bajar. No quería hacerlo con la cabeza

llena de dudas… pero tampoco podía apartarlas.

Inspiré hondo y me vestí con las ropas que había comprado Rion en la ciudad: un conjunto de pantalón y túnica larga gruesos, de lana azul, con una capa del mismo tono. Me peiné como pude con los dedos y decidí que bajaría con buen humor, aunque esta vez no pensaba guardarme mis preguntas.

El comedor de la posada era cálido, animado por el murmullo de conversaciones y el aroma de un guiso de carne y patatas, por lo que mi olfato pudo adivinar.

Encontré a Rion sentado en una mesa apartada, con la espalda apoyada contra la pared y los brazos cruzados, vigilando el lugar como si fuera incapaz de relajarse del todo.

Cuando me acerqué, levantó la vista y nuestras miradas se encontraron. Una media sonrisa apareció en su comisura.

—Pensé que no vendrías.

—No me pierdo una cena caliente —respondí sentándome frente a él con una sonrisa.

El posadero nos sirvió pan recién horneado y dos cuencos de guiso humeante. Comimos en silencio un rato, hasta que la impaciencia me venció.

—Rion… —empecé, intentando mantener la voz firme—. ¿Quién eres en realidad? ¿Qué vas a hacer conmigo?

Él dejó la cuchara sobre el cuenco y me sostuvo la mirada. Sus ojos ámbar parecían arder con una sinceridad que, sin embargo, no entregaba todas las respuestas.

—No soy un peligro, Isil —dijo despacio—. Mi camino ya iba hacia Elarion desde el principio. Solo que ahora… no voy solo.

—Eso no responde a nada —dije metiéndome una cucharada del guiso en la boca, mientras lo miraba con intención desafiante.

—Responde a lo que necesitas saber ahora mismo. —contestó con calma; sin apartar la vista de mí.

—No me basta —insistí dando un pequeño golpe contra la mesa —. No entiendo este lugar. De repente llego a este mundo sin saber cómo; y apareces para salvarme. Sin pedir nada a cambio, ni ningún otro interés… —hice una pequeña pausa pero un pensamiento

intrusivo quería salir de mi boca—. ¿Vas a venderme? ¿Acaso en Elarion te pagarán más?

Como si mis palabras hubieran tocado un punto peligroso, su ceño se frunció y se acomodó sacando una pequeña navaja que empezó a moverla entre sus dedos para luego coger una manzana y cortarla por la mitad.

—No soy ese tipo de persona. Mi trabajo no es muy honrado, pero mantengo los valores que me ha enseñado mi familia —dijo al fin, con voz ronca.

—¿Entonces qué? —repliqué.

Se inclinó hacia adelante, clavando la navaja en la mesa y acercándose a mi cara.

—Porque sé reconocer cuando alguien está perdido, y porque, aunque no quieras admitirlo, necesitas llegar a Elarion tanto como yo. Allí… las piezas empezarán a encajar.

La frustración me explotó dentro.

—¡Elarion, Elarion, Elarion! —repetí cada vez más alto, con la voz quebrada de rabia y desesperación—. ¡No sé qué significa Rion! ¡No sé qué es!

De golpe, su mano atrapó mi muñeca con firmeza y la apoyó contra la mesa. La madera retumbó bajo el golpe seco.

Sus ojos me fulminaron.

—Baja la voz —murmuró entre dientes—. Relájate y no llames la atención. Te lo explicaré…, pero tranquilízate.

Mi respiración temblaba, y aun así, él no me soltó. Sentí el calor de su mano y la fuerza con la que apretaba mi muñeca. Después de sus palabras sentí alivio y una extraña seguridad.

—Elarion no es un nombre vacío, Isil. Es la región central, el corazón de este mundo. Allí está la Ciudad Imperial, y el Emperador. Es donde confluyen todas las rutas, comercios, y… —hizo una pausa, midiendo sus palabras—, donde podrás empezar a entender qué eres, y por qué estás aquí.

Mi muñeca aún atrapada, su voz tan baja que apenas se distinguía del murmullo de la posada, y aquella revelación que sonaba demasiado grande para mí.

Al fin, Rion me soltó con un suspiro, apoyando la espalda contra la silla como si toda la tensión lo hubiera agotado.

—No es el momento para más respuestas —añadió en un tono más sereno.

El silencio se fue asentando entre nosotros mientras terminábamos la cena. Apenas probé el guiso; las palabras de Rion seguían pesándome en la cabeza.

Él apartó el cuenco vacío y me observó un instante.

—Ven conmigo —dijo en voz baja.

Lo seguí por las escaleras hasta el piso superior. El pasillo estaba en penumbra, iluminado solo por faroles de cristal azul incrustados en las paredes. Rion abrió la puerta de su habitación y extendió su mano, dándome permiso para que entrara.

La habitación de Rion olía a cuero curtido y a metal frío. La estancia no era muy distinta a la mía. La mesa de madera estaba marcada por cortes antiguos y quemaduras pequeñas, como si hubiera servido tanto para comer como para afilar armas.

Sobre ella descansaba un pergamino. Estaba abierto, sujeto por una piedra en cada esquina.

Rion se adelantó hasta colocarse al lado de la mesa, con un gesto de cabeza me invitó a acercarme. Al llegar a su altura por fin lo vi con más detalle.

Un mapa, dibujado con trazos firmes y símbolos que no conocía.

—Aeloria —dijo apoyando una mano sobre el pergamino—. El mundo en el que estás.

La tinta era oscura; dibujaba montañas y ríos. Pasé los dedos por el papel, era más áspero de lo que esperaba.

Mis ojos recorrieron nombres de montañas inmensas y ríos interminables. Cada palabra me resultaba ajena, y al mismo tiempo, cada línea me hacía sentir más perdida.

—Aquí —señaló con el dedo una zona marcada—. Esto es Valdrim, donde estamos ahora. Y aquí… —su dedo se movió hacia el centro del mapa—. Es hacia donde nos dirigiremos mañana, Elarion.

Tragué saliva sintiendo que el aire me faltaba.

Empezó a señalar y explicar las regiones que había en este mundo.

—Como ya sabes, estamos en la región de Glaciaris.

Asentí y me apoyé en el borde de la mesa para continuar escuchando atentamente.

—Tiene tres grandes ciudades: Forsthelm al norte. En el centro oeste Holdskaar y… Valdrim —señaló cada una de las ciudades. Arrastró el dedo al sur de Glaciaris, pasando lo que suponía que sería una frontera—. Esta zona de aquí es Sylvo. La región de la Naturaleza y la Vida, rodeada de bosques.

—¿Son como los Nivalen? —algo me decía que no.

Rion negó con la cabeza y suspiró mientras se pellizcaba el entrecejo.

—Se podría decir que son de otra raza —dijo tajante.

Daba la impresión de que no iba a decir nada más.

—¿Y esta? —pregunté señalando al sur, lo que parecía una región árida. Si no iba a hablar sobre esas cuestiones, no me quedaba de otra que aprender del mundo al que había llegado.

—Solisty; región del Sol. Con su ciudad principal Solris en el centro y Aruvia en la costa —hacía círculos con el dedo en el centro del mapa—. Como ya te he dicho, esto es Elarion. Aquí se encuentra el Palacio Imperial, el mayor mercado de Aeloria; y el puerto más precioso que verás jamás, el puerto de Lýndorel.

Mi mirada se detuvo en ese punto.

—El Palacio Imperial… —repetí despacio—. Así que ahí es donde se decide todo.

No sonó como una pregunta.

Pasé el dedo muy cerca del suyo, sin tocarlo, siguiendo el contorno de Elarion.

—Si es el mayor mercado, significa que todas las regiones pasan por allí —murmuré—. Comercio. Información. Poder.

Alcé la vista hacia él.

—No es solo un lugar bonito, ¿verdad? —mi voz se volvió más firme.

Un silencio breve.

Noté como la mirada de Rion se endureció y tensó ligeramente los hombros. Carraspeó.

—Así es… y allí es donde encontraremos las respuestas —zanjó y seguidamente volvió la vista al mapa.

Deslizó su dedo hacia el este entrando en lo que parecía ser una nueva frontera.

—Esto, Isil. Es Aelinthar, tierra del viento y sabiduría. Cuenta con su capital, Vahiroth; y dos ciudades, una en el centro, Azhran; y otra más al norte, Oasis Liris.

Asentí despacio. Me estaba dando bastante información y aunque empecé a sentir la cabeza llena, por lo menos no iría perdida por este nuevo mundo.

Entonces lo vi.

El extremo superior derecho del mapa estaba rodeado por una tinta violeta ennegrecida. Las líneas eran menos claras.

—¿Y ese? —dije mirando esa zona.

Tardó un segundo responder. Antes de hablar emitió un sonido gutural casi imperceptible.

—Nymeris —se cruzó de brazos y el silencio se estiró.

—¿Qué pasa allí? —insistí tras ver que sus gestos daban a entender que sabía algo más de ese lugar.

Me miró serio y se apartó de la mesa y se dirigió hacia la chimenea.

—Poca gente ha entrado… y menos han salido.

—Vale —dije al fin—. Para. Repite eso último.

Tornó su cuerpo y se tomó su tiempo escudriñándome. Avanzó y se detuvo delante de mí, mirándome desde su altura.

Sonrió con sorna y volvió a dirigir su atención al mapa.

Apreté los puños, notando como las uñas se me clavaban en las palmas, y la mandíbula se me tensó.

—Repítelo.

—Las dos ciudades de Nymeris son Ryslorn, y Elarith —dijo ignorando completamente mi petición y señalando cada ciudad en el papel.

—No conozco nada de esto Rion —me apreté el entrecejo y suspiré—. Yo… ¡no soy de aquí! —grité, mi voz tembló.

Sus ojos ámbar se entrecerraron y sus manos se cerraron en puños sobre la mesa. Por un segundo creí que me acusaría, que me

señalaría como un peligro.

—Tranquilízate Isil —su voz salió baja, áspera—. Si alguien más lo escuchara...

No terminó la frase, algo que no quería decir, se le hizo nudo. Podía distinguir un halo de preocupación en sus ojos.

—He escuchado historias… —dijo desviando la mirada, como si hablara más consigo mismo que conmigo—. Relatos antiguos, demasiado viejos como para que alguien crea en ellos. Protectores, dioses, señales… cosas de otro tiempo.

Guardó silencio un instante y volvió a señalar el mapa, en el centro, donde estaba marcado el emblema de Elarion.

—No sé qué significa todo esto…, pero sé lo que tengo que hacer. Por eso iremos a Elarion. —Sus ojos volvieron a clavarse en los míos —. Allí encontrarás las respuestas que aquí nadie más puede darte.

No respondí pero aun así, la fuerza de sus palabras me atravesó. Había un camino, un destino.

La luz que proyectaba el farol osciló, y las sombras se movían sobre su rostro. Dio un paso al frente, y fue suficiente para que su voz me alcanzara.

—No me importa de dónde vengas. —susurró—. Estás aquí ahora y mientras yo siga respirando, nada ni nadie te pondrá la mano encima.

Al escuchar esas palabras me recorrió un calor inesperado, casi reconfortante, y me obligué a no moverme. Inspiré despacio, anclé los pies al suelo y dejé que pasara.

Rion dobló con cuidado el mapa y lo guardó en la bolsita que llevaba en la cintura. La tensión seguía marcada en sus hombros, aunque ahora parecía más contenida.

—Mañana buscaremos caballos y provisiones. Recuerda, cuatro días hasta Elarion; si no hay problemas en el camino.

El corazón todavía me palpitaba con fuerza, no por lo que me esperaba en ese lugar desconocido… sino por la intensidad de aquel hombre que, sin darme respuestas, se había convertido en la única esperanza que tenía.

Él abrió la puerta de su habitación y me sostuvo la mirada.

—Descansa. Lo necesitarás.

CAPÍTULO 5
ISIL

Al día siguiente, la luz del amanecer se deslizaba sobre la nieve de los tejados y entraba por las ventanas. Me acerqué a uno de los ventanales mientras la ciudad despertaba. Comerciantes abriendo sus puestos, el repicar lejano de los talleres, ciudadanos que salían a empezar su día.

La noche anterior, Rion me avisó de que estuviera lista al amanecer. Me esperaría en la entrada de la posada.

Al salir, Rion se paró en el porche.

—Vamos a desayunar —dijo.

Con paso seguro, como si conociera cada callejón, aunque, al igual que yo, era un viajero más en aquella ciudad de luz. Al girar una de las esquinas ahí estaba.

La Escarcha Blanca. Ponía en el cartel que había colgado en la entrada.

El local era pequeño, abarrotado de voces matutinas y de olor a chimenea. El techo estaba adornado con ramas y hierbas secas, las mesas estaban llenas de viajeros que comían con prisa antes de emprender camino. Nos sentamos en un rincón, donde la luz entraba tamizada por un ventanal de cristal azul.

Una mujer nos sirvió pan de cebada, queso curado y un cuenco de caldo humeante que olía a hierbas. Comí disfrutando del calor que me subía del estómago hasta el cuello, después de tantos días de frío y cansancio.

Miré a mi compañero, parecía más atento a la gente que al plato. Sus ojos recorrían las mesas con calma, como si buscara algo, o a alguien.

—¿Qué pasa? —pregunté en voz baja.

—Necesitamos caballos —respondió sin apartar la vista de la sala —. Si sabes dónde buscar, siempre hay alguien dispuesto a vender.

Se reclinó en la silla con los brazos cruzados, observando a cada hombre que entraba: comerciantes con pieles, cazadores con arcos al hombro, incluso algún soldado con armadura ligera cubierta de símbolos diferentes de los que había visto.

Había en su mirada un cálculo constante, como si la taberna fuera un tablero y él buscara la ficha correcta.

Sus ojos se detuvieron en un hombre de barba rojiza y capa marrón que acababa de entrar. Llevaba en la mano un bastón de viaje con el extremo desgastado, y en el cinturón colgaba un matojo de llaves grandes y oxidadas. Rion lo observó con la atención de quien acaba de reconocer una oportunidad.

—Es posible que hoy tengamos suerte —murmuró llevándose el pan a la boca, sin apartar la mirada de aquel desconocido—. Ese de ahí —susurró inclinándose hacia mí y señalando con un leve movimiento de cabeza al hombre de barba rojiza.

Seguí su gesto y lo observé durante unos segundos.

—No parece alguien que hable de más —murmuré—. Si sabe algo, habrá que preguntarle bien.

Le devolví la mirada a Rion.

—Huele a establos. Si alguien sabe de caballos, es él —dijo Rion intentando convencerme.

—Está bien. Hazlo —dije.

Se levantó y cruzó la taberna con paso firme.

El hombre lo recibió con una mirada desconfiada, Rion se sentó en la silla vacía y pronto comenzaron a hablar en voz baja. Poco rato después, vi cómo Rion chasqueaba la lengua y resoplaba.

Seguí comiendo mientras mi compañero se ocupaba de la negociación. Acabé mi caldo demasiado rápido. El calor me había devuelto fuerzas, pero mi estómago reclamaba más. Dudé un instante, pero al final me levanté y me acerqué a la barra.

—¿Podría servirme otro? —pregunté.

El posadero se acercó y asintió cogiendo mi cuenco. Mientras esperaba, observé la sala y a los extraños personajes que se

cobijaban. Había cuatro hombres de hombros anchos sentados en una mesa de la esquina, con la piel curtida y las manos marcadas por viejas cicatrices.

Vestían ropas gruesas y azules, parecidas a las que había visto en la ciudad al llegar, y en sus cinturones brillaban pequeños adornos metálicos gastados. Apoyados en la pared, detrás de ellos, se encontraban unas armas, parecían lanzas y espadas, las lanzas blancas y elegantes, acabadas en punta de hielo afilada, las espadas tenían una empuñadura negra y la guarda de acero blanco con dos lobos mirándose.

Cerca, una mujer y un hombre estaban sentados en una mesa frente a la chimenea, ella observaba el fuego con atención silenciosa. Su piel era más oscura y llevaba el cabello negro adornado con finas trenzas y pequeños anillos de plata. Él, con el pelo largo oscuro, con trenzas recogidas hacia atrás, recorría con sus ojos la estancia. Sus ropajes eran de telas ligeras de tonos marrones y verdosos, con capas de ropa superpuestas y botas altas ajustadas. Al observar al hombre, algo llamó mi atención. Sus orejas. Miré a la mujer, iguales. Ambas terminaban en una punta sutil.

Sentí como alguien se acercaba por la derecha.

Un hombre alto, de cabello grasiento y sonrisa torcida, se inclinó sobre mí. Su capa desprendía un olor fuerte a tabaco húmedo y cuero viejo.

—Qué raro ver un rostro como el tuyo por aquí. —murmuró cerca de mi oreja y se puso interfiriendo en mi visión—. Forastera, ¿verdad?

Lo miré de arriba abajo, con cara de asco, no respondí.

—En Valdrim siempre hay quien aprecia a las viajeras. Sobre todo, si están solas —dijo acercándose un poco más.

Lo empujé hacia atrás y retrocedió tan solo dos pasos. Se volvió a acercar y en ese momento el posadero dejó el cuenco frente a mí, pero ajeno a la situación.

—Déjame en paz —dije con un tono de voz más alto para que viera que no iba a retroceder y así más gente lo viera. Y así fue, muchos voltearon, pero nadie hizo nada.

El hombre rio mientras se metía un dedo en la boca hurgando y sacándose comida.

—Aquí nadie hará nada por ti, preciosa —dijo mientras se acercaba y alzaba la misma mano que se había metido en la boca hacía mi cara.

—¿Hay algún problema?

Una voz grave se escuchó detrás del hombre y este se giró. Yo me incliné para ver quién era.

Rion.

Había terminado su negociación y ahora estaba detrás de ese desgraciado, con los ojos fijos. Su expresión no dejaba espacio a dudas, un solo gesto más y aquello no acabaría bien para el desconocido.

—¿Hay algún problema? —volvió a preguntar. Su voz fue cortante y algo intimidante.

El hombre seguía con esa sonrisa torcida, no se le borró, pero sí titubeó por un instante, al encontrarse con esos ojos ámbar clavados en él. El murmullo de las conversaciones… todo pareció apagarse de golpe.

—Ninguno —replicó el hombre con una mueca—. Solo hablaba con la señorita.

Rion se acercó despacio, mirando al suelo y chasqueando la lengua. No levantó la voz. No hizo falta.

—¿Acaso la señorita quiere hablar contigo? —la mirada que tenía en estos momentos era amenazadora.

El tipo soltó una risa seca, vacilante.

—Qué rápido saltas por una mujer. Acaso… ¿es tuya?

El posadero levantó la vista desde la barra, preocupado; y algunos clientes empezaron a mirar de reojo. El ambiente de la taberna se tensó como una cuerda a punto de romperse.

—No —respondió Rion con frialdad—. Pero está bajo mi protección.

El hombre abrió la boca, quizás para burlarse, quizás para retar, pero Rion ya lo había agarrado y estaba girando para empujarlo contra una de las mesas vacías. Nadie se rió; y nadie intervino. El

silencio que se extendió era prueba suficiente de que todos sabían con quién no convenía meterse.

—¡Largo de aquí! —gritó Rion, y en ese momento vi, no solo yo, como debajo de su camisa, en el hombro, se iluminaba algo.

El acosador salió corriendo y tropezando de la posada.

Rion tomó el cuenco que el posadero me había servido y lo colocó en mis manos.

—Come —dijo simplemente.

Apenas podía sostenerle la mirada. Vi como regresaba a nuestra mesa y tomaba asiento. Alzó la mirada, buscándome; al hacer contacto me paralicé pensando en lo que había sucedido. Tenía que ir con ojo. La próxima vez un empujón no me servirá de mucho. Rion desde su sitio frunció su ceño, seguramente intuyendo que en algo estaba pensando.

Sacudí todos los pensamientos de mi cabeza y me acerqué.

—¿Siempre eres así? —le pregunté mientras tomaba asiento.

Él arqueó una ceja mientras partía un pedazo de pan.

—Solo cuando hace falta.

El murmullo de la taberna volvió poco a poco, como si la tensión se disolviera. Rion bebió un sorbo de agua y volvió a darle un bocado a su trozo de pan, como si nada hubiera ocurrido.

El posadero, se acercó a nuestra mesa. Miró a mi compañero con una mezcla de respeto y discreción.

—Ese forastero siempre causa problemas —sacudió su cabeza con desagrado—. Has evitado que esto se complicara. Eso aquí se agradece, así que debo daros las gracias. Pedid cuanto queráis —dijo recogiendo los platos vacíos y se giró hacia mí—: Y a usted señorita me disculpo por el mal momento que le ha hecho pasar.

Asentí con la cabeza y sonreí.

Rion alzó una ceja, esperando a que el hombre continuara.

—Buscas caballos ¿verdad? —añadió el posadero en voz baja, clavando la mirada en él.

Me sorprendí, pero Rion no. Se limitó a asentir.

—Depende de la calidad y del precio —sentenció Rion.

El posadero asintió con una sonrisa en la cara, como si esperase esa respuesta.

—Ve a la casa de los establos blancos, junto al río, al noroeste. Pregunta por Kaer Thol. Es el único que no te venderá un animal enfermo. Dile que yo te envío —dijo con un tono señorial.

Rion inclinó la cabeza, un gesto breve pero respetuoso.

—Lo tendré en cuenta.

El hombre golpeó los nudillos sobre la mesa, y se alejó a atender a otros clientes.

Solté el aire que había estado conteniendo.

—¿Así de fácil? —pregunté.

—Nada es fácil, Isil. Pero a veces basta con estar en el lugar correcto… y decir lo justo —dijo con una chispa en los ojos.

La ciudad, el mapa, las palabras de Rion, y ahora esa advertencia de que nada sería sencillo… Todo se acumulaba dentro de mí.

La mañana avanzaba cuando dejamos la taberna. La luz del sol arrancaba destellos de las paredes cristalinas. Caminamos hacia el río, siguiendo las indicaciones del posadero. El murmullo del agua se mezclaba con relinchos y voces ásperas que anunciaban que estábamos cerca.

La casa de los establos blancos estaba llena de vida: trabajadores en amplios corrales de madera, otros, llenando y transportando carros cargados de heno, y caballos que resoplaban y el aliento blanco se escapaba de sus hocicos.

Los caballos de Glaciaris no son como los de Eldara, pensé.

Aquí eran más grandes, robustos, con símbolos en sus pelajes, y ojos tan claros que parecían hielo líquido.

Los hombres que trabajaban allí no parecían menos recios: brazos endurecidos por el frío y el esfuerzo, ropas reforzadas con pieles y botas que crujían sobre la escarcha. Algunos nos miraban de reojo, otros ni se molestaban.

—Muy bien, busquemos a Kaer Thol —me dijo Rion, sin detener el paso.

Lo encontramos cerca de un establo, ajustando el arnés de una yegua de pelaje plateado. Era un hombre de hombros anchos, con barba espesa gris con una trenza y manos tan curtidas que parecían cuero viejo. Su voz resonó grave cuando notó nuestra presencia.

—No son horas para forasteros —gruñó sin mirarnos.

Rion se paró a unos metros de él y cruzó los brazos.

—Venimos de parte del posadero de la Escarcha Blanca. Dice que tú eres el único que no vende caballos enfermos.

Kaer Thol alzó la vista y nos examinó con una mueca que no sabría si era desprecio o interés. Sus ojos, tan claros como los de sus animales, se detuvieron en mí un instante, pero volvieron enseguida a Rion.

—¿Y qué quieres?

—Dos caballos fuertes —respondió él sin dudar—. Para viajar hasta Elarion.

El hombre dejó escapar una risa corta, casi incrédula.

—¿Elarion? Larga ruta para una pareja de forasteros. —escupió al suelo y se acomodó el cinturón—. La mayoría de los forasteros no aguantan ni dos días en la nieve.

—No somos la mayoría —dijo Rion con un brillo peligroso en la mirada.

Un silencio breve, lleno de tensión, se extendió entre los tres.

Kaer Thol sonrió por fin, mostrando los dientes.

—Eso quiero verlo.

Se volvió hacia los establos y abrió la puerta.

—Venid. Os enseñaré lo que tengo.

Seguí a Rion mientras entrábamos. Los caballos resoplaron al vernos, y por un instante sentí que no sólo Rion estaba poniéndome a prueba.

Los establos eran amplios, de madera oscura reforzada con vigas cubiertas de escarcha. El aroma a cuero y heno, mezclado con el de los animales, impregnaba las cuadras. Los caballos golpeaban suavemente el suelo con sus cascos.

Kaer Thol caminó delante de nosotros, golpeando el suelo con las botas pesadas.

—Son Vaelryth —explicó con voz grave—. En Nyëalir, significa *Caballos de Nieve*. Criaturas hechas para soportar tormentas durante días, capaces de atravesar glaciares sin detenerse. Pero no son baratos.

Rion no contestó. Solo caminaba observando con ojo crítico, calculador.

Me quedé rezagada, atrapada por una sensación extraña. Entre todos los animales, uno me llamó la atención: un Vaelryth de pelaje blanco moteado con tonos plateados, los ojos claros como agua en calma. Me miraba fijamente, quieto, como si hubiera estado esperándome.

Di un paso más, y el caballo resopló suavemente, inclinando la cabeza hacia mí. Extendí la mano con cautela, y cuando su hocico rozó mis dedos, un calor extraño me recorrió la piel. No era solo el contacto del animal: era como si algo vibrara entre nosotros, una conexión extraña, pero que nos unía en ese instante.

—¿Qué haces? —preguntó Rion detrás, con tono seco.

—Él… —mi voz se quebró un poco, sorprendida por la intensidad de la sensación—. No sé explicarlo... Siento… que hay algo entre nosotros.

Kaer Thol soltó una carcajada áspera.

—Los Vaelryth sienten más de lo que parecen, pero lo que acabas de decir… no lo he visto muchas veces.

No le di demasiada importancia, solo seguí acariciando el suave pelaje blanco, con la sensación inexplicable de que aquel vínculo iba más allá.

Rion me observaba en silencio.

—Éste será uno de ellos —dijo con decisión.

—Muy bien. ¿Y el otro? —preguntó el hombre.

Rion caminó hasta un Vaelryth oscuro, más alto y robusto, con una cicatriz en el cuello y ojos tan fríos como hielo quebrado. Lo examinó unos segundos, luego asintió.

—Este.

Kaer Thol chasqueó la lengua y abrió la puerta del establo.

—Dos monturas, fuertes y testarudas. Os costará controlarlas, pero si no morís en el camino, os llevarán hasta el fin del mundo.

Me aferré al contacto cálido del Vaelryth blanco, todavía temblando por aquella sensación que me había atravesado. No sabía qué significaba… pero estaba segura de que no era casualidad.

—¿Y… cómo se llaman? —pregunté al fin, en voz baja, con timidez.

Kaer Thol se giró hacia mí, sorprendido de la pregunta, me miró como si evaluara si debía contestar. Al final, su voz resonó grave, casi solemne:

—El blanco se llama Lýrian, es una hembra. Así lo conocen desde hace generaciones. Y el oscuro… un macho. —señaló con la barbilla al corcel que Rion sujetaba—. Se llama Dravenor.

Pronunció ambos nombres con respeto, como si cada sílaba pesara más que una simple palabra.

Acaricié el cuello de Lýrian, preguntándome qué había visto en mí, para acercarse.

Rion no dijo nada, pero vi en sus ojos un destello de incomodidad, aquel vínculo parecía despertar algo que no estaba dispuesto a nombrar.

Kaer Thol se acercó a las puertas del establo tras entregarnos las riendas.

—Tratadlos con respeto, y os llevarán más lejos de lo que pensáis. —sus ojos claros se posaron en mí, serios—. Y recuerda muchacha, los Vaelryth no eligen a cualquiera.

—Lo tendré presente —dije firme acariciando una vez más el cuello de Lýrian.

Rion sacó un pequeño saco y lo sacudió en la otra mano, varias monedas cayeron, eran gruesas, de lo que parecía oro. Le entregó tres monedas y volvió a guardarse el saco.

Kaer Thol observó las monedas, parecía que en su rostro se dibujaba la sorpresa.

—Esto es demasiado. No puedo aceptarlo.

—Por las molestias —dijo mi acompañante.

El hombre gruñó y salimos del establo. El frío nos golpeó de lleno; el cielo estaba despejado, con un sol pálido reflejándose en los cristales de las casas a lo lejos.

—Vamos —dijo Rion subiendo a su caballo—. Aún necesitamos provisiones si queremos salir mañana al amanecer.

Nunca había subido a un caballo, y menos a uno tan alto como este.

Lo intentaba, pero no había manera. Con mi estatura, sin un impulso, iba a ser imposible.

Rion hizo el amago de desmontar, pero en ese momento, Lýrian empezó a inclinarse y se arrodilló con las patas delanteras, facilitándome poder subir.

Sorprendida por su gesto le acaricié su cuello y relinchó.

—Sube, no tenemos todo el día —dijo Rion.

Agarré las riendas y pasé una de las piernas por encima, Lýrian se levantó y me acomodé en la silla.

El camino de regreso nos devolvió al bullicio. Los vendedores voceaban especias y frutas conservadas, y el humo de los hornos impregnaba el aire. Esta vez no me sentí tan forastera.

Al regresar a la posada, Rion habló brevemente con el mozo de los establos. Le entregó unas monedas y le dio instrucciones claras de que cuidara bien de Lýrian y Dravenor. El chico asintió con prisa, impresionado tanto por las monturas como por el porte de mi acompañante.

Acaricié el cuello de Lýrian una última vez antes de dejarla allí.

—Estarán a salvo —dijo Rion, como si hubiera leído mi duda—. Aquí saben que un Vaelryth es sagrado.

Cruzamos la plaza hasta llegar al corazón del mercado. El bullicio era distinto al de la noche anterior en la taberna: voces que se alzaban sobre el aire frío, vendedores llamando con ofertas, el chisporroteo de braseros donde se asaban carnes ahumadas... Los puestos estaban llenos de pieles, minerales tallados, frascos de cristal con polvos brillantes y, sobre todo, comida pensada para resistir largos viajes.

Rion se movía con decisión, era como si supiera exactamente qué necesitábamos.

—Cuatro días hasta Elarion si no hay contratiempos —me explicó mientras entregaba unas monedas por pan duro y queso curado—. Lo suficiente para que no se pudra en el camino.

—¿Y si hay contratiempos? —pregunté, medio en broma, medio en serio.

—Entonces, comeremos menos —me lanzó una mirada seca que, sin embargo, se suavizó al ver mi expresión—. O encontraremos algo por el camino. El bosque también da alimento, si sabes buscarlo.

En otro puesto compró carne seca y frutos deshidratados, guardándolos en una alforja de cuero. Luego me llevó hacia un tendero que vendía mantas gruesas.

—Las noches muerden peor que los lobos —dijo, extendiéndome una—. Envuelve los pies antes que los hombros. Si se enfrían, el resto del cuerpo los seguirá.

Cogió otra manta y la dobló dejándola a un lado.

—¿Siempre hablas como si todo fuera cuestión de vida o muerte?

Rion arqueó una ceja.

—En Glaciaris, lo es. Aquí en Valdrim lo saben bien —señaló con la barbilla a un puesto donde una mujer ofrecía abrigos bordados con runas de protección—. No es moda, es necesidad. Cada cristal, cada símbolo está hecho para resistir. Esta ciudad brilla porque, si no lo hiciera, se la habría tragado la nieve hace siglos.

Me quedé mirándolo, intentando procesar sus palabras, mientras él seguía llenando la alforja con aceite para lámparas, pedernal, un par de cuchillos pequeños, y un par de botas.

—¿De verdad necesitamos todo eso? —pregunté, abrumada.

—Prefiero cargar de más a que nos muramos. Además, los Vaelryth son fuertes.

La respuesta me dejó callada. Caminé a su lado, observando el mercado, los símbolos y los olores de especias. Todo me resultaba fascinante, pero en la forma en que Rion elegía cada objeto, con calma y sin titubeos, había algo reconfortante.

Al doblar una calle más amplia, los puestos del mercado quedaron atrás y el bullicio se apagó un poco. Frente a nosotros, se alzaba un edificio monumental lleno de ventanales, distinto a todo lo que había visto hasta entonces.

No tenía puertas.

Solo un gran arco tallado en una piedra pálida que parecía contener luz en su interior. Runas plateadas se movían sutilmente sobre su superficie.

—¿Qué es este lugar? —dije con los ojos abiertos.

—La Biblioteca de Cristal —respondió Rion—. No guarda solo libros. Aquí los Nívalen tallan la memoria de su pueblo en cristal. Cada muro es un registro. Cada runa, una historia.

Me acerqué despacio al arco, casi temiendo que se deshiciera si lo tocaba.

—¿Y cualquiera puede entrar?

—Cualquiera que no tema a lo que pueda encontrar —replicó él, cruzando los brazos—. En Valdrim, creen que el conocimiento no se encierra tras puertas. Quien desee buscarlo, debe hacerlo por voluntad propia.

Volví a mirar las runas, fascinada por cómo se reordenaban con la luz.

—Es como si respirara… como si estuviera vivo.

—Quizá lo esté —murmuró Rion, casi para sí.

Un silencio extraño se extendió entre nosotros. La biblioteca parecía observarnos, aguardando. Rion apartó la vista primero, y me hizo un gesto con la cabeza para seguir caminando.

—No tenemos tiempo para respuestas aquí. Aun así, mientras lo seguía, no pude dejar de mirar hacia atrás. Y vi como las runas habían cambiado.

CAPÍTULO 6
ISIL

Me vestí con las ropas nuevas que Rion me había comprado en el mercado: El vestido de lana azul, la capa gruesa y, unas botas firmes que se ajustaban como si hubieran estado hechas para mí. Me coloqué también un cinturón marrón con pequeñas runas y una bolsa negra de cuero, para llevar parte del equipaje. No quería sentirme una carga, y agradecí tener algo que portar.

Después de un desayuno abundante en la posada, nos dirigimos a los establos. Lýrian y Dravenor nos esperaban inquietos, resoplando en el aire frío. Rion aseguró las mantas y los fardos pesados en bolsas de cuero que colgaban a los costados de las monturas. Yo lo ayudé con lo que pude: atando correas, ajustando las alforjas, acariciando el cuello de Lýrian cada vez que se movía impaciente.

—No lo mires como si fuera a romperse. —murmuró Rion mientras revisaba las cinchas. — Un Vaelryth aguanta más de lo que parece.

Salimos de Valdrim cuando el sol apenas iluminaba las cumbres a la distancia. El frío era duro, pero el movimiento y el ritmo constante de los caballos nos mantenían calientes. No paramos hasta pasado el mediodía, cuando Rion decidió detenerse en un claro resguardado por una loma de rocas.

La comida fue rápida: pan duro, queso y un poco de carne seca. Descansamos dos horas, dejando que los Vaelryth bebieran en un riachuelo cercano, y retomamos el viaje hasta bien entrada la noche. Cuando la luna estuvo alta, acampamos al amparo de unos árboles.

Encendimos un pequeño fuego, y mientras yo me arropaba con la manta, Rion se quedó vigilando, apoyado contra un tronco, con la

espada descansando en su regazo.

—¿Siempre duermes tan poco?

Él apartó la vista del fuego y me miró.

—Dormir es un lujo cuando viajas solo. Uno aprende a vivir sin él.

—Pero ahora no viajas solo.

Una chispa de algo indescifrable pasó por sus ojos. Solo respondió con un leve asentimiento, como si no quisiera discutirlo.

—Descansa, continuaremos dentro un rato hasta la noche.

Al segundo día, retomamos la marcha tras un desayuno ligero. El paisaje se abría en extensiones de nieve interrumpidas por colinas y riachuelos helados.

Lýrian avanzaba seguro, y yo empezaba a acostumbrarme al vaivén de la montura.

Al mediodía, Rion hizo un gesto para detenernos. Descendimos de los Vaelryth y comimos lo mismo que el día anterior.

—No es mucho —dijo Rion, pasándome un trozo de pan—, pero alimenta.

—Me sorprende que no quieras una comida más abundante —dije intentando romper el silencio mientras le miraba de arriba abajo confirmando la corpulencia de su cuerpo.

Él soltó una breve risa seca.

—He aprendido que cuanto menos esperas, menos decepcionado acabas.

—Qué optimista… —murmuré, rodando los ojos.

—El optimismo no te mantiene con vida, la disciplina, sí —me miró fijamente con un brillo serio en la mirada—. Y tú vas a necesitar ambas si quieres llegar a Elarion.

Me quedé callada un instante, masticando el trozo de queso, pero no soporté que sus palabras quedaran flotando como sentencia.

—¿Disciplina? ¿Llegar a Elarion? —repliqué al fin, alzando la voz un poco más de lo que pretendía—. Lo que quiero es regresar a mi mundo. No soy una niña a la que tengas que adiestrar, Rion.

Él arqueó una ceja, casi divertido por mi súbita rabia y ladeó la cabeza, apoyando los codos en las rodillas

—Te encontré descalza, perdida en la nieve… y para volver a tu mundo ya sabes lo que hay que hacer —sentenció serio.

—¿Y qué esperabas? Me desperté en un mundo que ni siquiera es el mío. Y aun así, sigo aquí. Si eso no es sobrevivir, no sé qué lo es —dije casi gritándole.

Rion me sostuvo la mirada, sus ojos ardían con esa mezcla de severidad y algo más profundo que no terminaba de entender, y dejó escapar un suspiro agachando la cabeza.

—Bien. Eso es lo que quiero oír.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Qué?

—Rabia —se inclinó hacia mí, con la voz baja y una media sonrisa en sus labios—. Si solo confías en mí, no llegarás a ningún lado, necesitas amoldarte a este mundo cuanto antes, así tendrás la posibilidad de volver.

Me quedé sin palabras, no porque me hubiera silenciado, sino porque en el fondo tenía razón. Y, aunque me molestara admitirlo, una chispa de orgullo por sus palabras me encendió el pecho.

Él se incorporó, sacudiéndose las manos de las migas del pan.

—En media hora salimos.

Lo miré de reojo mientras recogía las sobras. Por mucho que me irritara su tono, había algo extraño en esa forma suya de empujarme: como si no quisiera hundirme, sino obligarme a demostrarme a mí misma que podía soportar más de lo que creía.

CAPÍTULO 7
RION

El fuego chisporroteaba bajo, resistiendo contra el viento.

Isil dormía a mi lado, envuelta en la manta, respirando tranquila. La observé un momento más de lo que debería, hasta que aparté la vista, incómodo conmigo mismo.

No debería estar aquí. No debería importarme.

El silencio de la llanura me trajo recuerdos que creía olvidados. Historias viejas, de esas que mi madre contaba cuando la tormenta no nos dejaba salir de casa. Cuentos de un mundo más grande que el que yo conocía, de colgantes forjados con la luz de los dioses. De un fuego eterno que siempre volvería a encenderse cuando todo lo demás cayera en sombras.

De niño me parecían fantasías. De adulto aprendí a enterrarlas bajo la rutina de sobrevivir. Ahora… resuenan en mi cabeza como si hubieran estado esperando este momento.

Recuerdo una frase en particular. Mi madre la repetía como si fuera un rezo, aunque nunca me dijo de dónde venía:

Cuando la estrella caiga del cielo, tu fuego despertará

De pequeño me reía de esas palabras. ¿Qué significaban? Desde que vi esa luz caer y encontrar a Isil en el bosque, sentía que un extraño poder crecía por dentro. La marca de una llama en mi hombro apareció el mismo día que la encontré. Desde ese instante, he tenido la sensación de que me costaba controlar un poco más mis emociones. ¿Será ella esa figura de las historias? ¿O solo estoy viendo lo que quiero ver para justificar mi comportamiento?

Clavé la mirada en el bosque, en Isil. Aún no sabía nada de ella, ni siquiera creía en las historias de mi madre, pero algo me atraía hacia ella y mi mente no dejaba de pensar en lo que ocurriría cuando llegáramos a Elarion. Le prometí que la llevaría ante alguien que pudiera ayudarla, que supiera más que yo pero ni siquiera sabía dónde buscar.

En Elarion aún mantienen algunas antiguas tradiciones y siguen vivas algunas profecías en boca de la gente, en historias que se cuentan de generación en generación.

La veo luchar contra el frío, contra el miedo y sigue en pie. Esa determinación… me recuerda a mí. Tal vez por eso la protejo. Tal vez por eso la necesito. Suspiré y apreté con más fuerza la empuñadura de la espada.

No lo diré en voz alta, no todavía. Ni a ella ni a nadie. Pero lo sé: si este es mi error, cargaré con él hasta el final.

Un crujido entre los árboles me devolvió al presente. Enderecé la espalda y miré alrededor. Nada, solo era el viento pero no bajé la guardia.

Elarion nos esperaba para obtener respuestas, me gustará o no.

Al tercer día, Dravenor avanzaba firme, sus cascos resonaban en la tierra, mientras Isil cabalgaba a mi lado sobre Lýrian.

Desde que desperté la noté distinta, apenas me dirigió la palabra y cuando lo hizo fue con frases cortas. Me molestaba. No sabía si era yo, si era este viaje interminable o si simplemente estaba harta. Apreté los labios, mirando el horizonte, hasta que distinguí algo: varias siluetas en el camino, a lo lejos, bloqueando el paso.

—Rion… —murmuró Isil a mi lado.

Ya los había visto.

—Mantén la calma y déjame hablar a mí.

Nos acercamos despacio. Cuatro hombres cubiertos con capas raídas y armas mal disimuladas bajo la tela. Uno de ellos levantó la mano en señal de alto, fingiendo una sonrisa cordial.

—Viajeros —dijo mientras se acercaba y miraba los caballos de arriba abajo—. Mal día para andar por estos caminos. Quizá

podamos ofreceros algo de… comida, a cambio de unas monedas. —Mercaderes. O eso querían parecer.

Apreté la mandíbula y di un tirón a las riendas de Dravenor para avanzar y ponerme por delante de Isil.

—No estamos interesados.

El hombre rio, mostrando dientes amarillentos.

—¿Ah, no? —Dijo pasando su mirada de mi ha Isil. Se detuvo demasiado tiempo mirándola mientras se mordió el labio inferior. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Quizá ella lo esté.

Dos de los hombres del fondo también posaron los ojos sobre ella. No había curiosidad en sus miradas, sino ese brillo opaco y voraz que aparece cuando alguien cree haber encontrado una presa fácil. Uno inclinó el cuerpo apenas unos centímetros, como si quisiera verla mejor bajo la capucha, estudiando su figura con una lentitud repugnante. Sus labios se curvaron en una media sonrisa que no auguraba nada bueno. El otro arrastró la lengua por los dientes, un gesto breve, casi instintivo, que me heló la sangre. Dio un paso ladeado, como quien busca situarse en un ángulo más ventajoso, y sus manos se ocultaron un instante bajo la capa. No necesitaba ver el arma; el movimiento bastaba para entender sus intenciones.

Ver a esos hombres mirándola así me revolvió todo. El estómago se me encogió, la mandíbula me dolía de tanto apretarla, y una idea me cruzó la mente: si alguno daba un solo paso hacia ella, primero les cortaría las manos y después los enterraría en el barro.

La protegía porque era mi deber. Eso me repetí.

Di un paso con Dravenor, invadiendo el espacio del que supuestamente era el líder, obligándolo a retroceder.

—Vuelve a mirarla y te saco los ojos. —espeté bajando la voz hasta volverse amenaza.

En ese instante los hombres empezaron a moverse, rodeándonos. Uno se acercó a Dravenor, otro, se acercó a Isil por detrás de Lýrian. Consiguió agarrar el brazo de Isil queriendo arrancarla de la montura.

—¡No la toques! —rugí con una furia. Mi marca empezó a brillar con intensidad. Dravenor levantó sus patas delanteras. El líder retrocedió varios pasos desconcertado.

—¿Qué… qué demonios sois vosotros?

Bajé de Dravenor de un salto. La nieve crujió bajo mis botas.

—Los últimos a los que querrás vender comida. —alcé la cabeza con mirada amenazante.

Mi marca se intensificó todavía más, respiré hondo, intentando controlar el huracán de emociones que tenía por dentro, aunque decidido en enseñarles modales a estos despreciables.

Controlé cada movimiento con la espada, cortes limpios, calculados, sin un gesto de más. Sabía exactamente dónde golpear para dejarlos fuera de combate. Tres tajos rápidos al que creía que era el líder: uno al costado, lo bastante profundo para doblarlo sobre sí mismo. El segundo a su hombro contrario, cortándole la movilidad. El tercero, me deslicé sobre la nieve agachado, desgarrando con el filo la parte de detrás de la rodilla izquierda. Cayó al suelo arrodillado, gimiendo, pero vivo.

El que sujetaba todavía a Isil me miraba con odio, pero seguía agarrando con fuerza su brazo.

—Suéltala. —dije mientras levantaba mi espada y se la acercaba al cuello.

—Está bien. —dijo apartando las manos de Isil—. En cuanto acabemos contigo, nos ocuparemos de ella. —se rio con sus otros compañeros, uno seguía en guardia y el otro ayudaba a levantar al su jefe. Retrocedió mientras lo hacía girar para conducirlo a la posición de sus camaradas. Sacó un par de dagas de debajo de su capa, miró a su compañero, en un rápido intercambio de miradas y se lanzaron a por mí.

Corrieron de frente, el primero vino directo hacia mi pecho, la daga por delante. El segundo trató de rodearme por la derecha, buscando un hueco para clavarme la suya en el costado.

Dravenor relinchó detrás de mí, inquieto.

—¡Isil! —solté, sin apartar la vista de los atacantes—. Aléjate con Lýrian. Dravenor os cubrirá.

—Rion… —su voz era tensa, temblorosa, cargada de una preocupación que no quería mostrar—. Tú solo no…

—Hazlo —gruñí—. No me distraigas.

Ella vaciló un segundo, suficiente para que me golpeara el miedo de que algo podría pasarle.

—Ten cuidado —susurró al final.

La escuché moverse hacia atrás, tirando de Lýrian. Dravenor volvió a relinchar y giró para acompañarlas justo cuando los dos hombres llegaban al rango de ataque.

Y con ellos a un palmo de mi pecho, volví a centrarme. Cerré los ojos, respiré hondo y un poder, una energía empezó a crecer dentro de mí.

—Es la hora, Protector del Fuego. Aunque aún no controles tu poder, úsalo. La Portadora te necesita.

Una extraña voz sonó en mi cabeza. ¿Protector del Fuego? así que las historias que me había contado mi madre… No puede ser…

La marca en el hombro empezó a arder suavemente, una energía empezó a expandirse desde el hombro hacía todo mi cuerpo. Me sentía recargado, más fuerte y ágil. Abrí los ojos y avancé hacia ellos. Canalicé la energía que estaba sintiendo en la mano derecha, donde sujetaba la espada y ésta, estalló en llamas.

Sus caras cambiaron de un momento a otro, pero el impulso que ya tenían tan cerca de mí, no podrían frenarlo. Bloqueé el primer ataque con un golpe seco, desvié la segunda hoja con un giro brusco de muñeca, y los dos hombres quedaron expuestos durante un instante.

Justo el instante que necesitaba.

El primero perdió el equilibrio al recibir mi empujón. El segundo se quedó demasiado cerca, giré sobre él, y conduje de arriba abajo el filo de mi hoja sobre la espalda de ese malnacido. Este cayó bocabajo, con semejante corte con grandes quemaduras.

Los que aún se mantenían en pie cargaron a los otros dos heridos y retrocedieron. La falsa sonrisa del líder desapareció, reemplazada por un jadeo mientras expulsaba sangre por su boca.

—N-no sabíamos quiénes erais. —balbuceó.

—Si os vuelvo a ver, no quedará nada más que carne chamuscada de vosotros. —Levanté la espada apuntando hacia ellos.

Los hombres huyeron hacia la frontera de Valdrim, desapareciendo entre la arbolada.

Me volteé y busqué a Isil, estaba a unos cincuenta metros sobre Lýrian. Dravenor galopó hasta donde me encontraba, monté y trotamos hasta donde se encontraba Isil.

Ya en la distancia veía como retorcía las riendas bajo sus manos y se alzaba ligeramente de su silla de montar. Su mirada recorría mi cuerpo con preocupación.

—¿Estás… bien? —preguntó cuando llegué.

—Sí, tranquila. —dije mientras Dravenor se terminaba de colocar al lado de Lýrian—. ¿Y tú? —pregunté dirigiendo mi mirada a su brazo.

—Oh sí, no pasa nada. — rio tímidamente mientras se frotaba el brazo y se estiraba de la manga.

Obviamente me había dado cuenta de ese pequeño gesto, pero viendo su reacción no quise presionarla más. Sabía que no iba a hablar más del tema.

—Está bien. —dije firme aunque un pequeño suspiro salió de mis boca sin ser bienvenido. Carraspee y espolee a Dravenor para que avanzara un poco y lo frené—. Sigamos, ya queda poco para llegar.

CAPÍTULO 8
ISIL

En el amanecer del cuarto día Lýrian avanzaba con paso seguro, y yo sentía en mi cuerpo el cansancio acumulado de los días anteriores, aunque la idea de estar cada vez más cerca me mantenía despierta. Rion, a mi lado sobre Dravenor, parecía igual de alerta que siempre, la espalda recta y sus ojos danzando de un lado a otro, con la mano en la empuñadura de su espada. De vez en cuando sus ojos se desviaban hacia mí, y aunque no decía nada, ese gesto bastaba.

El paisaje había cambiado. Las colinas nevadas quedaban atrás y los árboles crecían más densos. El camino se ensanchaba, y a lo lejos pude distinguir el trazo de un río que corría hacia el sur.

En mi cabeza aún seguía rondando la imagen de su hombro brillar, un pequeño dibujo iluminándose y después su espada en llamas. ¿Cómo era eso posible?

Vengo de un mundo donde lo más extraño que había visto eran trucos de magia, tecnología futurista y ahora… ahora marcas que aparecen y brillan, hombres que crean fuego sin quemarse. Me inquieta, claro. Si algo así puede ocurrir tan de repente, ¿qué más existe aquí que no entiendo todavía? Pero al mismo tiempo una parte de mí quiere saber más.

Después de varias horas cabalgando, con tantas dudas revoloteando por mi cabeza sin parar, y más después de lo que había pasado el día anterior, rompí el silencio que nos llevaba horas persiguiendo.

—¿Podrías explicarme lo que pasó ayer? —dije con tono suave—. y por favor, no hagas como que no sabes de lo que te estoy

hablando.

Chasqueó la lengua, ni siquiera se giró hacia mí, seguía con su mirada al frente, como si quisiera esquivar la conversación.

—¿Y? ¿Qué significa? —insistí.

No respondió; siguió hacia delante como si mis palabras no importaran. Cerré las manos en puños entre las riendas, intentando contenerme.

—No puedes seguir fingiendo que no pasó nada. ¡Lo vi! ¡Lo sentí! —exploté ante su indiferencia.

Su mandíbula se tensó.

—Isil, no sé lo que significa. —por fin habló.

—¿Cómo que no sabes? —dije incrédula. Aunque no llegaba a creerle del todo.

—Lo único que sé son historias viejas. Leyendas que escuché de niño. Nadie sabe si son verdad. —dijo con un tono que parecía realmente, que ni él mismo lo entendía.

Me incliné hacia él, con el corazón desbocado.

—Cuéntamelo. —dije desafiándolo.

Suspiró, agarró las riendas con una sola mano y se pasó la otra por el pelo, resignado.

—Se decía… que los antiguos dioses dejaron señales en el mundo. Marcas en algunos hombres, colgantes en manos de otros. Que, cuando ambos reaccionaran, algo cambiaría. Que anunciarían el inicio de una nueva era.

Me quedé helada.

—¿Una nueva era? ¿Q-qué significa eso?

—No lo sé. —negó con la cabeza—. Nadie lo sabe. Los viejos lo repetían como cuentos en tabernas. Nunca le di importancia.

—Pero ahora pasó. Contigo. Conmigo.

—Por eso mismo vamos a Elarion. Si hay respuestas, estarán allí.

Quise insistir, pero hubo un estremecimiento en su voz, en la manera en que enderezó los hombros, que me detuvo.

El viento sopló con fuerza, y mi mano fue directa al colgante.

—Esto me asusta —confesé en un susurro, sin mirarlo.

Hubo un silencio, y de pronto, escuché su voz:

—A mí también.

Levanté la mirada, sorprendida.

—No tengo todas las respuestas, Isil —admitió—. Lo único que sé, es que no estás sola en esto. Mientras yo respire, no lo estarás.

—¿Y si lo que dicen esas historias es cierto?

Rion negó despacio, inclinándose hacia mí lo justo para que su voz se mantuviera entre los dos.

—Cuando llegue el momento lo descubriremos juntos. —me sostuvo la mirada un momento más. Después, la desvió como si se hubiera dado cuenta de que había dicho demasiado.

El resto de la tarde avanzamos con calma. El paisaje empezó a cambiar poco a poco: las montañas quedaban atrás, y la nieve se intercalaba con praderas y colinas desnudas. Rion cabalgaba por delante. No hablaba, pero ya no estaba tan distante como en la mañana. Su mirada se mantenía atenta al camino, aunque a veces se desviaba hacia mí, rápida, fugaz.

Aparté la vista del paisaje y aceleré el paso. Las palabras de Rion me golpeaban insistentes, como si caminar no bastara para dejarlas atrás.

Lo único que sé es que no estás sola en esto. Mientras yo respire, no lo estarás.

Cuando llegue el momento lo descubriremos juntos.

El momento que escuché esas palabras mi corazón se aceleró sin saber por qué.

—Estamos cerca —dijo Rion, rompiendo al fin el silencio.

—¿Cuánto? —pregunté.

—Cinco horas, si seguimos sin parar. —sus ojos se entrecerraron, unas colinas se abrían dando paso a unas llanuras verdes y vivas—. Allí, empieza Elarion.

Elarion, el nombre que había repetido mi acompañante, sin comprenderlo, ahora estaba a unas pocas horas de distancia.

Mientras avanzábamos, empezaron a aparecer signos de vida: huellas recientes en los campos, restos de hogueras, incluso un camino abandonado. Todo me parecía extraño y fascinante al mismo tiempo, diferente a Valdrim.

Cabalgamos más allá de las colinas, las llanuras se extendían de norte a sur y de este a oeste y allí en medio como un sueño

imposible, se alzaba Elarion.

Lo primero que vi desde lejos fue, el Palacio Imperial.

No era un edificio: parecía un mundo dentro de otro mundo. Dos murallas dividían el territorio edificado. La muralla exterior rodeaba tanto el palacio, como la ciudad y el mercado. Una segunda muralla, más íntima y masiva, protegía el corazón palaciego. Varias torres parecían tocar las nubes, y un campanario tan alto que rompía el cielo. El edificio central, con pasillos abiertos y techos sostenidos por columnas. Rodeados de lagos, plazas y otras estancias. Sus muros de piedra, altos como montañas y rojos como el vino, grabados blancos recorrían los muros cubiertos de musgo y siglos.

Asombraba la distancia del Palacio hasta la ciudad y el mercado. Aunque estuvieran rodeados por una misma muralla, los separaba una gran tierra de prados, con un camino lateral, que llegaba hasta la entrada del muro que protegía el Palacio. No parecía una distancia corta.

Las torres de la ciudad centelleaban bajo el cielo encapotado, y las campanas de los templos se escuchaban a lo lejos, solemnes, marcando la hora como si quisieran anunciar nuestra llegada.

Los edificios blancos plateados, sus estructuras eran altas y elegantes, de diferentes tamaños y con pequeños motivos de lunas soles y estrellas en plateado. Dos calles centrales destacaban en la distancia, una por un gran edificio alargado con una fachada en cúpula sostenida por cuatro pilares y en el centro una gran campana. La otra, se abría en torno a una amplia plaza presidida por una gran fuente de piedra: la escultura de un caballero alzaba su espada hacia el cielo, mientras el agua caía a sus pies en suaves cascadas que rompían el silencio con un murmullo constante.

Más abajo, el mercado bullía como un mar de colores. Toldos ondeaban con el viento.

Siguiendo con la vista al sureste de Elarion, podíamos ver otra ciudad más pequeña con un puerto elegante de edificios blancos altos y elegantes, y un río ancho.

—El Puerto de Lýndorel. —dijo Rion, al ver mi cara y mis ojos brillando ante lo que tenía delante.

Parecía diferente: ligero, fresco, lleno de vida. Navíos mercantes atracados ocupando más espacio que los pequeños pesqueros, y barcos de madera lleno de pasajeros cargados llegaban ondeando banderas.

—Elarion es uno de los mayores puntos de comercio en Aeloria. En ese puerto se puede encontrar de todo. Desde metales y joyas del norte, hasta barriles llenos de telas, vino y cofres de especias que embriagan con su fragancia, del sur. —aclaró sonriendo.

Elarion no era solo una ciudad. Parecía un punto donde todo convergía, donde cada rincón del mundo encontraba su lugar.

Rion no dijo nada mientras nos acercábamos al gran portón. Su cuerpo se tensó, y su mano fue cerca de la espada.

Antes de internarnos del todo en la ciudad, dejamos los caballos en la entrada, junto a una hilera de postes de madera oscurecidos por el uso. Rion comprobó los nudos con un gesto rápido y automático, como si su atención nunca se apartara del entorno. Yo me acerqué a Lýrian y la abracé. Pasé la mano por su cuello acariciando su suave pelaje, notando cómo resoplaba despacio.

—Vuelvo después —murmuré, solo para ella.

Le di una última palmada antes de apartarme y seguir adelante.

El ambiente en la ciudad era distinto. Las voces se mezclaban en idiomas que nunca había escuchado, y los olores: pan recién horneado, especias dulces, cuero curtido, flores. Todo vibraba, cada rincón palpitaba con vida.

Nobles de túnicas elegantes y sedosas caminaban junto a soldados con armaduras, campesinos con sus carros y comerciantes que voceaban mercancías. Todos juntos en un caos armonioso.

Rion me llevó por el laberinto de esas calles blancas y plateadas, evitando las grandes plazas. El bullicio quedaba atrás, reemplazado por callejones donde se podía caminar sin chocar con la gente.

Giramos una esquina y llegamos a un pequeño puesto callejero de comida. Varias mesas y bancos toscos de madera se alineaban bajo un toldo envejecido por el sol, y el aire olía a caldo recién hecho, pan tostado y especias suaves.

—Aquí —dijo Rion, señalando con la cabeza— Comamos algo y veamos.

Me senté en uno de los bancos, que crujió bajo mi peso. Una pizarra colgada en un lateral anunciaba el menú del día.

Menú del día – El Caldero Errante

• Caldo de raíces del llano
• Tortilla de mercado
• Panecillo de bruma (solo 3)
• Tisana del viajero / Cerveza ligera de Elarion

El tabernero, un hombre de manos curtidas y voz áspera, pero amable, se acercó.

—¿Qué desean tomar? —nos atendió con una sonrisa.

—Dos caldos, panecillos de bruma y una cerveza. —ordenó Rion y me miró— ¿Qué quieres beber?

—Cerveza. Gracias. —respondí mirando al tabernero.

El hombre regresó al cabo de un rato con dos cuencos de caldo espeso y los panecillos de bruma. El vapor me golpeó el rostro, tibio y reconfortante.

—Gracias. —susurré, aferrándome al calor del cuenco.

Rion solo asintió.

Cuando terminamos, salimos de nuevo a la calle y nos dirigimos a la plaza central, el ruido nos envolvió al instante. Voces gritando precios, niños corriendo entre telas que colgaban como banderas. Todo era distinto a Valdrim: otro estilo de vida, otra cultura.

Caminábamos uno al lado del otro cuando noté que Rion se giraba de vez en cuando, disimulando. Su ceño se fruncía cada vez más. Su mano atrapó la mía con firmeza.

—Rion —murmuré. Comenzaba a entender sus gestos—. ¿Nos están siguiendo?

—No te apartes de mí. —dijo en voz baja, y me acercó a su cuerpo.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —quise girarme para mirar alrededor.

Algo le habría alertado, y con tanta gente ya estaba tenso desde que llegamos. No confiaba en nadie.

Tres hombres se acercaron por detrás, como si fueran parte del gentío. Uno se adelantó y tropezó conmigo golpeándome hombro izquierdo, haciendo que tambaleara lo que provocó que Rion me sujetara más fuerte.

Otro llegó enseguida con disculpas falsas. Un tercero rodeó a Rion por detrás, los otros dos eran solo señuelos.

No entendí lo que pasaba hasta que Rion se movió, rápido y me colocó detrás de él. Caminamos hacia atrás, con la vista hacía los tipos que nos habían rodeado.

—Apartaos. —su voz sonaba amenazante.

El hombre que estaba enfrente de Rion se rio.

—¿Y tú quién eres? ¿El perro de la señorita? Esa zorra nos hará disfrutar.

Se me heló la sangre y temblé cuando un escalofrío me recorrió el cuerpo al pensar lo que podría pasar, pero la otra palabra me atravesó como un golpe.

—¿Zorra? —murmuré, incrédula.

La rabia me subió de golpe. Me asomé por el hombro de Rion y solté un grito cargado de furia:

—¡Zorra tu madre! —y le escupí en los zapatos.

Rion se sorprendió por lo que había salido de mi boca, en su rostro se dibujó una sonrisa en su comisura derecha. Lo miré de reojo y ahí estaba otra vez, bajo su ropa, a la altura de su hombro el resplandor de aquella marca volvía a despertar. Era leve, fugaz, pero suficiente para erizarme la piel.

Giró de golpe y, con un movimiento limpio, le golpeó con la mano abierta en el pecho a uno de los bastardos. El hombre salió disparado hacia atrás, trastabillando y rompiendo unas cajas y un par de barriles vacíos.

El segundo, intentó abalanzarse, pero apenas tuvo tiempo de reaccionar. Rion encogió y estiró la pierna, le asestó una patada directa en el pecho. El tipo voló hacia atrás, estrellándose contra un carro de frutas que se volcó con un estruendo.

—¡Rion! —exclamé, incapaz de ocultar el miedo.

El tercero se movía a sus espaldas, un cuchillo asomando en su manga. Me lancé antes de pensarlo, y con todas mis fuerzas le di

una patada en la parte trasera de la rodilla. El hombre cayó de golpe con un quejido. Se giró rápido y consiguió cortarme en el muslo.

Retrocedí un par de pasos, el hombre se incorporó jadeando.

—Ven aquí preciosa —dijo lamiéndose los labios con mirada lasciva.

Rion reaccionó al instante, se lanzó hacía él y le atrapó el brazo, doblándoselo con tal fuerza que lo oí crujir.

El hombre se desplomó de bruces contra el empedrado, gimiendo de dolor.

—No me obliguéis. —gruñó Rion, su voz más grave que nunca, aun sujetando y retorciéndole el brazo.

Los tres quedaron en el suelo, tosiendo, intentando incorporarse. La gente del mercado se había dispersado, dejando un círculo vacío a nuestro alrededor hasta que un sonido rompió esa quietud.

El repicar de cascos de caballos apresurados contra el adoquinado.

Guardias. Guardias Imperiales.

Se acercaban por ambos extremos de la calle.

Rion los vio antes. Noté cómo sus músculos se tensaban aún más, la marca en su piel brillaba. Pude sentirlo desde aquí, como si esa furia pudiera barrerlo todo. Lo sabía. Pero en vez de eso, lo vi inspirar hondo y detenerse.

—¡Eh! ¡Tú! ¡Alto! —gritó uno de los guardias, señalándolo con la lanza—. ¡Suelta al hombre!

Rion levantó lentamente las manos y se apartó del bastardo que jadeaba en el suelo con los labios ensangrentados.

—Nos han atacado ellos —dije dando un paso al frente—. Hay testigos.

El guardia se acercó con paso firme y autoritario.

—Ya hablaremos de eso en el Palacio. Habéis provocado serios altercados.

Otro guardia se acercó mientras las formaciones se abrían ante él para dejarle paso, el capitán. Se detuvo frente a nosotros, cuando sus ojos se posaron en mí, sentí que me atravesaban. Miró a Rion de arriba abajo con una seriedad que me heló la sangre.

—Detenedlos. Los llevaremos ante el Emperador.

Mi corazón se encogió.

—¿Qué? ¿El… Emperador? —susurré, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—¡Camina! —ordenó otro guardia, empujando a Rion con la lanza hacia adelante.

Rion lo miraba de reojo, gruñendo. Por un instante Temí que estallara pero no lo hizo. Bajó la mirada y caminó sin protestar detrás de mí, cubriéndome el lado derecho con su cuerpo, y, con la mandíbula tan apretada que pensé que podría romperse. El bullicio del mercado se fue apagando detrás de nosotros, como si la ciudad misma retrocediera a nuestro paso. Cuando lo dejamos, los caminos se abrieron rodeados de prados verdes, un camino de tierra tan amplio que cabían dos carretas y tan largo que conducía hasta la muralla que separaba el palacio de la urbe. Los guardias no dijeron nada. Tampoco Rion.

Solamente seguimos adelante. El Palacio Imperial de Elarion se alzaba en la distancia. Sus torres de mármol rojizo y blanco brillaban bajo el sol; en los palacetes, la madera oscura relucía con reflejos dorados. Todo estaba rodeado por un muro inmenso, que parecía contener no solo piedra, sino secretos.

El portón se erguía alto. Custodiado por Guardias Imperiales. Nos detuvimos delante y sentí como si algo dentro de mí supiera que, al otro lado de esas puertas, nada volvería a ser igual.

CAPÍTULO 9
ISIL

Las puertas del salón se cerraron tras nosotros con un estruendo sordo. Las columnas de mármol blanco en los laterales de la sala llegaban hasta el techo, con símbolos extraños grabados en ellas. El techo que parecía un cielo nocturno cubierto de un azul noche con pequeños puntos de luz. Al fondo de la sala, unas escaleras anchas que se alzaban hasta el trono, vimos la figura de un hombre solitario.

El Emperador.

Sentí que el corazón me latía como un tambor, resonaba en todo mi cuerpo. Rion dio el primer paso hacia delante, yo caminé un paso por detrás de Rion, que avanzaba con firmeza pero con cada músculo alerta, como si estuviera cruzando territorio enemigo.

El hombre se giró. Sus ojos no eran los de un monarca que exige. Eran los de alguien que había visto demasiado… más de lo que un solo hombre debería ver, y que cargaba con ello en cada palabra que aún no había pronunciado.

No llevaba joyas ni túnicas bordadas. Una camisa y pantalón de algodón con talle elegante de color azul marino, símbolos dorados en los bordes; y un colgante de oro. Su sola presencia bastaba para llenar todo el salón.

Su mirada fue primero hacia Rion. Después hacia mí y hacia el colgante. El colgante comenzó a brillar suavemente. El Emperador no dijo una palabra al principio. Mantuvo la quietud mientras nos observaba.

Finalmente habló con una voz grave.

—Lumen Astraë.

—¿Lumen Astraë? —repetí, incrédula. El colgante brilló en ese instante con más fuerza.

El Emperador no se inmutó. Ni siquiera pestañeó. Sin apartar sus ojos de mí dijo:

—La Luz ha despertado, aunque aún no recuerde.

Mi pecho se encogió.

—¿Quién… ¿Quién es usted? —pregunté dando dos pasos hacia delante con curiosidad, pero decidida. Si era como decían, el Emperador, espero que sea indulgente y sepa razonar.

Rion intentó detenerme agarrándome del brazo pero me solté de él.

El hombre descendió un escalón.

—Mi nombre es Rheon. Emperador de Elarion. Y tú… —se detuvo un instante, y su mirada brilló—. Eres la luz que ha despertado. El mundo te estaba esperando.

Rion se adelantó de inmediato y se puso delante de mí.

—Si piensa hacerle algo —su voz era baja, pero con aviso de amenaza—. tendrá que pasar por mí.

Rheon no se inmutó, respondió con calma, como si aquella amenaza no lo perturbara en lo más mínimo.

—No voy a herirla. Ni a ti tampoco. No sois prisioneros. Sois mis invitados —volvió a mirarme. Su tono se suavizó, cordial, en sus palabras había una calidez que antes no había notado—. Este palacio es vasto y sus muros seguros. Os ofrezco refugio, comida caliente, ropa limpia y una cama para descansar. Durante los próximos días, seréis mis huéspedes.

Sentí que el corazón me martilleaba con fuerza. No entendía del todo sus palabras, ni el brillo extraño de sus ojos al mirarme… pero lo cierto era que mi cuerpo, agotado, anhelaba justo eso en estos momentos.

Rion entrecerró los ojos, con esa forma suya de interrogar sin necesidad de levantar la voz.

—¿Por qué? —preguntó Rion.

—Digamos que Elarion se aprecia por su hospitalidad con los forasteros. Y vuestra presencia… ha llamado la atención —Rheon sonrió con esa calma que esconde más verdades de las que deja ver.

—¿Y después? —intervine. La curiosidad crecía en mí.

El Emperador se volvió hacia el vitral, donde la luz dorada y azul lo envolvía por completo.

—Después… —dijo el Emperador. Su voz resonó— sois totalmente libres. —asintió cerrando los ojos—. Me gustaría hablar con calma y explicaros mejor… Pero ahora, tomaros un descanso. —dijo mientras se giraba para volver al trono—. Más tarde os daré las respuestas que necesitáis.

El Emperador volvió a intervenir en ese silencio en el que Rion y yo nos mirábamos sin saber que hacer.

—Comed. Asearos y usad ropa limpia. Y no temáis. —sentenció.

Confundida volví a mirar a Rion, estaba serio, con el ceño fruncido; estaba claro que no confiaría tan fácilmente en el Emperador. Sostuvimos la mirada por un momento. Tenía mil preguntas y él también.

—Como esto no salga bien… —me susurró Rion.

Disimuladamente le di un codazo en las costillas, el que aguantó bien; pero también entendió.

—Tenéis todo el derecho a desconfiar. Y aun así estáis aquí, eso significa algo —Rheon sonrió con un gesto leve, miraba a mi acompañante percatándose de lo que podría estar pensando.

—Significa que nos detuvieron y arrastraron hasta aquí sin motivo. —replicó Rion con su tono más cortante—. No sabemos qué es lo que realmente quieres de ella. Ni de mí.

—No quiero nada. —dijo el Emperador apretando la mandíbula. Hubo silencio durante unos segundos—. No te pido fidelidad, confianza o fe. Solo tiempo.

Yo observaba detrás de Rion, callada, las palabras del Emperador calmaban la tensión que se palpaba. Lo que más me desconcertaba no eran sus respuestas, ni su título. Era su mirada. Había algo en la forma en que Rheon me miraba que me resultaba extrañamente familiar. No era una mirada que juzga, ni la de un extraño que vigila tus pasos, era otra cosa. Como si no estuviera examinándome, sino esperando.

—¿Y si decimos que no? —preguntó Rion sacudiéndome de mis pensamientos.

—Podéis marcharos al amanecer. —respondió Rheon con tono sereno—. Os daré provisiones, abrigo, incluso caballos. Nadie os impedirá cruzar las puertas. —Se detuvo apenas un segundo, y añadió—: Pero si os quedáis, os protegeré.

Bajé la vista al suelo. El cansancio de la travesía cayó sobre mí de golpe: el frío que me había calado hasta los huesos, la incertidumbre de no saber cómo regresar. Que hacía en este mundo. Todo regresó como una avalancha. Abuela…

Aunque Rion no quisiera, los dos sabíamos que el calor de aquella sala, la seguridad que desprendía con los guardias apostados en cada esquina y cada puerta, las murallas enormes que resguardaban los alrededores de palacio… nos ofrecía la posibilidad de dejar de correr, aunque sólo fuera por un momento.

—No parece que nos esté mintiendo. —le susurré a Rion—. Necesito respuestas, y tú también. —mi tono fue serio y directo—. Parece que él sabe más de mí que yo misma —señalé a Rheon disimuladamente con la cabeza.

—No te dejes engañar tan fácilmente. —Rion se cruzó de brazos.

—Pero... —insistí—. Está claro que sabe algo. De acuerdo, no sabemos qué es…, o lo que quiere; pero nos ha ofrecido algo que no teníamos. —mi voz se quebró—. Un lugar. Un respiro.

Rion no me contestó. Dirigió su mirada hacia el Emperador sin decir nada.

En ese momento recordé algo más, algo que no podía dejar pasar e intervine.

—Ya tenemos caballos. Y los quiero a ellos —Lo miré decidida—. Los Vaelryth que nos acompañaban —dije mirándole fijamente sin retroceder ni un paso, no podía perder esta oportunidad—. Gracias a su detención… —dije con ironía haciendo una pausa—. nuestros caballos se quedaron en la ciudad. —avancé varios pasos. Sabía que su mirada estaba clavada en mi espalda.

Rheon soltó una carcajada y asintió.

—Vuestros caballos están seguros. —contestó con calma y seguridad, no lo esperaba después de esa risotada—. No todos los días ves Vaelryth en Elarion. Pero no deberías preocuparte tanto, una vez un Vaelryth elige a su jinete, siempre sabrá donde está y lo

buscará —nos miró fijamente y alzó una ceja con una media sonrisa, pícara—. Cuando os aseéis y comáis, podéis ir a verlos.

—También puede ser una trampa —dijo Rion con frialdad. Me giré hacía el, haciéndole una mueca para que se callara.

Rion apretó su mandíbula, creo que no esperaba que me dirigiese de esas formas hacia él. Suspiré y di un paso acercándome.

—Sólo unos días —dije entre una súplica algo autoritaria, cargada de un cansancio que ya no podía ocultar—. No te pido que confíes en él. —respiré hondo—. Te pido una noche. Dormimos bajo techo, comemos, y mañana decidimos con la cabeza fría. Si algo no encaja, nos vamos.

Rion cerró los ojos un segundo. Su expresión seguía tensa, dura como siempre, pero en su mirada sabía que había cedido.

Acto seguido, la voz de Rheon, grave y firme resonó por toda la sala.

—Descansad esta noche; y si en la mañana seguís sintiendo que no pertenecéis aquí, yo mismo os abriré las puertas.

Hice una pequeña reverencia, de las que se hacían en mi ciudad, agradeciendo la invitación. Rion se había quedado como un palo tieso a mi lado. Alargué mi brazo derecho y tiré de su túnica, para que hiciera una reverencia pero se resistió.

—Aquí no nos inclinamos ante nadie que no tenga poder divino —dijo serio desde su altura—. Levanta.

—Pero… —señalé disimuladamente con la cabeza al Emperador.

No me dejó terminar, me agarró por la capucha de la capa y enderezó. Escuché una risa proveniente del trono.

—Tu amigo tiene razón. Solo los dioses y elegidos por poder divino con alma pura son dignos de recibir esa acción. Vivimos con honor y humildad —se levantó del trono y con un gesto de cabeza, un par de guardias se acercaron.

—Id, os llevaran a vuestras recámaras. —y el Emperador se inclinó ante nosotros.

CAPÍTULO 10
ISIL

El palacio central era vasto. Sin salir del edificio, recorrimos varios pasillos, desde los ventanales podía ver los espacios exteriores: con lagos y jardines. Pasillos que conectaban a otras estancias las cuales rodeaban el palacio. Vidrieras con tonos dorado, azulados y rojos reflejaban la luz sobre el suelo de mármol blanco. Lleno de vida, aunque desprendía una sensación de calma y seguridad.

Rion caminaba medio paso por delante, la tensión aún dibujada en cada línea de su cuerpo. No hablaba.

No presté mucha atención al recorrido ya que estaba maravillada de lo que estaba viendo fuera. Íbamos hacía lo que parecía el ala sur este, nos detuvimos frente a unas escaleras y subimos, dejando atrás los ventanales y las vistas. Llegamos a un piso amplio y techo alto con varios pasillos, los guardias tomaron el camino de la izquierda y nos paramos delante de una puerta alta de madera oscura, con símbolos plateados grabados en ella, que no conocía. Delante, bloqueando la entrada, se mantenía firme un guardia imperial. El guardia que nos escoltaba intercambió una mirada con él y asintió con la cabeza; este le devolvió el gesto, se giró y abrió la puerta.

Al entrar no esperaba un aposento tan amplio, aunque debo decir que sin ostentación.

Las paredes estaban cubiertas por paneles de madera con delicados dibujos de flores de almendro. Al fondo, una cama con dosel atrajo toda mi atención: las telas colgaban en tonos azules, blancos y plateados. Robusta, de madera grabada con símbolos plateados, descansaba sobre una alfombra. Las mantas de lino

blanco y seda marfil estaban bordadas con motivos que parecían constelaciones.

Una chimenea encendida llenaba la habitación con un calor envolvente. Sobre una mesa baja de madera negra pulida, una bandeja ofrecía pan dulce, frutas frescas y una jarra de agua; a un lado, un juego de té humeaba sobre un paño carmesí.

En una esquina, un arcón entreabierto mostraba prendas dobladas en tonos azul oscuro y una capa gris azulada colgada con cuidado. En una de las paredes, un mural pintado en la pared representaba un puerto luminoso: calles blancas y plateadas, edificios altos y finos, puentes de piedra clara, barcos anclados bajo un cielo sereno.

A la derecha, bajo una vitrina, una lámpara de aceite oscilaba con el viento, proyectando sombras que danzaban por la estancia.

Me quedé en el umbral, incapaz de avanzar de inmediato. Después de tantos días de frío, hambre y miedo, aquello parecía demasiado bueno. Pero sabía que era una tregua que me permitía aceptar sin bajar la guardia.

Entré despacio y el calor me envolvió, casi me abrumó. Me acerqué al escritorio y apoyé la mano, como si necesitara comprobar que todo era real.

Rion se había detenido en la entrada, observando con esa mezcla de vigilancia y desconfianza que lo definía.

—Solo unos días —le recordé en un susurro, como si las paredes pudieran escucharme.

Él asintió con un leve gesto y se marchó hacia su aposento. Cerré la puerta. Sentí cómo el cuerpo se me aflojaba, y la mente, al fin, se rendía al silencio. Estaba sola, pero no me sentía desprotegida.

Los aposentos de Rion

El guardia imperial me condujo hasta el final del pasillo.

Ella me había susurrado "solo unos días", y seguía golpeándome la cabeza con cada paso.

Al llegar, el guardia abrió la puerta y me indicó el paso. Dentro me esperaba una estancia casi idéntica a la que habían asignado a Isil. Crucé el umbral sin agradecer nada y, tras cerrarla con un golpe seco, dejé la espada sobre la mesa. Apoyé las manos en el acero y respiré hondo. Todo lo que había ocurrido desde Valdrim se acumulaba en mi pecho como un peso imposible de soltar: el ataque de los bandidos, la marca ardiendo en mi piel, el colgante de Isil brillando a la par… y ahora esto. El Emperador.

Rheon.

Un hombre que parecía saber demasiado.

Me pasé una mano por la cara, apretando los ojos. No podía permitirme descansar. No podía confiar en sus promesas, ni en su tono amable, ni siquiera en estos muros.

Isil sí lo necesitaba. Solo unos días, había dicho. Y yo había aceptado.

Me dejé caer en la silla junto a la chimenea, mirando el fuego crepitar. No tenía solución inmediata. Ni planes claros. Pero una cosa sí sabía: si intentaban tocarla, si todo esto era una trampa, no me quedaría quieto.

No importaba si éramos huéspedes o prisioneros. Mi deber estaba claro. Y aunque las paredes parecieran seguras, dormí esa noche con la espada apoyada contra la pierna y la mano sobre la empuñadura.

CAPÍTULO 11
ISIL

El sol entraba filtrado por las altas ventanas del comedor. La mesa era larga, pero solamente tres lugares estaban ocupados. No había exceso de vajilla ni adornos innecesarios: un mantel blanco, pan recién horneado, frutas cortadas con precisión y jarras con infusiones aromáticas que llenaban el aire de un aroma acogedor.

Rion comía en silencio, con la mirada yendo entre el plato y el Emperador. Con esa incomodidad de quien comparte el desayuno con un hombre capaz de decidir tu destino con una palabra.

Sorbía el té con cuidado, intentando imitar la calma de la sala. La espalda recta, los hombros menos tensos que la noche anterior.

Rheon comía con la elegancia de quien no necesita demostrar poder. Cada movimiento era medido y tranquilo, como si nada pudiera alterarlo.

—Espero que hayáis descansado bien. —dijo mientras subía la cabeza y nos miraba.

Dejé la taza sobre el plato.

—Gracias por la hospitalidad. —incliné ligeramente la cabeza.

—Los muros de este lugar tienen vida y escuchan —dijo con media sonrisa— A veces saben cuándo una presencia nueva no es una amenaza.

Rion levantó la vista, con esa chispa que anunciaba que no iba a dejar pasar las palabras sin más.

—¿Y otras veces? —pregunté con curiosidad.

Me tensé un poco, la taza entre mis dedos todavía tibia, esperando la respuesta de Rheon, como si lo que dijera en ese instante pudiera decidir si de verdad estábamos a salvo… o no.

—Otras veces… lo saben también. Si hubiera una amenaza actuamos en consecuencia. No hay de que preocuparse, y por supuesto, vosotros no sois ninguna amenaza.

El silencio se instaló en la mesa. Partí un trozo de pan y el crujido me pareció demasiado alto en aquel ambiente. Nadie más habló, seguimos con nuestro desayuno. La mermelada que probé tenía un sabor que no podía describir: dulce, suave, reconfortante. Como si estuviera hecha para recordarme que aún podía existir algo sencillo y delicioso en medio de todo esta incertidumbre.

Miré hacia el ventanal, donde la luz bañaba los muros.

—Este lugar…Hay algo que me atrae—murmuré.

Sentí la mirada de Rheon sobre mí.

—La luz tiende a reconocer lo que es suyo —dijo en voz baja, como si esa verdad no fuera únicamente para mí.

No pude evitar sonreír, con la taza tibia entre las manos. No imponía. Aun así, todo parecía girar a su alrededor. Era evidente que sabía manejar el silencio mejor que muchos.

Rion se acabó el último trozo de pan y bebió de su copa de agua dejándola en la mesa fuertemente.

Rheon se volvió hacia él sin arrogancia.

—Rion, no gastes fuerza luchando contra sombras que no existen. Hay batallas que sólo se ganan cuando uno elige bajar el arma —dijo con una calma que, lejos de sonar superior, parecía un recordatorio antiguo.

Hubo una tensión breve, tan ligera como un hilo a punto de romperse. La corté con una sonrisa nerviosa.

—Rion no se fía ni del sol cuando brilla —dije recostándome en la silla. Él me miró de reojo, serio.

Rheon observó el cruce en silencio. No intervino. Bajó la vista a su taza y dejó que el momento pasara. Después habló con su voz firme y serena:

—No os pido que confiéis. Aprovechad estos días para descansar. —se levantó y camino hasta el vitral de la izquierda, se paró unos segundos a observar y volvió a dirigirse hacia nosotros que lo mirábamos desde nuestros asientos—. Siglos han pasado y muchos pueblos dejaron de venerar a Dioses y antiguas historias. —caminó

lentamente hacía nosotros mientras seguía hablando— Canciones que hablaban de un Portador de la Estrella Eterna, de Protectores, batallas y uniones en juramento de las regiones de Aeloria. La mayoría se convirtieron en mito, y otras se olvidaron. Códices y pergaminos con fragmentos del pasado se conservan bajo custodia en grandes archivos. —me miró a los ojos— El mundo necesita recordar.

Le miré a los ojos intentando descifrar lo que realmente quería decirme, pero no conseguí ningún resultado. Los sirvientes entraron a la sala para retirar los platos. Sus palabras me atravesaron. Estaba cansada de rodeos, de medias indescifrables, de sentir que todos sabían algo menos yo. Dejé la taza sobre la mesa con un golpe suave, pero firme, que hizo vibrar la porcelana.

—Ya basta de hablar de dioses y mitos, ¿qué significa todo esto? —dije poniéndome de pie.

Rheon me sostuvo la mirada.

—¿Qué es lo que sabe? —continué con las preguntas, parecía desesperada pero era una oportunidad de poder sacar más información—. ¿Qué es lo que el mundo necesita recordar? ¿Qué es la luz?

Sentí a Rion tensarse a mi lado.

El Emperador no sonrió esta vez, sus labios permanecieron serios, su mirada seguía fija en mí.

—Querida, ni siquiera yo lo sé todo. Todo llega a su debido tiempo. —respondió con un tono tan sereno que me enfureció.

Sentí la tensión subir por mis brazos, pero no dejé que se notara, respiré hondo, necesitaba saber más, necesitaba volver a Eldara. Me aferré a la mesa apretándola por debajo

—Al menos, dime… —le supliqué entre dientes—… ¿por qué yo?

Rheon no parpadeó. Había algo en sus ojos, un dolor que no alcanzaba a comprender.

—Eres parte de nosotros. Tú, Isil, llevas en tu cuello la estrella Lumen Astraë, un colgante para canalizar la luz y el poder divino de los protectores —dijo al fin, su voz sonó seria.

Eres parte de nosotros.

La frase rebotó en mi mente, una y otra vez. *Parte de ellos. ¿Qué significaba eso? ¿Desde cuándo pertenecía a algo que estaba en otro mundo?*

Tragué saliva, miré a Rheon buscando una grieta en su expresión, una duda que me dijera que quizá había exagerado, pero nada.

Rheon se acercó despacio.

—Y ahora, basta por hoy. —Su tono cambió, volviéndose más liviano—. No es con palabras como encontrarás lo que buscas, sino con el tiempo. —Alzó la mano zanjando el tema con la misma calma con que lo había abierto—Haced lo que deseéis. El palacio es vuestro por ahora.

Rion se levantó y se acercó al Emperador.

—Esta noche me iré del palacio por unos días.

Lo miré confundida.

—¿A dónde? Acabamos de llegar. —dije dirigiéndome hacia los dos hombres.

—A casa. —contestó—. Necesito avisar a mi familia.

Habló sin énfasis.

—Pero…— me quedé quieta y el pecho se me encogió, los dedos cerrándose sobre la tela de la capa sin darme cuenta.

—También tengo que informar sobre la misión que estaba llevando a cabo —añadió mirándome brevemente.

Agaché la cabeza, asintiendo. Pero mi corazón se encogía.

Intenté recomponer el rostro, pero la mirada de Rion me hizo entender, que ya se había percatado.

—Sólo necesito unos días. —apoyó su mano en mi hombro.

Abrí la boca y la cerré al instante. Bajé la vista y asentí.

No tenía derecho a pedirle nada.

Aunque hayamos pasado estos días juntos y compartido todo … No éramos absolutamente nada.

—Me parece justo —intervino Rheon sacándome de mis pensamientos.

Rion inclinó la cabeza en una reverencia breve de despedida.

—Iré a prepararlo todo. —se retiró del comedor sin más palabras.

Rheon tomó una fruta del cuenco central, la sostuvo entre sus dedos, girándola.

—A veces la distancia es necesaria para entender quiénes somos cuando alguien ya no está.

—Supongo que tienes razón.

Rheon sonrió y apoyó su mano sobre mi cabeza.

—Él volverá Isil —dejó la fruta sobre la mesa y agarró mi mano—. Quiero mostrarte algo… Si estás dispuesta.

No sabía si debía confiar en él, pero tampoco iba a quedarme quieta esperando respuestas que no llegarían solas. Me levanté y lo seguí por los pasillos del palacio hasta llegar a la sala del trono.

Allí se detuvo, frente a los escalones que ascendían hasta el asiento imperial. Me quedé en el umbral, sin atreverme a dar un paso.

—acompáñame —su tono parecía una petición.

Asentí y avancé con el corazón acelerado hasta donde estaba él. Subimos juntos los peldaños y rodeamos el trono.

—Majestad, no creo que esto… —alcancé a decir con la voz temblorosa.

Rheon apoyó una mano en la pared que se alzaba tras el asiento, y de inmediato la piedra se movió. Una puerta secreta se abrió con un pequeño estruendo.

—No te preocupes, Isil —dijo girándose—. Aquí encontrarás algunas respuestas.

Me quedé helada.

—¿Cómo…? —balbuceé, con los ojos muy abiertos.

Él extendió una mano hacia mí.

—Ven.

No esperé a que insistiera. Crucé primero el umbral. Era estrecho, apenas lo suficiente para que dos personas caminaran hombro con hombro. Avanzamos unos metros en silencio, hasta llegar a una escalera en espiral que descendía dos pisos hacia abajo. Las paredes estaban cubiertas de símbolos que no reconocía, grabados en la piedra.

Me detuve pasando los dedos por uno de ellos, y un ligero cosquilleo recorrió la yema de mis dedos, era como si la runa respondiera a mi contacto.

—Esto… —susurré.

—Runas —respondió Rheon, observándome de reojo—. En Aeloria existen runas antiguas. Algunas contienen poder. Otras lo otorgan.

—¿Runas mágicas? —pregunté, la voz baja, con un eco de asombro—. ¿Cómo en Glaciaris?

—Así las llaman algunos —dijo con una sonrisa suave y continuó explicando—. Pero la verdad es que hay distintos tipos de runas. Las más antiguas fueron grabadas incluso antes de que los primeros habitantes caminaran sobre estas tierras. Nadie sabe quién, ni cómo se forjaron; pero todavía responden. —seguimos caminando, dejando atrás la puerta y el trono—. Otras son para rituales, creadas por sabios y las primeras generaciones para contener poder, guiarlo o sellarlo. Y luego están las que la gente común usa, también creadas hace tiempo pero son runas de cada región, usadas en casas, ropas o armas, usadas para proteger y facilitar la vida de sus pueblos. Glaciaris, Sylvo y Nymeris son la cuna de las runas.

Me quedé observando aquellas formas que parecían palpitar en la piedra. Sí que es verdad que algunas eran diferentes de las que había visto en Valdrim.

—¿Y… las marcas? —pregunté, con un hilo de voz. Miré mi muñeca y ahí estaba la extraña marca con la misma forma que el colgante que había aparecido cuando se me iluminó en casa. Tatuada en un blanco hielo transparente.

—Las marcas aparecen cuando el mundo lo necesita. —se giró para mirarme—. Los que tengan el alma más pura nacerán con el vínculo directo a los dioses.

—El alma más pura… —mascullé. Rheon no contestó.

Seguimos bajando hasta llegar al final, en el que se abría a un descansillo y varias bifurcaciones; únicamente una de ellas, parecía respirar magia, y hacia allí nos dirigimos.

Nos detuvimos frente a una puerta doble, blanca, antigua. Los muros esculpidos que se situaban a ambos lados estaban surcados de runas que brillaban con luz tenue.

En el centro de la puerta, grabada con una precisión exquisita, estaba la misma estrella de seis puntas que el colgante y mi marca.

Rodeándola, seis símbolos, cada uno irradiando luz. Al observarlos más detenidamente, reconocí uno de los símbolos. Era el de Rion.

La estrella comenzó a brillar.

—¿Qué es esto? —susurré, con pasos cautelosos hasta quedar frente a la puerta.

Rheon se detuvo a mi lado.

—Una de las runas más antiguas. Grabadas hace milenios.

La estrella me tenía cautivada, desde que había empezado a brillar sentía como me atraía hacía ella. Estiré mi brazo y la toqué con la yema de los dedos. Una brisa cálida me recorrió desde la mano hasta la nuca. El Lumen Astraë empezó a titilar y la puerta se abrió sin resistencia.

Rheon dio un paso al interior y lo seguí cruzando el umbral con una sensación extraña en el pecho.

Al entrar, la puerta se cerró tras nosotros. Un corredor de mármol blanco hasta llegar a la sala y el silencio, tan perfecto que escuchaba mi propia respiración. Me detuve en el centro.

Una sala circular, se desplegaba ante mí. Todo era simetría, orden. En el suelo, la misma estrella que colgaba en mi pecho y brillaba en mi muñeca. En una de las paredes, la estrella aparecía de nuevo en relieve, majestuosa, rodeada por los seis símbolos que había visto antes. Cada trazo estaba tallado con un cuidado.

—¿Esto es…? —pregunté sin atreverme a mirarlo—. ¿Qué significa todo esto, Rheon?

Se acercó hasta donde me encontraba de pie.

—Muchos han entrado aquí. Sabios. Guerreros… La sala siempre ha permanecido en silencio… a menos que quién cruce ese umbral sea la Luz Eterna.

—¿La Luz Eterna? —lo miré sin entender nada.

Rheon sostuvo mi mirada con calma.

—El Portador del Lumen Astraë. La Luz será llamada por necesidad, vendrá cuando la tierra perciba que la oscuridad está resurgiendo. Los seis protectores deberán ser reunidos.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire como un trueno que no termina de estallar.

Me quedé allí, en medio de aquella sala, rodeada de símbolos.

—¿La luz, los protectores? ¿Deberán ser reunidos? —murmuré, con la voz atrapada en la garganta.

Él frunció el ceño y comenzó a caminar en círculos, con los brazos cruzados a la espalda, como si buscara las palabras exactas. Su mirada volvió a la gran estrella tallada en el muro. Una de las runas a su alrededor seguía brillando, débilmente, como un corazón que latía solo para mí

—Majestad… —esta vez mi voz no tembló—. Explíqueme. Desde el principio. Por favor.

Rheon me observó con respeto. Asintió con lentitud y se acercó, aunque no demasiado, dejando espacio entre nosotros.

—Hace milenios, los Cuatro Guardianes Eternos dieron forma a este mundo. De su voluntad nacieron seis Dioses, y con ellos, los principios que sostienen la vida: Fuego, Viento, Hielo, Sombra, Vida y Éter. —explicó mientras señalaba los símbolos.

Mi cabeza seguía procesando todo lo que me estaba contando de este nuevo mundo.

Él siguió.

—Pero incluso entre los Guardianes hubo dudas. Y uno… se corrompió, muchos no recuerdan su nombre, y ahora lo llaman El Olvidado. El que buscó poder por su ambición, corrompido por su sed de reconocimiento ante el nuevo mundo.

Al decirlo, el aire pareció tensarse.

—Fue entonces —continuó—cuando los tres Guardianes y los Dioses crearon dos colgantes gemelos. Lumen Astraë y Umbra Luxor.

Hizo una breve pausa, dejando que los nombres se asentaran.

—Y también los Protectores.

Se detuvo frente a mí.

Rheon alzó la mirada y, con un leve gesto de cabeza, señaló el colgante que llevaba al cuello.

—El Lumen Astraë fue hecho para canalizar el poder de los seis dioses a través de los Protectores —inspiró hondo. Por primera vez, su voz vaciló apenas un matiz—. Alguien elegido más allá del tiempo pudiera reunirlos, canalizar ese poder…

¿Canalizar ese poder?

Vinieron a mi mente el escudo de luz que se formó contra el ser oscuro que nos atacó, y en como un rayo de luz lo atravesó.

Pero necesitaba entender más… Si esa es la función de la estrella que llego colgada…

—¿Y el Umbra Luxor? —interrumpí.

—Se creó para encerrar a Veskar.

El silencio que siguió fue tan denso que casi me ahogaba.

Tragué saliva. Estaba confundida con tanta información que ni comprendía.

—Muy bien, pero… ¿y qué pinto yo en todo esto?

Rheon se giró y miró la estrella de seis puntas que estaba grabada en la pared.

—Tú eres la Portadora. La única capaz de contener la luz de los seis —añadió con una suavidad inesperada—. Tu llegada a Aeloria nos confirma que la oscuridad se está moviendo de nuevo.

—No me siento preparada.

Mi corazón golpeaba con fuerza contra mi pecho, como si quisiera escapar.

—No necesitas entenderlo todo hoy —dijo mirándome con una sonrisa leve y poniéndome una mano en el hombro.

Levanté los ojos hacia él, con la vista nublada por las lágrimas que luchaban por no caer.

—¿Y si no puedo hacerlo? —respondí nerviosa.

Rheon ladeó ligeramente la cabeza y retiró su mano.

—Sí que puedes. Y no lo harás sola.

Apreté los puños inconscientemente y tragué saliva.

Rheon se giró y señalo los símbolos con la cabeza.

—Seis Protectores. Uno por cada dios.

—¿Protectores?

Me acerqué hasta donde estaba. Aunque mis manos temblaran, avancé con decisión.

—Son los protectores de la Portadora del Lumen Astraë. Están despertando. El mundo empieza a recordar.

Inspiré hondo y solté el aire despacio, obligando a mi cuerpo a acompasarse. Me sequé las manos contra la tela del vestido y di un paso atrás, recuperando espacio. Necesitaba tiempo para ordenar las piezas

—¿Puedo volver a venir a la sala? —pregunté.

—Puedes volver cuando quieras —respondió Rheon—. Solo ten cuidado con lo que preguntas.

Miro la gran piedra que sobresalía.

Rheon volvió a hablar rompiendo mis pensamientos.

—Lo que debes hacer ahora es reunir a los seis protectores. Sólo así, tendremos alguna posibilidad.

Lo miré con los ojos muy abiertos ¿Dónde iba a buscarlos? Una parte de mí quería gritarle que no me dejara con medias explicaciones, que me dijera cómo, dónde, por qué.

Pero él ya se encaminaba hacia la puerta.

—Descansa, Isil —añadió—. Mañana… será otro día.

Volvimos tras nuestros pasos, hasta la pared tras el trono, la puerta de piedra se abrió con un leve temblor. El aire fresco al salir me golpeó en la cara.

Salimos sin cruzar palabras.

—Ya es suficiente por ahora. No intentes cargar con todo en un solo día.

Sólo asentí, y giré sobre mi para salir de la sala del trono.

—Descansa, Portadora. —fue lo último que escuché.

Caminaba por el pasillo dirección a mi habitación, y sus palabras me seguían como una sombra:

Reunir a los seis protectores.

Ese día, después de comer, Rion me encontró en el invernadero del ala oeste. Estaba de pie junto a una ventana, el cristal empañado difuminaba los rayos del sol y le daba al lugar un aire mágico. No me volví. No necesitaba hacerlo. Sabía que era él.

Se detuvo a pocos pasos de mí. No dijo nada, solo se quedó allí, como siempre hacía.

—Ten cuidado. —dije rompiendo el silencio.

—Sí. —susurró.

Solté un suspiro, sin atreverme a mirarlo aún.

—Tu familia…

Escuché cómo inspiraba.

—Hace demasiado que no saben de mí. No puedo quedarme aquí fingiendo calma si no sé si están bien. —dijo.

Al fin, me di la vuelta hacia él. Lo observé como si lo viera por primera vez.

—No necesitas justificarte conmigo, la familia es lo primero.

Bajó la mirada, mordiéndose el labio, serio.

—Volveré —dijo, avanzando hasta quedar frente a mí. Su voz no tembló—. No podría soportar no estar cerca si algo te pasa.

Nuestras miradas se encontraron, durante un momento sentí una corriente que nos unía. Sentí un ligero tirón en mi mente, y como si escuchara voces una frase resonó:

No te dejaré.

. Las luces parecieron atenuarse, parpadeé varias veces tras lo que acababa de "escuchar".

¿Qué había sido eso? ¿Lo había pensado yo? Pero… ¿Por qué tenía la voz de Rion?

Rion carraspeó y desvió la mirada asintiendo despacio.

—Lo prometo.

CAPÍTULO 12
ISIL

Tres días después.

La ausencia de Rion se había instalado en mi pecho como un vacío constante, y cuanto más intentaba ignorarlo, más presente se hacía.

El día estaba gris, cubierto por una niebla ligera.

—Tres días en este palacio… ¿Qué más me deparas? —le susurré al colgante, como si pudiera escucharme.

Estaba en a la Sala de las Estrellas, había vuelto buscando un refugio.

Aquel lugar siempre parecía existir fuera del tiempo, ajeno al murmullo del palacio y a las miradas curiosas que me seguían en otros pasillos.

Me senté en el banco de piedra observando la sala y sus grabados en silencio.

Mis pensamientos eran un mar revuelto.

Eldara. Mi abuela. La llegada a este mundo. Todo lo que había vivido en Glaciaris. Rion. Elarion. Todo lo que el Rheon me había contado… y todo lo que aún no me había dicho.

Me froté la cara para disipar los recuerdos y suspiré expulsando la opresión que sentía en el pecho y volví a inhalar aire lentamente llenando mis pulmones y bajando mis pulsaciones para calmarme.

La Runa del fuego titiló…

Rion.

Lo echaba de menos a, más de lo que quería admitir. ¿Volverá?

Claro que sí, lo había prometido.

Pero las promesas a veces no bastan. Pero quería confirmar que su palabra valía.

—No pensé encontraros aquí —una voz profunda hizo que saltara de mi asiento sobresaltada con la mano en el pecho.

Rheon.

Vestía una túnica abierta por el cuello y el cabello un poco desordenado, como si no hubiera dormido bien en días. No parecía un Emperador, sino un hombre común, cansado.

—¿Qué haces aquí? —preguntó acercándose donde me encontraba.

Bajé la vista recuperando el aliento y la compostura.

—Sólo necesitaba… respirar. —volví a sentarme, miré alrededor de la sala y después a él.

No respondió enseguida. Se sentó a mi lado, dejando una distancia prudente.

—El silencio es valioso cuando hay mucho ruido. —alzó su vista al techo y con nostalgia en su voz añadió—: Unos lo buscan y otros huyen de él.

Lo miré de soslayo.

—¿Qué queréis decir?

—A veces, también vengo aquí para huir del ruido —se levantó y me tendió la mano. Su voz sonaba sincera, desarmada—. A buscar algo que ya no está.

Lo vi casi abatido, como si su fuerza no fuera tan inquebrantable como parecía.

—¿Desde cuándo estáis así? —pregunté sin pensarlo.

Esbozó una sonrisa amarga.

—Desde que llegaste.

El corazón me dio un vuelco, mi cara tradujo mi preocupación y Rheon lo notó.

—No por ti. —se apresuró a decir— Sino por lo que despiertas. —

Su mirada, era como si transmitiera la sabiduría de un ser antiguo.

—He sentido cosas que no comprendo —dijo frotándose la nuca.

—¿Y creéis que tiene que ver conmigo? —pregunté.

Enderecé los hombros y le mantuve la mirada.

—No hay otra explicación —dijo alzando la vista y negando con la cabeza.

—Pero yo no he decido esto, lo que quiero es volver —negué con la cabeza apretando los puños.

—Lo sé. Y no pienso exigirte que hagas algo que no pediste. —Su mirada se mantuvo firme, limpia—. Pero hay realidades que no dependen de tu voluntad ni de la mía.

Algo dentro de mí se encogió al escucharlo. Que el Lumen Astraë "me hubiera elegido" sonaba… desproporcionado. Ajeno. Como si estuvieran hablando de otra persona. Respiré hondo porque no se me ocurrió otra cosa para no perder el equilibrio.

Rheon desvió la mirada un instante, como si buscara en la quietud del salón las palabras precisas.

—Sobre cómo volver… —retomó con un tono más grave, meditativo—. Lo investigaré. No daré por sentado que no existe un camino de regreso. Pero si el Lumen Astraë te trajo aquí, y lo hizo en ese preciso momento, no fue por accidente ni por un capricho del destino.

Se acercó un paso, sin invadir.

—Para deshacer un llamado tan antiguo, hará falta comprenderlo primero. Puede que requiera un poder equivalente… —Su expresión se volvió más seria, su mano se fue al mentón y su ceño se frunció, pensativo—. Tendremos que estudiar los registros.

—No te prometo respuestas inmediatas. Pero sí te prometo que no lo dejaré sin investigar. No mientras exista una posibilidad, por mínima que sea.

—Está bien. —no estaba para nada convencida, al revés, mi incertidumbre creció, nadie sabía cómo volver, ni siquiera el Emperador. Oculté mis emociones y fingí una sonrisa de consuelo.

Rheon se inclinó despidiéndose, lo observé alejarse hasta la puerta

—Luego nos vemos Isil.

Su figura perdiéndose entre las sombras y la luz tenue de las runas.

Por la tarde regresaba del jardín interior cuando lo sentí: un escalofrío en la espalda hizo que me detuviese en mitad del corredor. Tuve que apoyarme en la barandilla. Justo en el instante en que las puertas principales del palacio se abrieron con un crujido grave. Respiré hondo y enfoqué la vista al centro.

Allí estaba él.

Rion.

La capa oscura descansaba sobre sus hombros llena de polvo, la mirada cansada y el barro del camino aún pegado a las botas. Pero sus ojos… sus ojos me buscaron primero. Y cuando me encontraron, todo lo demás dejó de existir.

No corrí hacia él.

No lo llamé.

Pero aun así, todo mi cuerpo gritaba su nombre. Apreté la barandilla hasta que los dedos se pusieron blancos.

Rion bajó de Dravenor y le acarició el cuello, para así darle las riendas a uno de los guardias.

Avanzó hacia mí, seguro, como si acabara de volver de una guerra.

La luz del atardecer se enganchó en las hebillas de su cinturón. La línea de su mandíbula se pronunciaba bajo el contraste, y fue ridículo lo consciente que me volví de la forma en que se movían sus hombros bajo la tela, su espalda recta y ancha.

Al mismo tiempo, me di cuenta de lo que traía encima: polvo, barro y cansancio.

Se detuvo a dos pasos de mí.

—He vuelto —dijo.

Apreté los labios. Di un paso. Me detuve. Y sin poder contenerme, lo abracé.

—Pensé que tardarías más —dije con media cara pegada a su pecho.

Él se quedó paralizado, pero sentí el momento justo en el que se relajó y soltó un suspiro con una risa cortada.

—Pensé lo mismo. Pero… Había algo que no me dejaba quedarme por mucho tiempo. —alzó su mano y acarició mi cabeza.

—¿Tu familia… cómo está? —dije por fin mirándole.

—Bien. Les dije que estaba protegiendo algo importante.

Nuestras miradas se encontraron y el mundo pareció estrecharse a ese instante. No hizo falta hablar. Entre nosotros se acumulaban cosas que no se decían, palabras no pronunciadas que pesaban más que cualquier confesión.

—No sé si estoy haciendo lo correcto. —dijo— Pero sé que no podría estar en otro sitio. —se acercó de nuevo y deslizó su mano por mi mejilla.

Hubo un silencio largo. Me limité a sujetar su mano que caía por mi mejilla

—Me alegra que estés aquí. —sonreí.

—A mí también. —bajó la voz y preguntó— ¿Todo está en calma?

Negué despacio, sintiendo cómo el peso de esos días regresaba a mi pecho.

—Desde que te fuiste… nada ha vuelto a estarlo.

CAPÍTULO 13
AIDAN STORMRIDER: EL VIENTO

Cumbres de Aerthyn - Vahiroth. Hace dos semanas. Llegada de Isil.

Aidan estaba de pie sobre una de las cimas más altas de Aelinthar, en las Cumbres de Aerthyn, con el bastón apoyado en la roca y el cabello ondeando por la brisa. No hacía falta que hablara. El viento ya lo había encontrado.

Cerró los ojos. Respiró despacio y el aire le habló, no con palabras, sino con sensaciones antiguas: el olor de una tormenta, el sonido de un mar que había visto nacer imperios y sepultar ciudades.

Más de trecientos años; y aún seguía allí.

El mundo cambiaba, pero el viento seguía contándole las mismas historias. Algunas eran susurros de los vivos; otras, lamentos de quienes hacía tiempo se habían callado.

Esa mañana, la brisa traía algo distinto: Primero, fue un cambio de temperatura en el viento; después, susurros agudos, un sonido que no venía de la tierra ni del cielo.

Aidan giró el rostro hacia el este para analizar las corrientes de aire que se agitaban, formando torbellinos. El bastón se agitó entre sus manos.

Aidan levantó la mirada, el sol aún estaba bajo, pero una línea de luz dorada cruzó el horizonte.

Lo sintió. Una llamada, una vibración en su ser.

—¿Ahora sí? —preguntó al aire.

El viento respondió levantando su capa, recorriéndolo de arriba abajo en espiral. Traía noticias: La Luz Eterna había despertado. La estrella había vuelto a brillar en otro mundo.

Aidan cerró los ojos, dejando que el aire hablara en su lenguaje antiguo.

El viento no mentía. Jamás lo hacía.

—Así que ha comenzado. —murmuró, abriendo los ojos.

Se inclinó y tocó el suelo con la palma. La tierra estaba caliente, inusual para esa estación.

El viento se arremolinó a su alrededor, como si lo reconociera.

—¿Dónde? —preguntó en voz baja.

La brisa respondió con un movimiento rápido hacia el norte, hacia las tierras donde el fuego aún dormía.

Elarion.

Ante él, Aelinthar se extendía como un océano de prados y colinas verdes. Aidan se montó en su caballo, le acarició el cuello y lo espoleó suavemente.

—Tenemos un largo camino.

El caballo respondió con un relincho bajo y ambos comenzaron el descenso.

El viento se levantó, como si el mundo entero se moviera para abrirles paso.

—Vamos—dijo con suavidad.

Partió sin descanso. Cruzó los pasos montañosos, descendió a los valles y cabalgó sin mirar atrás.

Cinco días le llevó. Apenas se detenía para dormir o comer; solo lo justo para que Narel, su caballo, descansara.

Durante los dos primeros días, el camino se mostró generoso y compasivo. Los valles eran verdes, las colinas suaves, y el aire olía a hierba húmeda y piedra. Aidan no necesitaba mapas: el viento lo guiaba.

Cabalgaba con la seguridad de quien lleva siglos recorriendo los mismos senderos, aunque algo en el aire había cambiado.

El tercer día, cuando la luz del amanecer se filtraba entre la bruma, divisó una columna de humo en la distancia.

Se acercó en silencio.

Una carreta volcada, restos de una emboscada. Tres figuras encapuchadas registraban los cuerpos, buscando objetos de valor.

Aidan detuvo el caballo. No desenvainó su espada oculta entre su capa; con el bastón sería suficiente si algo pasaba.

—Apartaos. Ni los muertos tienen paz últimamente.

Los encapuchados sorprendidos, alzaron sus cabezas y desenvainaron sus dagas.

—Largo de aquí si no quieres que te robemos a ti también después de acabar contigo. —dijo uno de ellos.

Aidan no dijo nada más, el viento se arremolinó a su alrededor, esperando las órdenes. Aidan silbó, el sonido fue corto y seco. El viento reaccionó levantando polvo y hojas. Las figuras se giraron, desconcertadas.

Con un movimiento sutil de manos, volvió a dirigir el viento hacia ellos, una ráfaga que los derribó. Se levantaron y huyeron, aterrados.

No era la primera vez que veía algo así. Desde hacía meses, los caminos se habían vuelto peligrosos. Bandidos, sí… pero también algo más.

Llegaban rumores de las tierras del oeste.

Voces hablaban de sombras que se movían al caer la noche, de aldeanos que desaparecían sin rastro, de criaturas que dejaban marcas quemadas en la tierra.

Aidan había escuchado esos ecos antes.

Sabía lo que significaban.

Al fin, llegó a los bordes de Elarion. Descendió por un sendero de tierra clara. El viento le acarició el rostro.

Una llama que despierta… y una luz que aún no se reconoce.

Dijo para sí mismo.

Siguió en su montura en la noche cubierta de estrellas, que asomaban tímidas en el horizonte. No se detuvo.

—Ojalá el viento tenga razón. Y si no la tiene… que al menos nos lleve juntos hasta el final.

CAPÍTULO 14
ISIL

Cruzamos los pasillos hasta la Sala del Trono. Rheon nos había hecho llamar.

Al entrar lo vi sentado en su trono. Su porte no era altivo, sino serio, pensativo.

—Majestad. —rompió el silencio Rion.

Rheon levantó la cabeza y nos miró con amabilidad. Incluso soltó una breve risa.

—Un placer verte de nuevo. —su mirada fue directa a Rion—. Algo debe ser dicho, por eso os hice llamar. No se guardarán secretos a los Protectores si eso perjudica la seguridad de la Luz Eterna. —dijo serio. En el momento que dijo esas dos últimas palabras, dirigió su mirada hacia mí.

Asentí despacio, confirmando sus palabras. Vi cómo Rion me miraba y fruncía el ceño, extrañado.

—Ahora mismo —continuó el Emperador alzando un poco más la voz— sabe parcialmente lo que está pasando con ella y con Aeloria. Aunque aún no lo entienda. —Dijo Rheon mirando a Rion—. Ahora, te toca a ti, Protector de la Llama.

Rion retrocedió un paso, sorprendido.

—No hagas como que no lo sabes, Rion Caerys. Tu marca está activa. —Rheon señaló con la cabeza su hombro derecho.

Rion bajó la mirada y chasqueó la lengua antes de esbozar una sonrisa que no reconocí. Luego avanzó un paso, con la voz firme.

—Así es, Majestad.

Lo intuía desde antes: la luz en su hombro, el símbolo encendiéndose bajo su piel, la misma marca grabada en la puerta

antigua bajo la sala… todo apuntaba a esto. Pero escucharlo de su propia boca me dejó un nudo extraño en el pecho

—¿Cómo? —mi voz se quebró al subir de tono. Posiblemente el ya supiera algo, y ese pensamiento se me cruzó por mi mente—. ¿Sabes todo lo que está pasando… y no me dijiste nada? ¿Sabes lo mal que estoy por no poder regresar a mi mundo?

Rion se giró hacia mí. No había enfado en su mirada. Había culpa.

—No lo sabía del todo —respondió con voz grave y baja—. Cuando te encontré, fue cuando se activó… Ya hablamos sobre leyendas y cuentos. Era una profecía. No podía ser cierto.

Sentí que la sangre me golpeaba en los oídos.

—¡Pero lo sabías! —di un paso hacia él, llena de furia—. ¡Sabías que podrías ser un Protector y yo La Portadora! Podías habérmelo dicho cuando volviste…—y en ese momento, até todo—. Por eso decidiste protegerme…—sentí como si me clavaran millones de agujas en el corazón.

Vi en sus ojos como también él se rompía un poco.

Rheon desde su trono seguía observándonos en silencio, como una sombra enorme.

—No es tan fácil, Isil. —Rion apretó los puños y la mandíbula.

Di un paso más hacia él. No grité.

—No vuelvas a decidir por mí —dije—. Ni hoy ni nunca.

—No quise cargar con esto. Crecer con miedo de ser diferente… ya lo era incluso de niño. Ser algo que ni tú mismo comprendes. —dijo con un tono de voz más alto, se frotó el entrecejo y suspiró—. Cuando te conocí, y sentí cómo la marca despertaba, quise averiguarlo. Por eso me fui. Ni siquiera ahora sé cómo controlar este poder…

Mi respiración era lo único que escuchaba. Y en ese instante, no supe si quería abrazarlo o gritarle hasta romperme la voz.

Rheon se levantó lentamente de su asiento. Caminó hasta situarse entre ambos, su capa oscura rozando el suelo. Se detuvo y colocó una mano en mi hombro y la otra en el de Rion. Nos miró con calma, como si esa simple acción fuera un ancla en medio del caos.

—No estáis solos. Ninguno de los dos. —Su voz era firme y cercana—. Aeloria os necesita juntos —sentenció el Emperador.

Rion me miró de nuevo y asentimos.

Rheon carraspeó.

—Lo que está despertando es un llamado antiguo, tejido mucho antes de que cualquiera de nosotros respirara. —Los ojos del Emperador se clavaron primero en el Protector del Fuego.

—Rion… —murmuró, ladeando la cabeza apenas—. El fuego que llevas no es una llama común. Es el fuego puro de un Dios, fuiste elegido desde tu nacimiento. El control dependerá de ti.

La sala volvió a inundarse con su voz.

—Sólo has visto la superficie del poder que tienes dentro. Cuando tu mente y corazón se unan… tu fuego será temido. —volvió la mirada hacia mí, más cálida, pero igual de profunda.

—Y tú, Isil. La Luz Eterna nunca exige saberlo todo, solo estar. Las antiguas fuerzas del mundo empiezan a moverse otra vez. Aeloria se está inclinando hacia algo que no se veía desde años previos a Elyvar. Y queráis o no, ambos ya estáis dentro de ese eje.

—Está bien… Necesitamos hacer una reunión, para discutir que vamos a hacer. —El Lumen Astraë empezó a brillar intermitentemente, cada vez más rápido.

—Algo sucede. —Rheon se levantó de golpe y con un movimiento de cabeza movilizó a los guardias de la sala que salieron corriendo hacia fuera.

Primero fue un temblor leve bajo los pies seguido de un estruendo profundo, como si algo antiguo despertara bajo la piedra.

Corrimos hasta el umbral de la puerta y, en ese mismo instante, una de las murallas que rodeaban el palacio, se vino abajo, los bloques caían como piedras de dominó. Me heló la sangre.

De entre la bruma emergió algo imposible: una bestia colosal, envuelta en humo y oscuridad. Sus ojos brillaban de un rojo sangre que parecía atravesarme, y sus garras, que destrozaban todo lo que tocaban, destrozaban y aplastaban como si todo a su paso fuera de papel.

Rheon fue el primero en moverse ordenando a sus guardias.

—¡comandante, que dos pelotones se dirijan a la zona sur, y envíe dos pelotones más aquí!

Rion ya avanzaba hasta la bestia. Rheon, tras dar las ordenes consiguió llegar al lado de Rion.

—¿Preparado? —le preguntó Rheon.

Rion lo miró con una sonrisa pícara y encendió su espada.

Ambos se lanzaron contra la criatura sin vacilar. El Emperador blandía una espada dorada cubierta de inscripciones que brillaban en runas antiguas; Rion, con su arma envuelta en fuego, se movía con velocidad. Cada golpe atravesaba el cuerpo de la bestia como si nada.

—¡Nuestros golpes no le hacen nada! ¡No se detiene! —gritó Rion, retrocediendo con la mandíbula apretada.

—¡Necesitamos más energía! —respondió Rheon—. ¡Es un vasallo de Veskar, la oscuridad lo protege!

Seguía en el corredor paralizada observando a esos dos hombres, el suelo vibraba bajo mis pies. Guardias imperiales rodeaban el lugar, a la espera de la orden de su Emperador. Algunos sirvientes se asomaban con los ojos desorbitados, otros huían despavoridos buscando refugio.

Uno de los impactos hizo que reaccionara. Me agarré a la pared para no caer y levanté la voz antes de pensarlo.

—¡A dentro! —grité—. ¡Sacad a los sirvientes de aquí!

Varios guardias se giraron y empezaron a seguir mi orden.

La criatura se alzó en medio del gran patio del palacio, flotando sobre el mármol resquebrajado. Era humo oscuro y emitía unos sonidos agudos que hacían que mis oídos dolieran. Una amalgama de formas retorcidas, como si mil almas estuvieran atrapadas en su interior. Y entonces sus ojos rojos, se clavaron en mí.

No me moví. No porque no tuviera miedo, sino porque me negué a cederle ese poder. Sentí el aire desgarrarse a mi alrededor, cortándome la respiración. El Lumen Astraë empezó a brillar. Levanté la cabeza y vi a Rion en la distancia tocarse el hombro, su marca.

—¡No te acerques a ella! —bramó Rion, interponiéndose entre la bestia y yo. Blandió su espada decidido y esta se envolvió en llamas rojas, rugía como un sol en miniatura. Rion no se sorprendió, sonrió de lado y saltó hacia la bestia, su tajo ardiente atravesó el cuerpo de la criatura. Pero no la destruyó. Solo desató una ráfaga de aire

gélido que me cortó la piel como cuchillas. Vi cómo el espíritu se deformaba, se retorcía… y se recomponía como si nada hubiera pasado.

—¡Rion! —grité preocupada, incapaz de contenerlo.

—¡Estoy bien! —contestó él al aterrizar. Aunque vi el temblor en sus piernas por el impacto—. ¡No funciona! ¡Nada de esto funciona!

Fue entonces cuando lo volví a sentir. El calor contra mi pecho. El colgante, el Lumen Astraë, palpitaba con fuerza. Su luz empezó a crecer, atravesando la tela de mi ropa, bañando el pasillo con un resplandor imposible de ignorar.

Y lo oí.

Un susurro. No humano. No animal. Un sonido que era a la vez viento y agua, cristal y fuego. Un susurro que parecía dirigirse solo a mí.

Eir'va shaal… nym'reth alor.

El aire cambió. Se movió distinto, acariciándome la mejilla con ternura en medio del caos.

Alcé la vista, el cielo… se estaba abriendo.

Las nubes se desgarraban en espiral, como una danza que no podía comprender. Desde el centro de esa abertura, algo descendía.

Una silueta, una capa larga que ondeaba como si fueran alas, una mirada tranquila, tan serena que hizo que el ruido del mundo se apagara dentro de mí.

No levantó polvo. No hubo estruendos. Solo el murmullo de la brisa rodeándolo, abrazándolo como si hablara con él.

Su voz fue un murmullo, aun así la bestia lo escuchó.

—El viento te recuerda.

La criatura se giró hacia él y lo miró como si estuviera analizándolo.

Sentí como si algo dentro de mí se hubiera alineado, como si un hilo invisible hubiese sido atado. Apreté los dedos alrededor del colgante.

Ese hombre no nos miró. No me miró. Ni a Rheon, ni a Rion. Solo al monstruo.

Alzó su brazo y abrió su mano dirigiendo la palma a la criatura. En un idioma que no reconocí, dejó caer una sola palabra.

Sael'varen.

Tras esas palabras, la bestia espiritual se retorció con un chillido que atravesó los cielos.

El hombre que teníamos enfrente no parpadeó. Movió los brazos y sus manos, como si fuera una coreografía, y el viento respondió.

Corrientes de aire giraban a su alrededor. El cielo, comenzó a abrirse por completo, donde antes había sombra, ahora se formaba una espiral de luz, desde los cielos el suelo de palacio.

El hombre que controlaba el viento volvió a cerrar los ojos y volvió a susurrar algo inentendible para mí.

Elar'men ai'sorae…

La criatura se detuvo. El humo se agitó y se retorció. Sin un solo grito, sin un último golpe, sin una explosión, la masa de oscuridad se deshizo.

Ese hombre extraño se sacudía el polvo que tenía en la túnica mientras se acercaba al Emperador y al Protector.

Rheon bajó la espada lentamente. El brillo de las runas grabadas en su arma se apagó. Su pecho subía y bajaba con esfuerzo, intentando recobrar el aliento, pero sus ojos no se apartaban de él.

Rion seguía en guardia, los músculos tensos apretando su arma, como si en cualquier momento la criatura pudiera volver a alzarse.

Me acerqué despacio hasta donde estaban, fue entonces cuando el recién llegado me miró por primera vez. Sus ojos eran como cielos despejados, azules brillantes, imposible de sostener la mirada demasiado rato sin sentir que me hablaban.

—Has despertado —dijo mirándome con voz serena.

Asentí, aunque no estuviese muy contenta con lo que estaba pasando.

—¿Quién eres? —preguntó Rion a mi lado.

Él ladeó la cabeza y sonrió, como si no tuviera prisa por responder.

—Sois un Protector, ¿verdad? —intervino Rheon, con cautela, avanzando un par de pasos.

El hombre volvió a sonreír de lado, divertido, se llevó la mano al pecho y poniéndose frente a mí se inclinó en una reverencia.

—Aidan —dijo al fin—. Aidan Stormrider, si los nombres aún os importan. Protector del Viento, según los viejos cantos —agarró el cuello de su túnica y tiró de ella, dejando ver su marca: una alas cruzadas, brillando en su clavícula izquierda—. No siempre hago caso al viento, pero esta vez insistió mucho.

Sentí un calor extraño y me tapé la boca con la mano para ocultar una sonrisa que no debería haber escapado.

Aidan se pasó la mano por la nuca, frotándose.

—Aunque debo decir, que la luz que cayó el otro día en Glaciaris, despertó toda mi curiosidad y más cosas. —Clavó sus ojos en mí.

Rheon lo observó largo rato con atención.

—Entonces el viento ha respondido.

—El viento ha despertado y recuerda. —dijo Aidan ahora inclinándose hacia mí con una reverencia profunda.

Rion lo recorrió de arriba abajo con la mirada, con esa desconfianza suya.

—¿Y qué recuerda?

—Que esto es tan sólo el principio, Protector del Fuego. — Aidan giró rápido la cabeza para observar a Rion, tan brusco que el propio Rion se sobresaltó.

El viento pareció agitarse un segundo alrededor de ellos.

Aidan entrecerró los ojos.

—Tu fuego aún es joven —dijo sin dureza, solo constatando una verdad—. Y todavía no has aprendido a escucharlo… y él tampoco te escucha a ti.

Rion apretó los puños, pero no habló.

El viento sopló entre ellos, leve, casi un suspiro.

Aidan ladeó la cabeza, como si oyera algo que los demás no podían.

—Hay hilos antiguos que se aparecen cuando un protector despierta. Caminos que llevan dormidos demasiado tiempo. Esa

energía nos conecta —dijo pasando su mirada de Rion a mí. Giró sobre sí mismo quitándole hierro al tema y siguió hablando:

—No te preocupes, no es nada que debas cargar ahora. Lo que te corresponde es otra cosa. —volvió a girarse para mirar a Rion, esta vez su expresión había cambiado a más seria— Tu fuego no se desboca por poder —continuó con esa calma—. Se desboca cuando tú te rompes por dentro. Cuando no distingues lo que sientes de lo que haces. Ese es tu verdadero peligro, Rion, no tu llama, sino lo que la enciende.

Rion apretó la mandíbula, pero no apartó la mirada.

El Emperador dio un paso hacia adelante para intervenir, estaba tranquilo.

—¿Os quedaréis? —preguntó al Protector del Viento con las manos cruzadas a su espalda.

—Por supuesto. ¿Dónde más podría ir? Si me atrevo a moverme el viento se molestaría y no pararía de molestarme —y en ese momento una ráfaga de viento pasó por su cabello y así fue, su cabello ahora estaba alborotado— ¡Hey! —gritó Aidan al viento—. Como vuelvas a hacerlo nos regresamos.

Aidan levantó la mirada hacia mí una última vez. No sonrió. No hizo ningún gesto dramático. Solo inclinó la cabeza, como si ya supiera que nuestras vidas acababan de entrelazarse sin remedio.

—Será mejor que descanséis —dijo Rheon entonces, con ese tono suyo que no admitía réplica.

Rheon nos observó uno a uno.

—A partir de hoy, Aeloria ya no es la misma. Y vosotros tres… tampoco.

CAPÍTULO 15
ISIL

—Adelante —dijo el Emperador moviendo su mano como invitación para que tomáramos asiento en el comedor. Rion se sentó en el extremo de la mesa.

Yo tomé asiento en el medio, donde llegaba la luz que se filtraba de las vidrieras y se derramaba sobre el mantel. Aidan se había apoyado contra una columna, comiéndose una manzana.

Le observé con genuina curiosidad. Había visto al viento obedecer; quería saber más sobre ese hombre. Como si no hubiera derrotado a una criatura de oscuridad minutos antes. Sonriente, relajado. Aunque sus ojos daban la sensación de que me miraba como si él ya me conociera.

—¿Siempre ofrecéis tanta comida cuando alguien llega a salvar el día? —bromeó, alzando la ceja antes de darle otro mordisco a la manzana y dirigirse a Rheon—. Si es así, debería salvaros más a menudo.

No pude evitar sonreír, me tapé la boca con la mano y bajé la cabeza para ocultar el calor que me subía a las mejillas.

—Supongo que nuestro salvador tendrá hambre. —añadí. Le ofrecí el plato de quesos y longanizas que tenía frente a mí empujándolo un poco al otro extremo.

—Me conmueves, querida. —inclinó la cabeza como si fuera una reverencia. Cuando se enderezó, extendió su mano y agarró un trozo de longaniza—. El hambre no espera, ni siquiera para los héroes. —dijo con esa sonrisa ladeada mientras se metía en la boca el trozo de carne.

El carraspeo de Rion llamó mi atención.

—¿Siempre eres tan hablador? —preguntó Rion sin mirarlo directamente.

—¿Siempre eres tan serio? —le contestó Aidan.

Rheon alzó una ceja, divertido, aunque no dijo nada. Seguía observando, como quien toma nota en silencio.

Intercambié una mirada con Aidan. Había algo en él, su presencia… Era extrañamente reconfortante.

—Gracias por venir. —intervine.

Aidan inclinó la cabeza en una reverencia ligera, casi juguetona. —No se lo digas al viento; se pone insoportable con los halagos.

Tuve que morderme el labio para no reír.

—Sea lo que sea que te trajo aquí, llegaste cuando era necesario. —dijo el Emperador.

Aidan le sostuvo la mirada y asintió.

—La Portadora ha llegado. Debo protegerla.

Y con un gesto con la mano desde la distancia, una ráfaga suave, amable y juguetona, me revolvió el pelo.

Rion se puso más rígido en su silla, y apretó su mano alrededor del cuchillo.

Después de varios días de la batalla, el Palacio respiraba con calma.

Me había detenido frente a la habitación de Aidan con él a mi lado. La conversación, ligera al principio, había empezado a profundizar sin esfuerzo.

—Entonces, ¿realmente puedes oír lo que dice el viento? —pregunté.

Aidan apoyó un hombro contra la pared cercana:

—El viento susurra y habla. Hay días en que me cuenta cosas que no entiendo hasta semanas después. Y otros… en que solo me canta nombres que no reconozco. —se separó de la pared y dio un paso hacia mí—. A veces me trae historias antiguas que nadie recuerda: batallas libradas en cumbres que ahora son polvo, juramentos y profecías pronunciados por voces que ya no existen.

Lo observé pensativa.

—Y esta mañana… ¿Qué te dijo?

—Me dijo que la luz está perdida, pero que había comenzado a preguntarse su valor.

Bajé la mirada, mis dedos buscaron el Lumen Astraë sin que me diera cuenta.

Se agachó, su cara se encontraba ahora más cerca de la mía.

—No estás sola Isil. —me puso una mano en la cabeza—. Todos nosotros hemos sido elegidos por un motivo que aún no entendemos. No caminas sola Isil, Caminaremos contigo hasta donde se nos permita. —se separó y dio un paso hacia atrás —. Pero recuerda esto: hay senderos que ni el viento ni los dioses pueden recorrer por ti. Lo que importa no es quién te acompaña, sino quién decides ser cuando te quedas a solas con tu propia luz.

Era ridículo, pero incluso con el miedo que tenía de no saber cuándo regresar, de los peligros de este mundo, una parte de mí quiso aferrarse a esa idea de no tener que luchar sola.

—Tienes razón —admití, más para mí que para él—. En mi mundo todo era rutina: despertarme, trabajar, volver a casa. Todo tan predecible…Y de pronto… esto. —Levanté la vista con el vértigo de decirlo en voz alta—. Un lugar nuevo, un ¿destino? que no entiendo…

El Protector del Viento volvió a acercarse y agarró mi mano.

—No llegaré a entender cómo te sientes —apretó mi mano suavemente—. Pero aquí estarás a salvo. Te ayudaremos y protegeremos. Para eso existimos.

Sus palabras aliviaron la angustia que me recorría el pecho momentos antes. Sus ojos me miraban con algo más que humor. Había una complicidad creciente, como si nuestras almas se reconocieran y confiaran sin necesidad de palabras.

RION

Rion caminaba por el pasillo con paso firme, buscando a Isil por razones que no quería analizar demasiado. Solo quería verla, aunque fuese con una excusa. Al doblar la esquina, se detuvo.

Ahí estaba ella. Y no estaba sola.

El Protector del Viento tenía su mano agarrada y se miraban con una complicidad que deseaba.

Rion se quedó quieto, sin atreverse a acercarse. Los observó desde la esquina del corredor.

Aidan decía algo. No podía oírlo, pero la expresión bastaba: esa media sonrisa relajada.

Isil lo escuchaba y le sonreía también. Parecía relajada y sin tensión a su lado. Después de todo el tiempo que habían pasado juntos, era la primera vez que la veía tan feliz y cómoda.

Rion sintió cómo algo se contraía dentro de su pecho. Apartó la mirada un instante para calmarse, debía apagar las emociones que empezaban a surgir, pero fue inútil. Volvió a mirarla. Ella inclinó la cabeza, un mechón de su cabello le cayó sobre el hombro y Aidan se la apartó con los dedos. Un gesto mínimo, casi inocente para esos dos.

Pero no para Rion. Se obligó a respirar. Sus manos se cerraron en puños, sin darse cuenta. La marca del fuego brilló, un destello sutil bajo la tela de su camisa. Lo sintió palpitar, como si su propio poder se burlara de Él.

Ridículo pensó*. Ridículo y patético.*

Retrocedió un paso, como si la distancia pudiera aplacar el caos que llevaba dentro. El corazón le golpeaba el pecho con una fuerza absurda, igual que en medio de una refriega cuando sabe que la mínima distracción puede costarle la vida. No sabía qué le irritaba más, si verla sonreír con esa luz tranquila que parecía no necesitarlo, o el hecho de que no tenía derecho alguno a sentirse así.

Apoyó la espalda contra la pared de mármol, buscando refugio en algo que no se moviera. El frío atravesó la tela de su ropa y le erizó la piel. Esa sensación le gustó. Le resultaba honesta, punzante, imposible de confundir con nada más. A diferencia de lo que sentía por ella.

Se mordió el interior de la mejilla para no decir nada. Para no acercarse. Para no preguntar por qué sonreía así. Un suspiro se le escapó, cansado, mientras sacudía la cabeza como si quisiera echar fuera aquellos pensamientos.

Isil estaba a unos metros, conversando con Aidan. El brillo en los ojos de ella lo descolocaba. Él intentó convencerse de que era simple gratitud y curiosidad. Pero esa idea se le atragantaba. Y la tensión en su cuello lo delataba.

Rion se obligó a enderezarse. Ajustó el cinturón de la espada con un gesto más brusco de lo necesario, revisó el estado de la vaina por pura costumbre, y mantuvo la mirada baja un instante, como si ahí pudiera encerrarse y pensar.

No funcionó.

Una punzada lo atravesó cuando escuchó reír a Isil. Su instinto lo quiso empujar hacia ella, a observar más de cerca, a entender. El sentido común lo obligó a apartarse.

Al final, giró sobre sí mismo, sin mirar atrás. Caminó en dirección contraria a paso firme, buscando cualquier pasillo vacío que le permitiera mantener la cabeza fría. Tenía claro que no iba a acercarse. No esa noche. No mientras su propio corazón no supiera qué demonios hacía.

CAPÍTULO 16
ISIL

Me había levantado temprano con una inquietud en el pecho, necesitaba salir, sentir el aire. Necesitaba el barullo del mercado y los aromas de diferentes comidas. No quería seguir escuchando los murmullos de la servidumbre ni de los soldados dando órdenes. Necesitaba hablar con Rheon.

Recorrí el camino hasta llegar a la sala del trono. Los guardias que estaban apostados en los laterales abrieron el portón para que pudiera entrar. Pero nadie había allí. ¿Dónde estaría el Emperador?

Si él no estaba allí, solo podía estar en otro de sus lugares.

Crucé la estancia hasta situarme detrás del trono, en la entrada de la sala de la Estrella. Todo estaba en silencio menos por el sonido de mis botas que rebotaba en las columnas.

Empujé y me adentré. Fui directa hacia la sala de la Estrella. Empujé la puerta con la estrella de seis puntas con más fuerza de la necesaria. Al abrirse no vi a nadie; di un par de pasos para observar más adentro, pero nada. Rheon tampoco se encontraba allí. Pasé la mano por la superficie del altar, fría como el hielo, intentando calmar la frustración que me subía por la garganta.

Di un paso atrás. Luego otro. Y salí de la sala con la respiración un poco más agitada. Salí de la sala del trono y me encaminé por el corredor central, avanzando rápido. En la mitad del camino a mis aposentos disminuí el ritmo y paré en seco. Apoyé una mano en la pared, no iba a dejarlo estar.

Tomé aire, ajusté la capa sobre mis hombros y me obligué a girar sobre mí misma. Localicé al primer guardia del pasillo, caminé hacia él con pasos decididos.

—Perdona —dije, levantando un poco la barbilla—. ¿Sabes dónde está el Emperador?

—En el ala norte, mi señora —respondió el guardia.

Me quedé quieta un instante, procesando la información. No tenía ni idea de dónde estaba el ala norte. El guardia lo debió notar, porque añadió sin brusquedad:

—Debe tomar el pasillo de la izquierda —señaló con el brazo al lado que indicó—. Siga hasta el arco de piedra oscura. Allí encontrará la entrada principal del ala norte. Dos centinelas la guiarán al interior.

—Izquierda. Arco de piedra oscura. Entrada principal. ¿Correcto? —dije, y el guardia asintió.

Me ajusté la capa y caminé en la dirección indicada. El pasillo era más silencioso que el resto del palacio. Había notado que había menos servidumbre, en cambio, aumentaron los guardias, cada vez más.

Al llegar al arco, dos centinelas vigilaban la puerta tallada con símbolos imperiales.

Uno de ellos me miró apenas un segundo.

—Mi señora —dijo con voz firme—. Al ala norte se entra por aquí. Dentro deberá seguir el corredor principal hasta la segunda bifurcación.

Di las gracias y crucé el umbral.

El ala norte era distinta: más sobria, más silenciosa, con ventanales cubiertos por cortinas opacas. Avancé por el corredor principal hasta la segunda bifurcación.

Allí una mujer mayor, cabello recogido con precisión y túnica gris revisaba en una estantería. Tenía un cuaderno en una mano y en la otra una pluma que estaba utilizando para anotar algo. Su presencia imponía más que muchos soldados.

Me acerqué con cautela.

—Disculpe… —dije con suavidad.

La mujer levantó la cabeza despacio, no con sorpresa, sino con la calma de quien está al mando de cada rincón del ala. Sus ojos, grises y estrictos, me recorrieron de arriba abajo sin disimularlo. No

había hostilidad en su mirada, pero sí una pregunta silenciosa: *¿Qué hace usted aquí?*

No se apresuró a inclinarse ni a mostrar respeto inmediato. Puso la pluma en medio del cuaderno abierto y lo cerró con un golpe seco, quedando la pluma atrapada en el medio.

Se irguió completamente.

—Este lado del palacio es de acceso restringido —dijo, sin rodeos —. ¿Cuál es su intención en este ala?

Me tensé un poco.

—Busco al Emperador.

Su expresión cambió, como si ahora evaluara un riesgo distinto, uno que sí debía tomarse en serio.

—El Emperador no recibe visitas aquí sin previa autorización — respondió, su tono tan firme como la piedra que nos rodeaba.

Vaciló apenas un segundo.

—Aun así… si su presencia en esta zona ha sido permitida por los guardias, debo indicarle el camino correcto.

Se giró señalando el corredor de la derecha.

—Avance hasta el final. Tome el pasillo estrecho. La sala que busca es la tercera puerta.

Y antes de que alcanzara a agradecerle, ya había vuelto a su cuaderno, como si mi presencia no fuera más que una breve distracción en su rutina estricta.

Seguí las indicaciones sin perder tiempo.

La tercera tenía dos guardias apostados a los lados, rectos como lanzas.

Cuando me acerqué, uno de ellos dio un paso al frente.

—Mi señora —dijo inclinando la cabeza.

Respondí con una leve inclinación, devolviendo la cortesía. Abrí la boca para explicar el motivo de mi visita, pero no me dio tiempo. El guardia ya había girado hacia la puerta y, con un movimiento preciso, la empujó para abrirla.

Me miró de reojo.

—Adelante.

Lo observé, un poco desconcertada por la falta de preguntas. Él solo asintió, firme, como si todo estuviera en orden.

Respiré hondo y crucé el umbral. La puerta se cerró detrás de mí con un clic silencioso.

El cambio de temperatura me golpeó primero. El despacho era cálido, sorprendentemente cálido para estar en el ala más silenciosa del palacio. Un olor a papel y madera quemada envolvía el lugar.

Levanté la vista. En la pared de enfrente había un mapa enorme de Aeloria ocupando casi todo el espacio, marcado con rutas, símbolos y notas que no alcancé a entender desde donde estaba.

Me giré para localizar a Rheon.

Lo encontré a la derecha de la sala. Sentado en un sillón antiguo, frente a la chimenea encendida. Un libro abierto entre sus manos. No parecía un Emperador… hasta que levantó la mirada; el aire en la sala cambió, como si las runas lo reconocieran. Pero nada podía borrar de su rostro que llevaba horas despierto.

Me quedé quieta un instante, escaneando la habitación antes de acercarme. Necesitaba saber dónde estaba pisando.

A la izquierda había una mesa larga, de madera oscura, con sillas alineadas. Sobre ella, pergaminos enrollados, marcas de tinta fresca y un par de sellos metálicos todavía sin limpiar.

Las cortinas de los ventanales estaban entreabiertas, dejando pasar un rayo de luz blanca que cruzaba el suelo. La chimenea iluminaba la estancia y las sombras de las llamas se movían en las paredes y el techo.

Avancé despacio, sin intentar ocultar mis pasos.

Me detuve a dos metros de él.

—Majestad… —dije con una ligera inclinación.

Rheon giró la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Sereno, sí, pero su rostro dejaba ver un cansancio que no lograba ocultar.

—¿Necesitáis algo, Isil?

—Sí... Quisiera salir a dar una vuelta. Ver la ciudad, el mercado...

—Está bien, pero deberás ir acompañada.

—No creo que sea…

—Irás acompañada, o no irás. —dijo interrumpiéndome.

Rodé los ojos y me crucé de brazos.

—¡Está bien! —acepté a regañadientes y puse mis condiciones—. Pero tampoco quiero una escolta armada.

Rheon la observó un instante. Luego asintió.

—Lleva contigo a alguien de confianza. Esta ciudad no es peligrosa, pero hay ojos y oídos… y no todos tienen los valores de Elarion.

Encontré al Protector del Viento en el jardín sur, recostado sobre el respaldo de un banco de piedra con los ojos cerrados. Una pierna colgaba balanceándose y, con la mano, lanzaba una manzana al aire. ¿Cómo lo hacía con los ojos cerrados?

—¿Interrumpo alguna tarea crucial del Viento… o solo este profundo estudio sobre la gravedad?

Él abrió un ojo y me miró.

—Nada grave. Esta manzana y yo estábamos resolviendo… nuestras diferencias —dijo mientras se reincorporaba y se tocaba la cabeza con dolor. Seguramente se le había caído encima.

No pude evitar reírme.

—Perfecto. Entonces tal vez puedas acompañarme al mercado. Quiero ver la ciudad y pasear un rato por el mercado. —miré la manzana con un gesto con la cabeza— Allí las manzanas no caen de los árboles.

—¿Una excursión al mercado de Elarion? ¿Con chismes, especias y comida? Por supuesto, cuenta conmigo. —dijo alegre mientras se incorporaba estirando los brazos como si se acabara de despertar— Además, no todos los días me invitan a una cita.

Rodeé los ojos y los puse en blanco.

—No es una cita.

—Dilo más alto, el viento no lo ha entendido —añadió guiñándome el ojo.

—Nos vemos al caer la tarde en la puerta sur de palacio. —Me di la vuelta para marcharme, pero la sonrisa de Aidan aún me perseguía un par de pasos después.

Perfecto, pensé. Ya tenía a alguien para acompañarme.

El problema fue que, en cuanto lo pensé, otro nombre cruzó mi mente sin pedir permiso.

Rion.

Tal vez le vendría bien salir de palacio un rato. A todos.

Estaba agachado junto a su montura en los establos, afilando su espada con movimientos lentos y metódicos, como si cada golpe de la piedra fuera un pensamiento que no se atrevía a decir en voz alta.

—Quiero salir a dar una vuelta por la ciudad y necesito un par de cosas del mercado —dije desde la entrada tocando con los nudillos la madera de la puerta—. El Emperador me dio permiso… pero necesito compañía.

Él no levantó la vista.

—Intento evitar los lugares repletos de gente. Y tú también deberías. ¿O no te acuerdas de cuando llegamos? —respondió cortante, mientras examinaba el filo de la hoja y dirigía su mirada hacia mí, serio.

Me crucé de brazos apoyándome en el marco, sin moverme un centímetro ante su comentario.

—Sí, me acuerdo —respondí, devolviéndole la mirada—. También recuerdo que… no dejaste que me pasara nada.

Él tensó apenas la mandíbula, como si mis palabras lo incomodaran.

—Además —seguí, avanzando un paso—, no voy sola. Aidan vendrá conmigo.

La piedra en su mano dejó de raspar la hoja.

—Solo pensé… —añadí, bajando la voz un poco sin suavizar la intención— que te vendría bien aire. A todos nos vendría bien.

No hubo respuesta.

— Si no tienes más que decir…—Me di la vuelta para marcharme.

Rion limpió la hoja con un trapo, lo dejó sobre la mesa de herramientas y se puso de pie con rigidez.

—Iré.

Me detuve y giré sobre mí misma soltando un suspiro. —¿No habías dicho que…?

—He cambiado de planes —interrumpió, mientras ajustaba la espada al cinturón.

Podía ver la tensión en sus hombros, la forma en que evitaba mi mirada, como si no supiera si estaba haciendo lo correcto… o

simplemente no podía evitarlo.

—Entonces nos vemos en la puerta sur al caer la tarde —dije saliendo por la puerta.

Ciudad y mercado.

Los tres caminábamos por las calles adoquinadas del corazón de Elarion. Los sonidos del mercado eran distintos a los del palacio. Risas y gritos de niños jugando, vendedores voceando, el sonido metálico de campanillas y el murmullo vivo de la ciudad respirando.

El Protector del Viento iba a la cabeza, oliendo frutas extrañas, y hablando con los comerciantes pidiendo descuentos.

Rion nos seguía a pocos pasos, discreto, no decía nada. Su mirada se movía analizando el entorno sin llamar la atención.

Aidan lo notó. Se giró y, sin perder la sonrisa, dijo en voz baja:

—Podrías haberte quedado en tu habitación, si no te gustan las multitudes.

Rion le lanzó una mirada que habría hecho retroceder a un ejército, pero Aidan solo alzó las cejas, divertido.

Fingí no haber oído nada. Pero la tensión… la sentí.

Aidan y yo nos alejamos corriendo a mirar los puestos callejeros decorados con cintas y luz cálida, puestos de joyas, bolsos, ropa, accesorios para el cabello, tocados artesanales, con miles de formas y colores.

Me detuve en uno. Había un tocado para el cabello —pequeño, plateado, con forma de luna creciente— que parecía sacado de las historias de mi infancia. Tenía una delicadeza antigua, como si hubiera sido creado en otra época.

Mi mano se movió para cogerlo y me detuve.

—¿Puedo…? —pregunté al vendedor.

—Claro, señorita —respondió él.

Lo cogí y lo puse en la palma de mi mano.

—Es precioso. —mis dedos lo acariciaron.

—Entonces deberías llevártelo —dijo Aidan apareciendo a mi lado como si el viento lo hubiera empujado hasta allí.

Me sobresalté

—No… No hace falta. Solo me recordó algo. Nada más.

Sin pedir permiso, sacó una pequeña moneda del cinturón, la lanzó al aire y la atrapó con la mano antes de extenderla al vendedor.

—Yo digo que sí hace falta. —afirmó con ligereza—. Además, sería un crimen dejar algo tan bonito lejos de la cabeza adecuada.

—Aidan… —empecé, algo ruborizada—. No puedo dejar que me compres esto.

Él se inclinó levemente, sin dejar de sonreír.

—No lo estoy comprando. Estoy intercambiando una moneda por un recuerdo bonito. Me parece un trato justo.

El vendedor lo metió en una bolsita de seda.

Suspiré, entre divertida y rendida.

—Tienes una forma muy peculiar de regalar cosas.

—¿Peculiar? No, no. Po-é-tica. Elegante. Insuperable —dijo mientras me lo entregaba con una sonrisa ladeada.

—Está bien, está bien—dije antes de que siguiera y no parase. Extendí mi mano para aceptarlo.

—Sabia decisión.

Rion no iba a darse prisa, nos miraba de lejos.

Apretó la correa de su guante. Una vez. Dos.

Cuando Aidan me tendió la bolsita, Rion giró la cabeza hacia el puesto de cuchillos como si de pronto le interesara más el acero.

La caminata de regreso fue más tranquila. Había guardado silencio casi todo el trayecto, sosteniendo entre los dedos el pequeño regalo que el Protector del Viento me entregó. Lo abriría en mi habitación.

Cuando por fin llegué a mi cuarto y cerré la puerta, el silencio me envolvió.

Me senté al borde de la cama, respiré hondo… y deshice el nudo con cuidado.

Abrí la bolsita y la volqué sobre mi palma. Dejé que su contenido deslizara sobre ella. La delicadeza del adorno hizo que el recuerdo de mi abuela volviera como una caricia antigua.

La luna de plata, pequeña y pulida parecía brillar con una luz propia.

Cerré el puño y me lo llevé al pecho:

*—Gracias, Aidan —*pensé*—. No solo por el regalo… sino por recordarme que hay gestos que no exigen nada, pero lo dan todo.*

Desde que apareció, ya sentí que nuestra conexión iba a ser especial. Se sentía como antiguo, como si nos conociéramos desde hace siglos. Sacudí mi cabeza para espantar los pensamientos y asearme para la cena.

Elegí un vestido azul profundo, sencillo. Lo había encontrado en el arcón de mi habitación aquella mañana, aunque días antes no estaba allí. No le di demasiada importancia.

Me recogí el cabello en una media coleta y coloqué el tocado de luna creciente justo en el centro.

Cuando levanté la vista hacia el espejo junto a la ventana, mi respiración se trabó un instante.

No me reconocí, se ceñía a mis caderas como si hubiera sido hecho para mí y dejaba mis clavículas expuestas, atrapando la luz con un brillo suave.

Pero no fue solo eso.

También había algo distinto en mí.

Mi rostro estaba más serio. Ya no me importaba si me veía bien o no; ni siquiera llevaba maquillaje. Y, por primera vez desde que este mundo me arrancó de mi vida anterior, no sentí necesidad de esconderme detrás de nada.

Mis pensamientos eran más firmes, más claros. Quería dejar de dudar.

Quería, al fin, empezar a aceptar lo que viniera, sin huir, sin buscar excusas.

Y salí.

La mesa estaba casi dispuesta cuando entré al comedor.

Una mesa larga, rústica, con líneas en plateado que bordeaban parte superior de la mesa formando una estrella de seis puntas en las cuatro esquinas. Las sillas con el mismo diseño de líneas y una estrella adornaban la parte superior del respaldo. Eran sillas de madera, acolchadas de una tela azul medianoche.

Rheon ya se encontraba en su sitio habitual, hojeando un pequeño pergamino sin demasiada urgencia.

Al fondo del comedor, apoyado en la pared vi a Rion con los brazos cruzados, la luz de una de las vidrieras de la derecha iluminaba su rostro.

Aidan que se había quedado de pie, andando alrededor de la mesa, jugaba con una uva que lanzaba al aire y caía de nuevo en su mano.

—Bienvenida —dijo con una sonrisa al verme entrar.

Rheon alzó la cabeza ante el comentario y me buscó con la mirada. Sus ojos se posaron brevemente en el tocado que adornaba mi cabello.

—Hermoso detalle —comentó el Emperador.

Las mejillas me ardieron y bajé mi cabeza en forma de saludo.

—Fue un regalo. —dije, sin necesidad de nombrarlo mientras me dirigía hacía el sitio que había elegido.

Aidan sonrió.

Pero Rion…

Desde el rabillo del ojo nos observaba, sin sonreír.

—Mañana revisaremos los registros imperiales. Puede que encontremos respuestas… o nuevas preguntas. —dijo Rheon sin previo aviso.

Me giré hacía el con prisa.

—¿Qué tipo de registros? —pregunté con un tono que intenté mantener neutro.

Rheon dejó un pergamino sobre la mesa, despacio.

—Antiguos —respondió—. Son textos que llevan tiempo sin ser leídos. La mayoría están incompletos o fragmentados.

Sentí que la piel de mis brazos se erizaba.

—Entonces… ¿crees que habrá algo útil? —dije.

—No lo sé —respondió sin rodeos—. Lo sabremos cuando los revisemos.
—He pasado por suficientes ciudades para saber que los archivos nunca están tan claros como deberían —comentó Aidan se encogió de hombros.
—Aun así, los archivos reales puede que nos sean útiles—dijo Rion desde la pared donde estaba apoyado.
—Precisamente por eso iremos —sentenció Rheon. Hizo una pausa breve—. Las palabras, antes de tiempo, tienden a confundir más de lo que aclaran.

CAPÍTULO 17
RION

Cerró de un portazo que resonó como un latigazo en su habitación. Dejó caer la capa sobre la silla sin molestarse en mirarla y permaneció inmóvil unos segundos en medio de la habitación. Las manos, convertidas en puños duros, marcaban las venas en sus brazos y manos; los hombros, tensos como cuerdas a punto de romperse.

El silencio era insoportable.

Más que el adorno de luna brillando en su cabello.

La rabia ascendió por su cuerpo y dio un paso hacia la pared, sin pensarlo, descargó un golpe brutal contra la piedra.

El impacto reverberó en toda la habitación. El ardor le subió por los nudillos como un latigazo, caliente y punzante. La piel se abrió un poco. Una gota de sangre resbaló, oscura.

No fue suficiente. Golpeó otra vez. Y otra. Hasta que el hormigueo ardiente en los dedos se volvió insoportable, hasta que el temblor en su brazo lo obligó a detenerse.

Se quedó apoyado contra la piedra, respirando entrecortado.

Presionó la frente contra la pared, cerrando los ojos con fuerza.

—¿Qué estás haciendo…? —murmuró con la voz baja—. No tienes derecho a sentir esto.

Sentía ese miedo, ese miedo de no ser suficiente para ella, de no serle de ayuda, de … de perderla.

Apartó la mano de la pared. El ardor en los nudillos lo ancló de nuevo al presente, al cuerpo, al deber.

Se obligó a enderezarse, recogió la espada casi por instinto y cruzó la habitación con pasos lentos. Cuando abrió la puerta, el

pasillo estaba solitario, iluminado apenas por las lámparas.

Y salió.

Lo que había sentido en la habitación seguía aferrado a su pecho como una piedra caliente. Ese golpe absurdo contra la pared. El ardor en los nudillos. Y ese pensamiento fugaz. No era propio de Rion dudar, nunca lo había sido. Pero desde Glaciaris, desde la marca… desde que llegó ella.

Sacudió los hombros, las manos, intentando ordenar el temblor que aún le recorría los brazos. Respiró hondo, como si el aire pudiera recomponer lo que la piedra no había logrado.

Y esa era la verdad: no había salido a buscar aire. Había salido a huir de sí mismo.

No sirve de nada perder la cabeza. Ni por esto. Ni por ella.

Intentó aferrarse a esa idea, como si pudiera mantenerlo entero. Pero otro pensamiento, lejano, más parecido a la duda, se filtró en su mente.

Solo es cansancio. Mañana estarás mejor. No dejes que te desborde.

Respiró hondo de nuevo. Otra vez. Hasta que, poco a poco, los músculos dejaron de tensarse con tanta furia y el pecho dejó de arder tanto.

Necesito mantener la cabeza fría.

Funcionó lo justo para que sus manos dejaran de temblar. La noche se volvió menos opresiva, menos ruidosa.

Había salido a huir de sí mismo. Y aun así, los pies lo llevaron justo donde no había pensado ir.

Llegó al lago. El puente rojo se arqueaba sobre el agua como un trazo de tinta en la noche, y la luna llena descansaba en la superficie, brillante. El murmullo del agua rompía el silencio, suave, constante.

Junto a la orilla se alzaba una estructura: un pequeño mirador de madera, rodeado de unas elegantes barandillas rojas, sostenido por columnas de mármol claro y madera lacada que relucían bajo la luz

plateada. El techo proyectaba una sombra redonda sobre el banco ancho que lo rodeaba como un abrazo.

Y allí, dentro de esa penumbra tranquila, estaba ella.

Isil.

Sentada con las piernas cruzadas, envuelta en una túnica, la mirada perdida en el lago como si el mundo se hubiera quedado quieto alrededor de su silencio. El tocado ya no adornaba su cabeza, aun así, la luz plateada de la luna seguía buscándola.

Rion se detuvo a varios pasos. Respiró profundamente.

Cálmate…

Caminó hacia ella.

La madera crujió bajo su peso, un sonido leve que se abrió paso entre la quietud.

Isil alzó un instante la cabeza y, al reconocer su sombra, se sobresaltó.

—¿Rion? —preguntó, con el corazón acelerado.

—No quería asustarte — dijo él de inmediato, deteniéndose a una distancia respetuosa.

Ella lo observó, la sorpresa tensándole los ojos y una chispa de desconfianza escondida en el gesto.

—¿Qué haces aquí?

—No podía dormir —respondió en un tono bajo—. Y… vi luz.

El silencio cayó entre ambos; una pausa demasiado larga.

Isil desvió la mirada al lago, como si necesitara un respiro antes de que él hablara otra vez.

—Si vienes a decir algo sobre Aidan… no quiero oírlo.

Rion frunció el ceño. Un chasquido interno que no supo controlar.

—¿Por qué lo defenderías así…?

Ella se puso de pie, el banco crujió bajo su peso. La luna dibujó un borde de plata en su mejilla cuando levantó la cabeza.

—¡No hay nada que defender! ¡Aidan es mi amigo, Rion!

El grito sacudió el aire.

Rion dio un paso atrás, sorprendido,

—Siempre estás juzgando. Siempre observando como si no tuviera derecho a reír o a hablar con alguien que no seas tú.

Rion bajó la mirada al suelo, la mandíbula tensa.

—No es eso —respondió con dificultad, como si las palabras le costaran más que cualquier golpe recibido.

—¿Entonces qué es?

Sus dedos se cerraron en un puño. El silencio se espesó entre los dos.

No respondió. Porque no podía. Porque no quería admitir que verla reír con otro lo atravesaba de un modo que le era difícil manejar.

Un músculo le tembló en la mejilla antes de forzar la voz:

—No lo sé —dijo al fin, y la frase salió áspera, más honesta de lo que pretendía.

Isil lo miró un segundo, y en sus ojos no había ira, sino una herida que él no había querido causar.

—Pues cuando lo sepas… dímelo —susurró, dándose la vuelta para marcharse.

Pero antes de dar el primer paso, se detuvo.

—No necesito que me protejas, Rion. —Su voz salió más baja, sostenida apenas por un hilo—. Necesito que no te conviertas en aquello de lo que intento huir.

Y se fue.

El puente crujió bajo sus pasos, un sonido breve que pareció hundirse en la noche.

Rion permaneció inmóvil. No la siguió. Ni siquiera respiró durante un instante.

La luna seguía alta, indiferente sobre el jardín silencioso, como si no hubiera visto cómo algo en él también se quebraba sin hacer ruido.

CAPÍTULO 18
ISIL

Decidí caminar por el sendero entre los arbustos del jardín, sin rumbo, con el pecho apretado y la respiración hecha un nudo. La conversación —la discusión— con Rion seguía retumbando en mi piel como un golpe mal dado.

Me apoyé en una columna cubierta de flores. Cerré los ojos para que el aire dejara de arderme por dentro, para no quebrarme allí mismo.

—Que no te conviertas en aquello de lo que intento huir… —susurré, apenas audible.

El viento cambió. No fue una brisa cualquiera: me envolvió como un gesto, como si alguien hubiera decidido tocarme sin tocarme.

Una voz, suave como un hilo de aire, rompió el silencio:

—¿Sabes que caminar sin dirección entre arbustos puede causar una guerra diplomática con los pájaros del jardín?

Giré la cabeza. Aidan estaba sentado en el borde del tejado de una de las galerías abiertas, los brazos caídos, la media sonrisa habitual en los labios.

—¿Vienes a sermonearme tú también? —pregunté, arrastrando el cansancio en cada sílaba.

—No. Yo solo vengo a por el té —respondió Aidan, levantando las manos en un gesto casi teatral de inocencia—. Pero si quieres descargar tu tormenta verbal sobre alguien con buen oído y nula autoridad moral… adelante.

Lo miré unos segundos, demasiado agotada para fingir dureza, y solté un suspiro que me vació un poco por dentro.

—No estoy de humor para enigmas poéticos.

—Perfecto. Yo tampoco —replicó él, saltando del tejadillo con una ligereza imposible. Se acercó sin hacer ruido, como si el suelo decidiera sostenerlo—. Solo quería asegurarme de que el viento no te había dejado sola.

Me senté en una de las piedras al borde del riachuelo, el agua corría limpia y rápida

—No sé si quiero que me dejen sola… o que alguien me pida que me quede.

Aidan no se sentó. Se agachó a mi lado, con esa calma suya que parecía prestada del cielo nocturno.

—¿Te cuento un secreto? —preguntó en voz baja.

No respondí. Solo lo miré, esperando.

—El viento no da órdenes. —Sus palabras fueron un susurro tibio —. Solo habla. Y cada uno decide qué escucha… y qué deja pasar. Pero siempre está.

Apreté los labios, sin saber si reír o llorar.

—Sonríe. —habló de nuevo con suavidad. —Ahora estamos aquí y te necesitamos y te queremos aquí. —El viento nos despeinó a ambos, como un gesto cómplice—. Pero eres tú quien decide.

La luna seguía arriba, entera, quieta, como si nos observara desde un lugar imposible de alcanzar.

Lo contemplé unos segundos más.

—No me quedo porque me necesitéis. Si necesito entender que hago aquí para volver, no tengo otra opción, Aidan. —dije soltando un suspiro—. Pero gracias.

—No hace falta —susurró él.

Aidan se quedó a mi lado, como solo el viento sabe hacerlo, sin invadir, sin exigir, acompañando.

Me quedé unos segundos más, me incorporé despacio y respiré hondo. Aidan no se movió. Tomé el sendero iluminado por la luna y la brisa siguiéndome.

Volví a mi habitación, no encendí ninguna vela. Me quité el vestido con movimientos lentos y me envolví en una túnica ligera.

Solo deseaba cerrar los ojos. Y, tal vez, no soñar. Pero el Lumen Astraë parecía tener otros planes.

Nada más apoyar la cabeza sobre la almohada, el mundo se desvaneció y el sueño me encontró.

Era una sombra, pero no la sentía malvada.

Me encontraba en un bosque, aunque algo oscuro tenía reflejos y pequeños destellos de luz.

Pestañeé varias veces. El suelo era extraño: firme, pero ligeramente mullido, como si caminara sobre una superficie que no terminaba de decidir si era tierra o niebla compacta.

Avancé unos pasos, lenta, estudiando mi entorno. No había animales, ni viento, ni sonido. La sensación de estar siendo observada me atenazó antes incluso de detenerme.

Al frente, alguien me observaba. No caminaba. No hablaba. Un hombre alto, de porte inmutable, cabello negro con reflejos azulados que caía de lado sobre su frente. Y sus ojos… nunca había visto unos ojos brillando de ese color violáceo. Vestía de negro, lo que parecía fundirse con las sombras que lo envolvían.

Intuí quién podía ser.

—¿Por qué me sueñas? —preguntó él, sin abrir los labios.

La voz me llegó como un eco que no tocaba los oídos, sino el alma.

—No lo sé —respondí, temblando.

Sus pasos no sonaban. Pero avanzaba.

—¿Eres… uno de ellos?

Silencio.

—Soy la memoria, el que recuerda.

—¿El qué?

Él se detuvo a pocos pasos.

—Que incluso la luz… proyecta sombra.

—Protector de la Sombra. —murmuré. Tragó saliva. El Lumen Astraë brillaba, suave, sobre mi pecho.

Él lo miró.

—Cuando llegue el momento —dijo. — No me busques.

—¿Por qué?

—Porque yo te encontraré a ti.

Desperté con el corazón latiendo tan fuerte que pensé que despertaría al palacio entero.

La habitación seguía en penumbra. El colgante sobre mi pecho estaba caliente. Agarré el colgante entre mi mano y lo apreté —Protector de las sombras. —murmuré.

En algún lugar muy lejano, en las fronteras ocultas de Nymeris…

Aeron Nightshade abrió los ojos.

Y sus sombras se movieron.

CAPÍTULO 19
ISIL

El palacio despertaba al día siguiente en silencio. Abrí los ojos y lo primero que escuché fue mi propia respiración. Y el primer pensamiento no es "qué día hace", sino qué demonios vamos a encontrar hoy en esos registros, en Rion, y en ese sueño.

Me vestí rápido. Me recogí el pelo como pude, sin espejo, arrastrando mis dedos por los mechones. Me incliné a atarme las botas y el colgante que colgaba delante de mí, se balanceó sin brillo alguno.

Salí al pasillo y bajé las escaleras para dirigirme hacia la cocina. Hoy, no quería ir al comedor, quería estar sola, tranquila.

El ala donde está la cocina olía distinto antes incluso de verla. La piedra cambió su aroma de incienso y cera, y empezó a oler a humo antiguo y hierbas secas.

Empujé una puerta lateral y entré.

No di ni tres pasos cuando una mujer se acercó desde el lado izquierdo, saliendo de entre las mesas, como si hubiese estado esperándome. Caminó con seguridad, sin prisa, y con cierta autoridad que no necesitaba levantar la voz. Puede que tuviese unos diez años más que yo, quizá algo más.

Llevaba el pelo recogido con firmeza, las mangas remangadas, y en las manos se le notaba el oficio: dedos fuertes, uñas cortas, piel marcada por calor y trabajo. Se detuvo frente a mí y me miró de arriba abajo una sola vez. No era una mirada desagradable. Pero tampoco muy cortés.

—No eres del personal —dice, sin que suene a acusación.

—No. … soy Isil. La chica que ha... —el nombre me salió más bajo de lo que pretendía. De repente, todo este sitio y su mirada me imponían más que una sala del trono.

La mujer asintió, su mirada fue fugaz hacia el colgante, como si hubiera encajado una pieza.

—Endria —se presenta—. Jefa de las Cocinas Imperiales.

No hizo reverencias ni florituras. Lo dijo como quien dice "este es mi territorio". Y lo era.

—Encantada… —murmuré enderezándome un poco y obligándome a no parecer una intrusa.

Endria inclinó la cabeza, lo justo para ser correcta.

—¿Qué necesita, señorita Isil?

Me costó un segundo encontrar las palabras. Porque aquí dentro no importaba quién eras; importa si eras útil o si estorbabas.

—He venido a desayunar y hacer un poco de pan —dije—. Si no es molestia.

Me miró de arriba abajo y añadió:

—Por supuesto. No interrumpa y si limpia lo que usa, puede usar lo que necesite. Pase.

Se giró sin esperar, y la seguí. Me condujo hacia dentro, atravesando la primera sala, y mientras caminábamos me di cuenta de algo… Aquí la gente no corría, pero todo se movía. Un cocinero levantó una olla enorme como si pesara poco.

Las vigas de madera, oscuras y robustas, sostenían el techo alto. De ellas colgaban ramilletes de hierbas: lavanda seca, hojas largas que parecen menta, racimos pequeños que olían a algo entre limón y resina. Había ungüentos en frascos de vidrio opaco, y estanterías de madera maciza llenas de cuencos, morteros…

A mi izquierda, una chimenea de madera enmarcaba una zona de utensilios colgados que brillan poco porque aquí la luz no era del ventanal, sino del fuego. Al otro lado, incrustada en la pared de piedra, una estructura amplia de fogones: varios huecos, como si cada olla tuviera su lugar predestinado.

—Ahí. Ese espacio. —me indicó, señalando una mesa lateral.

Me lavé las manos en una palangana de cobre. El agua estaba fría pero me despertó del todo. Agarré un paño y me sequé las manos.

Me acerqué al sitio que me había dicho, en la mesa había todo lo necesario para hacer cualquier tipo de productos de panadería.

El humo tenue, el olor a hierbas y la calidez que se respiraba allí creaba una tranquilidad apacible.

Empecé por lo simple. Abrí el saco de harina y una nube blanca subió provocándome pequeños estornudos. Con un pequeño cazo vertí un poco de harina en el cuenco e hice un hueco en el centro con los nudillos. Rellené un vaso, siguiendo las medidas que recordaba y eché el agua despacio. Removí con una cuchara de madera durante un rato.

Mientras removía y mi brazo empezaba a resentirse, seguía fascinada por el lugar en el que me encontraba.

A la derecha de esta primera sala, la despensa enorme se abría en estanterías, cajas, baúles y barriles. Al fondo, un arco se dibujaba en la pared de piedra, dando paso a otra sala.

Una vez la masa pedía amasado con las manos, espolvoreé un poco de harina en la mesa y volqué el cuenco, la masa resbaló hasta caer en la mesa.

Aparté el cuenco a un lado, le puse un trapo húmedo a la masa ya lista casi lista. Me limpié las manos en un trapo y caminé hacia el arco que quedaba a la izquierda, movida por la curiosidad.

—Hay varias salas conectadas entre sí —dijo la jefa de cocina detrás de mí.

Me sobresalté.

Endria dio un paso hacia delante y cruzó el arco, se giró primero hacia la mesa que había dejado sucia con la masa a medio terminar y después clavó los ojos en mí.

—Puede pasearse señorita, pero recuerde terminar lo que ha empezado.

Me giré rápidamente a mirar de nuevo la mesa. Un sentimiento de culpa empezaba a despertar y fui a recogerlo.

La jefa de cocina agarró mi brazo. Y me volví hacia ella.

—Puedes recogerlo después. No se preocupe —volvió a cruzar el umbral y se dirigió a su mesa de trabajo—. No tarde mucho, su desayuno estará listo enseguida. —dijo mirando el horno de piedra que tenía a su espalda.

La segunda sala parece la zona de almacenaje "real". Aquí ya no hay frascos pequeños, sino sacos grandes de cereales, legumbres apiladas en montones ordenados, hortalizas en cajas de madera, redes con cebollas, ristras que cuelgan como si fueran adornos prácticos.
También hay más plantas colgadas secándose, pero aquí son ramos más gruesos, menos delicados. Hierbas para conservar, para curar, para resistir el invierno.
Pasé los dedos por una cuerda sujeta en cada extremo de una estantería en la que colgaba algo parecido al tomillo y varias plantas secas. El olor agradable me inundó. Por un segundo, me acordé de mi abuela. De manos arrugadas deshaciendo plantas en una mesa.
Seguí avanzando por esa sala hasta que vi, a la derecha, un pasillo que llevaba a una puerta.
Cuando me acerqué, la puerta estaba cerrada; me quedé un instante delante dudando si abrirla o no, pero la curiosidad me pudo y empujé la puerta. Al abrir, un aroma me golpeó antes, incluso, de ver bien el interior. Un olor a azúcar, mantequilla, vainilla o algo parecido; harina tostada, y fruta seca. Canela.
La sala de pastelería.
Esa habitación era muy similar a las anteriores, estanterías altas, madera robusta, mesas largas. Pero el contenido, diferente. Aquí había moldes metálicos, bandejas y tarros con muchísimos ingredientes.
Mientras observaba la sala y a los tres pasteleros que estaban en ella, escuché a alguien gritar mi nombre.
—Señorita Isil, señorita Isil.
Era Endria, llamándome. Salí de allí y volví a la cocina principal.
En la mesa, la masa había sido apartada hacia un lado, cubierta con un trapo húmedo fino para que no se secara, pero nadie había limpiado nada.
Junto a ella me esperaba un plato: pan recién horneado, tomates asados, un trozo de carne cortado con precisión y varios cuencos pequeños con condimentos y salsas.
—Muchas gracias—digo gratamente sorprendida, y esta vez sí me sale una sonrisa sincera.

—Coma tranquila y disfrute —responde la jefa desde la isla central, sin mirarme del todo, mientras introduce hojas secas de laurel en un frasco pequeño. Aun así, noto cómo sus ojos volvieron un instante a la harina esparcida en la mesa, como quien observa una deuda pendiente. Después vuelve a lo suyo.
Me senté dispuesta a probar todo lo que tenía delante de mí.
Mordí el pan que estaba crujiente por fuera. El aroma de pan tostado sobre leña y el tomate con queso y miel, estaba delicioso.
Mientras masticaba y miraba alrededor, la cocina se movía con disciplina. No había carreras, ni gritos, ni caos. Había coordinación entre todos los que trabajaban allí.
Volví a centrar mi atención en el desayuno y le di otro mordisco al pan, mi mente se deslizaba hacia los recuerdos de la noche anterior: Los *registros.*
Sentí incertidumbre, quería empezar a leer para salir de aquí y volver a mi mundo. Pero no sabía cuándo nos llamaría el Emperador.
Terminé el plato despacio, cuando no quedaban más que migas, recogí y me levanté camino hacia la pica y lavé el plato. El agua fría me cortó el calor de las manos.
Regresé a la mesa con un trapo mojado y un cesto de una de las mesitas que están cerca. Recoloqué la masa en el cesto y la cubrí bien con el trapo para que no se secara y limpié la superficie con paciencia. Pasé el paño una y otra vez hasta que la madera volvió a verse como antes, pulida y limpia.
Me acerqué con el cesto a la isla de trabajo donde Endria está revisando frascos y anotaciones.
—¿Podría…? —dije deteniéndome a su lado.
Ella no contestó al momento, ni se giró del todo. Solo levantó un poco la barbilla, como dándome permiso.
—Dígame.
—Quería… dividir la masa. Necesitaría una bandeja y un paño grande, húmedo, para cubrirlas y dejarlas reposar. No quiero estorbar.
La jefa de cocina por fin me miró, después asintió.
Endria se agachó y abrió un armario de debajo de la isla; sacó una bandeja ancha de metal oscuro, con bordes ligeramente elevados.

Luego tomó un paño de lino grueso y lo dejó en un cuenco con agua, lo escurrió con dos movimientos y me lo entregó.
—Gracias —dije.
Coloqué el cesto a mi lado y empecé a trabajar. Dividí la masa con las manos pesándola a ojo. El primer trozo lo redondeé con la palma, lo cerré por abajo y lo coloqué sobre la bandeja.
—¿Siempre has estado aquí? —pregunté mientras hacía otra bola de masa.
—No.
—¿De dónde eres? —insistí con cuidado.
—Sylvo —dijo al fin.
Se me quedó el nombre en la boca un segundo, era familiar. Lo había visto en el mapa que Rion me enseñó y me explicó.
—Sylvo… —repetí, mientras seguía redondeando la masa—. Lo recuerdo. Está al oeste, ¿verdad? En el mapa… parecía un bosque.
Endria hizo un sonido mínimo, que podría ser un sí o un "más o menos".
—¿Y… cómo acabaste en Elarion? —pregunté curiosa.
Endria guardó silencio durante unos segundo mientras tapaba un frasco, lo colocaba en su lugar.
—Llegué hace más de cien años. —dijo sin mirarme.
Me quedé quieta con la masa en las manos.
La bola que estaba formando se deformó ligeramente por la fuerza que le estaba aplicando, después de intentar asimilar la cifra que acaba de decirme.
Parpadeé.
—¿Más de… cien? —solté incrédula.
Ella seguía trabajando como si me hubiera dicho "ayer".
—Rheon me ofreció trabajo. Hospedaje. Sueldo. Protección.
Tragué saliva.
—¿Cómo…? —dije. Perpleja de haber escuchado la edad y la imagen que ella tenía del Emperador.
Por fin me miró, y esta vez había algo parecido a una diversión silenciosa en su expresión.
—Soy sylvari.

—¿Sylvari? —repetí—. Y… ¿cuántos… años tienes exactamente? —pregunté al final, ya sin intentar disimular la sorpresa.
—Venimos de Sylvo —respondió tranquila—. Los bosques del oeste. Con montañas y ciudades erguidas en los bosques.
Me tambaleé un poco, no exageradamente, pero lo suficiente como para tener que apoyarme en la mesa.
Cogió una tapa y cerró uno de los botes. Se dirigió a una de las estanterías de la derecha para colocarlos.
—Y sobre mi edad… Ciento setenta, aproximadamente. —dijo mientras terminaba de colocar todos los botes de hierbas y confituras.
Ciento setenta. Mi cabeza repetía el número una y otra vez, como si al repetirlo pudiera hacerlo lógico.
Caminó hasta donde me encontraba. Me quedé mirándola, incapaz de decidir si debo creerla, pero ya he visto demasiadas cosas en este mundo como para negarlo. Y, aun así… una pregunta se me cruza por la mente:
Si ella llegó hace más de cien años… y Rheon le ofreció trabajo entonces… *¿Cuántos años tiene Rheon?*
Me guardé la pregunta. Había cosas que era mejor preguntar directamente
Esa pregunta se quedó rondando por dentro, sin atreverme a pronunciarla. Un escalofrió me recorrió el cuerpo, de pronto, el palacio ya no se sentía solo grande, se sentía antiguo.
Endria se inclinó un poco hacia mí, muy leve, agarró mi mano, y con su voz suave y baja intentó relajarme.
—Respire. —dijo apretándome suavemente la mano.
Solté su mano con cuidado y asentí.
—Estoy bien. Solo… no esperaba esa cifra.
Respiré profundamente por la nariz, con calma, sujetándome a la isla de piedra.
—Es que… —susurré— no sabía que…
—Claro que no —me cortó sin crueldad.
Me quedé en silencio, mirando las bolas de masa alineadas como si fueran pequeñas lunas dormidas.

Cuando me recuperé seguimos trabajando un rato más, sin decir nada

Endria me había preparado una infusión con varias hierbas que habían conseguido relajarme.

Ella siguió con sus frascos, etiquetando, apretando tapas y corchos, midiendo con la punta de una cuchara… Yo regresaba a la masa, partiendo trozos, formando esferas y colocándolas en la bandeja. Cada movimiento me mantenía concentrada y con la mente más despejada.

Solo me faltaba terminar de rellenar esa bandeja y habría terminado.

De pronto, sonó la puerta. *Toc, toc.* Dos golpes secos.

Endria dejó el frasco que tenía entre manos y se limpió los dedos en el delantal. Luego caminó hacia la entrada con esa misma seguridad que tenía cuando mandaba a toda una sala sin levantar la voz.

Me quedo donde estoy, con las manos aún manchadas de harina.

Abrió la puerta.

—Buscamos a la señorita Isil. El Emperador la reclama. —Escuché desde mi sitio.

Me asomé dejando la isla atrás, limpiándome las manos con un trapo con más prisa de la necesaria.

—Ahora mismo voy —dije. Dejé el trapo en la mesa y tapé con un paño la porción de masa que aún no había terminado. Cogí la bandeja donde estaban las bolitas ya hechas y las cubrí también.

Endria se acercó y apoyó su mano en mi hombro.

—Tranquila querida —asintió—. Déjelo. Vaya, no se preocupe. El Emperador la llama. —Sonrió amablemente, dando a entender que debía retirarme.

Asentí y fui hacia la puerta, donde los guardias seguían esperándome.

El calor y los aromas de la cocina quedaron atrás.

CAPÍTULO 20
ISIL

Los guardias iban delante de mí; yo les seguía el ritmo. Avanzamos hacia el oeste. Bajamos una escalinata corta, giramos a la izquierda, luego a la derecha. Pasamos por corredores más estrechos que no había visto antes, con techos más bajos, iluminados solo por antorchas encajadas en soportes de hierro oscuro. Algunas puertas estaban marcadas con runas que ya había visto en algunas zonas de palacio; otras no tenían nada.

Intenté recordar el plano que había visto días atrás en mi habitación, pero era imposible. Este palacio era enorme.

Subimos otra escalera. Esta era más ancha y larga, con pequeñas runas plateadas grabadas por todo el pasamanos y por las barandillas.

El aire se volvió más frío. Al final del último corredor, dos puertas altas de madera oscura se alzaban frente a nosotros.

Uno de los guardias dio un paso al frente y golpeó dos veces con el puño.

Las puertas se abrieron hacia dentro con un sonido grave. Entramos.

El espacio se abrió de golpe. Era un vestíbulo con techo alto, mucho más alto de lo que esperaba, con columnas de piedra clara que se alzaban hasta perderse en la sombra del techo. Ventanales estrechos dejaban entrar una luz blanca que caía en líneas rectas sobre el suelo pulido. En las paredes de mármol había grabados de montañas y bosques. Un estandarte con el símbolo de Elarion caía en un lateral de la sala.

Rion y Aidan estaban en el centro, junto a Rheon, hablando de algo que no alcancé a oír, hasta que Rion levantó la cabeza y me señaló. Ahí Aidan se giró y Rheon también me miró.

Los guardias se detuvieron a unos pasos y anunciaron, firmes:

—La señorita Isil ha llegado, Majestad.

Rheon asintió.

—Gracias. Podéis retiraros.

Los guardias salieron y las puertas se cerraron detrás de mí. El silencio volvió a caer.

Avancé un par de pasos hasta colocarme entre Aidan y Rion.

—Supongo que vamos a ver los registros —dije.

Rheon me miró con detenimiento, como midiendo algo más que mis palabras.

—Así es —respondió. Rheon asintió una sola vez—. Seguidme.

No añadió nada más.

Se giró y caminó hacia el fondo del vestíbulo. No por el centro, sino por un lateral, donde una abertura estrecha se abría entre dos columnas. No había puertas visibles, solo un corredor amplio y alto.

Al final, Rheon se detuvo frente a una puerta doble, sencilla y la empujó.

El espacio descendía en anillos, varios niveles de galerías circulares cargadas de estanterías hasta donde alcanzaba la vista. Libros, códices, pergaminos y cilindros se apilaban en orden preciso. Una cúpula abierta dejaba caer una luz pálida desde lo alto, que se filtraba como polvo brillante y encendía motas suspendidas en el aire.

Me detuve. Rion también. Durante un segundo, ninguno dijo nada.

—Joder… —murmuró Rion al fin, sin darse cuenta de que había hablado en voz alta.

Aidan, en cambio, no se movió. Solo alzó la vista, recorriendo la cúpula, las galerías, las sombras entre estantes. No parecía sorprendido. Más bien… atento.

—Aquí —dijo simplemente— se guarda lo que no debía perderse.

Di un paso adelante.

—¿Todo esto…? —empecé, sin terminar la frase.

—Es solo una parte —respondió Rheon.

Volví a mirarlo con los ojos abiertos. Tomé aire y apreté el ceño con mis dedos.

—Está bien... —dije algo resignada.

Aidan se giró por fin hacia mí, con una media sonrisa apenas visible.

—Comencemos. —comentó dándome una palmada de ánimo en la espalda.

Rion soltó el aire despacio y avanzó un par de pasos, todavía con la mirada perdida en las galerías.

—Vale… —dijo—. Pongámonos en marcha entonces.

Descendimos por la rampa circular. Cada paso hacía que la magnitud del sitio se volviera más evidente. Las estanterías subían en niveles, conectadas por pasarelas estrechas y escaleras de hierro. No había mesas, solo atriles repartidos aquí y allá, y bancos adosados a la pared para quien necesitara detenerse a leer.

—Dividámonos —dijo Rheon.

Aidan asintió sin discutir.

—Yo subo —señaló hacia una de las pasarelas.

Rion me miró de reojo.

—Yo me quedo aquí abajo.

Rheon tomó el nivel intermedio sin añadir nada más. Se movía con naturalidad.

Me acerqué a la estantería más cercana. Los lomos eran de materiales distintos: cuero, tela gruesa, madera grabada. Algunos estaban etiquetados. Otros no. Pasé los dedos por uno de los cilindros, dudé un segundo y lo dejé donde estaba.

Dejé escapar el aire mientras me agachaba frente a un estante bajo y leí el título de uno de los códices. No entendí la mitad de las palabras. Cerré los ojos un segundo, esto no iba a ser rápido, ni sencillo.

Desde arriba, Aidan habló:

—Aviso: si encuentro algo aburrido, lo dejo donde está.

—Gracias por el rigor —replicó Rion sin mirarlo.

Avancé un poco más despacio, dejando que el eco de sus voces se perdiera entre las estanterías.

Deslicé un libro del estante. Pesaba más de lo que esperaba. Lo abrí con cuidado. Las páginas eran gruesas, amarillentas, cubiertas de una escritura estrecha y precisa. Diagramas. Fechas. Leí el encabezado.

«Acta del Primer Consejo de Sabios y Soberanos.
Elarion. Año 3210»

Fruncí el ceño.

Era muy anterior a cualquier guerra de la que yo hubiera oído hablar. Mis ojos recorrieron la lista de asistentes. Reconocí los nombres de las regiones. Todos estaban allí. Incluso Nymeris, aunque una nota al lado indicaba *"observadores"*. Sin voto ni participación.

Me detuve. El texto se interrumpía a mitad de una frase.

…su aislamiento no es casual, sino consecuencia de—

Nada más.

Lo cerré y lo devolví a su sitio.

Un pergamino amarillento asomaba por los bordes de la estantería, más fino que otros. Parecía… usado.

El título no tenía adornos.

«Informe de anomalías registradas en regiones septentrionales y limítrofes. Compilado entre los años 3390 y 3408.»

Recorrí las primeras líneas. No hablaban de guerra. Hablaban de incidentes.

- *Apariciones irregulares de entidades no clasificadas en zonas de hielo profundo (Glaciaris).*
- *Comportamiento anómalo de criaturas habituales: migraciones erráticas, agresividad sin causa aparente.*
- *Fallos en sellos antiguos. Origen desconocido.*

No había dramatismo. Solo una sucesión de observaciones frías, casi cansadas.

No se considera amenaza global. Nivel de alerta: moderado.

Bajé la mirada un momento. Seguí leyendo:

Nota añadida posteriormente:

La repetición de incidentes sugiere patrón. No se ha determinado aún si existe voluntad detrás de las anomalías.

Voluntad.

Esa palabra no encajaba con el resto del texto. Destacaba demasiado.

Al margen, alguien había escrito a mano, con tinta más oscura:

No es el inicio de algo nuevo. Es el regreso de algo que nunca se fue.

Volví a enrollar el pergamino despacio y lo dejé en el mismo lugar.

Caminé un poco más entre las estanterías. El espacio se abría en curvas suaves; el lugar era precioso. Alcé la vista de nuevo a la cúpula. Los rayos de luz seguían iluminando la sala. Vi Aidan en los niveles superiores usando su poder para bajar libros de estanterías altas, no pude evitar reírme.

Seguimos buscando sin decir nada.

Un libro de cubiertas oscuras, gastadas en los bordes, encajado entre dos volúmenes más gruesos. Lo saqué con cuidado, pesaba menos de lo que esperaba. Este no estaba en una estantería principal. Estaba guardado entre otros textos menores, casi oculto. No tenía título en el lomo.

Solo al abrirlo encontré la primera frase, escrita:

«Apuntes sobre la Guerra de los Velos - Cuaderno personal de un Sabio anónimo.»

Las páginas eran irregulares, algunas manchas de humedad y amarillento. Desgastadas por el tiempo y pequeños surcos y desgastes. Pasé una página y leí algunos fragmentos sueltos.

Escaramuzas en rutas del sur. Nada oficial.
Sombras donde antes no las había.

Mensajeros que no regresan.

Los reinos dicen estar en paz.
Pero mantienen tropas en movimiento.
La vigilancia no ha cesado desde Elyvar. Solo se ha vuelto silenciosa.

Me detuve ahí.

Más abajo, casi al final del cuaderno, una anotación aislada:

El mundo no está dormido.

Apoyé la palma con más fuerza, como si el papel pudiera responderme.

El mundo no está dormido.

No era una frase poética. No sonaba a advertencia grandilocuente ni a profecía inflada. Era una constatación. Fría. Casi aburrida. Y por eso mismo, inquietante.

Retiré la mano despacio y cerré el libro. Durante un segundo me quedé quieta, escuchando el murmullo lejano del lugar: pasos lejanos sobre pasarelas, el roce de páginas, el eco suave del aire moviéndose bajo la cúpula. Nada parecía fuera de sitio. Y, sin embargo, todo lo estaba.

Pensé en la tormenta.

En la noche en que el colgante brilló por primera vez.

En el momento que Rion apareció, justo cuando debía.

Deslicé el libro de nuevo entre los volúmenes, dejándolo exactamente como lo había encontrado.

Me enderecé y avancé unos pasos más, leyendo títulos al azar sin detenerme demasiado.

Vigilancia fronteriza. Ajustes de rutas. Protocolos de contención. Fechas distintas. Autores distintos.

En el estante de abajo, entre dos volúmenes mucho más grandes, vi una caja de madera oscura, me puse en cuclillas y la alcancé. Al abrirla, había dos cilindros sin ninguna inscripción. Solo una marca grabada: una estrella de seis puntas, simple, sin adornos.

—Rion —llamé en voz baja, mientras volvía a dejar la caja en su sitio, pero esta vez abierta.

Él levantó la cabeza desde unos metros más allá, apoyado en una barandilla.

—¿Qué?

Señalé la caja.

Rion se acercó despacio. No la tocó, se inclinó para verla mejor.

—Eso no es un símbolo decorativo —dijo. Sus ojos recorrieron la caja, la madera oscurecida por el tiempo, la estrella grabada sin ornamentos.

El silencio volvió a asentarse entre nosotros, denso. Sentí el peso del colgante bajo la ropa, quieto, pero presente. No brillaba. No reaccionaba.

—¿Los abrimos? —pregunté con la boca un poco seca mientras miraba los cilindros delante de mí.

Rion apretó la mandíbula.

—No sin Rheon presente.

Escuchamos pasos en la pasarela superior. Aidan apareció primero, apoyando los codos en la barandilla, mirando hacia abajo con expresión alerta.

—Abrámoslos —dijo mientras saltaba la barandilla y descendía lentamente hasta mi lado.

El Protector del Viento se inclinó para coger la caja, Rion se interpuso.

—Deberíamos esperar al Emperador —los dos protectores se miraban serios, el ambiente entre los dos se enfrió.

—No es momento para esto —dije apartándoles.

Me agaché y alcé la caja

Rheon descendía por la rampa, se detuvo frente a la caja y la observó con una familiaridad que no intentó disimular.

—Sabía que acabarías encontrándola —dijo llegando a nuestra posición y me miraba.

Sentí un escalofrío.

—¿Esto estaba aquí a propósito? —pregunté.

—Todo lo que está aquí lo está —respondió inclinando la cabeza observando todo el lugar con los brazos abiertos. Volvió a cruzar sus

manos a su espalda y me miró—. Lo que cambia es quién está preparado para verlo.

Carraspeé y me incliné para abrir uno con cuidado.

Dentro no había pergaminos comunes, sino láminas finas, casi translúcidas, cubiertas de anotaciones y símbolos trazados con una tinta que no reconocía. Solo una frase escrita en la primera página, con letra firme:

«Registro reservado. Lectura permitida únicamente a la Portadora.»

—Esto… —alcé la mirada hacía el Emperador, intrigada y sorprendida mientras mis ojos iban desde el papiro hasta el Emperador.

—Sí —dijo Rheon, sin rodeos—. Eso era para ti.

Pasé la página con cuidado.

Hablaba de una persona. No tenía nombre.

El Portador anterior.

Las anotaciones eran precisas.

El poder respondió sin resistencia.
La luz no mostró límites conocidos.

Más adelante, la letra cambiaba, ya no era tan firme.

Leí más despacio.

El Portador no cayó en batalla.
No fue corrompido.
No fue derrotado.

Sentí un frío extraño recorrerme el pecho y seguí leyendo:

Pasados unos años, con la paz ya asentada, los Dioses y los Guardianes dieron por terminada la función del Portador y los Protectores.
La paz se instauró en Aeloria. Los reinos prosperaron.
Ya no se consideró necesario mantener un poder divino activo.

Cerré los ojos un segundo y me llevé las hojas al pecho.

Volví a enrollar las hojas y las metí dentro de su recipiente, que coloqué dentro de la caja. Cerré la tapa y la estrella de seis puntas volvió a quedar visible.

—¿Y ahora qué? —preguntó Aidan desde la pasarela, sin ligereza esta vez.

Rheon levantó la vista hacia él.

—Lo que tú digas, ¿quieres que sigamos buscando? —dijo.

Rion no apartaba la mirada de la caja.

Me enderecé despacio negando con la cabeza. El peso en el pecho no era miedo exactamente. Era algo más incómodo. La sensación de estar en el centro de una decisión.

—Entonces… —empecé, y me obligué a terminar—. ¿Todo esto existía antes de que yo llegara?

Rheon me miró.

—Hay pocas evidencias que podamos verificar…, pero que tú hayas vuelto, hace que algunas se vuelvan reales.

Asentí despacio.

—Entonces ya está —dije.

Rion apartó por fin la mirada de la caja. Inspiró hondo, como si midiera cada palabra antes de soltarla.

—Entonces no sirve de nada quedarnos aquí dando vueltas —dijo, con la voz áspera y dura—. Si algo va a reaccionar… lo hará ahí fuera.

Aidan ladeó la cabeza, observándolo.

—Traducido del idioma Rion —añadió balanceándose sobre sus talones—: que ya hemos removido suficiente polvo por hoy.

Rion miró serio a Aidan, asintió y sacudió su mano para que siguiéramos. Se limitó a encogerse de hombros y dejarlos caer sin preocupación, pero tenso.

—¿Cuál es el siguiente paso? ¿Qué debo… debemos hacer? —añadí dando un par de pasos hacía ellos.

Rion apoyó una mano en la barandilla. Aidan dejó de balancearse sobre los talones.

Rheon me observó sin prisa. Se mantuvo firme.

—Por hoy es suficiente —dijo al fin—. Lo que habéis leído no se ordena en una sola noche.

Se giró despacio hacia la rampa, como si la decisión ya estuviera tomada desde antes, y empezó a caminar hacia la salida.

CAPÍTULO 21
AERON NIGHTSHADE: LA SOMBRA

Ryslorn, la ciudad entre sombras, la ciudad de los Sabios del Umbral. La ciudad del recuerdo se deslizaba bajo la niebla como un sueño que se niega a despertar.

La Torre de Lóreth, el archivo más antiguo de Aeloria, estaba llena de sombras que parecían formar parte del propio archivo, quietas, atentas, familiares.

Aeron Nightshade abrió los ojos antes del amanecer; no porque alguien lo llamara, sino porque sintió su presencia.

No era un sueño común. Su presencia había rozado la suya, como dos sombras cruzándose un instante. Ese leve choque fue suficiente para despertarlo.

Se incorporó en su lecho de piedra, cubierto por mantas gruesas. La torre respiraba quietud. No había relojes ni campanas allí, solo el silbido lejano del viento acariciando los muros.

Aeron se puso en pie y cruzó la estancia hasta el ventanal alto que daba hacia Ryslorn. La bruma se deslizaba sobre la ciudad; la observó en silencio, sin pestañear, acostumbrado a buscar sentido en cosas que otros pasarían por alto.

Sintió entonces un hormigueo bajo la piel. La marca.

Se activó el día en que Isil llegó a este mundo. En su cuello, las líneas curvas entrelazadas en espiral comenzaron a iluminarse con un resplandor suave.

Muchos lo habían olvidado. Algunos incluso creían que había muerto. Pero Aeron Nightshade nunca abandonó la Torre de Lóreth.

Los Sabios del Umbral lo habían acogido cuando era un niño, después de perder a sus padres en circunstancias que aún nadie le había querido contar.

Estudió, entrenó y meditó. Aprendió a hablar con las sombras.

Desde niño, la sombra lo seguía, lo cubría y lo protegía incluso antes de que la marca despertara.

Porque la sombra siempre buscaba la luz. Y ahora, al fin, sabía su nombre.

Isil**.**

CAPÍTULO 22
ISIL

Después del sueño, no conseguí dormir bien. Me giré varias veces buscando una postura que me calmara, pero el descanso nunca llegó del todo. Una sensación persistente, como si alguien me llamara en silencio desde muy lejos.

Abrí los ojos. El colgante estaba frío, pero una luz tenue lo envolvía, casi imperceptible. Como si respondiera a algo lejano… o alguien.

Me levanté de la cama intentando no hacer ruido, salí al pasillo y, para mi sorpresa, Aidan estaba allí, recostado contra la pared como si lo hubiera sabido.

—¿Tampoco dormiste? —pregunté.

Aidan se encogió de hombros.

—¿Lo sentiste tú también?

Asentí.

—Ven conmigo. El Emperador quiere vernos.

Nos dirigimos a la Sala de la Estrella, detrás del trono. Antorchas alineadas a intervalos regulares mantenían el pasillo iluminado, reforzadas por runas lumínicas que recorrían la pared y proporcionaban un poco más de claridad.

Bajamos las escaleras. Rheon nos esperaba en la sala, serio.

Rion había llegado ya; estaba de pie en silencio, apoyado en una de las columnas de la derecha. Noté cómo cruzaba los brazos al vernos entrar, pero no dijo nada, solo nos siguió la mirada hasta que nos detuvimos ante Rheon.

—Perfecto. Ya estamos todos —Dio un paso hacia la derecha y Aidan se colocó a su lado.

—¿Pero qué está pasando? —pregunté. Algo no encajaba. Aidan esperándome en el pasillo, Rheon aquí abajo como si llevara toda la noche, y Rion… tan tenso que parecía preparado para una orden. Los tres sabían algo. Los tres habían visto algo. Y otra vez, llegaba la última. No era casualidad que el colgante hubiera reaccionado justo hoy. No era casualidad que ellos ya estuvieran reunidos sin mí.

Rheon y Aidan quedaron frente a mí, a unos pasos de distancia. Aidan inhaló hondo, como si necesitara prepararse, y entonces empezó a hablar en un idioma que no reconocí. Las palabras eran graves, antiguas, casi metálicas, como si el aire vibrara al escucharlas. No sabía qué significaban, pero cada sílaba parecía encajar con la siguiente como engranajes de una puerta abriéndose.

Al mismo tiempo, Rheon levantó una mano y empezó a trazar formas invisibles en el aire. No veía las runas como tal, pero sí el efecto que dejaban: ondulaciones breves, como si el espacio reaccionara a su paso antes de estabilizarse de nuevo. Los movimientos de Rheon seguían el ritmo de las palabras de Aidan, sincronizados, calculados, como si ambos repitieran un ritual que dominaban desde hacía años.

Puntos diminutos surgieron en el vacío, como motas de luz. Flotaban, elevados sobre nosotros, como un cielo dentro de la sala. Un mapa de Aeloria hecho de estrellas y rutas que se movían.

El dibujo tomó forma poco a poco: un entramado de luces suspendidas en el aire, líneas móviles como constelaciones reorganizándose. Desde abajo se veía casi tridimensional.

Los contornos, las curvas, la disposición de las regiones. Recordé el mapa que Rion me enseñó en Valdrim, extendido sobre aquella mesa de madera, con sus explicaciones rápidas y su paciencia torpe. Las líneas no coincidían exactamente—estas brillaban, respiraban, se movían—pero la silueta era la misma. Aeloria.

—¿Cómo… cómo habéis hecho eso? —Estaba asombrada por lo que acababa de presenciar—. ¿Esto es normal? ¿En Aeloria… esto es normal?

Aidan soltó una risa breve, como si no supiera por dónde empezar.

—Normal… no. —Se frotó la nuca, mirando el mapa suspendido—.

Pero tampoco es algo extraño de ver. Los antiguos sabios y los que saben manejar magia rúnica lo usan de vez en cuando. Va bien cuando no tienes un mapa a mano.

—Solo que este en concreto es un poquito especial. —Me guiñó un ojo, como si lo "especial" fuera un término suave para lo que acabábamos de ver.

Fruncí el ceño, todavía intentando procesar lo que veía.

—¿Especial cómo? —pregunté, incapaz de ocultar la confusión.

Rheon dio un paso adelante antes de que Aidan pudiera responder.

—Míralo bien —dijo con calma, señalando el mapa suspendido sobre nuestras cabezas.

Solo entonces reparé en los detalles que no estaban antes: pequeños símbolos brillantes aparecían en distintos puntos del mapa, cada uno con una forma reconocible. Uno ardía con un tono rojizo. Otro trazaba un remolino tenue. Un tercero parecía cristalizado como hielo. Había más, cada uno distinto, cada uno emanando un pulso propio.

—Son las marcas de los Protectores —explicó Rheon—. Anoche investigando y probando combinaciones de runas y palabras… encontramos varias que enlazan las reacciones del Lumen y las de las marcas.

Rheon volvió a señalar las luces suspendidas cuando vio mi cara de incomprensión.

—Ahora, cuando una marca se activa o responde, el mapa lo reconocerá y lo mostrará.

Aidan bajó un poco la proyección con un gesto, acercándola a nuestra altura. Las luces descendieron hasta quedar casi al alcance de la mano. Fue entonces cuando vi el patrón completo: varias de las runas parpadeaban al mismo tiempo, cada una con un ritmo distinto.

—Varias señales se han activado. —continuó Rheon.

Extendió la mano hacia el noroeste del mapa. Allí, la figura que asemejaba un copo de nieve brillaba con un tono azul intenso, más vivo que cualquiera de las otras.

—Aquí, en Glaciaris —indicó con la mano—. La runa del Hielo está respondiendo con más fuerza que la de Nymeris, en el nordeste —señaló con un gesto levantando la barbilla.

El brillo azul del copo de nieve volvió a intensificarse, como si confirmara sus palabras.

—Es el despertar de otros protectores —dijo Rheon, sin apartar la vista del mapa.

Me acerqué sin pensarlo y el colgante reaccionó, emitiendo una luz tenue que se proyectó sobre la runa azulada.

—¿La runa del hielo? ¿Quién es? —quise saber.

—No lo sabemos todavía. —contestó el Emperador.

—¿Y qué vamos a hacer? ¿Hay algún plan? —preguntó Rion apretando la mandíbula. No sonaba desafiante, pero estaba claro que quería una respuesta.

—Vayamos a buscarlo entonces. —dije convencida.

Aidan se acercó a la pared, y observó la runa lila del nordeste.

—También ha despertado. —dijo finalmente—. Eso significa que está preparado. Pero está… —deslizó su mirada a la marca de Nymeris, brillaba muy débilmente.

—No sabemos cuánto comprende su papel. Solo que ha sentido la llamada. —interrumpió el Emperador a Aidan. Mirándolo de una forma que no llegué a comprender… ¿Le había dado una orden?

—¿Y entonces? —pregunté mirando a los hombres que tenía delante y deslizando mi mirada a las dos runas iluminadas. Di un paso hacia adelante, aunque nerviosa, necesitaba decirlo.

—Soñé con él —confesé señalando con la cabeza la runa violeta de Nymeris.

La mirada del Emperador se endureció, como si buscara una explicación, al momento sus gestos se relajaron y asintió cerrando los ojos.

Rion, a mi lado, no reaccionó demasiado, pero pude apreciar como su nuez se movió de arriba abajo y como su brazo se tensaba hasta su puño apretando ligeramente la empuñadura de su espada. Ninguno parecía saber qué decir.

—¿Soñaste con él? —preguntó Aidan acercándose. Sus cejas se curvaron y una sonrisa pícara se le dibujó en la cara.

Rodé los ojos y continué:

—No fue un sueño, fue más bien una… ¿interacción? Se sentía muy real. —dije con un tono algo surrealista en mi voz, no entendía como había podido suceder aquello, y menos, porque se sentía tan real.

Todos parecían digerir las palabras que dije.

—Si realmente soñaste con él, con el Protector de la Sombra… entonces, eso es…— se llevó su mano al mentón para pensar.

—¿Qué? ¿Qué es? —pregunté.

De pronto, recordé las palabras que el protector de la Sombra me había dicho:

No me busques, yo te encontraré.

—Él nos encontrará. —murmuré con la cabeza agachada con esas palabras deslizándose una y otra vez en mi mente.

—¿Qué? —preguntó Aidan inclinándose hacia mí.

Alcé la cabeza y vi delante de mí a Aidan, sorprendida, retrocedí un paso chocando con la pared. Suspiré y me incorporé.

—He dicho que él nos encontrará.

Vi como Rion se cruzaba de brazos y fruncia el ceño mirando al Emperador y a Aidan.

Aidan ladeó la cabeza y empezó a dar vueltas a la sala con la mano apoyada en el mentón.

—¿Estás segura de que era el Protector de la Sombra? —preguntó Rion serio.

El Emperador se tensó y Aidan se detuvo en seco.

—No estarás sugiriendo que... —dijo Rheon con una calma devastadora, pero se podía notar una tensión en su voz.

—Eso sería imposible, Veskar todavía no tiene tanto poder. —intervino Aidan calmado y pensativo.

—Su poder crece Aidan, cada día hay informes de ataques. La oscuridad se extiende más rápido de lo que pensábamos.

Aidan lo miró con una preocupación en los ojos que todavía no le había visto.

—No sentí miedo —dije intentando que con eso pudiese aclarar algo y decidir hacía donde iríamos finalmente.

—¿Él mismo te lo dijo? —dijo Aidan girándose hacía mí. No parecía dudar de lo que había dicho.

—Sí. —contesté con un movimiento de cabeza—. "No me busques, yo te encontraré." Eso fue lo que me dijo. —añadí sabiendo que eso me daría más veracidad. Caminé hasta el centro de la sala y los miré— Así que supongo, que tendremos que ir a Glaciaris.

Rion pasó una mano por su cinturón y luego avanzó unos pasos hacia el centro de la sala antes de detenerse a mi lado.

—Pues no perdamos el tiempo —dijo con un tono áspero.

Lanzó una mirada al mapa suspendido sobre nosotros, al pulso constante de la runa helada.

—Si la Sombra vendrá por sí sola, no hay razón para quedarnos aquí parados.

—Hacía la runa del Hielo entonces —dijo Aidan con una sonrisa.

Rheon extendió la mano hacia arriba y, con un gesto firme, redujo la proyección hasta que el mapa comenzó a desvanecerse en motas de luz que cayeron lentamente antes de desaparecer por completo. El silencio volvió a llenar la sala, expectante.

—Glaciaris ha avisado que hay registros de escaramuzas —dijo el Emperador mientras bajaba la mirada hacia nosotros—. Tendréis que estar en alerta.

Intenté ordenar tantas piezas en mi cabeza que empecé a caminar en círculos pensando en este mundo y lo que sabía ya de él. Ya había confirmado que realmente estaba en otro mundo, planeta o realidad paralela. El colgante me había traído aquí simplemente porque era… ¿un alma pura? Lo siento, pero no me tragaba eso. Sabía que había algo más y necesitaba descubrirlo. Tendría que hacer lo que fuese si quería regresar.

Aidan me miró con esa serenidad que parecía no perder nunca.

—El Hielo es sabiduría y alma. No busca herirte, solo probarte. —dijo el Protector del Viento acercándose lo justo—. Tranquila, Isil. Estaremos a tu lado —añadió mientras ponía su mano en mi hombro.

Bajé la vista al Lumen Astraë, que seguía iluminado contra mi pecho. En mi cabeza volvieron a resonar las palabras del Protector de la Sombra.

"No me busques… yo te encontraré."

¿Cuándo? ¿Dónde? Si él tenía que encargarse de encontrarnos, esperaba que lo hiciera rápido.

—Necesitamos una ruta segura —dijo Rion— Por dónde vinimos hace unas semanas, nos las apañamos bien, pero debería poner más soldados —dijo eso último mirando al Emperador.

—Por eso no podemos demorarnos. Cada vez llegan más informes. Las escaramuzas son cada vez más habituales. —dijo serio mientras llevaba las manos hacia su espalda y las cruzaba—. Y ya di esa orden —sentenció sin moverse ni un centímetro con una mirada autoritaria a Rion.

—Nos prepararemos bien y saldremos en cuanto estemos listos. —dijo Aidan alzando un poco la voz y con un tono más ligero—. Lo más importante ahora, es que lleguemos a Valdrim primero. Allí podremos descansar y planificar.

Podría volver a ver de nuevo Valdrim, esa preciosa ciudad de hielo, cristal y nieve, sus luces reflejadas en los tejados al salir el sol.

Aunque el mapa suspendido, las runas, las señales de los Protectores… y ahora de vuelta a Glaciaris, aunque mucho más lejos y muchos días más fuera de Palacio.

—¿Dónde está exactamente? —interferí en la conversación decidida.

—Forsthelm está al norte de Valdrim —me respondió Aidan—. Una de las tres ciudades principales de Glaciaris; al pie de las montañas en el norte. El camino no será fácil.

Asentí.

Rion intervino entonces, la voz firme pero no la elevó. Camino varios pasos hasta situarse delante de una de las columnas de la derecha y dejarse caer hacia atrás.

—No iremos directos —dijo cruzando los brazos—. Frenad el entusiasmo. Cuando lleguemos a Valdrim necesitaremos provisiones, descanso y… —hizo una pausa breve, mirándome—. un lugar seguro para prepararnos.

—Mira tú, qué milagro. Coincido con él. —dijo Aidan alegre. Me miró y me guiñó un ojo.

Rion lo ignoró por completo.

—No pienso arriesgarme a ir sin un punto intermedio. Forsthelm está demasiado lejos, y no sabemos qué nos espera allí.

Valdrim. Forsthelm. Glaciaris.

Nombres que hace unas semanas no significaban nada. Cada día, algo nuevo reclamaba mi atención y, aun así, una parte de mí sentía que apenas había tocado la superficie. Valdrim ya la había visto, pero lo que nos deparaban las tierras de Glaciaris y ciudad de Forsthelm, teníamos que descubrirlo.

Valdrim sería solo un pequeño stop por el camino.

—Está bien entonces, hacía Valdrim. —dije decidida mirando a los tres hombres que tenía delante.

Caminábamos lentamente por los pasillos de vuelta a la sala del trono.

—¿Sabes por qué los sentiste tú antes que nadie? —preguntó Aidan sin mírame.

Bajé la vista hacia el colgante, seguía caliente contra mi piel.

—¿Por el Lumen Astraë?

—No —sonrió levemente, con ese aire tranquilo que parecía no tener prisa nunca—. Te han sentido Isil, intuyen cómo eres, —miró por encima de su hombro a Rion, que nos seguía. Volvió a mirarme, se inclinó hacia mí y continuó—. ellos han permitido que los sintieras o en este caso, se han revelado a ti en sueños. —se enderezó con una sonrisa pícara y aun así mantenía su aura calmada.

Sentí cómo el calor subía por mis mejillas antes de poder evitarlo.

—¿Entonces… todos podéis sentirme? —pregunté, bajando la voz hasta casi un susurro.

Aidan se encogió de hombros, fingiendo inocencia.

—¿Tú no nos sientes?

Esa pregunta impactó en mi mente. ¿También podía sentirlos?

Busqué en mis recuerdos, alguna conexión que hubiera sentido inconscientemente. No me di cuenta de que mi cara se tornó seria y concentrada al intentar recordar y el Protector del Viento, se percató.

—No temas. El Lûn Loryn, el Hilo de la Luz solo lo tienen los que hayan sido elegidos. —se rascó detrás de la nuca, pero continuó—. Los protectores tendrán respeto y serán leales. No invadirán tu pensamiento sin tu permiso. —puso sus brazos hacia atrás agarrándose las manos— Podrás comunicarte con nosotros, Isil. Los protectores tenemos unas barreras mentales tan fuertes como las hayan entrenado, pero nuestro canal de energía hacia ti siempre está abierto.

Me quedé en silencio, tratando de procesarlo.

¿Comunicarme con vosotros? ¿Una conexión constante? ¿Un canal abierto?

—Lo que me recuerda, que también deberías aprender a fortalecer tus barreras.

—¿Por qué debería? Acabas de decir que solo vosotros podríais entrar, pero que me respetareis.

—Nunca viene mal un poco de seguridad —se sacudió el pelo mientras se reía.

Era demasiado. En dos días había pasado de no entender el brillo de un colgante a enterarme de que mi mente podía tocar la de otros seres, elegidos por los dioses.

El pecho me pesaba, el pensamiento iba y venía en oleadas: ¿y si escuchaban algo que no debían? ¿Y si yo pensaba demasiado fuerte? ¿Y si...?

Aidan, que parecía leerme sin esfuerzo, dejó escapar una risa baja y suave.

—Tranquila, Isil. No vamos a oírte cuando maldigas mentalmente por el frío o por el carácter de Rion —bromeó con su voz serena, mirando al frente—. Aunque el viento… a veces es chismoso.

Era fascinante la facilidad en la que me sacaba una sonrisa cada vez que hablábamos.

Desde atrás, Rion observaba en silencio. Nos vio caminar juntos, hablar como si nos conociéramos de antes. Le sonreía, una sonrisa

pequeña, tranquila, pero no se la había visto en días. No con él.

La cena fue sencilla. Los platos eran cálidos, abundantes, pero sin ostentación. La luz de las antorchas se reflejaba en las copas de metal, y el fuego danzaba en silencio en la chimenea cercana.

Rheon estaba sentado en un extremo de la mesa. A su derecha, Aidan. Me senté frente al Protector del Viento. Rion, en cambio, había escogido una silla más apartada.

—Mañana, al alba —dijo finalmente Rheon, con voz firme—. partiréis hacia el noroeste.

Solo se escuchó el chasquido del fuego, y el tintineo leve de la cuchara de Aidan girando en su taza.

—¿Qué se espera de nosotros exactamente? —preguntó Rion, sin levantar la voz.

El Emperador lo miró serio.

—No habrá grandes batallas por el momento. —respondió— No os desviéis del camino. Buscar al próximo protector y las piedras de los protectores con vuestras marcas en ellas.

Bajé la mirada hacia el colgante bajo la túnica. El Lumen Astraë brillaba. ¿Realmente iban a unirse a nosotros solo por esto?

—¿Y si no quieren venir con nosotros? —pregunté dudosa.

Aidan habló entonces, su voz calmada y con seguridad.

—Vendrán. Si sus marcas despertaron, serán leales.

Recordé lo que hablamos anteriormente en el corredor, el hilo que nos conectaba.

Rheon alzó la copa en silencio y nos miró a los tres, como quien sabe que lo que está por venir podría cambiar el curso de la historia, y bebió.

La noche ya había caído por completo y los pasillos del Palacio estaban en calma.

Ya en mis aposentos, había cerrado los párpados, había respirado hondo y seguía sin poder ignorar a la Sombra. Así que me levanté, salí a caminar.

Mis pies me llevaron hasta la sala de la Estrella, detrás del trono. Al principio dudé en entrar, pero la puerta estaba entornada y una luz suave, titilante, iluminaba la estancia. Entré y caminé hasta en centro.

Vi a Rheon, de pie, frente al mapa. No llevaba corona. Solo una túnica negra, sencilla, con las mangas remangadas y el rostro ligeramente inclinado hacia el suelo.

No se giró al oírme.

—Hola Isil.

Me detuve a unos pasos. — Si no es molestia, yo…

—¿No puedes dormir? —dijo aún sin mirarme y agachando la cabeza.

—No, no esta noche —respondí, avanzando un poco más—. ¿Y tú?

—Duermo poco.

Hubo un silencio.

Observé el mapa, más grande que el que Rion me mostró en Valdrim. Las líneas grabadas. Las regiones que aún no conocía. Y Elarion, brillando en el centro.

—Mañana partimos —dije al fin y más para mí misma.

Rheon asintió.

—Sí.

Por un instante, sentí que no solo era el Emperador de una gran región, sino un hombre que también cargaba con algo más grande de lo que podía decir.

—¿Por qué eres así conmigo? —me atreví a preguntarle—. No me tratas como a los demás.

Rheon bajó la mirada al mapa, tardó en responder.

—Eres la Portadora del Lumen Astraë. —se giró y nuestros ojos se encontraron—. Ahora mismo, eres lo más valioso de Aeloria.

—Yo no soy nadie. Solo encontré el colgante. —susurré.

Él no me apartó la mirada.

Di un paso atrás. Quería negar cada palabra.

—No pedí esto —murmuré bajando la mirada hacia mis manos—. Ni siquiera sé por qué me eligió.

—Deberíamos ir a descansar —me interrumpió, aunque su tono fue suave.

No había contestado a nada, no me había dado ninguna respuesta. Inmersa en mis pensamientos, me preguntaba qué era lo que realmente estaba haciendo en este mundo.

Rheon se acercó y me puso sus manos en los hombros mirándome fijamente.

—Isil, eres luz. Solo confía en ti. —esbozó una sonrisa tenue.

—Rheon… ¿qué pasa si no vuelvo?

—Volverás. —dijo.

—¿Y si no? —repliqué.

—Confía Isil.

Confiar.

Esa palabra me atravesó como un filo suave.

Confiar en él, en el Lumen Astraë, en mí misma… cuando apenas comenzaba a entender quién era y que hacía en este lugar.

Sus manos apretaron mis hombros y volví a centrarme en él. Me sostenía con firmeza.

—Confiar… —asentí lentamente, con la garganta cerrada.

—Está bien —susurré.

El colgante brilló como si respondiera por mí, como si supiera lo que yo aún no alcanzaba a comprender. Y ese brillo también me dio miedo. Porque cada luz parecía alejarme un paso más de mi antiguo mundo.

Me giré para marcharme, pero antes de alcanzar la puerta, la voz de Rheon, grave, me detuvo.

—Isil…

—¿Sí?

—La próxima vez que regreses a esta sala…serás diferente.

Esa noche, el sueño me atrapó.

Me encontraba en medio de un campo, el firmamento cubierto de estrellas con un halo rojo. Abajo, la tierra árida y oscura, sin verde ni vida. Una oscuridad negra se extendía por los cielos, bosques y ríos.

—¿Dónde estoy? —intenté susurrar, pero mi voz no salía.

Una figura con capa, cuernos y alas se alzaba sobre la tierra, delante de mí. Una silueta hecha de oscuridad pura.

No veía su rostro, solo una masa de sombra que se movía como si respirara. La tierra temblaba bajo sus pies y el aire olía a metal, a tormenta. Intenté retroceder, pero mis piernas no respondían.

Todo a mi alrededor estaba quieto, suspendido, como si el tiempo se hubiera detenido para dejar espacio a ese ser.

Las alas se abrieron con estruendo provocando grandes ráfagas de viento, demasiado real para ser solo un sueño.

No podía gritar. No podía pensar. Solo mirarlo.

Levantó la cabeza, dos ojos rojos se encendieron en la sombra. No habló, pero lo escuché dentro de mi mente, claro como un pensamiento propio:

—Tú… aún no sabes lo que portas. No deberías haber despertado Lor'Astraë.

Mi marca en la muñeca empezó a iluminarse. El colgante… no era el Lumen Astraë, pero era parecido, una estrella de seis puntas pero de metal negro. Con un rubí circular en el centro.

No comprendía su presencia. No sabía por qué estaba ahí.

—¿Quién eres? —intenté gritar. —¿Qué quieres?

—Oscuridad, desesperación. —contestó*—. La luz no debe existir.*

La figura extendió hacia mí lo que parecía ser su brazo, intenté retroceder, pero este sueño no dejaba que me moviera. Con su dedo índice presionó el centro de mi frente e imágenes empezaron a aparecer.

Vi cuerpos caer uno tras otro, arrastrados por el fuego y el polvo. Espadas quebrarse al chocar con criaturas que no deberían existir. Las voces de los hombres se mezclaban con rugidos de algo que no pertenecía a los vivos.

Los ríos y los prados se teñían de rojo. Y entre la niebla y el caos, vi las marcas. Los símbolos de los Protectores brillaban con una luz, resistiendo, mientras la oscuridad los devoraba.

Un destello repentino lo volvió todo blanco. Cuando volví a abrir los ojos, un hombre alto, grande, cabellos largos y barba blanca, se encontraba a unos metros de mí.

Tenía una túnica blanca y roja, una capa dorada le caía por la espalda, atada por delante con un broche de un sol de ocho puntas. Cada pliegue brillaba como si estuviera bordado con constelaciones.

—Isil…

Escuché su voz en mi mente, aún seguía soñando, pero se sentía más que eso.

—¿Quién eres? —susurró ella.

—El que creó la llama y uno de los que selló la oscuridad —dijo él. Su voz se perdía en un eco—. Uno de los que aún vigilan desde arriba.

Quería acercarme. Él levantó una mano para detenerme.

Niräe thalôr veyrn, Lytharë sylvaen crystalis vora. Elyndra vaël.
Dónde el hielo nace, la rosa de cristal será tu guía. Frágil y amable.

Repitió varias veces.

Recordé cuando Aidan habló en aquel idioma antiguo durante la proyección del mapa, era muy parecido.

Intenté memorizarlo, aferrarme a cada sílaba como si fueran hilos que pudieran retenerme dentro del sueño, pero las palabras se me escapaban entre los dedos.

Quise atraparlas, repetirlas, fijarlas de alguna manera pero sentí que el sueño se desvanecía.

—¡Espera! —grité—. ¡Dime quién eres!

La figura se giró. Una sola mirada suya bastó para detener el derrumbe del sueño por un instante.

Y una palabra ardió en mi mente, tan clara que parecía haber estado ahí desde siempre.

Aurealis.

CAPÍTULO 23
ISIL

Los establos ya estaban abiertos y el olor a heno húmedo se mezclaba con el del metal frío de las herraduras. Los caballos permanecían quietos, envueltos en un vaho tibio que salía de sus fosas nasales y se perdía en el aire helado. Parecían atentos, como si supieran que aquella mañana no era una cualquiera.

Uno de ellos golpeó el suelo con la pezuña, el sonido seco resonó en la estancia vacía. El mozo de cuadra se movía despacio, sin hacer ruido innecesario, revisando correas y monturas. Cada crujido de cuero parecía tener peso propio.

Afuera, el cielo apenas clareaba. Una línea pálida se abría paso entre las nubes, iluminando las motas de polvo suspendidas en el aire. Todo tenía esa calma espesa que precede a algo importante.

Junto al muro de piedra, frente a los establos, encontré a Rion ajustándose el cinturón. Al verme, inclinó la cabeza en un saludo austero.

—Has dormido mal. —murmuró, sin rodeos.

—¿Cómo… lo sabes? —fruncí el ceño.

—Te vi bajar los escalones bostezando y refunfuñando.

—Así es, tuve un sueño... extraño.

Mientras hablaba, me fijé en que tenía la mirada un poco más apagada que de costumbre. Parecía que él tampoco había descansado después de lo de ayer en la Sala de la Estrella.

Había ido hasta allí a ver a Lýrian, pero no estaba; ni ella, ni Dravenor.

—¿Dónde están los Vaelryth?

—Ya están listos, esperándonos en la entrada.

Con una serenidad que me desconcertó, bajó la mirada hacia su bolsa.

—¿Estás segura de todo esto?

—¿A qué te refieres?

—De hacer esto. De cruzar media Aeloria.

—No se trata solo de esa persona. —Sabía que necesitaba hacer esto, la comodidad se había terminado—. Se trata de mí. De comprender qué soy y qué nos aguarda. No pienso quedarme esperando a que las respuestas vengan por sí solas.

El tiempo pareció detenerse en torno a nosotros.

Entonces murmuró, casi como si temiera ser oído por alguien más:

—Solo… no dejes que nada ni nadie te aparte de nosotros.

Una sombra de duda me recorrió, porque, en lo más profundo, temía que esa posibilidad fuera cierta.

Fue entonces cuando otra voz quebró la tensión de la mañana:

—¿Ya estáis filosofando antes de probar bocado? Vaya manera de recibir el alba.

Aidan apareció con el cabello alborotado por el viento y una sonrisa traviesa. Sobre su hombro colgaba una bolsa de viaje.

—Yo ya estoy listo —proclamó—. Incluso he traído pan. El viento insistió.

Rion gruñó algo entre dientes.

Cuando llegamos a la entrada principal del palacio, allí estaban nuestras monturas. Los guardias sujetaban a Lýrian y Dravenor. Rheon ya estaba esperándonos al lado de su montura, con escolta por los lados.

Vestía igual que la primera vez que lo vi: sobrio, firme, con la túnica oscura ajustada. Había algo en su presencia que imponía, pero sin estridencias; más bien como un aura antigua que nadie se atreve a discutir.

—Os escoltaré hasta los límites del bosque —dijo al fin, con voz serena—. A partir de ahí, el camino es vuestro.

Se detuvo un momento, y entonces bajó la voz, solo para mí.

—Pero antes de que partas… quiero que recuerdes algo.

Alcé los ojos hacia él. Sentí que el aire se tensaba.

—La luz que portas es un escudo y un arma. Tú decides. Y recuerda, confía en ti y en lo que llevas dentro.

Sentí cómo esas palabras me abrazaban.

—Lo recordaré.

A mi lado, escuché a Rion resoplar, seco. Lo miré de reojo: su expresión era dura, cerrada, como si ya estuviera preparado para el viaje, pero no para lo que estaba detrás de esas palabras.

Lýrian soltó un resoplido que dejó en el aire una nube de vapor brillante.

Aidan intervino alegre, con una sonrisa descarada.

—¿Y no nos dais una bendición? ¿Un discurso final? ¿Ni siquiera un mapa, al menos?

Rheon desvió la mirada hacia él.

—Tú no necesitas mapas, Stormrider. Solo aprender a callar cada cien pasos.

Aidan se llevó una mano al pecho como si lo hubieran atravesado.

—Majestad… no sabía que también podíais herirme con palabras. —dijo el Protector del Viento con sarcasmo.

El gesto serio de Rheon no cambió, pero juraría que sus ojos brillaron un instante, como si hubiera encontrado cierta satisfacción en ese cruce.

Aidan acariciaba el cuello de su caballo, el cual parecía de una raza diferente a los Vaelryth.

—Es un Aelvyr —dijo cuando vio mi cara de curiosidad, escudriñando su montura—. Es una de las antiguas monturas de Aelinthar.

El animal tenía el pelaje gris plateado, esbelto y elegante, con una crin blanca que movía de lado a lado. Era más alto que un Vaelryth.

—Esta es Narel —dijo Aidan con orgullo—. En Aelinthar decimos que los Aelvyr corren donde el viento aún no ha llegado.

Incluso quieto, parecía listo para salir disparado.

El caballo relinchó suave, como si confirmara sus palabras, y su mirada tenía un brillo extraño, casi consciente.

Rheon aguardaba ya sobre el suyo, un caballo real, negro azabache, de crin plateada, alto y majestuoso. La armadura ligera que cubría el pecho del animal reflejaba la luz del sol.

—Muy interesante todo, pero movámonos ya. —dijo Rion.

Él se adelantó con Dravenor para iniciar la marcha. Durante varias horas cabalgamos con el Emperador y Rion al frente. El sonido de los cascos se mezclaba con los susurros de la brisa que jugaban entre las ramas. Las llanuras verdes se extendían ante nosotros y dejábamos atrás el Palacio.

—Esas son

Cuando el sol ya estaba alto, Rheon detuvo su montura. El sonido del metal y el cuero cesó uno a uno hasta que el grupo quedó en silencio. Habíamos alcanzado los límites del bosque; más allá, los árboles se cerraban y el camino se estrechaba.

—Hasta aquí os acompañaré. —dijo el Emperador.

Nos advirtió de tramos del camino y señaló sendas ocultas.

Rion no habló. Se limitó a ajustar la cincha de su montura. Rheon lo observó un segundo más de lo necesario. Miró a ambos protectores, deteniéndose un segundo más en Rion.

—Protegedla. Es vuestro deber.

Rheon giró la montura con un leve tirón de riendas. El caballo respondió al instante y dio media vuelta sobre la tierra firme. La capa imperial se recogió contra su costado.

—En marcha —ordenó.

La escolta reaccionó de inmediato. Dos jinetes se adelantaron, el resto cerró filas detrás del Emperador. Las lanzas se enderezaron, los estandartes quedaron firmes.

Rheon espoleó a su caballo y tomó el camino de regreso sin mirar atrás. Avanzaron a buen ritmo, dejando atrás el borde del bosque. El sonido de los cascos se fue alejando hasta confundirse con el terreno abierto. En pocos instantes, la escolta imperial desapareció en la distancia, rumbo al palacio.

El sonido de los cascos retumbó sobre la tierra mientras reanudábamos en dirección a nuestra primera parada, Valdrim. Las primeras horas de camino transcurrieron bajo árboles tan altos que la luz apenas alcanzaba el suelo.

Aidan iba por delante con Narel, tarareando viejas canciones, su voz tenía un ritmo constante, que me mantenía en calma.

Rion no dejaba de observar cada rama, cada crujido en la maleza. Me hacía sentir segura, aunque también más consciente de lo peligroso que era todo aquello.

Nos encontramos con un pequeño riachuelo que cruzaba lo que parecía ser el principio de un bosque. Al fondo se veía un bosque mucho más frondoso, pero aún iluminado por la luz de la tarde.

—Descansemos, aún nos queda para llegar a Valdrim —dijo Rion.

Aidan dejó caer su bolsa, un fardo mal enrollado.

—Sabía que el pan y la carne acabarían siendo útiles. —dijo mientras lo sacaba. Cortó un trozo de carne con la mano y lo devoró.

Rion iba cargado con troncos y ramas para preparar una fogata.

—No desayunamos porque tú nos hiciste salir antes de que sirvieran el desayuno.

—¡Mentira! —replicó Aidan, todavía masticando—. Fue el viento el que me dijo de levantarnos temprano. Solo transmití el mensaje.

Rion gruñó y soltó los troncos en la zona que se había marcado.

No pude evitar sonreír. Aidan me tendió un trozo de pan y lo acepté. Estaba crujiente, delicioso.

—No está tan mal —comenté.

—¿Ves? —Aidan infló el pecho con orgullo—. Por eso tú eres la única con sensibilidad en este grupo.

Rion lo miró con incredulidad.

—¿Sensibilidad? Estáis comiendo pan y carne.

—Y, sin embargo —Aidan señaló hacia arriba con el trozo de pan —, el momento es perfecto: aire fresco, cielo limpio y ninguna criatura intentando arrancarnos la cabeza. Dad las gracias.

La noche cayó sin contratiempos, pero decidimos adentrarnos más en el bosque. Quedarse con la hoguera tan a la vista era como gritar: “Aquí estamos, venid a por nosotros”. Y quién sabía qué podía venir. Eso haría que perdiéramos como medio día, pero era mejor eso que arriesgarse.

Nos quedamos cerca del pequeño lago que encontramos al seguir el riachuelo. Rodeado por el bosque.

—¿Paramos aquí? —pregunté en voz baja mirando los alrededores.

Rion asintió con un gesto. Aidan ya se había acercado a la orilla y lanzaba piedrecillas al agua como un niño.

—Esto es una buena señal —cerró los ojos y parecía que el viento le hablase—. El lago está tranquilo.

—¿Tranquilo? —quise saber.

Aidan ladeó la cabeza, sonriendo.

—Esta noche dormiremos sin sobresaltos. Y que, el primero que se meta al agua… se arrepentirá.

Rion se inclinó, tocando con la punta de los dedos la superficie.

—Está helada.

—¿Ves? —rio Aidan, satisfecho.

Encontramos un rincón protegido entre troncos y rocas, al amparo de una pequeña inclinación del terreno.

Rion se ocupó primero de la hoguera. Volvió a reunir ramas secas y troncos cortos, los colocó con precisión y encendió una chispa que prendió rápido gracias a la yesca. El fuego comenzó a respirar en pequeñas llamaradas anaranjadas.

Aidan, mientras tanto, aseguró a los caballos. Ajustó las riendas, revisó las monturas y les habló en voz baja, como si el viento los calmara.

Yo me alejé unos metros hacia el lago. Ni una ráfaga de viento alteraba la superficie. Llené varios botes con cuidado, dejando que el frío del agua me recorriera los dedos.

Regresé al claro, y para entonces el fuego ya ardía con fuerza, iluminando las raíces retorcidas y el contorno de los árboles. Rion alimentaba la hoguera con un tronco más grande; Aidan terminaba de asegurar a Lýrian y Narel antes de unirse.

Me senté sobre uno de los troncos, dándole los botes de agua a Rion, que los utilizaría para cocinar.

—¿Sabéis lo que dicen en Aelinthar? —preguntó Aidan, tumbándose boca arriba junto al fuego—. Que cada estrella es un guardián que vigila a quienes no saben todavía qué camino seguir.

—¿Y tú crees en eso? —pregunté.

—Todos creen en algo. Da igual en qué, mientras te impulse a seguir hacia delante —se giró hacia mí con media sonrisa—. Al menos la idea es bonita.

Rion bufó, removiendo una rama en el fuego.

No añadí nada. Me limité a mirar el cielo, y por un instante, creí que podía tener razón.

El silencio se instauró, uno de quienes saben que el día siguiente traerá nuevas aventuras.

Las brasas del fuego chisporroteaban a intervalos, rompiendo la quietud con pequeños estallidos naranjas. El olor a madera se mezclaba con el frío de la madrugada.

Aidan dormitaba a un lado, medio cubierto por su capa, una pierna fuera. Su respiración era lenta, profunda, aunque su ceño fruncido dejaba claro que su mente seguía corriendo con el viento. Siempre atento, incluso cuando fingía no estarlo.

Rion había dejado la espada apoyada junto al fuego y, aunque su mano reposaba cerca del arma. Su postura más relajada, mostraba que intentaba darle al cuerpo un respiro. La luz temblorosa del fuego perfilaba su rostro, tranquilo pero atento, los ojos entrecerrados como quien descansa sin entregarse del todo al sueño. No estaba en guardia… pero tampoco, ni por un segundo, desconectado del mundo que lo rodeaba.

No podía dormir. Me dolían las piernas de la caminata, me pesaban los músculos. Me froté los muslos para espantar el frío.

Observaba el fuego y cómo las sombras se estiraban y encogían al compás de las llamas. El crepitar hipnótico me sostuvo allí durante un buen rato.

Me incorporé despacio con la capa sobre mis hombros, me envolví en ella antes de alejarme del círculo de luz. El aire era frío. De ese frío que despierta, que te recuerda que sigues viva. Las hojas crujían bajo mis botas, y el cielo, tan limpio y profundo, parecía inclinarse sobre mí.

La superficie del lago seguía tranquila, reflejando el cielo. Me dio la impresión de que si lanzaba una piedra no rompería solo el agua, sino algo más. Me senté en la orilla, recogí la capa alrededor de las piernas y hundí los dedos en la tierra húmeda. La luna se reflejaba enorme sobre el agua.

—¿Qué se supone que haga contigo…? —susurré, llevándome la mano al colgante bajo la ropa. Brilló una vez, muy sutilmente, como si me escuchara—. Me trajiste hasta aquí —seguí—. Pero no me dices por qué... —El reflejo en el agua me devolvía un rostro pálido y agotado—. Solo más preguntas y caminos que no entiendo… Eldara, Vyssa, el trabajo… mi vida…

Bajé la cabeza, abracé las piernas contra el pecho.

—Pero no me voy a rendir —añadí, más para mí misma que para el universo.

El viento zarandeó las copas de los árboles. Cerré los ojos y me quedé así largo rato allí sentada, sin pensar demasiado. El miedo seguía ahí. Siempre iba a estar. Estaba aprendiendo a caminar con él. A desafiarlo si hacía falta.

Un crujido de hojas secas sonó detrás de mí, seguido de pasos que se acercaban con deliberada calma. No me volví. Ya sabía quién era.

—No es buena idea estar sola tan lejos del fuego —dijo Rion desde la penumbra.

—No me he alejado tanto. —respondí sin mirarle.

Escuché sus pasos acercarse, lentos, sin prisa. Se agachó y tomó asiento a mi lado apoyando los brazos en sus piernas.

—Si algo te inquieta… puedes hablar conmigo, Isil. —dijo seguro.

Alcé la vista hacia la luna, intentando ordenar lo que tenía dentro.

—En estos momentos de calma… recuerdo lo que era mi vida antes. —hice una pausa para tomar aire—. Ahora todo ha cambiado. Estoy aquí, contigo, con algo que no busqué y que no sé cómo manejar.

Rion se giró hacia mí.

—Nadie sabe manejar algo así —dijo al fin.

No aparté la mirada del lago, pero sentí cómo su atención se clavaba en mí.

—A veces siento que estoy… fuera de sitio —murmuré—. Como si el mundo fuese demasiado grande y yo demasiado pequeña para todo lo que viene.

Rion bajó ligeramente la cabeza, como si mis palabras le hubieran golpeado.

—No dejaré que te pase nada. —respondió, casi en un susurro grave.

Sus palabras se quedaron flotando entre nosotros, sin adornos, sin intención de sonar heroicas. Solo sinceras. El fuego, a lo lejos, chisporroteó débilmente, como si nos recordara que seguíamos allí, juntos desde que me encontró cuando llegué.

—A veces pienso…que no voy a estar a la altura. Alguien saldrá herido. O peor.

Noté cómo Rion tensó apenas los hombros, esa reacción me sorprendió más que cualquier palabra.

—Isil —dijo serio—. No tienes que cargar con todo tú sola.

Sus ojos se desviaron un instante hacia el bosque, como si buscara allí algo que no se atrevía a decirme directamente. Luego volvió a mí, más presente, más real.

Me mordí el interior de la mejilla. El corazón me ardía, y no sabía si era por miedo o porque él había dicho justo lo que necesitaba oír.

—No siempre es tan fácil —susurré.

—Sé que no. —admitió Rion—. Pero no puedo ayudarte si te alejas.

Levanté un poco la cabeza, su expresión era seria, sí, pero también cansada.

—No me estoy alejando —dije despacio—. Solo estoy intentando entender quién soy aquí.

Su mirada se volvió un poco más suave, un poco más vulnerable de lo que solía permitirse y lo justo para delatarlo.

—Yo también intento entender quién soy desde que llegaste. —confesó.

La frase me atravesó. Me removió algo adentro que aún no sabía nombrar. La brisa movió una hebra de su cabello y él no parpadeó. Su mirada clavada en mí.

—Rion… —empecé.

Pero él negó con la cabeza, bajó un instante la mirada, y entonces confesó:

—Tengo miedo de acostumbrarme a ti. Y que, si te pierdo, el vacío sea peor que todo lo que conocí antes.

No supe cómo reaccionar, me quedé mirándolo sin comprender realmente que me quería decir.

¿Miedo de acostumbrarse a mí?

Esa frase se clavó en mi mente y sentí como el pecho se me encogía, porque me di cuenta de que yo también tenía miedo de perderlo. Miedo de sentir demasiado. Miedo de que este mundo no fuera el mío y de que cualquier lazo que creciera aquí pudiera convertirse en una herida cuando llegara el momento de volver a casa.

Durante días me repetí que debía mantener cierta distancia, que no podía permitirme mirar a Rion más allá de lo necesario. No era prudente. No era sensato. Pero cada gesto suyo, cada mirada que no sabía cómo interpretar…

Rion me miró, y vi cómo bajaba la guardia de verdad.

—A veces me da miedo —admitió—. Que te vayas más allá, donde no pueda alcanzarte.

—No voy a ir a ningún lado Rion—dije, sin apartar la vista del lago.

Él bajó la vista, asintiendo con una expresión que se parecía al alivio.

—¿Crees que vamos a encontrarle? —pregunté al cabo de un rato, cambiando de tema.

—No lo sé —respondió y se relajó apoyándose hacía atrás. Sus ojos siguieron fijos en el reflejo de la luna. Y entonces, por un segundo, noté como sus manos rozaron las mías sobre la tierra. No las tomó. No las sostuvo. Solo fue un contacto, pequeño, verdadero, vivo.

CAPÍTULO 24
ISIL

Habíamos perdido un día entero en desviarnos y descansar. No nos estábamos dando la misma prisa que cuando Rion y yo fuimos de Valdrim a Elarion. Seguramente porque Rion quería llegar cuanto antes en aquel momento.

Ya en el tercer día, el paisaje empezó a abrirse ante nosotros. Esa tarde pasamos junto a una formación de piedras antiguas. Era un círculo de rocas grandes, demasiado bien alineadas para ser casualidad. El musgo cubría los bordes con una capa espesa, y el viento se filtraba entre las grietas produciendo un sonido irregular, casi como un susurro apagado.

En el centro había una piedra más baja, plana, redondeada. Y sobre ella, casi borrada por el tiempo, una runa grabada. No brillaba ni vibraba ni hacía nada especial… y, aun así, no podía apartar los ojos de ella.

—Esto no me gusta… —murmuró Aidan mientras desmontaba de Narel.

Caminó hacia nosotros con paso lento y los ojos entrecerrados. Se inclinó, apoyó una mano en el suelo y cerró los ojos unos segundos, como si intentara captar algo que nosotros no podíamos oír.

—Fue esculpida con magia antigua. —dijo el Protector del Viento

Rion y yo bajamos de nuestros caballos y nos acercamos.

Di un paso más al frente. Mis ojos seguían fijos en el grabado.

—¿Puedo…? —extendí mi mano con la intención de tocarla.

—¡Espera! —gritó Rion y me sobresaltó.

Pero no pude detenerme, algo tiraba de mí, una sensación que me atravesaba por dentro.

Y toqué la piedra.

La runa se iluminó. Una luz blanca brotó de los trazos, limpia, envolvente. La bruma de alrededor se apartó. El viento se agitó. Y un murmullo lejano, parecido a un coro, se alzó.

Mis pupilas se dilataron y el aire se me quedó atrapado en la garganta. Era como si alguien hubiera abierto una compuerta dentro de mi mente.

Un susurro me llenó por completo. Y entonces lo vi. Imágenes —rápidas, fragmentadas— comenzaron a pasar por mi mente: una estrella en el firmamento, cayendo lentamente. Bajo ella, un círculo de piedras idéntico al que tenía frente a mí. Y en torno a ese círculo, seis figuras con marcas brillando en su piel. Una séptima estaba en el centro. No tenía forma.

—¡Isil! —la voz de Rion me arrancó del trance.

Retiré la mano de la piedra con un jadeo. El aire entró de golpe en mis pulmones, áspero, insuficiente. El pecho subía y bajaba como si hubiera corrido millas, y sentí una gota de sudor frío deslizarse por mi sien pese al clima frío.

Rion llegó hasta mí en dos pasos y me tomó del brazo. No me hizo daño, pero la firmeza de sus dedos dejaba claro que no pensaba soltarme hasta asegurarse de que estaba consciente.

Lo miré, todavía temblando, intentando ordenar mi respiración, mis pensamientos… lo que fuera que acababa de ver.

¿Un… ritual…? pensé.

—¿Estás bien? —preguntó Aidan acercándose.

Asentí, pero mis ojos seguían perdidos en el vacío.

—Había una estrella… y caía. Y un círculo. Como este. —Sentí la voz temblar en mi garganta.

Aidan estaba extrañamente serio, la runa grabada en la piedra todavía brillando. La observó durante un largo rato antes de hablar.

—Una bienvenida —dijo alzando la mirada hacia nosotros. Su voz no tenía duda alguna, ni titubeo. Era una afirmación.

Parpadeé, aun intentando recuperar el equilibrio.

—¿Una bienvenida? —repetí, sin entender del todo.

Se incorporó despacio. El viento giró apenas a su alrededor.

—Hay lugares que recuerdan. Piedras que sueñan... —Sus ojos se fijaron en la runa, todavía iluminada—. Y esta te reconoció. Tu poder…, ya hubo uno como el tuyo antes.

Sentí la presión de los dedos de Rion todavía en mi brazo. No me soltaba, y su gesto era tan firme como el miedo que vi en su mirada. Bajó la vista hacia la piedra como si todo aquello le resultara un peligro que prefería no nombrar.

—¿Qué clase de sitio es este? —preguntó Rion.

—El Anillo de Skarnveth. —respondió Aidan con voz baja—. Te estaba esperando… —dijo, sosteniéndome la mirada

Me llevé una mano al colgante.

—¿Qué crees que vio en mí? —pregunté refiriéndome al Lumen, casi sin voz. Era una duda que salió sola, empujada por el temblor que aún sentía bajo la piel.

Aidan me sostuvo la mirada con una seriedad que pocas veces le había visto.

—Tu poder, tu luz… un alma pura. Eso es raro. Muy raro.

El corazón me golpeó. Sentí el impulso visceral de echar un paso atrás, como si no supiera qué hacer con lo que acababa de escuchar.

—Lo que muchos aún no están preparados para ver. —dijo Rion, su voz era baja, tan baja que pareció un pensamiento dicho.

Al amanecer del sexto día, el bosque se abrió en una llanura de tierra y troncos calcinados cubiertos de nieve. El aire, que hasta unos minutos antes estaba cargado de resina y humedad, se volvió áspero, seco, casi irritable en la garganta. Era como entrar en otro mundo. Uno donde algo había drenado la vida hasta dejar solo la cáscara.

Los árboles, ennegrecidos por antiguas llamas, se alzaban como esqueletos gigantes, retorcidos en direcciones imposibles. Algunos conservaban la forma del tronco; otros eran restos partidos, carbonizados hasta la médula. El viento levantaba polvo y ceniza, formando remolinos que se deshacían al instante.

Entre esas sombras rígidas, vimos los restos de un carro volcado. La madera, corroída y comida por el tiempo, estaba cubierta de manchas secas y fragmentos de tela. Dos ruedas yacían a un lado, oxidadas, una de ellas hundida parcialmente en el barro.

Y entonces lo notamos.

Huellas.

No eran viejas. No estaban difuminadas por la lluvia ni suavizadas por el paso de animales, eran recientes. Demasiado recientes.

Rion detuvo su caballo de golpe. Aidan levantó la mano para que guardáramos silencio. Yo sentí un escalofrío recorrerme la columna, sellando la certeza de que no estábamos solos.

—Llanuras de Cendrahel, abrid bien los ojos —dijo Rion casi en un susurro.

Aidan detuvo su caballo de inmediato y alzó una mano, pidiéndonos silencio sin necesidad de girarse.

—¿Lo sentís?

Rion ya tenía la mano en la empuñadura de su espada, atento a cualquier movimiento entre los troncos quemados.

Una niebla espesa y negra fue acumulándose unos metros delante nuestro. Extendiéndose sobre el suelo.

Lýrian sacudió la cabeza, inquieta.

Y entonces salieron.

No desde los árboles, sino desde la propia niebla.

Varias figuras que se materializaron como sombras hasta mantener un aspecto más humano, pero muy oscuro. Con capas negras desgarradas y ojos rojos. Una marca rojiza se dejaba ver en su frente: El símbolo parecía un círculo fracturado, rajado en varios. En su interior, otra forma incompleta encerraba una media luna rota que señalaba hacia abajo, y en el centro brillaba una estrella de seis puntas.

Cada paso que daban parecía robar un poco más de luz.

Instintivamente tiré de las riendas y Lýrian dio medio paso atrás. Mi cuerpo reaccionó antes que mi cabeza. El Lumen Astraë empezaba a iluminarse.

Rion se adelantó, desenvainando con un sonido seco que cortó el aire.

—Nadie se va a llevar nada —dijo con voz baja, tensa.

Aidan no pronunció palabra. Solo extendió una mano, y el viento comenzó a girar a su alrededor.

—Son vasallos de Veskar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, con un hilo de voz.

—Esa marca en su frente.

Se movieron sincronizados. Uno de ellos lanzó un cuchillo curvo y rozó el brazo de Rion.

Un golpe de viento brutal, compacto, como una muralla invisible. Dos de las criaturas salieron despedidas, chocando con los troncos calcinados.

Rion ardía. No literalmente, pero todo en él —postura, precisión, intensidad— se sentía como una llama viva. Cada golpe era exacto, calculado, limpio. No buscaba herir. No buscaba avisar. Buscaba acabar.

Uno de ellos me miró directamente, sus ojos clavados en mí y en el Lumen Astraë. Su voz salió desgarrada.

— ¡Ella! ¡Ella es la…!

El grito se cortó. No llegó a terminar la frase.

En un solo movimiento, rápido y certero, la espada de Rion atravesó su torso. El cuerpo del encapuchado se arqueó, los brazos extendidos como si buscara aferrarse a algo invisible, y la voz se apagó en un gemido gutural.

Rion retiró la hoja con un tirón firme. El encapuchado cayó de rodillas primero, luego desplomado contra la tierra negra, inmóvil.

El último de ellos intentó huir, como un espectro que se deshacía en la penumbra. Sus pasos eran frenéticos, dejando surcos torpes en la nieve húmeda.

Aidan alzó la mano, sin esfuerzo, y sus labios se movieron en un murmullo con alguno de los idiomas que habían hablado.

El viento respondió al instante, como si reconociera a su verdadero dueño. Se arremolinó en torno al ser oscuro, primero como un roce ligero, un suspiro frío en su nuca. Después, con la fuerza de un lazo invisible, se cerró a su alrededor. Las corrientes lo envolvieron como brazos de aire, apretando contra su pecho y piernas hasta dejarlo inmóvil.

El ser oscuro jadeó, intentando liberarse, pero cada respiración era ahogada por el torbellino que lo contenía. Los ojos vacíos se apagaron en un último destello de ceniza, y su cuerpo se desplomó.

—¿Estás bien? —preguntó Rion acercándose a mí mientras guardaba la espada.

No respondí enseguida.

—Esa oscuridad… —murmuré al fin—. ¿Qué son?

Aidan me observaba, más serio que nunca.

—No estoy seguro —dijo—. Pero tenemos que darnos prisa. No conviene quedarnos en Cendrahel después de lo que pasó.

Horas más tarde, cayendo la noche, por fin, alcanzamos Valdrim.

Ya había estado aquí una vez con Rion, y, aun así, esta ciudad volvió a dejarme sin palabras. La ciudad, encajada en el valle estrecho entre montañas blancas y grises, parecía de un sueño.

Las casas se alzaban con muros de piedra hielo y cristal. La luz del atardecer convertía toda la urbe en un arcoíris: violetas suaves, destellos que teñían el aire.

Al avanzar, los faroles se encendieron, latían como estrellas atrapadas en frascos, iluminando las calles con un resplandor cálido.

—Valdrim… —murmuré.

—Vamos, busquemos refugio —dijo Rion.

Aidan sonrió.

—Y comida caliente.

Al entrar a la ciudad se sentía más acogedor. A mi alrededor, los aromas de leña recién cortada y especias dulces se mezclaban con el murmullo de los talleres que cerraban sus puertas.

—Esto sí que es magia… —susurré.

La primera vez que crucé estas calles me había sentido como si estuviera en un sueño, ahora quería disfrutar de Valdrim más conscientemente, aunque seguía deslumbrándome.

No podía dejar de preguntarme qué secretos guardaba esta ciudad. Escuché el sonido metálico de una copa al chocar con otra, y por un momento todo me pareció casi normal, como si estuviéramos entrando a cualquier ciudad animada en la noche.

Rion se detuvo un instante, observando las luces que colgaban en los marcos de las puertas.

—No parece que el frío les quité las ganas de celebrar —dijo con tono seco, aunque no pude evitar sonreír al ver cómo también relajaba un poco los hombros.

—En Glaciaris se vive así —respondió Aidan chasqueando la lengua—. ¿Quién quiere una cerveza? —añadió juguetón.

—Vamos a buscar un sitio donde dormir primero y luego volvamos. —dijo Rion cortando nuestro estado de ánimo.

Seguimos avanzando por la calle principal, rodeados de música lejana y voces que se mezclaban entre las luces cálidas de las posadas.

Un anciano surgió de un pasaje lateral. Su capa de lana gruesa parecía pesar tanto como los años marcados en su rostro. En la espalda cargaba un bastón afilado, más arma que apoyo.

Se detuvo al vernos. Pero cuando su mirada cayó sobre el colgante en mi pecho, su cuerpo entero se tensó.

—Ese símbolo… —murmuró, casi sin aire—. Creí que era solo una historia que nos contaban para dormir.

Sentí un nudo en la garganta y me cubrí detrás de Lýrian.

Rion reaccionó antes que yo. Enderezó la postura y movió a su caballo medio paso adelante, no de forma amenazante, pero sí dejando claro que había una distancia que debía respetarse.

Aidan, en cambio, aflojó las riendas y ladeó la cabeza con esa mezcla suya de curiosidad y alerta que nunca sabías si iba a terminar en una broma o en una ráfaga de viento.

El anciano dio un paso más, lento, como si temiera estar viendo un espejismo.

—La estrella… —susurró, con la voz quebrada.

Me encogí un poco, instintivamente, y apoyé una mano en el cuello de Lýrian para centrarme.

—Señor —intervino Rion con tono firme—, no buscamos problemas. Ella está cansada. Todos lo estamos. Si necesita algo, dígalo con calma.

El anciano levantó la vista hacia él. Sus ojos temblaban entre miedo y reverencia.

—¡Oh! No… no os haré daño. —Nos miró a los tres con respeto—. Es solo que… jamás pensé que viviría para ver esto.

—Haré todo lo que esté en mis manos. —dije dando un paso hacia el hombre. No parecía mal hombre, sino un hombre de honor.

El anciano asintió lentamente.

—Algunos aún te esperan. Otros… temen que regreses. Aquí, la luz es rara.

Con un gesto de su mano, nos permitió el paso.

Seguimos caminando hasta que finalmente encontramos la misma posada en la que nos habíamos quedado anteriormente.

Rion cogió los caballos y fue a la parte trasera donde se encontraba el establo para las monturas de los viajeros.

Aidan y yo entramos a la posada. El ambiente era cálido y acogedor.

El interior estaba tal y como lo recordaba: vigas de madera clara y lámparas de cristal suspendidas del techo, emitiendo un resplandor suave. Arriba estaban las habitaciones, alineadas en un corredor estrecho. Abajo, la pequeña recepción y, detrás de una puerta de doble hoja, la taberna con una chimenea que crepitaba.

Después de registrarnos, nos entregaron las llaves y subimos brevemente a dejar las bolsas en las habitaciones asignadas.

—Una habitación con dos camas para Rion y Aidan, y una habitación individual para mí.

Una vez ya instalada, bajé de nuevo a la sala. El cansancio empezaba a pesar, pero el simple aroma que salía de las cocinas me arrastró hacia la sala sin pensarlo.

Al entrar, estaba casi llena. Hombres y mujeres, todos vestían con capas gruesas compartían cerveza y platos de carne especiada. El ambiente era cálido, ruidoso en el buen sentido, con risas, conversaciones cortas y el sonido lejano de una copa chocando con otra.

Rion ya estaba allí, sentado en una de las mesas de la esquina, observando el lugar con la típica mezcla de vigilancia y cansancio. Cuando nos vio, levantó ligeramente la barbilla, invitándonos a unirnos.

La comida llegó enseguida: pan caliente, estofado de raíz dulce, una jarra de hidromiel. Después del viaje, aquello sabía a gloria.

La tensión de Cendrahel empezaba a disolverse.

Cuando terminé la última cucharada, me desabroché la capa y dejé que se cayera en la silla. Me levanté sin decir nada y me acerqué a la chimenea estirando las manos hacia el fuego, dejando que el calor me mordiera la piel poco a poco. Un anciano estaba sentado en un sillón orejero a mi derecha. Vestía una túnica verde turquesa y pantalones marrones. Con una barba blanca prominente. Un grueso abrigo colgaba del sillón, haciéndolo más acogedor. Sostenía un vaso de licor fuerte, de ese que quema incluso antes de beberlo, y la botella descansaba en la mesita baja a su lado. En el regazo tenía un libro abierto, marcado por el peso de unas gafas rectangulares apoyadas sobre la página.

Me fijé entonces en que, alrededor de la sala, había varias estanterías cargadas de libros y objetos antiguos.

En un rincón, sobre una estantería de madera negra, vi algo que me obligó a acércame. Al detenerme frente a ese objeto, vi una flauta, cubierta de polvo, agrietada. Extendí mi mano, agarrándola con cuidado, la froté con la manga quitándole casi todo el polvo.

Era plateada con pequeñas enredaderas en verde brillante y con varias runas grabadas en negro.

—¿Y esto…? —pregunté en voz alta, aunque nadie me había acompañado.

—De un viejo cantor del norte. —explicó el anciano que había quedado a mi espalda, con el vaso de licor y el extraño libro en su regazo—. Se perdió en las minas buscando una canción que, decían, solo podía escucharse en la oscuridad. Nunca regresó. Pero la flauta… sí. —dijo mientras se ponía las gafas mirándome y seguidamente tomó un sorbo.

Me acerqué a él con curiosidad.

—Disculpe, pero… ¿podría contarme más? —dije con una sonrisa tímida mientras me acercaba.

Aidan se acercó. Por primera vez en horas, su expresión se tornó seria.

Di un ligero paso hacia atrás, alejándome del señor y girando mi cuerpo hacía el protector.

—¿Qué sucede? —dije extrañada sujetando la flauta aún entre mis manos.

—Todavía vibra —puso su mano en el mentón, pensativo—. La canción no se terminó.

—Así es… —intervino de nuevo el anciano, moviendo su cabeza de arriba abajo.

—Perdonar… ¿Pero me podríais explicar que está pasando? Es solo una flauta… —dije mirando tanto al Protector como al anciano.

Aidan extendió su mano para que se la diera.

—¿Me la dejas? —me preguntó.

La puse en su palma y se sentó en el otro sillón que quedaba a la izquierda de la chimenea.

—No sé si esto funcionará, pero comprobémoslo… —dijo tranquilo. Seguidamente alzó la flauta y se la acercó a los labios.

—*Vael'syren… Vael'syren.* —susurró unas palabras cerca de ella y un suave viento se levantó a su alrededor, envolviéndola. La flauta se quedó levitando, unos pequeños destellos de luz empezaron a aparecer en las zonas agrietadas de la flauta, reparándola.

Cuando la brisa desapareció, Aidan extendió su mano atrapándola. Se la llevó de nuevo a los labios y el sonido que emergió fue limpio, melodioso y profundo, como un soplo de aire atravesando un bosque y azotando sus ramas con ráfagas suaves mientras las gotas del rocío caen. Al principio fue solo una nota, pero pronto se alargó en una melodía sencilla y elegante.

Las lámparas y el fuego respondieron al sonido. Sentí cómo se me erizaba la piel. Me acerqué al sillón de Aidan y acerqué un pequeño taburete que puse cerca de él y de la chimenea para sentarme. Cerré los ojos permitiéndome disfrutar de esa hermosa melodía.

No era solo un sonido; me recordaba a algo que había olvidado. Como si hubiera estado esperando esa música durante toda mi vida y, por fin, alguien la había hecho sonar.

Sentí un pinchazo seco en la cara interna de la muñeca abrí los ojos de golpe.

La marca, la estrella de seis puntas empezó a brillar suavemente.

Y algo en mi cabeza se apagó de repente.

¿Qué es este lugar?

Mi mente se abrió de golpe; un entramado de hilos luminosos extendiéndose en varias direcciones. Cada uno vibrando con una

frecuencia distinta, cruzándose, tensándose, uniéndose y separándose.

Lûn Loryn.

Los hilos no estaban quietos.

—Uno, dos, tres, cuatro —empecé a contar los hilos, no podía ser…—. Cinco y seis.

¿Cómo es posible? ¿Los Seis Protectores? ¿A esto se refería Aidan?

Estoy conectada con cada uno de ellos.

El pensamiento terminó de formarse cuando un fogonazo rojo atravesó mi visión, brutal, abrasador, como si se hubiera encendido el interior de mis párpados. Parpadeé por puro instinto y sentí que caía hacia atrás.

El pulso me golpeó el pecho con tal fuerza que me arqueé sin poder evitarlo. La marca de la muñeca respondió al instante brillando.

—Isil —escuché, lejos—. Isil, mírame.

Intenté aferrarme a esa voz, pero el calor me atravesaba, buscaba algo.

Entonces sentí manos sujetándome con más fuerza. Brazos cerrándose alrededor de mi cuerpo, firmes, impidiendo que siguiera cayendo.

—Respira —dijo Rion, muy cerca—. Estoy aquí. No te vayas.

Inspiré de forma irregular y abrí los ojos.

Aidan se inclinó rápidamente hacía mí.

—No te muevas Isil, espera un momento.

El protector del Viento cerro los ojos y puso su mano abierta encima de mi rostro y empezó a susurrar algo en el idioma que seguía sin comprender. Después de una frase dirigió su dedo medio hacia mi frente y dibujo sin tinta algo en ella.

—¿Qué estás haciendo? —dije alzando mis ojos aún tumbada mientras Rion me sujetaba.

Aidan no me contestó, siguió durante unos segundos más recitando algo parecía un conjuro. Cuando terminó, se incorporó.

—Ya está, tranquila. —dijo ofreciéndome su mano para levantarme.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué me has hecho? —dije intentando incorporarme por mi cuenta, pero Rion finalmente me rodeó la cintura, y me ayudó a incorporarme. Realmente para este hombre, yo era una pluma.

—El sonido de la flauta puede haber despertado tu marca… —dijo pensativo—. Pero no te preocupes, te he puesto una runa protectora. Durante un rato sentirás una extraña sensación de protección y seguridad. Y digamos que cualquier intruso que quiera entrar —dijo dándose dos golpes en la sien con el dedo índice—. Lo tendrá un poco más complicado.

—Gracias, supongo… —dije algo sorprendida. No sabía si era porque lo había entendido, o porque ya lo empezaba a tomar como algo normal.

—¿Qué demonios a sucedido? —dijo Rion entre dientes, serio, mientras miraba a Aidan con una mirada penetrante. Y yo notaba como su cuerpo se tensaba mientras me tenía aún sujeta.

—El Lûn Loryn —dije con la mirada perdida en las llamas de la chimenea. — He estado dentro, he visto todos los hilos —me giré y los miré a los ojos—. Después un fogonazo me tumbó —dije pensativa.

—Bueno —dijo, con voz más baja de lo habitual, pero firme—. Cuando decidas desmayarte otra vez, que no sea delante de desconocidos.

Lo dijo como si restara importancia al asunto, pero no me soltó.

Seguía sujetándome con un brazo firme alrededor de la cintura, su mano apoyada con naturalidad en mi costado. Notaba el calor de su cuerpo a través de la ropa, demasiado cercano para que pasara desapercibido.

—No me he desmayado —respondí, aún algo mareada.

Le lancé una mirada, molesta, intentando apartarme un poco. Fue inútil.

—Rion —advertí en voz baja—. Ya estoy bien.

Bajé la mirada. Su mano seguía en mi cintura. Demasiado cerca. Demasiado consciente de ella.

Me aclaré la garganta.

—Puedes soltarme —dije, más firme—. De verdad.

Rion bajó por fin la vista hacia mí. Nuestros ojos se encontraron. Su expresión no era burlona ni relajada. Era concentrada.

—En cuanto puedas mantenerte en pie sin temblar, te dejaré —respondió.

Di un pequeño paso, probando mis piernas. Funcionaban. O casi. Él no se apartó, pero su agarre se aflojó lo justo para que pudiera moverme.

El anciano carraspeó desde su sillón, rompiendo el momento con una sonrisa ladeada que dejaba claro que no se le había escapado nada.

—Vaya —dijo, cerrando el libro con calma—. Hacía tiempo que no veía a alguien despertar una canción… y mucho menos provocar semejante revuelo por hacerlo.

Aidan se volvió hacia él.

—¿Sabía lo que era la flauta?

—Muchas historias se cuentan aquí. Sabía lo que podía ser —corrigió el hombre—. Los objetos antiguos no pierden su alma ni su magia. Solo esperan a ser encontrados o reparados.

Sus ojos se posaron en mí.

—La música no te eligió por accidente, muchacha.

Sentí la mano de Rion tensarse un segundo más en mi costado. Apenas perceptible. Pero lo notaba.

El anciano se levantó despacio, apoyándose en el bastón que antes no había necesitado, y recogió la botella.

—Mi parte aquí ya ha terminado —añadió—. La flauta ha vuelto a cantar.

Se alejó sin prisa hacia el fondo de la posada, dejándonos con el crepitar del fuego.

—No quería provocar nada de esto —dije al fin, sin mirarlos— No pude controlar nada. Levanté la mano despacio, enseñando la muñeca aun brillando la marca muy sutilmente—No lo he hecho nada a propósito.

Aidan me observaba con atención absoluta, como si cada palabra fuera una pieza que encajar.

—Ya lo sabemos Isil, y ahora también sabemos que tienes que entrenar —dijo sonriendo.

—¿Qué? ¿Entrenar? —dije sorprendida mirando a Aidan y Rion y así fui pasando mi mirada de un lado a otro durante un rato.

—Ya lo habíamos pensado. Necesitas entrenamiento físico —dijo Rion encima de mí, aún con su mano en la cintura.

—Y después de lo que acabamos de presenciar, parece que también mental. —dijo Aidan lanzando la flauta al aire, dio varias vueltas y cayó perfecta en su mano.

—¡Un momento! —dije apartándome de Rion y retrocediendo hasta la mesa. Agarré la jarra y tomé un trago.

Aidan y Rion se acercaron y se sentaron delante de mí.

—Necesitas protegerte. Nosotros estaremos a tu lado, pero no sabemos que pueda pasar. —dijo el Protector del Viento— Veskar ya ha entrado en tus sueños, no podemos permitirnos que vuelva a suceder.

Rion se recostó en el banco mientras dejaba hablar a Aidan.

Apoyé mis codos en la mesa y me llevé las manos a la cabeza, despeinándome y tirándome suavemente de los pelos. Agarré de nuevo la cerveza y me la tomé de un trago.

—Está bien. —dije mientras dejaba la jarra firmemente contra la mesa —. Si no queda otra… —los miré con ojos compasivos.

Los dos al unísono movieron sus cabezas de un lado a otro, confirmándome su negativa.

—Voy a necesitar otra de estas —dije con resignación e intentando tomármelo como una pequeña aventura. Algo bueno podría sacar.

La mañana siguiente en Valdrim llegó cálida… todo lo cálida que podía permitirse una ciudad construida de hielo, roca y respiraciones convertidas en vaho. Desde la ventana el sol tocaba ya los tejados y las calles. Los aldeanos haciendo sus quehaceres tapados con sus

ropas gruesas. Los niños correteaban y las tiendas ya estaban abiertas. Era agradable volver otra vez.

Ese ambiente me resultaba casi familiar. Respiré hondo y salí de mi habitación. El pasillo era estrecho y silencioso, salvo por el murmullo lejano de la gente en el piso de abajo donde se encontraba la taberna y la recepción.

Caminé despacio. Rion y Aidan compartían la habitación grande del final, justo donde la luz de la mañana entraba por una ventana alta y proyectaba sombras largas.

Mientras avanzaba, pensé en todo lo que teníamos por hacer en Valdrim. La última vez que estuve aquí con Rion, no sabía muy bien qué demonios estaba pasando en el mundo. Ahora… realmente tampoco, pero ya me habían dado algunas respuestas, ahora tocaba seguir hacia delante.

Además, tenía que ir a los establos de la posada a ver a Lýrian, que seguramente estaría impaciente porque aún no había ido a saludarla. También para ver a Dravenor, y Narel.

Tan solo pensar en ellos me arrancó una sonrisa. Los animales nunca complicaban las cosas.

Me detuve frente a su puerta, levanté la mano en forma de puño y toqué. Una vez. Dos. Tres.

El sonido quedó suspendido en el pasillo frío, escuché pasos acercarse desde dentro. La cerradura se movió y la puerta se abrió.

Rion estaba allí. Despeinado, aún con parte de la camisa sin abrochar y la mirada atenta, directa, como si hubiera estado esperando justamente esos golpes.

—Buenos días —murmuré.

—Entra. —dijo con un gesto de cabeza.

Me quedé quieta, sorprendida por lo directo del tono.

—¿Pasa algo?

—Tenemos que hablar —respondió. No sonó tenso, pero sí decidido, como si ya hubiera elegido sus palabras antes de abrirme.

Desde donde estaba, pude ver a Aidan al otro lado de la habitación, echándose la capa sobre los hombros. El golpe de la hebilla fue un sonido limpio, casi cortante. Él levantó la vista y me

dedicó una media sonrisa tranquila. Esa típica suya. Como si todo fuese normal.

Tragué saliva y crucé el umbral despacio.

Rion cerró la puerta detrás de mí. El ruido fue suave, pero suficiente para que mi corazón se sorprendiera.

Aidan terminó de ajustar la capa y señaló la silla del escritorio.

—Siéntate, Isil —dijo con un tono más suave del que había usado al despedirse la noche anterior.

Obedecí sin decir nada. La madera estaba fría a través de mi ropa. Me senté recta, aunque no sabía si era por el frío que me llegaba o por nervios.

Rion permaneció de pie, cerca, con los brazos cruzados, como si estuviera decidiendo por dónde empezar.

Y ahí, entre los dos, con el corazón acelerado y mis manos apoyadas con firmeza sobre el regazo, sentí que algo en el ambiente había cambiado.

Aidan parecía preparado para marcharse en cualquier momento, como si el viento ya lo estuviera empujando hacia otro lugar.

—Voy a echar un vistazo a las Galerías de EstelIce —dijo mientras se colgaba el bolso y nos señalaba las montañas al este, unas moles grises atravesadas por pasadizos naturales. Desde allí, los agujeros del fondo del valle parecían ojos abiertos en plena noche—. Dicen que bajo ellas quedan grabados antiguos que aún se conservan.

—¿Quieres que vayamos contigo? —pregunté.

Él negó con la cabeza, mientras se acercaba a la puerta.

—No. Os vendrá bien caminar sin mí un rato. —miró a Rion, y este afirmó con la cabeza.

No añadió nada más. Ni una sonrisa, ni un comentario suelto. Nada. Me quedé ahí sentada, escuchando cómo la puerta de la posada se cerraba detrás de él. El ruido fue un golpe breve, seco.

Rion fue el primero en hablar:

—Pues ya está, desapareció. Supongo que eso nos deja libres.

—¿Qué acaba de pasar? —dije incrédula.

Rion se rascó detrás de la nuca, ese gesto suyo que usaba cuando no sabía por dónde empezar o cuando prefería suavizar una verdad antes de soltarla.

—Anoche hablamos —dijo al fin—. Sobre lo que íbamos a hacer hoy… y sobre él.

Me incliné un poco hacia adelante, esperando.

—Aidan lleva días con la cabeza en otra parte. Ya en el camino, antes de llegar a Valdrim, el viento le rondaba más de lo habitual. No me preguntes cómo funciona eso suyo, porque ni él mismo lo explica bien… —bufó con una media sonrisa cansada—. Pero decía que lo empujaba hacia un sitio. Un sitio concreto.

—Las Galerías de EstelIce —murmuré.

Rion asintió.

Me costaba imaginar cómo era eso: recibir mensajes que no eran palabras, sino corrientes de aire, susurros, cambios en la temperatura. Pero en él tenía sentido. Todo en Aidan parecía moverse con un ritmo propio, como si nunca estuviera del todo quieto.

—¿Y por qué decidió ir solo? —pregunté.

—Decidió que *debía* ir solo —me corrigió Rion, sin dureza—. Las galerías no son peligrosas. No más que cualquier mina antigua. Están vigiladas día y noche porque son la fuente económica de Valdrim: piedra, minerales, forjas… y también historia. Mucha. Demasiada. —Soltó un suspiro breve—. No pasan cosas raras ahí desde hace décadas.

Me acomodé en la silla, apenas un gesto… pero mi cuerpo lo agradeció como si llevara horas conteniéndose.

—Si hubiera riesgo, no lo habría dejado ir. —Su voz salió grave, baja, con ese filo ronco que se le quedaba cuando recién despertaba.

Se apoyó en la mesa. La luz que entraba por la ventana le caía en diagonal, resbalando por su cuello, trazando el recorrido hasta el borde de la camisa abierta.

Rion parecía no darse cuenta de cómo se presentaba frente a mí: despeinado, la camisa aún sin terminar de abotonar, la respiración tranquila de alguien que todavía no había terminado de despertar del todo. O quizá lo sabía y simplemente no le importaba. Él funcionaba así: directo, práctico… ajeno a los efectos colaterales.

Su calma debería haberme contagiado, pero lo único que hizo fue subrayar lo revuelto que tenía el pecho desde que había despertado. Tal vez por el sueño inquieto que había tenido. Tal vez por él, por su forma de mirarme sin apartarse ni un milímetro.

—No deberíamos haberlo dejado ir solo —murmuré, más para mí que para él.

Rion negó despacio.

—Confía en él. —sus dedos tamborilearon una vez sobre la superficie de la mesa antes de quedar quietos—. Y confía en mí.

Alzó la mirada hacia mí en ese momento, y algo en su expresión se suavizó. Nada evidente, nada que un desconocido notara. Pero yo sí. Lo suficiente como para sentir el aire hacerse un poco más denso entre nosotros.

Intenté decir algo, cualquier cosa sensata, pero mi garganta se cerró un segundo. Rion alzó una ceja, casi imperceptible, como si hubiera detectado el temblor en mi respiración.

—Estás preocupada —dijo, sin reproche, solo constatando un hecho.

—Es normal, ¿no?

Rion sostuvo mi mirada un instante. Algo cambió en sus ojos, un brillo rápido, difícil de leer.

—¿También estuviste preocupada cuando me fui a ver a mi familia? —preguntó.

Era un terreno en el que no quería entrar, y aun así mis mejillas se calentaron antes de poder evitarlo.

Me removí en la silla, buscando una respuesta que no mostrara demasiado.

—¡Por supuesto! Pero fue… diferente —murmuré—. No sabía si ibas a volver. Ni cuándo.

La verdad se me escapó antes de tiempo, desnuda, y la sentí caer entre los dos con más peso del que quería admitir.

Rion no dijo nada al principio. Solo se tensó un poco, un gesto leve pero claro, como si la revelación le hubiese golpeado por dentro más de lo que dejaba ver. Se inclinó hacia atrás, apoyando de nuevo una mano sobre la mesa.

—Volví —dijo al fin, en voz baja.

Y sí… lo había hecho.

Bajamos a la taberna de la posada, ya había gente sentada disfrutando de la comida y del calor de la chimenea. El suelo crujía bajo las botas y el olor a pan recién hecho impregnaba el salón. Tomamos asiento en una mesa junto a la ventana.

—Aquí tenéis —dijo la mesera sirviéndonos un cuenco humeante de sopa blanca, hecha con setas y especias del norte—. Que aproveche.

El vapor me dio en la cara y me nubló un instante la vista. Olía fuerte, pero reconfortaba.

Desde allí se veía parte de la calle, con gente pasando de un lado a otro, algunos con sacos al hombro, otros cargando herramientas. Mis ojos estaban fijos en la calle, mi cabeza estaba muy lejos de Valdrim.

Rion me observó un momento en silencio y luego preguntó:

—¿En qué piensas?

No contesté de inmediato. Volví mi vista al plato y removí la sopa con la cuchara, viendo girar las setas.

—En los sueños que se conectan con el Lûn Loryn. En los sueños extraños que he tenido… en la estrella negra. —Respiré hondo—. Y en los hombres que nos atacaron. En cómo esa oscuridad, ese ser… me hablaba. Como si intentara entrar dentro de mí.

Rion dejó la cuchara a un lado, entendiendo al instante el peso que aquello tenía para mí.

—Si vuelves a sentir que algo intenta alcanzarte… llama mi nombre. Yo vendré.

Lo que más me sorprendió no fue su respuesta, sino la forma en que me miraba. Había algo en ese tono suyo, en esas palabras tan directas, que empezaba a desarmar mis defensas sin que yo pudiera evitarlo.

Me quedé en silencio un par de segundos, apretando la cuchara entre los dedos. No sabía qué responder. Había tantas preguntas en mi cabeza, que las palabras no salían. Pero lo sentí en el pecho: un

calor tranquilo, que no venía de la sopa ni del fuego cercano, sino de lo que acababa de escuchar.

Dejé la cuchara en el cuenco y hablé:

—¿Cuánto tiempo crees que estará Aidan fuera?

Rion se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero me preocupa que no haya dicho nada concreto.

—¿Crees que realmente encontró algo? —pregunté.

—Conociéndolo… sí.

Suspiré, sintiendo un nudo en el estómago.

—¿Y si no vuelve pronto? ¿Y si nos quedamos esperando y no regresa?

Rion me miró fijamente, apoyando los codos en la mesa. Tardó un momento en contestar, pero cuando lo hizo, lo dijo con calma, casi en un susurro:

—Entonces lo buscaremos. Como yo te busqué.

Me quedé quieta. Había algo en esas palabras que me golpeó más fuerte que el frío de Valdrim. Y, casi sin pensarlo, apoyé mi mano sobre la suya.

No fue un gesto largo, fue suficiente para que él entendiera lo que quería decir: gracias.

Rion no se movió. No apartó la mano. Solo la dejó ahí, como aceptando el mensaje sin necesidad de palabras.

CAPÍTULO 25

Elarion – Sala de los Sabios

El crepitar del fuego era lo único que rompía el silencio en la sala. Las llamas proyectaban sombras largas sobre los muros de piedra, donde viejas runas e inscripciones aelorianas grabadas parecían moverse con la luz.

El Emperador Rheon estaba de pie frente a la chimenea de la Sala de los Sabios.

—No ha habido noticias desde hace dos días —dijo sin girarse. Su voz cargada de cansancio y algo de preocupación.

Los Sabios intercambiaron una mirada silenciosa. Conocían la historia, los ciclos, las advertencias que solo unos pocos podían leer en los pliegues del tiempo.

El Sabio Thaeryn, el más anciano, inclinó la cabeza. Su cabellera era de color gris blanquecina y sus ojos color miel, pero con mirada fuerte. Aunque parecía mayor, su cuerpo aún conservaba su porte.

—Algo está interfiriendo con los caminos del viento. No es natural, Majestad. Y no es obra de Aidan Stormrider.

Para cualquiera era solo uno de sus consejeros más antiguos. Para él, no. Thaeryn era uno de los primeros sabios de Elarion, un hombre que no necesitaba alzar la voz porque sabía cuándo hablar. Delgado, recto incluso en la quietud, con el rostro marcado por años de decisiones que nunca figuraron en los registros oficiales.

Tyren Rionel, otro de los sabios; el más alto de ellos, apoyó los nudillos sobre la mesa circular llena de mapas, runas y marcas recientes.

—Las fronteras se están tensando. Ya nos avisaron, Majestad. El rumor del aumento de escaramuzas, si esperamos más perderemos la capacidad de reaccionar.

Un tercer sabio, Gharzo Kyrl, con su cuerpo corpulento y la voz firme añadió:

—Debe comenzar a movilizar al ejército y enviar mensajeros a todas las capitales aliadas.

Rheon apretó la mandíbula, la decisión ya tomada en su interior.

—Guardia.

La puerta se abrió al instante y el soldado entró firme.

—Haga llamar al comandante imperial —ordenó Rheon—. Ahora.

El guardia salió sin decir una palabra.

Mientras esperaban, Rheon y los sabios se inclinaron sobre el gran mapa de Aeloria que ocupaba casi toda la mesa.

—Los mensajeros deben partir hoy mismo —dijo Gharzo, su voz grave y contenida—. Cada reino recibirá el aviso.

Rheon asintió lentamente.

—Bien. Entonces informaré a los soberanos de que Elarion comenzará a movilizar sus tropas hacia las fronteras.

Un murmullo de aprobación recorrió la mesa.

—Majestad —dijo Thaeryn, apoyándose ligeramente en el borde del mapa—, ninguna región ha enviado nuevos informes.

—Lo sé… —respondió Rheon, la mirada fija en el contorno de las fronteras del norte.

Aeloria estaba entrando en una fase que ellos ya habían visto descrita en textos demasiado antiguos.

La puerta se abrió. El comandante imperial entró con paso firme, deteniéndose a una distancia respetuosa.

—Majestad.

Rheon no tardó un segundo en hablar.

—Necesito un despliegue inmediato —comenzó, directo, como quien da órdenes que ya debían haberse ejecutado—. Las compañías deberán movilizarse hacia las fronteras. Quiero una línea de vigilancia continua.

El comandante asintió y Rheon prosiguió:

—Organice destacamentos cada cincuenta kilómetros a alrededor de nuestras fronteras. Donde haya fortalezas o bastiones. Las que sigan operativas, que acojan refuerzos, pero sin superar la capacidad de cada bastión.

—Entendido, Majestad.

—El abastecimiento será prioritario. Asegúrese de que reciban tiendas reforzadas, raciones suficientes y material para levantar campamentos decentes —añadió Rheon—. Quiero que puedan resistir semanas si es necesario.

El comandante tomó nota mental sin mover un músculo.

—En cuanto a comunicaciones —continuó Rheon—, enviará mensajeros y cuervos a todas las ciudades principales. No para solicitar informes… sino para exigirlos. Quiero actualizaciones cada cambio de guardia, sin excepción. Si un mensajero no regresa a tiempo, se envía otro.

Rheon dio un último vistazo al mapa. Las sombras del fuego se movían sobre las líneas y montañas como presagio.

—Esto no es una marcha a la guerra —dijo al fin, con voz baja pero firme—. Es una advertencia al mundo de que Elarion está preparado. Y no permitirá que ninguna amenaza rompa el equilibrio que se ha mantenido.

El comandante inclinó la cabeza y salió para poner en marcha la orden más grande desde los tiempos posteriores a Elyvar.

Los sabios lo observaron marcharse. Uno de ellos murmuró:

—Las piezas ya se están moviendo, Majestad.

Rheon cerró los ojos un instante.

—Que se muevan. Porque esta vez… no permitiremos que la sombra dé el primer golpe.

Los sabios sintieron cómo la sala temblaba levemente, como si las runas de los muros recordaran un nombre que aún no se había pronunciado.

Entonces, desde el lado derecho de la sala, un sabio más joven —uno que rara vez hablaba, uno cuya función era vigilar las líneas arcanas del mundo— dio un paso adelante. Sus manos temblaban ligeramente sobre los pergaminos abiertos en la mesa de piedra.

—Majestad… —dijo con un formalismo casi reverente—. Hay algo más.

Rheon lo miró. El joven sabio tragó saliva, ordenó las palabras en su mente y señaló un mapa cubierto de runas que se iluminaban débilmente.

—Hemos detectado una alteración en los círculos del norte. Una de las runas antiguas… se encendió.

Rheon suspiró.

El sabio Tyren se acercó un paso más, apoyando la mano sobre la mesa de piedra. Su palma rozó una de las líneas grabadas… y esta respondió con un leve resplandor.

—Majestad… —dijo Tyren con la voz tensa—. Las runas no se activan sin motivo. Y nunca lo hacen solas. Cuando una responde… es porque algo ha tocado el equilibrio.

Rheon frunció el ceño.

—¿Algo?

El sabio inhaló despacio, como quien mide cada palabra.

—O alguien.

En los textos más antiguos se advierte que cuando la luz vuelva, la sombra no tardará en encontrarla. Si las runas del norte despertaron, entonces debemos asumir que otra fuerza está despertando con ellas.

Hubo un crujido suave. Una de las runas talladas en el muro, vibró con un destello breve. Era la runa del Dios de la Sombra.

Una respuesta.

Las runas del muro titilaron una vez más; fue corto y preciso, como si confirmaran aquello que nadie quería decir en voz alta:

La sombra también estaba escuchando.

Rheon volvió a llevar una mano a su pecho.

—Isil… —murmuró de nuevo.

VALDRIM

El viento golpeaba los cristales de la posada como si quisiera entrar.

Me senté en la cama y apoyé la espalda en el cabecero; repasé el día, uno por uno, como si necesitara comprobar que todo había pasado de verdad.

El Anillo de Skarnveth y la runa que habíamos visto. La visión de la estrella cayendo, las siete figuras, esa luz sin rostro en el centro. Los vasallos de Veskar en Cendrahel con esa marca en sus frentes. El anciano de Valdrim reconociendo el Lumen Astraë como si fuese un mito que le hubiese perseguido toda la vida.

Y, entre todo eso… Rion.

Su mano firme sujetando mi brazo cuando salí del trance.

Su cuerpo adelantándose sin pensarlo cada vez que algo se me acercaba demasiado.

Su voz al intervenir en Skarnveth:

Lo que muchos aún no están preparados para ver.

La forma en que se puso delante del anciano, sin agresividad, pero dejando claro que conmigo no se jugaba.

Sentí algo moverse en el pecho al recordarlo, algo que prefería no mirar demasiado de cerca. No podía permitirme hacerlo. No cuando aún quería creer que mi objetivo era sobrevivir, entender qué era esta luz… y, algún día, volver a mi mundo. Dejar que mis sentimientos hacia él se desbordaran era una invitación al desastre. Para mí. Para él. Para lo que fuera que se estaba despertando en Aeloria.

Y luego estaba Aidan, que se había ido a investigar las Galerías de EstelIce y todavía no había vuelto.

Quise dormir. Apagué la lámpara, ajusté las mantas y cerré los ojos, buscando ese momento en el que todo se detiene por fin.

Y mis párpados se cerraron.

La oscuridad empezó a aclararse con un resplandor.

Un paisaje blanco se abría ante mí. Un lago congelado. No había cielo, ni horizonte, solo un blanco infinito. Y sobre la superficie, una suave niebla blanca.

Me acerqué al lago. En el reflejo del hielo apareció un rostro: una mujer con unos ojos azul plateado claro, como hielo puro. Fríos, pero hermosos.

—*Ven* —dijo una voz en mi mente—. *Aún no sabes quién soy… pero ya vienes hacia mí.*

Extendí la mano hacia ese reflejo, los dedos rozaron la superficie fría y la figura se desvaneció.

Desperté de un sobresalto. La respiración agitada, la piel helada. Me incorporé lentamente y sentí un brillo débil en mi pecho. El colgante Lumen Astraë latía con luz suave.

—¿Protectora del Hielo…? —susurré, sentándome al borde del lecho, temblando.

Esa mañana, aún a la espera de que Aidan volviese, decidimos bajar hacia la parte más profunda de la ciudad. Rion me guio por pasajes estrechos y, al girar una esquina, allí estaba.

El edificio no tenía puertas, solo un gran arco tallado en una piedra tan pálida que parecía contener luz en su interior. Runas plateadas se movían iluminándose sutilmente sobre su superficie.

Me detuve al ver el arco, con los ojos muy abiertos.

—¿Es… la Biblioteca de Cristal?

El arco no parecía hecho con manos humanas. La piedra era tan clara que casi parecía hielo tallado, pero no se derretía ni mostraba grietas. Desde su superficie emanaba un brillo suave, transparente, como si la luz hubiera quedado atrapada dentro en lugar de reflejarse fuera. No era un destello cegador… era un resplandor silencioso, vivo.

Entre los grabados, cientos de líneas finas recorrían la curva del arco, cruzándose unas con otras como venas luminosas. Cada vez que el sol cambiaba de ángulo, esas líneas parecían moverse, reordenarse, respirar.

Rion asintió.

—Te acuerdas…

Lo miré, sorprendida.

—Entremos, puede que encontremos algo. —agarré mi falda y empecé a subir los escalones.

Escuché las botas de Rion correr tras de mí.

—Espera —dijo agarrándome del codo y continuó con un tono serio—. No sé si es buena idea. Aquí los Nivalen tallan la memoria de su pueblo en cristal. Cada muro es un registro. Cada runa, una historia. No todos están preparados para mirarlas.

Sacudí mi brazo y me deshice de su agarre.

—Necesitamos información. Si no me acompañas iré yo solita —le miré a los ojos esperando una respuesta.

Rion suspiró resignado

—De acuerdo, pero mantente atenta.

Me acerqué despacio al arco, fascinada por las runas que brillaban con la luz, cambiando de forma como si se movieran.

—¿No te tengo a ti para protegerme? —dije en tono burlesco con una sonrisa. Le guiñé el ojo.

Rion puso sus manos en la cadera y sacudió su cabeza con resignación pero con una sonrisa en la cara.

—Ahora es distinto. Ya has visto más de lo que cualquiera esperaría. Y quizá la Biblioteca también quiera verte. —comentaba Rion mientras subíamos las escaleras.

Tenía un nudo en el estómago.

—¿Qué sabes de la Biblioteca? ¿Qué pasa si entro?

—Nada —dijo encogiéndose de hombros—. O todo. Aquí no hay puertas por una razón: quien cruza este arco lo hace porque decide hacerlo. Nadie te obliga. Lo que quiere decir, que aceptas todo lo que venga.

Me quedé callada, observando el umbral. El aire parecía vibrar, como si el lugar respirara.

—Es como si estuviera vivo…

—En Aeloria muchas cosas tienen vida —murmuró Rion, bajando la vista.

La biblioteca parecía esperar. Finalmente, él inclinó un poco la cabeza hacia el arco.

—La decisión es tuya, Isil.

Sentí que las runas titilaban con más fuerza al oír mi nombre.

Di un paso hacia delante y crucé el umbral.

El interior era deslumbrante. Las paredes no estaban hechas de piedra, sino de un cristal transparente y levemente azulado que formaba columnas vivas y se alzaban hacia un techo en forma de cúpula. Desde lo alto, donde el cristal se abría, entraban haces de luz que, al tocar el interior, se dividían en miles de pequeños reflejos estrellados.

Cada uno de esos puntos flotaba como si el cielo hubiera sido atrapado dentro de la biblioteca. Las estanterías se curvaban como ramas cristalizadas.

No había escaleras. Solo plataformas de cristal que ascendían solas cuando uno se acercaba, como si el lugar conociera los deseos de quien lo pisa. Los libros estaban encuadernados en cuero rígido, frío al tacto; marcados con símbolos que relucían levemente bajo la luz estelar que iluminaba la sala.

Un hombre se acercó. Era alto, tenía la piel ceniza, el cabello blanco corto y los ojos blancos celestes, como si la nieve misma lo hubiera moldeado.

—Sois el fuego y la luz —dijo cuando se detuvo ante nosotros—. El viento ya nos había avisado.

—¿El viento? —susurré para mí misma—*Aidan*… —sonreí—. Buscamos… respuestas, algo que nos aclare algunas dudas.

Por sus ropas y por cómo había hablado, intuía que sería un sabio.

—¿O queréis encontraros a vosotros mismos? —preguntó el sabio.

No supe qué contestar.

Rion tampoco dijo nada.

—Venid —dijo el sabio—. Hay algo que aguarda a quien porte una estrella.

Lo seguimos por un corredor estrecho, donde el cristal era tan claro que podía verse el agua congelada fluyendo detrás de las paredes. Estrellas diminutas de escarcha flotaban dentro de esa corriente, girando lentamente, como si aguardaran su momento.

Entramos en una sala cuyas paredes de hielo pulido devolvían la luz sin reflejarla del todo. Y en el centro, una piedra blanca,

redonda, reposaba como un meteorito caído de una constelación olvidada.

Sobre su superficie había seis runas talladas. Cada una brillaba con un resplandor interior suave, latiendo como corazones contenidos. Pero junto a ellas, había una séptima incompleta. Un trazo apenas insinuado, como si el tallador se hubiera detenido a mitad de un recuerdo.

Me acerqué despacio, conteniendo el aliento. El Lumen Astraë vibró contra mi pecho, avisándome.

—Estas son las runas de los protectores —explicó el sabio, en voz baja—.

Me fijé en una séptima runa, era la primera vez que la veía, diferente a las demás, una mezcla de dos runas que ya conocía: Fuego y Sombra, las había visto en la Sala de la Estrella en Elarion. Me acerqué y extendí mi mano atraída hacia ella. No hizo nada.

—¿Y esta…? —pregunté.

—Una posibilidad. ¿Una séptima runa? Tal vez. Pero nada es cierto.

—¿Por qué? ¿Qué significa todo esto? —preguntó Rion reconociendo parte de su marca.

—La Biblioteca te muestra lo que estás listo para cargar, no lo que quieres. —dijo mientras se daba la vuelta—. Aún no se ha mostrado. Nadie sabe qué es o quién es. Esta runa lleva siglos dormida.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No por el frío de la sala, sino por la forma en que aquella runa inconclusa parecía mirarme desde el hielo.

—¿Entonces hay un séptimo? —susurré, casi sin escuchar mi propia voz.

El sabio no me respondió, sólo se giró lentamente, dando esa conversación por sentada y levantó una mano temblorosa hacia otro bloque de hielo.

Allí, grabado en una lengua antigua, apareció un nombre. No había estado antes, nadie lo había escrito, nadie lo había pronunciado.

El hielo lo reveló con un destello.

Nivaryn

—Este nombre apareció en los cristales hace dos noches —explicó el sabio—. Nadie lo había tallado. Nadie lo había dicho antes. Pero ahora… empieza a querer ser recordado.

Me llevé una mano al pecho. El colgante seguía brillando… muy débilmente.

Como si respondiera al eco de algo que aún no comprendía, pero que estaba allí. Latente.

Esperándome.

El aire del crepúsculo arrastraba una brisa cortante, cargada del polvo helado que descendía de las minas. Regresamos a la posada por el mismo camino.

La posada estaba en penumbra. El fuego chisporroteaba en la chimenea central, y el calor era insuficiente.

Nos dirigimos a mi habitación. Al entrar, colgué mi capa y me senté en la cama. Rion se acercó a la chimenea y movió las brasas con el atizador, cogió un par de trozos de madera que había en un cesto y los echó al fuego.

Un golpe de viento abrió la puerta de par en par y el fuego se movió.

Aidan apareció por la puerta.

No caminaba con la misma ligereza de siempre. Cruzó el umbral, cubierto de escarcha y nieve, las botas rasgadas, la capa manchada de tierra. El cabello revuelto le caía sobre la frente, y sus ojos… esos ojos siempre juguetones, ahora tenían un brillo distinto. Más oscuro. Más viejo.

Nadie dijo nada durante un segundo.

El viento que había abierto la puerta se disipó, pero la tensión no.

Rion se levantó enseguida, frunciendo el ceño.

—¿Dónde estabas?

Aidan tardó un instante en responder. Se pasó una mano por la nuca, como si aún notara el frío bajo la piel. Dejó caer su bolsa al suelo con un suspiro casi teatral.

—Donde el viento me llevó —respondió, como si fuera lo más natural del mundo, pero en su voz se notaba algo diferente—. Y el muy desconsiderado olvidó avisarme de que había derrumbes en la galería norte.

Se sacudió parte del polvo, y una nube de partículas brilló un instante en el aire.

—¿Y sobreviviste por qué…? —gruñó Rion.

Aidan le guiñó un ojo.

—Porque el viento me quiere mucho. Y el Hielo supongo que también.

Me acerqué despacio.

Rion no sonrió.

—¿Encontraste algo? —pregunté.

No respondió al instante. Se arrodilló junto al fuego, con más lentitud que nunca. Abrió la bolsa y sacó un cristal pequeño.

Era liso, transparente como agua detenida. En su interior, una runa flotaba, girando lentamente.

Contuve el aliento.

—Eso es… ¡La runa de Hielo! —miré a Rion y a Aidan.

Aidan la sostuvo entre los dedos, con cuidado. La luz del fuego se reflejaba en su superficie.

—Así es —admitió—. La piedra de los protectores.

Rion lo observaba en silencio, pero su cuerpo estaba tenso, preparado.

Entonces Aidan bajó la voz.

—Apenas la toqué… escuché un nombre.

No hizo falta que lo dijera. Ya lo sabía. El colgante en mi pecho palpitaba con la misma intensidad que había sentido en la biblioteca. Mis labios temblaron al pronunciarlo:

—Nivaryn.

Aidan asintió lentamente.

—El mismo nombre. Susurrado por el hielo que no se derrite desde hace siglos.

Guardó silencio unos segundos, y el ambiente pareció detenerse con él. Después, se incorporó un poco, su gesto más serio de lo que jamás le había visto.

—Ella ya se ha despertado —cerró los ojos un instante. El viento se coló por una rendija de la pared y danzó entre las brasas del fuego.

RION

Esa noche soñé con silencio. No el de la paz, sino el que queda después de una tormenta, cuando el mundo aún no sabe si puede respirar.

Me encontré en un claro sin luna. El cielo no era cielo, sino una bóveda gris, vacía, sin estrellas ni reflejo. Los árboles, retorcidos, se inclinaban hacia mí como si observaran sin hablar. La tierra no crujía.

Susurraba.

Caminaba descalzo, envuelto en una bruma espesa. A cada paso sentía que dejaba algo atrás: mi furia, mi fuego… incluso mi voz.

Y ahí apareció.

Una figura encapuchada emergió del humo. Alta. Serena. No tenía rostro, pero sus ojos brillaban como galaxias hundidas en la oscuridad. No caminaba. Flotaba.

Me tensé, sintiendo el fuego vibrar en mi pecho. Pero no se activó.

La figura habló. Su voz no era amenaza, sino un eco que reconocía demasiado bien, como si ya lo hubiera escuchado antes, en otra vida.

—*No temas a la sombra* —dijo—. *Tampoco es del todo ajena a ti.*

—¿Quién eres? —pregunté, con la garganta áspera. Sentí que no era la primera vez que formulaba esa pregunta. Quizá no en esta vida—. ¿La Sombra?

—*Aquel que también arde, pero en silencio.* —hizo una pausa—. *La Sombra recuerda. El Fuego es joven, valiente y fuerte, pero necesita control.*

Extendió una mano. El fuego en mi pecho —esa llama que siempre respondía a la furia— se volvió tenue, oscuro… pero no se apagó. Como si escuchara algo nuevo. Como si recordara algo viejo.

—*Ella*… —murmuró, sin decir su nombre—. *La portadora… es más de lo que el mundo cree. Y más de lo que tú estás preparado para ver.*

—¿Qué tiene que ver conmigo?

No me respondió de forma directa. Pero sus palabras dejaron una marca en mí:

—*Luz, Fuego y Sombra. No todos los vínculos se entienden al principio. Algunos… solo arden cuando la noche es más larga.*

El bosque susurró. No era viento. Era memoria.

Antes de desvanecerse, bajó la cabeza.

—*A veces, uno no escoge a quién recuerda.*

Y se fue.

Desperté jadeando, las manos cubiertas de sudor frío. La marca del fuego en mi pecho latía más lenta, más profunda.

CAPÍTULO 26
NIVARYN: EL HIELO

Santuario de Nyr – Jardín de Nerysil.

La escarcha se movía en espiral sobre el agua congelada, como si el viento danzara en silencio sobre la superficie. No era viento real. Era algo más sutil. Un movimiento antiguo, como si el hielo respirara.

Nivaryn avanzaba descalza por el borde del lago congelado. El hielo crujía bajo sus pasos. Su capa, blanca y azul pálido, se movía con lentitud, arrastrándose sobre la escarcha.

Caminó dejando atrás la orilla y se internó en el jardín. Los pilares de hielo seguían en pie, intactos, como si el tiempo no hubiera encontrado dónde agarrarse. Las flores de escarcha permanecían abiertas, rígidas, siempre iguales. Allí nada envejecía.

Se detuvo entre dos columnas. Observó el jardín durante unos segundos más de lo habitual. Algo no encajaba. No era un cambio visible, sino una ausencia de rutina, como si el lugar hubiera respirado de forma distinta. Cerró los ojos un instante. El frío no le hablaba con palabras, sino con ese tipo de silencio que ocurre justo antes de recordar algo importante.

Avanzó por el sendero estrecho que lo bordeaba. No era un camino marcado, solo un camino de nieve más liso entre las flores congeladas y la piedra. El Santuario de Nyr se alzaba unos pasos más allá pero detuvo su paso antes de llegar a su entrada.

Allí, entre el jardín y el santuario, se alzaba el pequeño altar.

Era solo una piedra lisa de hielo, erosionada por siglos de viento y nieve. A su alrededor, un anillo de flores heladas florecía contra toda

estación. Ninguna crecía igual que la anterior. Cada pétalo era una memoria. Cada cristal, una promesa.

Las estrellas, fijas en el cielo de Glaciaris, parecían inclinarse, como si vigilaran el gesto. En el lago congelado, la luna extendía su luz sobre la superficie, atrapándola en vetas plateadas.

Alzó la mirada y en un reflejo plateado de luz en el hielo… apareció una silueta.

Cabello largo, suelto, inmóvil pese al viento. Una luz tenue latía en su pecho, constante, ajena al frío. Los ojos estaban llenos de claridad, no como desafío, sino como certeza. No había miedo en ellos. Tampoco concesiones a la oscuridad.

Los labios no se movieron.

Aun así, la voz atravesó el aire y el hielo con la naturalidad de algo que siempre había estado allí.

—Estás en el norte. —susurró Nivaryn.

El reflejo permaneció fijo. La luz no se apagó.

La marca, que había despertado días atrás, se encendió bajo su piel. El frío recorrió su brazo, agudo y real. No era dolor, pero tampoco algo que pudiera ignorar. Era una señal clara. En ese instante entendió lo que ese rostro significaba.

Apartó la vista del altar y volvió a girar hacia el lago. Dio un paso. Luego otro hasta llegar al borde de nuevo.

Extendió la mano hacia esa luz detenida. No llegó a tocarla; la dejó suspendida en el aire, temblando, consciente de que incluso el gesto más leve podía romper el equilibrio del momento.

Sus ojos se clavaron en la luz, inmóviles, cargados de todo lo que nunca había pronunciado.

Una vibración profunda recorrió el hielo. La superficie del lago quebró y una nota grave recorrió la escarcha, tan sutil que cualquier oído humano la habría confundido con un crujido más.

Pero la escuchó.

No era un sonido, sino un llamado que atravesaba la superficie y se instalaba en su pecho.

Durante un instante, sintió que algo dentro de ella se llenaba, como si la larga espera hubiese llegado a su fin. La emoción fue intensa; inspiró despacio y su expresión cambió. Sus ojos se afilaron

como la hoja de un arma. Ya no era solo una simple Nivalen. Era la Protectora del Hielo.

Bajó la mano con calma y sus labios se curvaron suavemente en un gesto de determinación.

Cuando esa luz viniera, cuando la estrella finalmente apareciera delante de ella, no dudaría. La seguiría. La protegería.

Porque había nacido para eso.

CAPÍTULO 27
ISIL

Valdrim

El alba apenas rozaba los cristales de la ventana cuando me incorporé. El colgante seguía tibio contra mi piel, como si aún soñara. Tomé una ducha, me vestí con calma, ajustando la capa y recogiendo el cabello en una coleta alta. Estaba a punto de salir de la habitación cuando escuché tres golpes firmes en la puerta.

Abrí sin pensarlo demasiado… y ahí estaba.

Rion.

De pie frente a mí, con el pelo aún mojado, como si acabara de lavarse después de entrenar. Gotas de agua le caían por la frente y resbalaban hasta su cuello. Sus ojos intensos, se clavaron en los míos con una seriedad que me hizo contener la respiración.

—Ve preparándote —dijo—. Hay que desayunar. En cuanto terminemos partiremos.

Me quedé un instante más en el umbral, atrapada en esa mirada que parecía atravesarme sin esfuerzo. Él se giró primero, dándome la oportunidad de recuperar el aliento.

Cerré la puerta tras de mí, aún con el eco de su voz en el pecho. Tomé la alforja, comprobé que el Lumen Astraë seguía seguro contra mi piel y apreté las correas con firmeza, como si ese gesto pudiera darme estabilidad.

Al bajar las escaleras de madera, el aire comenzó a transformarse. El frío del pasillo quedó atrás, sustituido por un calor y aromas envolventes que parecían casi irreales. El olor a pan recién horneado se mezclaba con el dulzor de frutas confitadas y una nota

especiada, como si alguien hubiese dejado canela y miel ardiendo en el fuego.

Crucé el último peldaño y me encontré con la sala común. El murmullo de voces era leve, unos viajeros madrugadores. La chimenea crepitaba con suavidad, iluminando el rincón donde Rion descansaba. Estaba recostado contra la madera de la mesa, una pierna cruzada sobre la otra, la capa ligeramente caída hacia un lado. La luz del fuego se reflejaba en él.

Me detuve en la entrada. Justo en ese instante él levantó la cabeza, como si hubiese sabido que estaba allí antes incluso de verme. Su mirada se encontró con la mía, directa.

Un pinchazo repentino me atravesó el pecho, desordenando el ritmo de mis pensamientos. Me descolocó descubrir que no nacía de su cercanía, sino de todo lo que hacía sin decirlo: la forma en que vigilaba la sala, cómo se había asegurado de que comiera, de que estuviera lista, de que no me faltara nada antes de partir.

Pensé que quizá no era él lo que me alteraba… sino darme cuenta de que alguien empezaba a importarme de una manera distinta a como estaba acostumbrada.

Me recompuse, obligando a mis pasos a avanzar hasta la mesa donde Rion ya esperaba. El olor era aún más intenso de cerca: pan recién salido del horno con la corteza dorada y crujiente, mantequilla que se derretía lentamente en pequeños cuencos, mermeladas de frutos rojos, quesos suaves que desprendían un aroma cremoso, un guiso humeante con carne.

La mesa parecía un festín preparado solo para tentarnos, y mi estómago reaccionó antes que mi mente.

—Todo esto… —dije, dejando escapar una sonrisa leve— parece un banquete más que un desayuno. Huele demasiado bien como para ser real.

Rion levantó la mirada hacia mí. Sus ojos ámbar, encendidos por el reflejo de la chimenea, no mostraron sorpresa ni exceso de palabras. Solo la franqueza seca que le era tan propia.

—Entonces siéntate antes de que se enfríe —respondió empujando un plato hacia mí—. No sirve de nada admirar la comida si no la pruebas.

Su gesto era tan directo que por un instante sentí que no había espacio para negarme.

Me dejé caer en el banco frente a él y tomé un trozo de pan aún caliente. La mantequilla se deshizo en cuanto la extendí.

—Debo admitirlo —dije, probando un bocado—. Parece que alguien quiso impresionarme con este desayuno.

Rion arqueó una ceja, mientras cortaba un pedazo de carne para el guiso.

—Disfrútalo, ya que a lo mejor no comerás en días —respondió, con esa sobriedad suya que a veces parecía una muralla—. Come. Lo necesitarás.

Sonreí sin poder evitarlo, aunque sus palabras me calaron más de lo que quise mostrar. Esa forma de hablar, tan directa y sin adornos, era como un recordatorio constante de lo frágil que era todo en este mundo nuevo. Me hizo pensar que quizá tenía razón—un pan caliente, una mesa segura, el calor de la chimenea— podía convertirse en un recuerdo lejano en cualquier momento.

Apreté el trozo de pan entre mis dedos y lo llevé a la boca. Era simple, pero en ese instante supo a tesoro.

—Entonces aprovecharé cada bocado —dije al fin, intentando mantener un tono ligero, aunque mi voz tembló.

Lo miré de reojo. Él no sonrió, pero su mirada se suavizó por un instante, como si reconociera en mi respuesta algo más que una broma: la voluntad de resistir.

Partí otro trozo de pan y lo mojé en la miel. El dulzor me reconfortó más de lo que esperaba.

—No está tan mal esto de comer sin prisas —murmuré, intentando sonar ligera.

—No te acostumbres —replicó Rion—. La calma nunca dura demasiado.

—Entonces habrá que aprovecharla cuando llega —respondí, encogiéndome de hombros y llevándome el pan a la boca.

Él me sostuvo la mirada un instante, pero no discutió. Se limitó a comer también, como si aceptar mi comentario fuera una forma silenciosa de concederme razón.

En ese momento, la voz de Aidan rompió la tensión desde detrás de nosotros.

—¿No pensaríais desayunar sin mí, verdad?

Se acercó con esa ligereza suya, como si el viento mismo le despejara el camino. Rion frunció apenas el ceño, pero se hizo a un lado con un gruñido casi inaudible, dejando un hueco en la mesa.

—Siéntate, pero no esperes que te sirva —masculló.

Aidan sonrió de lado y tomó asiento como si no hubiera notado la dureza. Sirvió pan en su plato, partió un trozo y lo probó con calma.

—Hay quien dice que un buen desayuno no gana batallas —comentó mirando el pan en sus manos—. En mi parecer, quien piensa eso nunca ha pasado hambre.

Rion soltó una exhalación seca, sin mirarlo.

—O nunca ha tenido que pelear con el estómago vacío —añadió, cortando de nuevo su carne.

Aidan asintió, tranquilo.

—Entonces hoy tenemos suerte. Este pan, este fuego… son un regalo. No hace falta más que dar gracias, aunque sea en silencio.

Fue entonces cuando lo noté. Un gesto mínimo, casi imperceptible: su brazo derecho bajó y su mano fue hacia la empuñadura de su espada, no en un movimiento agresivo, sino como quien acaricia un reflejo automático. Estaba en alerta.

Seguí masticando despacio, fingiendo normalidad. Si Rion no había hecho un movimiento brusco, no había razón para alarmarme. Al menos no todavía.

El sonido de pasos se fue acercando entre las mesas casi vacías. No eran apresurados ni torpes, más bien firmes, seguros de sí mismos.

Aidan, en cambio, no se tensó. No llevó la mano a ninguna arma ni cambió el gesto. Lo único que hizo fue enderezarse un poco en su asiento, apoyando un codo sobre la mesa y ladeando la cabeza, como si ya conociera la respuesta a una pregunta que todavía no se había formulado. Sus ojos claros se fijaron en el encapuchado con esa calma suya que incomodaba más que un filo desnudo.

—No parece un viajero cualquiera —murmuró, sin apartar la mirada del muchacho—. Veremos si su reverencia trae palabras… o

problemas.

No alzó la voz. No lo necesitaba. En esa serenidad había algo que advertía: Aidan no se movía rápido, pero sabía exactamente cuándo hacerlo.

Cuando por fin se detuvo a nuestro lado, alcé la mirada.

El desconocido estaba cubierto por una capa gris oscura, con la capucha echada hacia adelante, ocultando el rostro. Permaneció así un instante, como midiendo si debía interrumpirnos. Luego, inclinó la cabeza en una reverencia lenta.

Con un gesto deliberado, llevó las manos a la capucha y la retiró poco a poco.

Debajo apareció un joven de rasgos serenos, el cabello oscuro cayéndole en mechones húmedos sobre la frente, como si acabara de llegar desde la nieve. Sus ojos tenían una claridad que contrastaba con la sobriedad de su atuendo.

—El Maestro Rethalion desea veros —anunció con voz clara—. Dice que la Biblioteca no es lugar suficiente para algunas respuestas.

Mis dedos se crisparon alrededor de la taza que sostenía. Sentí el peso de la mirada de Rion en mí, y lo miré de vuelta, como si la sola mención de ese nombre fuera un presagio que ninguno estaba listo para oír.

—¿Rethalion? —alcancé a preguntar.

El muchacho bajó la voz, como si temiera que hasta las paredes escucharan.

—Uno de los sabios antiguos de Glaciaris. Trabaja en la Biblioteca, ya lo conocéis —dijo mirándonos a los dos.

El aire pareció cambiar en ese instante. Rion se tensó, y yo sentí un escalofrío recorrerme.

Nos miramos.

Era el Sabio que nos había atendido el día anterior en la Biblioteca.

Aidan nos miró de reojo con una media sonrisa.

—No es un desconocido —comentó, ladeando la cabeza.

Salimos de la posada y seguimos al aprendiz a través de Valdrim, dejando atrás el calor y las voces antes de internarnos en el hielo.

La ruta no estaba marcada. No aparecía en los mapas de Valdrim. Era un sendero borrado de la memoria común, un secreto guardado solo por los Sabios Antiguos y las Casas Mayores de Glaciaris.

El pasadizo nacía tras un arco de hielo, rodeado de runas mágicas. Estaba oculto en un desfiladero cercano, a apenas una hora de la posada y no muy lejos de la propia Biblioteca de Cristal.

A simple vista, no era más que una formación natural: raíces congeladas que descendían desde la roca, entrelazadas hasta sellar la entrada. La escarcha se acumulaba en ellas, una quietud que imponía respeto.

Al cruzar aquel umbral, el aire se volvió más pesado, cargado de un silencio vivo, como si el mundo exterior hubiera quedado atrás.

El túnel descendía guiado por vetas de cristal azuladas que emitían un resplandor tenue, lleno de runas mágicas. El eco de cada paso se mezclaba con un murmullo lejano, semejante al crujido de un glaciar en movimiento.

Tras un largo descenso, el pasaje se abría de golpe en una sala de bóvedas majestuosas. Allí comenzaban las profundidades de la Biblioteca de Cristal. No era solo un archivo, sino una pequeña academia subterránea donde los sabios se retiraban a enseñar y a investigar lo que no podía exponerse a la mirada pública.

Las estancias eran vastas, más amplias de lo imaginable, sostenidas por pilares de hielo que parecían columnas de luz. Se sentía que el hielo escuchaba, que las paredes recordaban. Y, a diferencia de la Biblioteca principal en superficie, este lugar no buscaba mostrar conocimiento… sino custodiarlo.

El aprendiz se detuvo frente a un arco de hielo pulido, más bajo que los anteriores, pero con un brillo extraño. Las runas que lo rodeaban eran más nítidas, grabadas con una precisión imposible de lograr por manos humanas. El aire allí se volvió más frío, tanto que mi respiración salió en un vaho espeso.

Más allá del arco se intuía una sala amplia, iluminada por cristales incrustados en las paredes. No era un salón de estudio corriente: se notaban las mesas de piedra helada alineadas en círculo y, al fondo, estanterías cargadas con pergaminos y códices encuadernados en cuero endurecido por el tiempo.

El aprendiz se detuvo antes de franquear la entrada.

—Rethalion no recibe a cualquiera —dijo en voz baja, casi reverente—. Pero si el Hielo os ha escuchado. Él también.

No esperó respuesta. Se inclinó con brevedad y retrocedió unos pasos, dejándonos a los tres frente al umbral.

—Si el hielo escucha, también recuerda. Y lo que recuerda… nunca se olvida del todo. —murmuró Aidan.

Rion cruzó primero, firme, con su mano cerca de la empuñadura.

Lo seguí, el corazón latiéndome más rápido. Mi mano, rozando el colgante.

Aidan cerró la marcha, ligero. Sus labios, por primera vez, no murmuraban canciones al viento.

Atravesamos el arco, y el pasillo se abrió poco a poco hacia una sala que parecía esperar desde hacía siglos. El aire se volvió más frío, casi sólido, y el sonido de nuestros pasos rebotaba contra las paredes de hielo como un eco vigilante.

Me incliné hacia Aidan, bajando la voz como si temiera despertar a algo que aún dormía en aquellos muros.

—¿Quién es Rethalion, exactamente? —susurré.

Él no apartó la vista de las runas que brillaban débilmente en las paredes mientras caminábamos.

—Uno de los últimos que recuerdan el hielo antes de que este durmiera —respondió Aidan con seriedad. Su tono no era grandilocuente, sino firme, como quien afirma una verdad que no necesita adornos—. No le gusta hablar. Pero cuando lo hace… el mundo escucha.

Sus palabras me hicieron eco, y la mente se me fue de inmediato al día anterior. La runa. Esa séptima marca imposible. Una mezcla de fuego y sombra… ¿una séptima runa?

Apreté los labios y, casi sin mirarlo, murmuré:

—Aidan… yo… quería decirte… siento no haberte contado lo de ayer. Lo que vimos, lo que nos dijeron en la Biblioteca…

Él me interrumpió con esa media sonrisa suya que parecía conocer el viento antes de que soplara.

—Si empiezas con disculpas, me voy a aburrir —dijo en un susurro cómplice, inclinándose un poco hacia mí—. Puedes confiar

en mí. El viento guarda secretos, pero nunca los traiciona.

Su tono era ligero, casi burlón, pero la mirada en sus ojos celestes no lo era. Había sinceridad, una calma que parecía rodearme como un escudo invisible.

—Nuestro deber como Protectores es protegerte —continuó, casi como si hablara con el viento—. Entiendo que Rion no quisiera contármelo; él y yo no somos precisamente el mejor de los dúos. Pero si de verdad vamos a caminar juntos, necesito que todos confiemos.

Alzó un dedo, como si quisiera dar peso a lo siguiente:

—No todo lo que escuches será fácil, ni todo lo que veas tendrá sentido. Pero si no lo compartimos, tarde o temprano nos romperá por dentro. Y prefiero ser yo quien cargue con un peso de más… antes que verte a ti cargando sola con él.

Su voz era simple, sin adornos, pero en ella había un calor que me hizo sentir menos sola en aquel instante.

Rion, que marchaba unos pasos por delante, dejó escapar un gruñido seco.

—¿Y qué preguntas vamos a hacerle? —soltó Rion con ironía. Sus dedos seguían rozando la empuñadura de la espada, pero sus ojos estaban fijos en el pasillo, tensos.

No era desconfianza hacia el sabio. Lo conocía, lo había visto el día anterior. Y lo que había revelado seguía martillándole por dentro, esa runa que reflejaba una parte de él que ni siquiera entendía.

—Las que nos permita y nos conteste —respondió Aidan.

—Quiero respuestas —añadió Rion serio—. Quiero saber más sobre la marca y sobre…— Su tono no dejaba espacio a la broma hasta ese último titubeo.

Aidan, que caminaba un paso detrás, habló entonces, sin levantar la voz.

—Entra cabreado, y el hielo solo te devolverá silencio —dijo Aidan serio—. El viento me ha enseñado algo: no se arranca una respuesta, se recibe cuando uno está dispuesto a escucharla. —sentenció.

Rion se detuvo en seco. La rabia le seguía latiendo en la mandíbula apretada, pero la mirada de Aidan, tan serena como el

cielo antes de una tormenta, lo obligó a respirar.

Aidan sonrió de lado, sin dejar de caminar. No añadió nada más. Y en ese silencio, el resplandor de la sala comenzó a rodearnos: mesas de piedra helada dispuestas en círculo, como si esperaran un consejo antiguo. Estanterías descomunales que ascendían hasta perderse en la penumbra repletas de manuscritos y códices que parecían palpitar con una memoria propia.

El suelo era liso, esculpido como un lago congelado. Las paredes eran lisas, curvadas con precisión, cubiertas de símbolos antiguos grabados a fuego bajo el hielo —runas que no brillaban, pero cuyo trazado parecía moverse si se las miraba demasiado tiempo.

Y allí, al fondo de la sala, lo vimos.

Rethalion estaba de pie frente a la pared principal, la más cargada de inscripciones. No se giró cuando entramos. Sus manos descansaban en la espalda, y su rostro, tapado bajo la capucha entreabierta, parecía inclinado hacia las runas como si escuchara una voz que solo él podía oír.

No era una presencia imponente por fuerza física, sino por la calma implacable que lo rodeaba, como si el hielo entero respirara con él.

Su voz, grave, quebró el silencio sin necesidad de volverse:

—El fuego debe aprender a contenerse.

Entonces se detuvo. Su mirada se clavó en Rion. Durante unos segundos, no dijo ni hizo nada más.

Se giró hacia mí, pero no habló. Pasó de largo y, al final, posó los ojos en Aidan.

—Y el viento… a guiar, no a huir.

Cada palabra cayó con un peso extraño, como si no hablara de elementos, sino de ellos.

CAPÍTULO 28
ISIL

Nos mostró más de lo que merecíamos en ese momento y nos dejó con una duda y una solución.

Rion escudriñaba al anciano con la mirada. El día anterior había visto a un anciano más, un guardián entre tantos. Pero ahora… ahora lo miraba como a alguien que podía arrancarle respuestas sin necesidad de levantar la voz.

Rethalion permaneció un instante frente a las runas, como si dejara que sus palabras flotaran en el aire. Lentamente, giró sobre sí mismo. Su rostro, marcado por los años y la quietud del hielo, no transmitía debilidad, sino una sabiduría que se asentaba como una losa.

—Os he hecho llamar porque hay demasiadas sombras en torno a vuestro camino —dijo con calma mientras se acercaba a nosotros. Su voz profunda rebotaba en las paredes heladas—. Y cuando la oscuridad avanza, lo único que puede enfrentarse a ella es un poco de luz.

Sus ojos nos recorrieron a los tres.

—No pretendo daros todas las respuestas —continuó—. Ni siquiera yo las tengo. Pero sí puedo mostraros los hilos que otros ocultan, las verdades que la superficie no enseña.

No habló de runas. Ni del símbolo dormido. Ni del peso de aquello que había visto la tarde anterior. Su silencio al respecto era tan revelador como sus palabras.

—El hielo recuerda —añadió—. Y si habéis llegado hasta aquí, es porque estáis destinados a escuchar lo que guarda. —Rethalion terminó de hablar y el silencio se extendió.

Aidan fue el primero en romperlo. Su voz sonó suave, sin apresurarse, pero con la firmeza de quien conoce los protocolos y la historia mejor que nadie:

—No venimos a desafiar ni a interrogar —dijo inclinando levemente la cabeza—. Solo buscamos entender lo que se nos oculta y encontrar la verdad que necesitamos para seguir caminando.

Sus palabras no eran un alegato largo ni adornado. Eran claras, directas, y en ellas se condensaban también nuestras intenciones: el deseo de respuestas, sí, pero sin romper el equilibrio de aquel lugar.

Rethalion sostuvo la mirada de Aidan un instante y luego sus ojos nos recorrieron los tres, uno por uno. No había juicio en ellos, solo la calma.

—Eso basta —respondió, con un leve asentimiento—. El que busca con humildad encuentra más que el que exige con rabia.

Alzó una mano, señalando un pasillo lateral abierto en la misma sala.

—Venid. Hay algo que debéis ver.

Nos condujo hasta una pequeña galería iluminada por cristales incrustados en las paredes. Allí, en el centro, se alzaba una piedra circular de cristal helado, más alta que nosotros. Transparente, con runas mágicas inscritas. Algunas brillaban débilmente, otras parecían dormidas.

—Aquí se guarda la memoria de lo que fue —dijo Rethalion—. Y, a veces, la de lo que uno puede llegar a ser.

Rethalion se detuvo frente a la piedra circular y apoyó una mano sobre su superficie helada. El cristal vibró, como si reconociera su contacto, y las runas comenzaron a encenderse una a una con un resplandor azulado.

—Cada Protector, cada dios, cada paso que marcó la historia de Aeloria dejó aquí una huella. El hielo lo escucha todo, lo guarda todo, y lo revela cuando el mundo lo necesita.

Se inclinó un poco hacia la superficie, casi como si hablara con ella.

—Funciona con energía espiritual. No responde a la curiosidad, sino a lo que sois. La piedra no os mostrará aquello que queráis ver, sino lo que debéis enfrentar.

Sus dedos rozaron una de las runas laterales, y el resplandor se intensificó.

—Pero cuidado —añadió bajando la voz—. La memoria del hielo no distingue entre esperanza y miedo. Todo lo que habita en vosotros puede reflejarse aquí.

El silencio volvió a cubrir la sala, como si la piedra aguardara nuestra decisión.

Aidan fue el primero en reaccionar. Dio un paso hacia adelante y se inclinó para observarla.

—Entonces no es la piedra quien decide —murmuró, rozando con los dedos una de las runas sin activarla—. Somos nosotros. Lo que traemos en el alma.

Se incorporó y nos miró a los tres.

—Eso significa que no hay enemigo aquí… salvo nosotros mismos.

Rion se tensó e inspiró hondo. Bajó la mano de la empuñadura de su espada.

Di un paso al frente. El Lumen Astraë vibró contra mi pecho y mis ojos se fijaron en las inscripciones que rodeaban la piedra.

—Si de verdad guarda memorias… —susurré con curiosidad—. Eldara… —alcé inconscientemente la mano y rocé la piedra. Una de las runas se iluminó y me envolvió en una luz cegadora.

Las imágenes llegaron como destellos. Primero, mi infancia. Mi yo pequeña, entre los brazos de mis padres, risas que apenas recordaba. Una voz masculina canturreaba una melodía suave mientras el sol entraba por la ventana, y otra voz femenina, cálida, me llamaba por mi nombre. Era un recuerdo roto, breve, pero tan real que dolía.

Luego, mi abuela. Su risa franca, sus manos ásperas de tanto trabajo acariciando mi cabello. Caminábamos por las calles soleadas de Eldara, deteniéndonos en un café para tomar algo. El aroma del pan tostado, el frescor de un refresco en verano. Después, la playa: la brisa cálida, el agua del mar, y el sol pintando de oro la piel. Cosas simples, cotidianas… pero ahora parecían tesoros irrecuperables.

El recuerdo se quebró de golpe.

La luz se volvió roja, envuelta en una oscuridad que lo devoraba todo.

Me vi a mí misma herida, la piel marcada por la sangre. Rion estaba allí también, herido, luchando por mantenerse en pie.

Frente a nosotros, un hombre vestido de negro, su silueta envuelta en bruma negra y violácea contra la oscuridad se interponía con firmeza, protegiéndome. No pude ver su rostro.

Otro destello. Un copo de nieve brillante flotando en el aire. Una rosa helada, perfecta, suspendida como si respirara vida en medio del hielo.

Y luego, la soledad. Sola en mi cama, con la mirada fija en el techo. El cuarto en penumbra, un vacío que me oprimía el pecho. La tristeza me rodeaba, tanto que hasta en el recuerdo me costaba respirar.

—¡Isil! ¡Isil Despierta! —escuché como alguien me llamaba—. ¡Isil!

La luz se apagó de golpe. El contacto con la piedra se rompió, y el frío de la sala caló en mi piel. Mi mano temblaba aún sobre la superficie helada.

—Isil —la voz de Rion fue la primera en alcanzarme. Estaba a mi lado, su mano sujetando mi brazo como si temiera que fuera a caerme. Su otro brazo rodeándome la cintura para mantenerme de pie. Sus ojos ardían de preocupación.

—Estoy bien… —mentí, con la voz apenas audible.

Aidan se quedó un paso por detrás, observándome. Sus ojos parecían analizar cada detalle, como si tratara de comprender qué había visto.

—El hielo te mostró más de lo que esperabas —dijo.

Rion me seguía agarrando de la cintura. Seguramente había notado la poca fuerza que tenía después de la visión.

—Sea lo que sea, no tienes por qué enfrentarlo sola —murmuró Rion con brusquedad, aunque en su voz se colaba la preocupación.

Aidan lo miró de reojo, ladeando la cabeza.

—La memoria no hiere, Rion. Solo recuerda. Somos nosotros los que no sabemos mirar sin sangrar.

Respiré profundamente un par de veces para recomponerme, pero fui incapaz de explicarles lo que había visto. Las imágenes seguían pasando por mi mente.

Solo una de ellas se abrió paso hasta mis labios.

—Ese copo de nieve… y la rosa de hielo —murmuré al fin, con la voz insegura—. ¿Qué significan?

Rethalion alzó la vista hacia mí, por primera vez sus ojos parecieron más cercanos que distantes.

—Son los símbolos de Nivaryn —respondió con solemnidad—. No los muestra a cualquiera.

Rion levantó una ceja, claramente intrigado, mientras Aidan ladeaba la cabeza, expectante.

—¿Nivaryn? —pregunté.

—La Protectora del Hielo —dijo Rethalion. La sala pareció enfriarse aún más con la sola mención de su nombre.

Guardó un instante de silencio antes de continuar.

—No la hallaréis en ciudades ni en palacios. Su morada está más allá de Forsthelm.

—Entonces dime, Rethalion. ¿Dónde debemos buscarla? —preguntó Aidan con calma.

—En el Santuario de Nyr —respondió despacio—. En las montañas al norte. Será difícil de encontrar para cualquiera que no haya sido marcado por el hielo. No hay mapas ni rutas que lo señalen.

Aidan ladeó la cabeza, como si confirmara algo que ya intuía.

—Oculto… —murmuró.

Rethalion asintió.

—Cuando el viento se detenga, cuando hasta el fuego parezca extinguirse, entonces sabréis que estáis cerca, el hielo mismo lo revelará.

Con un gesto lento, metió la mano en el interior de su túnica y la sacó cerrada en un puño. Cuando abrió los dedos, la luz de la sala se reflejó en lo que sostenía.

No era una brújula común. Un disco plano de cristal reposaba en su palma, atravesado por delicadas filigranas plateadas que giraban solas. En el centro, una aguja de hielo suspendida sin tocar la superficie vibraba con suavidad, emitiendo un destello tenue.

El sabio sostuvo la brújula con ambas manos. Dio unos pasos hacia mí y me la ofreció.

—No os guiará hacia el norte —dijo precavido—. Ni al sur, ni al este, ni al oeste. Os conducirá allí donde el hielo vibre… y donde vuestro destino os reclame.

La brújula era liviana. La aguja de hielo vibró al contacto.

—¿Y cómo sabré que vamos en la dirección correcta? —pregunté, con un hilo de voz.

Rethalion alzó una ceja.

—Porque ella ya os estará esperando —respondió con la certeza de quien no necesitaba pruebas.

Rion dio un paso al frente sin apartar la mirada del extraño mecanismo. Su desconfianza era palpable. En ese instante, bajo mi capa, el Lumen Astraë brilló, como si confirmara lo que acababa de decir el sabio.

Aidan dejó escapar una sonrisa leve:

—Me gusta este lugar —comentó el Protector del Viento—. Da respuestas… pero sin robarnos el misterio del todo.

Rethalion lo observó con sus ojos penetrantes y asintió despacio.

—El misterio… es parte del camino.

Miré la brújula en mi mano. En su interior, la aguja giró despacio, precisa, hasta quedar apuntando hacia lo profundo del norte. La aguja de hielo seguía vibrando suavemente.

El Sabio permanecía en el centro de la cámara, envuelto por el reflejo de las runas que palpitaban con una luz helada.

—¿Alguna otra advertencia críptica antes de que nos perdamos en el camino? —preguntó Aidan moviendo su mano en el aire.

Rethalion sonrió ante la osadía de ese Vaelinar.

—Recordad: lo que se olvida no siempre muere. Y lo que duerme… puede estar esperando su propio despertar.

Las palabras de Rethalion no me dieron miedo, pero tampoco consuelo. No sabía qué nos aguardaba más allá de Forsthelm, ni cuánto de lo que había visto me pertenecía de verdad. Solo supe, con una claridad incómoda, que ya no caminábamos sin rumbo.

—No dudéis de las señales, incluso si parecen pequeñas.

Rion asintió en silencio. Lo vi con la mirada fija en las paredes de la cámara, como si intentara descubrir alguna otra verdad antes de marcharnos.

Apreté la brújula contra mi pecho.

—Gracias —dije con honestidad.

Rethalion inclinó la cabeza.

—No me deis las gracias a mí. Dádsela al hielo, él decidió hablaros.

El camino de regreso se me hizo más corto, o quizá era la brújula. La posada estaba tranquila; el fuego chisporroteaba en su rincón habitual. Una mujer de cabello blanco nos sirvió pan de avena, sopa humeante de raíces y una infusión especiada que olía a anís.

Me senté en el banco más cercano a la chimenea, con las piernas cruzadas y la brújula aún entre los dedos. Rion se acomodó a mi lado en silencio, vigilando cada cambio en mi expresión como si pudiera descifrar mis pensamientos solo con mirarme.

Aidan, en cambio, no tardó en levantarse.

—Me ausento un momento. —anunció, atándose la capa con un gesto casi dramático—. Voy a reunir provisiones. Y puede que alguna otra sorpresa. El hielo es muy exigente con los pies… y con la moda.

—No tardes —dijo Rion, sin levantar la voz.

—Oh, no —replicó Aidan, saliendo por la puerta—. Volveré antes de que la sopa se enfríe o alguien se atreva a llamarme imprudente.

Cuando volvió, lo hizo con las botas cubiertas de escarcha y una sonrisa triunfal.

—¡He vuelto! —exclamó—. Con víveres, ropa térmica, ungüento para evitar ampollas, calcetines mágicos que probablemente no hagan nada… —añadió mientras iba colocando todo sobre la mesa —. Y algo más.

Sacó un pequeño bolso de tela blanca, y fue dejando su contenido sobre la mesa: una cajita en la que dentro había frascos de ungüento, calcetines gruesos, ropa de abrigo y finalmente, un

conjunto de guantes, bufanda y una diadema fina de acero plateado, trabajada con gran delicadeza.

—Esto es para ti —dijo, mirándome con una suavidad que no esperaba—. El viaje será largo, y suponía que te gustaría tener algo que no fuera solo… útil.

Tomé el conjunto entre mis manos, conteniendo la emoción que me apretaba el pecho.

—Es precioso —susurré.

Era fina, de acero plateado, fría al tacto. Su diseño sencillo tenía un relieve leve, casi como espinas suavizadas, que se clavaban en mis dedos al sostenerla. No lastimaba, pero se sentía firme, hecha para quedarse en su sitio sin moverse.

—Lo vi y pensé: eso parece de alguien que baila entre estrellas.

Reí bajito, casi un suspiro, pero real.

Rion observaba desde la esquina y apenas hizo un gesto cuando Aidan le entregó también un pequeño paquete con ropa.

—Práctico —fue todo lo que dijo, encogiéndose de hombros.

El crujido del fuego en la chimenea y el golpeteo del viento contra los postigos de madera. Afuera, la nieve seguía cayendo en espesos copos que parecían querer sellar las calles.

—No podemos quedarnos demasiado —dijo Rion de golpe, con ese tono seco, como si hubiera estado guardando la frase desde hacía rato—. El norte no va a esperarnos.

Levanté la vista hacia él.

—Hablas de Forsthelm.

—De más allá de Forsthelm —corrigió Aidan, inclinándose sobre la mesa. Su voz no perdió ligereza, pero tampoco dulcificó lo que decía —. Si lo que el mapa marcó es cierto, no tenemos margen para entretenernos.

Rion apoyó los codos en la mesa.

—Desde Valdrim, cruzando las montañas, tardaremos días. Y el camino no será amable.

—¿Cuándo lo ha sido? —replicó Aidan, encogiéndose de hombros —. Prefiero hielo bajo mis botas que quedarnos quietos y darle ventaja a lo que sea que anda despertando.

Los observé a ambos en silencio.

—Entonces mañana al alba —interrumpí con una seguridad que sorprendió incluso a Rion.

Me miró de reojo, como midiendo si hablaba en serio. Después asintió, breve, sin discutir.

—Mañana. Hacia el norte.

CAPÍTULO 29
ISIL

La habitación estaba bañada por la luz de la luna que se filtraba por el ventanal y se derramaba sobre las paredes. Los reflejos parecían moverse con calma. Me detuve frente al espejo que colgaba junto al arcón de madera clara. El marco estaba tallado en algún tipo de metal plateado y cristal. Me acerqué despacio, observé el reflejo.

La trenza suelta caía sobre mi hombro. La mirada seguía siendo la misma, la de la niña que escuchaba cuentos al borde de la cama.

—Abuela… —susurré con un nudo en la garganta—. ¿Me verías ahora y me reconocerías?

—He cruzado nieves y ruinas. He visto cosas que nunca imaginé posibles, y aun así sigo sin saber si estoy más cerca de la verdad o más perdida que nunca —dije.

Apoyé los dedos en la superficie, estaba helada. Fue entonces cuando recordé y abrí la bolsa lateral que llevaba anudada al nuevo cinturón de viaje.

La brújula.

La saqué con cuidado y la aguja comenzó a girar muy despacio, sin señalar un lugar concreto.

—¿Qué me quieres decir…? —pregunté.

La aguja de la brújula siguió inmóvil.

RION

Valdrim – Posada. Terraza exterior

Me quedé apoyado en uno de los pilares, con la espalda contra la piedra fría. En una mano sostenía una jarra de cerveza que ya no estaba del todo llena. Aidan había insistido en que entrara, en que me sentara junto al fuego y bebiera como si el calor pudiera arreglar algo. No me apetecía. No ahora. No con la cabeza así.

Di un sorbo corto. La cerveza estaba amarga. El líquido me bajó por la garganta sin dejar rastro de alivio. Afuera el aire mordía, y lo agradecí. Prefería ese frío que te mantiene despierto al calor que adormece y te obliga a pensar de más.

Apoyé la jarra contra el pilar y dejé que mis dedos se entumecieran un poco alrededor del asa. Si los soltaba, caería al suelo y se rompería. Todo era así últimamente: cosas que parecían firmes hasta que dejabas de sujetarlas.

Le di otro trago, más largo. No bebía para olvidar. Bebía para ocupar las manos, para no llevarlas donde no debía. El viento me trajo el olor de la nieve y el rumor lejano de la ciudad dormida. Valdrim seguía ahí, intacta, como si nada fuera a cambiar al amanecer.

Me quedé allí, en silencio, esperando a que el frío hiciera su trabajo y me devolviera algo parecido a claridad.

Entonces la vi.

Isil cruzaba el pasillo con su capa. La tela se movía un poco con cada paso y el reflejo de las antorchas le marcaba el rostro.

Se detuvo al verme.

—Deberías estar dentro —dije, rompiendo el silencio—

—Tú también. —respondió, acercándose despacio.

No añadí nada. Ella se puso a mi lado, mirando hacia la nieve que cubría el valle. Estuvimos un rato sin hablar, escuchando solo el viento.

—Mañana partimos —dijo al fin, sin apartar la vista del horizonte —. Quiero que quede grabado este momento.

Asentí, sin mirarla.

—No volverá a ser igual cuando regresemos.

Ella se giró un poco hacia mí.

— ¿Lo dices por nosotros o por la ciudad?

No contesté de inmediato. Inspiré hondo, dejando que el aire frío me aclarara la cabeza.

—Me preocupa todo lo que no podemos controlar. Pero lo que sí, lo haremos bien.

Ella me sostuvo la mirada. No había sonrisas, ni frases bonitas. Me acerqué y ella dio un paso hacia atrás.

—Rion… yo…—añadió, más seca de lo habitual.

No lo pensé demasiado. Le agarré la mano antes de que se apartara. Sus dedos temblaron bajo los míos, y en sus ojos vi un destello de miedo, casi una súplica de que no confundiera las cosas.

—No tienes que… —empezó, intentando soltarse.

—No es lo que piensas —la interrumpí, firme—. No busco nada que no quieras dar.

Se quedó quieta. Me sostuvo la mirada con esa mezcla de desconfianza y vulnerabilidad que la hacía parecer más fuerte de lo que admitía.

—Entonces suéltame.

Aflojé los dedos. No del todo. Lo justo para que supiera que podía irse si quería.

—Si lo hago, prométeme algo. —acerqué mi mano a su mejilla y con un pequeño tirón la acerqué más a mí.

Frunció el ceño, confundida.

—¿Qué? —preguntó, la voz tensa. El calor de su cuerpo, su respiración tan cerca… noté cómo se ponía nerviosa.

Incliné la cabeza, y le susurré al oído.

—Que, aunque no confíes en mí del todo… no vas a ir sola. Ni en esto, ni en lo que venga.

La solté al instante, aunque el gesto me pesó como si dejara escapar algo valioso.

Isil retrocedió varios pasos.

—No me gusta cómo te mira —solté incapaz de mantenerme callado.

—¿Aidan? —preguntó sorprendida alzando las cejas.

Suspiré conteniendo el nudo que se había formado en mi pecho.

—Tampoco me gusta cómo tú lo miras. —añadí entre dientes.

Vi como su mirada se paralizaba. Y entonces le salió la respuesta más cruda de todas.

—No eres nadie para decirme nada. —replicó seria—. No después de esquivarme con esa actitud, de esconderte detrás de silencios sin decir nada.

No respondí al instante.

Porque tenía razón.

Porque cada palabra suya encajaba donde más dolía. Sentí el impulso de negarlo, de endurecer la mandíbula y soltar alguna frase seca que cerrara el tema. Pero no salió.

Isil respiró hondo se giró dándome la espalda y retomó el paso.

Antes de perderse entre los pasillos de piedra, se detuvo.

—No me sigas —dijo sin volverse

.

CAPÍTULO 30
ISIL

El Valle de Valdrim parecía contener el aliento, como si aguardara algo que aún no se atrevía a mostrar esa mañana.

Apreté con firmeza la capa sobre mis hombros. La lana, pesada y cálida, olía todavía al telar, el bordado azul en los bordes recordaba discretos símbolos antiguos. Entre mis manos, envuelta en una tela, palpé la brújula. Salí de la habitación y me crucé con Rion en el pasillo, saliendo también de la suya.

—¿Lo tienes todo? —preguntó desde el umbral de la puerta, la espada asegurada en la vaina. El hierro brillaba como si lo hubiese repasado antes de hablar.

—Todo —respondí, aun sabiendo que era una mentira a medias. Uno nunca parte con todo.

El crujir de la madera anunció a Aidan. Bajó con la capa entreabierta, el cabello desordenado y una manzana mordida en la mano.

—No pongáis gesto de entierro —dijo con una media sonrisa—. No es una despedida, solo un nuevo camino.

Rion lo miró de soslayo.

—Tú nunca fuiste bueno en las despedidas.

—Ni en madrugar —replicó Aidan, encogiéndose de hombros—. Y, sin embargo, aquí me tenéis.

Descendimos al vestíbulo. El calor de la lumbre resistía en la chimenea, y sobre el mostrador aguardaba la posadera.

—No acepto pago —dijo, al ver que buscaba algunas monedas en la alforja—. Pero sí promesas.

—¿Qué clase de promesa? —pregunté al fin.

La mujer me sostuvo la mirada. Sus ojos, de un gris claro casi traslúcido, parecían guardar tantas memorias como el hielo mismo.

—Si regresáis, contadme algo que el hielo no sepa —respondió; y no lo dijo como una petición, sino como un deber.

Por un instante sentí el peso de aquellas palabras. El hielo lo recordaba todo, lo guardaba todo…, y, aun así, ella me pedía traerle algo nuevo. Un fragmento de vida que escapara a esa memoria infinita.

Sonreí despacio, con un nudo en la garganta.

—Trato hecho.

La posadera inclinó la cabeza, satisfecha.

—Entonces llevad lo necesario. No será mucho, pero os recordará que aún hay calor en este mundo.

Valdrim quedó atrás como un recuerdo pulido, hermoso. Con cada paso hacia el norte, el silencio se volvía más real.

Las montañas se sucedían una tras otra, cubiertas de nieve intacta, sin rastro aún de bosques cerrados. El paisaje se abría, amplio, expuesto, como si el mundo se hubiera quedado sin refugios.

Aidan marcaba el ritmo de las monturas. Avanzábamos rápido; quería ganar terreno mientras el día lo permitiera. Había dicho que serían cuatro jornadas hasta el destino, y nadie lo discutió.

Después de varias horas cabalgando, Aidan dejó de cantar y se paró.

—Quietos —dijo Aidan.

Una luz blanca nos envolvió de inmediato, borrando contornos y endureciendo las sombras.

La brújula comenzó a girar, despacio pero firme.

Se empezó a vislumbrar un arco gigante con puertas.

—No puede ser...—susurró el Protector del Viento incrédulo.

—¿Qué es este lugar? —pregunté con la brújula en la mano.

—El Umbral del Olvido Helado —respondió Aidan asombrado—.

Los textos del viento lo nombran... Como el juicio del alma.

Me giré hacia él, curiosa y temerosa:

—¿Juicio del Alma?

—No basta con atravesarlo físicamente. Aquí no se trata de avanzar con nuestro cuerpo, se trata de cruzar con el alma. Y dejar algo atrás.

—¿Dejar algo atrás? —soltó Rion.

Aidan lo miró con una expresión que, por un instante, fue más antigua que su rostro.

—No aparece porque sí. Solo se muestra a los viajeros que necesitan aceptar o desprenderse de algo. Solo saldremos de aquí cuando lo superemos. Uno a Uno.

—¿Y si no lo superamos?

—Bueno, más nos vale que sí. —dijo en un tono más liviano y bajando de Narel.

Bajamos también de los Vaelryth y soltamos sus riendas.

—Veamos qué es lo que tenemos que afrontar. —dijo Rion enderezando su espalda con la mano en la empuñadura. Nos miró y comenzó a caminar hacia el arco.

—Recuerda Isil, la luz también tiene sombras. Es un aprendizaje —dijo Aidan girándose hacia mí.

Asentí sin responder, mirando al frente viendo como Rion se adelantaba.

—Vamos —dijo Aidan señalando con la barbilla a Rion, que iba un par de pasos por delante.

Cuanto más nos acercábamos, más evidente resultaba que el entorno no ofrecía referencias claras. Mirase donde mirase, el paisaje era uniforme. No había un punto que sirviera de orientación.

Llegamos hasta el arco que se alzaba con un portón de doble puerta y nos detuvimos. Nadie habló. Rion dio un paso al frente, apoyó las manos en las puertas y empujó.

Las puertas cedieron, sin resistencia. No hubo ruido.

Dimos un paso al interior.

Al cruzar el umbral, sentí un mareo brusco. Como si el aire se hubiera vuelto insuficiente de repente. Intenté inspirar hondo, pero el cuerpo no respondió como debía.

La vista se me nubló.

Las formas del entorno perdieron definición. Un zumbido sordo en mis oídos, constante, cada vez más intenso. Di un paso más por inercia, pero las piernas no sostuvieron el peso.

No sentí la caída. El cuerpo se apagó antes de tocar el suelo.

Desperté con una inspiración brusca.

El pecho me dolía levemente, como si hubiese contenido la respiración demasiado tiempo. Tardé unos segundos en poder moverme. La cabeza me pesaba, y al abrir los ojos la luz me obligó a cerrarlos de nuevo.

Parpadeé varias veces hasta conseguir enfocar.

Estaba tumbada. El suelo era firme y frío bajo la palma de mi mano. No había voces. Ningún movimiento cerca.

Me incorporé despacio, apoyándome en un codo.

Rion no estaba.

Aidan tampoco.

El arco había desaparecido, igual que la puerta por la que habíamos entrado. Ante mí, solo había un espacio cerrado y silencioso, que parecía aguardarme.

Me quedé sentada un momento, respirando hondo, comprobando que el cuerpo respondía.

—Lor'Astraë… —Un susurro empezó a extenderse, cada vez más cercano. El Lumen Astraë brilló y se apagó, me llevé las manos al pecho.

—Lor'Astraë… —susurré—. ¿Por qué me llama así? —Hubo algo inquietante en ese nombre, como si ya lo hubiera escuchado antes.

De un momento a otro, un destello y el espacio se disolvió. Cuando volví a sentir el suelo bajo mis pies, ya no estaba allí.

Miré a mi alrededor, todo me era familiar.

La casa de la abuela.

Estaba igual que la última vez que la vi.

La casa de mi abuela era estilo victoriano, reformada sin perder su alma. Con techos elevados y ventanas grandes por donde entraba

una luz suave, siempre tranquila. La madera crujía al andar, olía a lavanda y a hogar.
Una ráfaga de aire fresco recorrió la estancia, cargada de ese mismo aroma; me giré despacio, casi con miedo de romper el momento.

Y la vi.

De pie junto a la ventana, el cabello blanco cayendo sobre sus hombros, las manos trémulas sosteniendo el colgante. Sus ojos me miraban con esa paciencia infinita que siempre había tenido, aunque esta vez estaban llenos de espera.

Mi abuela.

Di un paso hacia ella, incapaz de creerlo. El corazón me golpeaba con fuerza, como si temiera que aquello desapareciera.

—Estoy orgullosa de ti cariño—dijo agarrándome las manos, con esa voz dulce y sabia— Haz lo que tengas que hacer. Confía en ti, en tu corazón.

Sonrió.

—Eres luz.

El dolor me atravesó de golpe, limpio, brutal, como si me arrancaran algo del pecho.

—No quiero perderte —murmuré, incapaz de contener las lágrimas.

Su figura inclinó la cabeza. La voz me llegó suave, cálida y cruel al mismo tiempo:

—Ya me perdiste, niña. Lo que debes decidir es si seguirás reteniendo mi ausencia… o permitirás que florezca tu camino sin mi sombra.

El viento frío me rodeó y me abrazó como si quisiera sostenerme.

Bajé la cabeza dejando escapar el aire despacio y recobrando la lucidez; estaba en el Umbral. Pero lo que me había dicho, tenía razón.

Sus palabras no habían sido crueles, solo la realidad. La carga que llevaba no se aligeraría con el tiempo ni se disolvería en el olvido.

El viento pareció aquietarse, como si aguardara mi decisión.

No podía seguir arrastrando aquello que me retenía. Hay caminos que solo se abren cuando uno deja atrás lo que ya no puede acompañarlo.

Enderecé la espalda. Ella seguía allí frente a mí, a pocos pasos. Su presencia era calma, hogar, todo aquello que había sido antes de que la vida siguiera su curso.

Di un paso hacia ella, y cuando ya no pude sostener la distancia.

La abracé.

Ella me rodeó con los brazos, firme.

Rion caminaba en silencio y, en sus oídos, solo había una voz.

La de su madre cantando una canción.

Una voz melodiosa y suave. La recordaba cantando mientras removía una olla, mientras remendaba la ropa con una sonrisa.

Siempre sonreía.

La vio junto al fuego. El cabello negro y ondulado recogido con cuidado. Las manos, aunque cansadas, siempre limpias y cuidadas.

Recordó el olor de la comida. Pan duro convertido en algo mejor. Caldo aguado que sabía a hogar. Platos sencillos que, sin saber cómo, siempre parecían suficientes.

Ella cantaba, incluso cuando no había casi nada para llevarse a la boca.

Recordó días en los que la canción se detenía solo un instante. No porque ella llorara, sino porque miraba al vacío, como si le faltara el aire. Luego volvía a cantar, un poco más bajo, pero con la misma sonrisa.

Rion pensó durante años que no se daba cuenta. Que no veía cómo él apartaba el plato. Cómo decía que no tenía hambre y bebía agua para engañar al estómago mientras sus hermanos comían.

Creyó que ella no lo sabía, que su sacrificio había pasado desapercibido.

El Umbral le devolvió un recuerdo distinto. Una noche en la que fingía dormir, la manta ajustándose sobre su pecho, la voz de su madre cantando en voz baja junto a la cama.

Entonces lo entendió. La canción no era para calmar a los demás. Era para él.

Ella siempre supo lo que hacía. Y nunca se lo reprochó, nunca lo detuvo, porque hacerlo habría significado aceptar que su hijo cargaba con más de lo que le correspondía. El peso de esa verdad tardía le cerró el pecho. No había huido de casa al aceptar aquellos trabajos. Había seguido el único ejemplo que conocía: amar sin hacer ruido. Rion cerró los ojos, dejando que el recuerdo terminara de asentarse.

—Gracias —susurró.

La escarcha se abrió.

*

Cuando Aidan emergió del otro lado, tenía los ojos húmedos. Nadie preguntó. Cada uno llevaba lo suyo.

El aire era diferente allí, más limpio y puro.

La brújula en mi mano vibró de golpe, fuerte, con la fuerza de algo que llevaba demasiado esperando. Era como si al fin pudiera exhalar, como si el hielo mismo reconociera que había dado el paso.

—Por fin —murmuré con la voz aún temblorosa, parecía un hilo que se quebraba en mis labios.

Rion, a mi lado, asintió en silencio. No había ironía en su gesto ni dureza en su mirada. Solo la certeza de alguien que sabía lo que significaba.

—Hemos dejado parte de nosotros detrás —respondió, con un tono más grave del habitual.

Volví la vista atrás. El Umbral del Olvido Helado quedaba a nuestra espalda, intacto, sin cicatrices en la piedra.

Pero yo sí las tenía. No en la piel, sino en el alma.

Aidan se adelantó unos pasos y giró hacia nosotros, apoyándose contra la roca helada como si el frío no le afectara. En su rostro no había burla, solo esa calma antigua que a veces se colaba en su voz.

—Así funciona —dijo, entrelazando las manos tras la espalda—. El hielo no pide sangre, pide verdad. Y la verdad… siempre pesa menos cuando se comparte con él.

Lo miré, todavía con lágrimas frescas en los ojos.

—¿Y si lo que dejamos atrás era lo último que nos mantenía de pie?

Aidan sonrió apenas, una sonrisa cansada pero sincera.

—Entonces descubrirás que nunca fue lo que te sostenía… sino lo que te ataba.

La noche llegó sin estrellas. No era oscuridad lo que nos rodeaba.

Después del Umbral, el paisaje se había vuelto más nítido, también más extraño. Como si los límites del mundo se hubieran desdibujado por completo. A lo lejos, entre riscos tallados por el viento y cristales naturales que crecían desde el suelo como lanzas de hielo, lo vieron.

Incrustada en una pared de montaña, en su centro… una puerta. Una puerta sellada.

CAPÍTULO 31
ISIL

La puerta no era de madera, ni de piedra, ni de metal. Era hielo antiguo, compacto, como si el tiempo se hubiera encerrado en sí mismo. Los bordes de la entrada estaban tallados con símbolos antiguos, parcialmente borrados por siglos de escarcha y silencio. En el centro de la puerta, sobre la superficie, grabado con una precisión sagrada:

Una estrella de seis puntas.

Me detuve en seco, el corazón acelerado.

—La estrella… ¿Esto es… un refugio? —pregunté curiosa.

Aidan caminó despacio hacia la puerta, los dedos rozando el aire helado como si pudiera leerlo.

—No. Esto es más que un refugio —dijo sin apartar la vista de la estrella.

Rion se colocó a mi lado, la mano ya en el mango de su espada.

—¿Entonces qué es?

—Un antiguo templo.

Un soplo de viento se alzó de pronto, fuerte. Aidan ladeó la cabeza, como si escuchara un secreto que ninguno más podía oír.

Di un paso hacia delante. La estrella grabada parecía llamarme, y el Lumen Astraë brilló.

—¿Puedo tocarla? —pregunté atraída por la puerta y sin apartar la vista del grabado.

—No sé si deberías —murmuró Rion con la tensión clavada en su voz.

—Ya lo está haciendo —susurró Aidan, observándome con la serenidad de alguien que conoce el desenlace antes de que ocurra.

El frío me quemaba los dedos mientras extendía la mano. Cuando mi palma rozó el centro de la estrella, el mundo cambió.

Abrí los ojos de golpe. El hielo bajo mis dedos temblaba. El símbolo de la estrella brilló por un instante.

No se abrió.

—¿Qué has visto? —preguntó Aidan, sin levantar la voz.

—Ella —susurré sin apartar la mano de la pared de hielo—. Me ha visto también.

La puerta no se movió, pero las runas que la rodeaban seguían palpitando ahora con una luz azulada, leve, como si se hubieran despertado tras siglos de sueño.

—¿Y sabes cómo abrirla? —dijo Rion.

Cerré los ojos nuevamente para ver si podía ver otra vez. El frío de la estrella atravesaba mi piel, era como si respirara conmigo, como si cada inhalación mía fuese también la suya. Escuché el viento. Escuché mi propia respiración, temblorosa.

Pero nada, no se abrió. Con esa decepción empecé a bajar la mano de la pared y en ese instante la estrella brilló. Su fulgor no fue un destello violento, sino una luz que se expandió como agua clara sobre la piedra, suave, palpitante. Volví a empujar la puerta para ver si se abría y otra vez ese sentimiento de decepción. Agaché la cabeza y la apoyé en la puerta; no sabía realmente lo que estaba haciendo. Qué estaba haciendo en ese mundo.

Aidan, que llevaba todo ese tiempo observándome, dejó escapar un suspiro y me sacó de mis pensamientos. Dijo con calma:

—No importa. Aquí pasaremos la noche.

Abrí los ojos. Mis dedos seguían apoyados en el centro del grabado, como si no pudiera retirarlos sin romper algo que había comenzado a despertar.

—¿Crees que podamos abrirla? —pregunté con una pizca de entusiasmo.

Aidan inclinó la cabeza. El brillo de la estrella se reflejaba en sus pupilas, dándole un aire casi irreal.

—Tal vez no hoy —respondió—. Pero la estrella ya te respondió.

—¿Ves las runas? —me preguntó Aidan, señalando los bordes. —Son runas de protección. Este lugar fue sellado. No se abre a la

fuerza. Se abre con memoria.

A unos diez pasos de la puerta, había una pequeña formación semicircular de piedras talladas, cubiertas de musgo helado. En el centro, piedras posicionadas circularmente como si fuese una antigua fogata.

Encendimos el fuego. El calor se expandió lentamente, como si el lugar hubiera esperado siglos por una llama.

Me senté con la espalda contra la puerta. Aidan tarareaba en voz baja mirando las estrellas y escuchando al viento. Rion se mantuvo en silencio, cocinando.

La puerta se mantenía cerrada detrás mío.

El fuego crepitaba, contenido por el círculo de piedras talladas. Me levanté y me senté más cerca del fuego y de mis compañeros. Cada uno con una manta sobre los hombros, una pequeña ración de pan tostado y un cuenco con un guiso que había preparado Rion. No era como el desayuno de la posada de ayer… pero no me podía quejar, también teníamos algo de queso y fruta.

Durante un rato, nadie habló.

Solo el viento silbaba afuera, acariciando la gran puerta helada con la lentitud de quien no tiene prisa en ser respondido.

Miré la brújula.

—¿Por qué no vibró antes? —pregunté susurrando, más para mí que para ellos—. Háblanos de tu tierra, Aidan. ¿Cómo es Aelinthar?

Él alzó las cejas, sorprendido.

—¿Ahora te interesa?

—Estamos en una montaña nevada sin tener un rumbo claro y comiendo enfrente de una puerta con una estrella que no se quiere abrir, así que habla. Creo que es un buen momento.

Rion no dijo nada, pero su atención también se giró hacia Aidan, quien estiró las piernas y dejó la mirada caer en el fuego.

—Aelinthar… —empezó, más despacio de lo habitual—. Es viento, primero. Viento por todas partes. Pero no como aquí. Allá, el viento trae colores. Voces. Fragmentos de cosas que no siempre entiendes, pero que igual te tocan. Aelinthar… —repitió, como saboreando el nombre—. Algunos lo llaman el reino del viento. Yo prefiero decir

que es el reino del susurro. Las montañas que hay por todo el reino, los prados, valles y bosques, hasta dunas.

Sus ojos se iluminaron con un brillo distante.

—Tenemos la ciudad Oasis Liris al norte, con un lago tan claro que refleja las estrellas, aunque no haya luna. Quien bebe de él, dicen, sueña con cosas que aún no han sucedido. No sé si será verdad… pero he visto demasiados rostros despertar de allí con lágrimas de esperanza.

Una sonrisa leve le curvó los labios, casi nostálgica.

—Y están las Águilas de las Cumbres. No son nuestras. Nunca lo fueron. Son libres. Vuelan donde quieren, se posan dónde quieren. Pero a veces descienden y permiten que volemos con ellas. Se dice que cuando un águila baja de las alturas y te elige para volar con ella, es porque tu alma es pura.

El silencio que siguió fue respetuoso, casi reverente.

Aidan bajó un poco la voz.

—Las torres cantan con los amaneceres. Las montañas susurran secretos antiguos —Sonrió, bajando la voz—. Y si caminas por los valles del oeste durante la noche, puedes escuchar las plegarias de quienes ya no están… llevadas por el viento.

Lo contemplé fascinada.

Rion observaba en silencio, pero sus ojos estaban fijos en él.

Sus ojos se entrecerraron pensativos y continuó:

—¿Y tú, Rion? —pregunté—. ¿Qué recuerdas tú?

Él se removió un poco. Su voz, cuando llegó, fue baja, sin adornos.

—Mi familia… —hizo una pausa y continuó— El Mercado principal. El olor de sus calles, la comida.

Los miré emocionada, comprendiendo sus sentimientos. Era lo mismo que yo sentía por Eldara.

El silencio regresó, más limpio. El fuego de la hoguera comenzaba a extinguirse y, frente a nosotros, la puerta de hielo seguía cerrada, inmóvil… pero no inerte. La estrella grabada en su centro emitió un leve resplandor, casi imperceptible.

No estábamos más cerca de encontrar a Nivaryn. Pero el Umbral no nos había rechazado, y la puerta no dormía.

El campamento, oculto tras una formación de hielo natural, permanecía en silencio.

Aidan dormía, envuelto en su capa de viaje, con el rostro medio cubierto y una mano sobre el pecho.

No podía dormir. Estaba sentada cerca del fuego, la mirada perdida en la danza de las llamas.

Rion estaba sentado con la espalda apoyada en uno de los laterales de la puerta de la Estrella, tallando un trozo de madera con el cuchillo, en alerta constante.

Fue entonces cuando la escarcha se alzó sola, como si el viento y el hielo se unieran en una espiral ascendente que tomó forma ante nosotros: una figura de nieve y escarcha envuelta en una luz blanca tenue.

Me incorporé de golpe.

La mano de Rion fue hacia la espada que había dejado a un lado, pero no llegó a empuñarla.

Aidan abrió los ojos sin sobresalto, como si ya la hubiera estado esperando.

La figura habló, su voz no quebró el aire. Fue un susurro que tocó a cada uno dentro.

—No sigáis ciegos a lo que brilla —dijo la figura, y el frío pareció asentarse a nuestro alrededor.

Los tres nos quedamos mirando, inmóviles. Flotó sobre el suelo congelado.

A su alrededor, comenzaron a proyectarse imágenes de luz cristalina.

Una montaña de preciosas cascadas, cielos de colores, árboles que brillan con hojas rosas y azul pastel.

Apreté el colgante, que brillaba débilmente.

—¿Es una trampa?

—Seguid el camino —respondió.

Rion dio un paso adelante.

—¿Por qué guiarnos?

La silueta lo miró con lo que parecía tristeza en sus ojos.

—Porque esta vez no quiero ver el hielo cerrarse sobre lo que aún puede salvarse.

El frío que acompañaba aquel susurro me devolvió un nombre sin que nadie lo pronunciara, Nivaryn.

Aidan frunció el ceño.

—¿Qué debemos hacer?

—Escucha al viento y guía. Donde la vista miente… el viento recuerda. La Cascada de los Engaños, seréis vosotros los que decidiréis. —Dijo mirando fijamente a Aidan.

La figura empezó a deshacerse en cristales suspendidos. Antes de desaparecer por completo, sus ojos se posaron en mí.

—Tú también podrás ver el camino. Solo si aceptas que el hielo también guarda belleza en su dolor.

Los cristales cayeron al suelo como escarcha que se deshacían al tocar la tierra.

Respiré con dificultad.

Rion guardó su arma.

Aidan murmuró:

—Pues sí que sabe aparecer con estilo…

—¿Fue real? —pregunté.

Respiré hondo, el frío aún prendido en mi pecho. Las últimas chispas de escarcha se disolvieron como un suspiro en el aire.

Rion apretó mis manos con firmeza. —Sí, tranquila. Fue real.

Aidan chasqueó su lengua

—Más real de lo que cualquiera de nosotros quisiera admitir —se agachó, recogió entre sus dedos uno de los fragmentos de hielo que quedaban sobre el suelo. Se deshizo al instante, convertido en agua clara. Sus ojos se entornaron, pensativos—. Nos ha mostrado un camino —dijo, alzando la vista hacia la grieta que aguardaba delante.

—¿Entonces qué propones? —dijo Rion frunciendo el ceño.

Aidan se incorporó despacio.

—Lo mismo que nos dijo: escuchar. Donde la vista miente, el viento recuerda. No confiaremos en lo que vean nuestros ojos, sino en lo que el viento nos cuente —dijo—. Y en lo que tú sientas —añadió, mirándome.

Asentí decidida.

Aidan esbozó una media sonrisa feliz y retadora.

—Está bien. Confiemos en el viento, en el Hielo —Rion soltó el aire por la nariz, resignado, pero más tranquilo—. … y en ti, Isil.

Aidan dio un paso al frente, el fuego de la hoguera iluminaba su perfil.

—Mañana al alba partimos. Hoy descansamos. Que el viento nos aguarde.

CAPÍTULO 32
ISIL

El amanecer se deslizó lentamente sobre la llanura de hielo.

La puerta de la estrella de seis puntas seguía cerrada, impenetrable. El silencio no era ya expectante, sino más íntimo, como si la noche hubiese dejado sus secretos esparcidos sobre la nieve.

Fui la primera en levantarme. El aire fresco me limpió los pulmones, y al girar la cabeza, lo vi.

Rion estaba apoyado en el tronco retorcido de un viejo árbol, la espada descansando entre sus manos, la mirada fija en el horizonte. Había vigilado toda la noche.

Lo observé sin que él lo supiera. Y algo en mí se estremeció. Hasta entonces lo había visto solo como un protector, una sombra que debía estar a mi lado por deber. Pero esa madrugada lo vi distinto: firme, callado, con la paciencia de alguien que carga un peso que nunca confiesa. Me obligué a apartar la idea antes de que tomara forma.

Entonces su mirada se clavó en mí, directa, como si hubiera estado esperando que despertara.

Era una mirada cargada de palabras no dichas, como si hubiese pasado la noche entera pensando en qué decirme… y todavía no hubiera encontrado el modo.

Me giré con brusquedad. Sentí el calor subir a mis mejillas; me acerqué a la puerta de la estrella, buscando en sus líneas grabadas una excusa para huir de mis propios pensamientos.

Detrás de mí, la voz grave de Rion rompió el aire helado.

—Hoy nos moveremos —dijo.

No añadí nada.

La puerta fría no respondió, pero una runa cerca del borde vibró levemente. El Lumen Astraë la reconoció y una imagen fugaz cruzó mi mente:

Un campo de estrellas.

Un hombre vestido con armadura plateada y el Lumen Astraë brillando en su pecho.

El primer Portador.

Su voz no se oyó pero un susurro me cruzó como un soplo:

No fui elegido por saber. Fui elegido por sentir lo que otros no soportaban.

Retrocedí tambaleándome, respirando hondo, y entonces lo sentí: una mano firme sujetándome del brazo.

Me giré de golpe, y allí estaba Rion, demasiado cerca, los ojos tensos como si la noche no le hubiera dado descanso.

—Rion… —intenté soltarme, sin conseguirlo al primer intento.

Su voz fue baja, áspera, pero no dura.

—No vuelvas a acercarte sola a esa puerta. No sabemos qué guarda.

—Solo la miraba… —respondí, con un suspiro, evitando su mirada.

—No me importa —interrumpió, sujetándome aún el brazo con firmeza, sin hacerme daño—. No pienso dejar que arriesgues más de lo necesario.

Sentí un cosquilleo extraño recorrerme. Su preocupación no era solo un deber; lo veía en sus ojos, en la forma en que me estudiaba como si buscara alguna grieta en mi calma.

—Rion… —empecé a decir, pero él negó con la cabeza.

—Mientras respire, no dejaré que nada te haga daño.

El Lumen Astraë latió otra vez contra mi pecho, como si respondiera a sus palabras. Me obligué a apartar la mirada, porque sostenerla era demasiado.

—No puedes evitar ciertas cosas, Rion. No podrás estar siempre a mi lado… y lo sé —dije intentando comprenderle.

Su mano se deslizó despacio hasta soltarme. El calor de su agarre permaneció en mi piel mucho después.

Valles de hielo azul se abrían como gargantas dormidas. El sol apenas lograba filtrarse entre las nubes plateadas, pero cada rayo que tocaba el suelo rebotaba en cristales naturales, pintando destellos que danzaban como ilusiones.

El aire se volvía más denso a cada paso, no por el frío sino por la energía que impregnaba cada rincón, como si el mundo entero estuviera conteniendo el aliento, expectante, como si algo oculto aguardara a ser revelado en el siguiente instante.

Rion avanzaba con su caballo al frente, el cuerpo firme, la espada bien sujeta, pero la mente lejos. Desde la visión nocturna que tuvimos con Nivaryn, sabía que algo se había removido en su pecho. Algo que ni el fuego lograba calmar.

Lo seguí unos pasos más atrás, con la brújula en la mano y el colgante palpitando suavemente sobre el pecho. De vez en cuando me giraba para percatarme que Aidan seguía detrás, cerrando la marcha.

Sin aviso, Lýrian tropezó. El mundo se inclinó en un segundo y sentí como las riendas escapaban de mis dedos.

—¡Isil! —la voz de Rion retumbó antes de que pudiera reaccionar.

Su caballo giró con brusquedad y, en un instante apareció a mi lado. Una mano fuerte atrapó mi brazo antes de que pudiera caer por completo. Me enderecé de golpe, jadeando del susto y con el pulso acelerado.

—¿Estás bien? —preguntó Rion con tono de preocupación y con los ojos más abiertos de lo que jamás le había visto.

—Sí, creo que… —mi voz temblaba.

—Tranquila Isil, has caído de lugares más altos —dijo el Protector del Viento alzando la cabeza y señalando el cielo.

Le lancé una mirada, estaba perpleja por lo que acababa de escuchar, pero mi voz no salió. Estaba demasiado consciente de Rion, demasiado consciente de la forma en que aún me sujetaba, como si no pudiera decidir si soltarme o no.

—Rion… —susurré, intentando liberar mi brazo.

Me soltó despacio, con una rigidez en sus manos que delataba lo mucho que había contenido el gesto.

—Mantén la brújula en alto —dijo al fin, como si necesitara refugiarse en la misión para no mostrar lo que sentía—. Que el camino no te sorprenda otra vez.

Aidan se encogió de hombros. Se volvió hacia mí y me susurró:

—Él no lo dice… pero tú ya lo sabes, ¿verdad?

No contesté.

Rion retomó el camino, parecía confuso. Vi cómo apretaba la mandíbula.

Sabía que si me viese caer…, aunque fuera por un paso en falso, su fuego prendería antes incluso de que se diese cuenta.

El sonido del agua. El susurro de un recuerdo antiguo. Ante ellos, entre formaciones de cristal y laderas blanquecinas que caían como pliegues de un manto celestial, La Cascada de los Engaños. La cascada no era una. Eran muchas.

Descendían desde lo alto de un risco alto tapado por nubes, perdiéndose entre vapores plateados y columnas de luz, como si el agua, al rozar el aire helado, hubiera decidido suspenderse en hebras luminosas antes de tocar el suelo.

Cada hebra brillaba con un color distinto: rojos suaves, azules líquidos, verdes que olían a esperanza y dorados. Cada corriente temblaba en una frecuencia distinta, como si cada color fuera una nota de un canto que el mundo ya había olvidado cómo escuchar.

A sus pies, los charcos no eran charcos. Eran espejos. Cóncavos y perfectos.

Sobre los riscos que flanqueaban la caída, crecían árboles sin hojas, cuyas ramas estaban hechas de hielo puro, entre ellas, danzaban motas de luz que parecían pequeñas luciérnagas congeladas en pleno movimiento. El cielo por encima no era gris, era blanco, con azules pasteles y rosas.

Me detuve a escasos pasos de la cortina de agua suspendida. A mi lado, Rion mantenía la mirada en alto, el fuego aún agazapado

bajo su piel, latiendo sin llamas. Aidan, unos pasos más atrás, observaba con una quietud extraña, como si esperara que el viento le susurrara la clave para avanzar.

Me quedé sin aliento. Aquella cascada de luz no parecía real, era como si el cielo hubiera decidido llorar colores.

—Que preciosidad —susurré, incapaz de apartar la vista.

Rion, firme a mi lado, no se dejó arrastrar por la belleza. Su voz fue grave, casi un gruñido:

—La belleza rara vez viene sin precio.

Aidan sonrió con esa calma que le era tan propia, y clavó la mirada en la cortina de agua suspendida:

—Por una vez, estoy de acuerdo con él —murmuró—. Este lugar no nos pide admiración, nos pide respeto.

—¿Y qué propones? —pregunté, mi voz resonando en el aire denso.

Aidan inspiró, cerró los ojos un instante como si escuchara algo que nosotros no podíamos oír.

—No correr. No tocar. Escuchar primero. El viento no habla con prisas, y aquí… el agua tampoco. —contestó el Protector del Viento.

—Nivaryn —Recordé lo que nos había dicho esa figura flotante, aunque sí que parecía una trampa.

—No te preocupes, ella nos ha mandado aquí por alguna razón. —zanjó Aidan.

El Lumen Astraë volvió a vibrar.

En tan solo un instante, una nota pura atravesó el aire; se extendía como un suspiro por todos esos riscos, mientras el sonido se expandía, el agua de las cascadas cambiaba.

Las hebras de colores se curvaron, entrelazándose unas con otras hasta formar figuras breves, fugaces, como espejos que se deshicieran al nacer.

Vi una silueta. Alta, etérea, con el cabello blanco que caía como un río de escarcha. Nivaryn.

Su mano se alzó y giró su palma, de ella se formó una rosa helada que flotaba suspendida en el aire. Sus pétalos cristalinos se deshicieron en copos luminosos.

Las hebras de las aguas de colores se movieron, una visión distinta, una sombra oscura, una guerra de oscuridad se insinuó en los reflejos: ojos rojos, una espiral rota, el eco de Veskar escondido entre los colores.

—¿Lo habéis visto? —susurré, con el pecho encogido.

Rion tensó la mandíbula, la mano apretando la empuñadura de su espada.

—Lo suficiente. Es un engaño. Quiere que confiemos para llevarnos a su terreno.

—O quiere advertirnos —replicó Aidan, el rostro serio por primera vez desde que lo conocía. Su voz era baja, casi reverente—. El viento no miente. Y el hielo tampoco. Solo muestran lo que escuchan y recuerdan.

El sonido desapareció, las luces se deshicieron y la cascada volvió a caer en silencio, como si nada hubiera ocurrido.

Me quedé inmóvil, no eran solo imágenes. Eran… mensajes. Y aunque mi mente lo dudaba, mi corazón lo reconocía: Nivaryn nos había mostrado el camino.

Cuando la visión se disipó, el mundo parecía más claro. El aire olía distinto. La nieve, sonaba bajo sus pasos.

—No ha terminado —murmuré, mirando al cielo blanco.

—No —dijo Aidan.

Rion no dijo nada. Se mantuvo cerca. Demasiado cerca como para ser casual.

A medida que avanzábamos, el paisaje cambió. Los riscos helados descendieron hacia un valle blanco como una página olvidada. Allí, entre la niebla baja, comenzaron a aparecer pequeñas luces. Parecían luciérnagas congeladas, pero no lo eran.

—Flores —murmuró Aidan, arrodillándose junto a una—. De Nerysil.

—¿Cómo han llegado hasta aquí? —pregunté agachándome también.

—No lo sé —dijo Aidan—. Pero no deberían. Estas flores solo crecen donde habita la protectora. Son... parte de ella.

Rion se acercó y se detuvo frente a una de las flores. Sus ojos, aún cargados de algo que no terminaba de decir, se fijaron en los

pétalos translúcidos que parecían hechos de polvo de estrellas.

—¿Solo crecen en el jardín de Nivaryn? —preguntó, sin apartar la vista.

Aidan asintió.

Estiré la mano y toqué una de las flores. Estaba fría… pero no congelada. Era suave como la memoria de una caricia.

La brújula vibró de golpe.

—Está reaccionando —susurré, abriendo la alforja con rapidez.

La aguja giraba, no como antes. Ahora lo hacía con firmeza, apuntando hacia una cortina de niebla azulada.

—¿Qué hay allí? —preguntó Rion, instintivamente bajando la voz.

—Vamos a averiguarlo —respondió Aidan, ya en movimiento.

Avanzaron con cautela.

El camino los condujo por un estrecho paso entre dos formaciones de cristal natural. A medida que se acercaban, la niebla se volvía más densa, y el aire más claro.

Una circulo de piedra sobresalía encajado entre la montaña cubierto por una capa de escarcha y cristales.

—Esto… —comenzó Aidan sin terminar la frase mientras nos acercábamos.

En el centro, seis runas brillaban levemente.

Había una séptima que permanecía incompleta. Como si aún esperara a ser despertada.

—Las runas de los Protectores —dije sorprendida.

Aidan asintió.

—Y esa… —dijo señalando la séptima runa—. Aún no conoce su forma.

Me acerqué muy despacio. Me agaché y extendí la mano rozando la superficie, el Lumen Astraë proyectó una luz blanca desde su centro que se conectó con la piedra.

El viento se arremolinó alrededor y, de pronto, unas runas azuladas empezaron a aparecer en la superficie formando palabras antiguas.

Aidan entrecerró los ojos, inclinándose hacia la inscripción.

—Es… Nyëalir —murmuró con cautela—. Apenas lo recuerdo, pero puedo leerlo.

Las runas heladas terminaron de grabarse sobre la piedra. Aidan frunció el ceño, inclinándose hacia el altar.

—Ny'theral —pronunció.

Fruncí el ceño.

—¿Qué significa?

Aidan pasó los dedos por las runas, como si necesitara convencerse de lo que había leído.

—*Camino velado*. Así se traduce en Nyëalir. Es una palabra antigua.

Me miró con una mirada intensa.

—Pero no me obedece. No soy yo quien debe pronunciarla. Está escrito para ti, Isil.

Me mordí el labio, insegura. Rion dio un paso más cerca situándose detrás de mí como un escudo silencioso.

—Hazlo —dijo con firmeza—. Estoy aquí.

—No tengas miedo —añadió Aidan, con una sonrisa tranquila—. Ya has enfrentado cosas peores que una piedra testaruda. Solo deja que tu voz la reclame.

La garganta se me cerró pero extendí el brazo y acerqué la mano a la piedra. El frío se me pegó a la piel, pero no aparté los dedos. Susurré la palabra:

—Ny'theral.

Las runas se encendieron al instante, primero con un destello azulado, después con una explosión de luz que cubrió todo el círculo. La piedra proyectó un resplandor dibujando un sendero radiante que se extendía más allá de la niebla.

Rion apoyó su mano en mi hombro, firme y protectora.

—Lo lograste.

Aidan asintió satisfecho con el brillo de las runas reflejándose en sus ojos.

—Sabía que era tu voz la que podía abrirlo. Bien hecho, Isil.

El camino de luz se desplegaba frente a nosotros,.

—Nivaryn —susurré, con el pecho ardiendo de esperanza.

CAPÍTULO 33
RHEON

ELARION

En lo alto de la torre norte, donde el viento susurra más fuerte y los mapas antiguos cuelgan como tapices, el Emperador Rheon cenaba solo. El castillo no dormía.

Frente a él, un plato con pan y sopa de carne tierna al fuego lento. Comida sencilla. No por humildad, sino porque el apetito de su majestad llevaba días marchito. La copa de vino giraba entre sus dedos; perdido en sus pensamientos.

Se levantó de la silla y caminó hasta el ventanal abierto. El frío nocturno le rozó el rostro, agradecido. Abajo, Elarion respiraba con su propio ritmo, ajena a lo que se movía bajo la superficie del mundo. Rheon apoyó una mano en la piedra y dejó escapar el aire despacio.

Demasiado silencio. Eso nunca era buena señal.

Las llamas de la chimenea crepitaban a su espalda, proyectando sombras largas que se deslizaban por las cortinas como recuerdos que no terminaban de marcharse.

Su mano fue, casi sin darse cuenta, al colgante que llevaba bajo la túnica. Uno de forma circular con varias circunferencias interiores móviles, con una estrella y una línea diagonal atravesando el centro. Parecía oro, pero manchado, de origen antiguo.

—¿Ya estás tan lejos? —murmuró.

No hubo respuesta, solo el sonido del viento, colándose entre los cristales. Regresó a la mesa, miró el plato intacto una última vez y lo apartó del todo. Finalmente habló en voz baja, como si alguien más lo escuchara desde un lugar lejano.

—No puedo caminar con vosotros… pero si caéis, haré que el mundo tiemble por encontraros.

El eco de sus propias palabras aún no se había disipado cuando la puerta se abrió.

No hubo anuncio ceremonial. No lo necesitaba.

—Majestad.

Rheon no se giró de inmediato. Reconocía esa voz. Grave y sabia, con la urgencia justa para no parecer alarmista. Thaeryn Kaelthôr.

Rheon confiaba en pocos. Y Thaeryn estaba en esa lista precisamente porque no buscaba su favor, ni su cercanía. Solo la verdad, incluso cuando era incómoda.

—Tenemos una visita. —dijo el sabio.

Rheon asintió sin palabras. No necesitaba más explicación.

Se apartó del ventanal y con un movimiento fluido tomó la capa del respaldo de la silla y se la echó sobre los hombros.

—Entonces no la hagamos esperar —dijo.

Cruzaron el pasillo interior y se dirigieron hacia la sala del trono, sin escolta. Por dentro, los guardias seguían en sus posiciones en cada entrada a algún pasillo.

El sabio abrió la puerta detrás del trono y Rheon entró detrás de él.

Bajaron la escalinata de piedra sin hablar. El eco de sus pasos marcaba el ritmo, seco, medido. Rheon conocía ese trayecto de memoria. Aun así, esa noche cada tramo parecía más largo.

Al llegar al primer piso, el espacio se abrió en un vestíbulo amplio, sostenido por arcos de piedra clara. Desde allí partían varios pasillos laterales, la luz era más tenue que en los niveles superiores.

A cada paso, el murmullo lejano del palacio desaparecía, sustituido por una quietud densa que se le asentó en el pecho.

Thaeryn giró a la derecha, hacia el corredor más estrecho, aquel que no llevaba a aposentos ni a despachos. Rheon lo siguió sin

preguntar. Al fondo, las puertas de la Sala de los Sabios aguardaban cerradas.

Las puertas se abrieron hacia dentro sin un solo chirrido.

La Sala de los Sabios no buscaba impresionar. Y precisamente por eso lo hacía.

El techo abovedado estaba cubierto por un entramado de luces azules, constelaciones antiguas trazadas con precisión matemática. No representaban el cielo tal como se veía ahora, sino como había sido… y como podía volver a ser.

Bajo ese firmamento fijo, la mesa circular ocupaba el centro exacto de la sala. Tallada en una sola pieza de piedra, marcada por líneas radiales, estaba rodeada por asientos de respaldo alto.

Sobre la mesa descansaban libros abiertos, hojas esparcidas, pergaminos sujetos con pesos de metal antiguo. Nada estaba dispuesto al azar, pero tampoco ordenado para agradar al ojo. Era un lugar de trabajo, no de ceremonia.

A cada lado de la mesa se encontraban ya sentados los miembros del Consejo.

Tyren Rionel, el primero en alzar la vista al entrar Rheon, tenía las manos encima sobre un códice cerrado. Su expresión era sobria, expectante. Gharzo Kyrl, a su derecha, permanecía ligeramente inclinado hacia atrás, observando en silencio.

Y luego estaba él.

El cuarto sabio no vestía los tonos claros de Elarion. Sus ropas eran más oscuras, de azules profundos y grises densos. El emblema discreto de Nymeris casi no se distinguía en el broche de su hombro.

Ryslorn.

Rheon lo reconoció sin necesidad de presentación. Si un sabio había abandonado la Torre de Lóreth para sentarse en aquella mesa, no era por cortesía ni por diplomacia. Era porque algo que debía permanecer sellado había empezado a moverse.

Rheon avanzó hasta su asiento sin apresurarse y tomó posición en el lugar que siempre había ocupado.

—Hablad —dijo al fin—. Si habéis cruzado medio mundo para estar aquí esta noche, no será para tranquilizarme.

Nadie respondió de inmediato.

Entonces el sabio de Ryslorn levantó la mirada, sus ojos negros con brillo plateado.

—Sabio Lothir Zhiel, a su servicio —se presentó—. Vengo a informar que el sello del Umbra Luxor se ha debilitado, Majestad.

La frase cayó en la sala como una piedra en agua quieta.

Rheon no mostró sorpresa. Solo cerró los dedos sobre el brazo del asiento. Mantenía su calma.

Tyren se peinó con la mano el pelo castaño y se lo echó hacia atrás; tensó la mandíbula.

Gharzo no se movió, aunque su cuerpo se tensó; su mirada azulada, seria; y su respiración cambiaron, como si esa confirmación hubiera terminado de encajar piezas que llevaba tiempo observando en silencio.

—Era cuestión de tiempo —dijo al fin, con voz grave y áspera—. Los informes no mentían.

Alzó la mirada hacia Rheon, sin rastro de ceremonia.

—Fronteras inquietas. Vasallos de Veskar moviéndose… con lo que parecen órdenes claras. Demasiadas coincidencias para llamarlas azar.

Apoyó una mano sobre la mesa, firme, como si marcara un mapa invisible.

—Si el Umbra Luxor se ha debilitado, el mundo lo ha notado antes que nosotros.

Thaeryn Kaelthôr, que hasta entonces había permanecido en silencio, apoyó con calma ambas manos sobre la mesa.

—¿En qué estado está el Umbra Luxor? —se giró entonces hacia el sabio de Ryslorn.

Lothir Zhiel sostuvo su mirada durante un largo segundo. No había prisa en su gesto. Solo una aceptación pesada, como quien sabe que lo que va a decir no puede retirarse después.

—El Umbra Luxor… ya no se encuentra en nuestro poder.

Rheon se levantó, y los Sabios se alzaron de golpe para ofrecer sus respetos.

—¿Cómo que no se encuentra en Ryslorn?

Lothir negó despacio, con pesadez, sabiendo que ese suceso es una de las cosas más terribles que podían suceder.

—Eso es imposible —intervino Tyren, golpeando la mesa con el puño—. La cámara está sellada desde la Era Elyvarë. Nadie entra ahí sin autorización o conocimiento.

—Los sellos de la cámara no fueron forzados. No hubo ruptura, ni eco de violencia arcana. El Umbra Luxor fue extraído siguiendo el protocolo exacto. Como si la Torre misma hubiese aceptado el gesto.

El silencio que siguió fue expectante.

Gharzo se incorporó, con la mirada fija en el sabio de Ryslorn:

—¿Estás diciendo que alguien de la Torre abrió la cámara?

—Estoy diciendo —respondió Lothir— que alguien con acceso pleno lo hizo. Con conocimiento del rito. Con tiempo. Y con la convicción de que no sería detenido.

Thaeryn apoyó los dedos sobre la piedra, midiendo cada palabra antes de hablar.

—Entonces no hablamos de un aprendiz ni de un custodio menor. Hablamos de traición de alto nivel.

—En los últimos ciclos, detectamos discrepancias en los registros. Textos consultados fuera de horario. Sellos reactivados sin justificación formal. Preguntas que nadie debería formular ya. —dijo Lothir.

Rheon permanecía de pie, inmóvil.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Hace unas dos semanas —respondió Lothir.

Tyren frunció el ceño.

—La misma noche en que los vigías del norte informaron de actividad anómala. Eso quiere decir… —se giró para mirar al Emperador.

Rheon alzó la mirada.

—Decidlo claro.

Gharzo no esquivó la verdad.

—Vuestro sello… se está rompiendo.

El aire pareció tensarse alrededor del Emperador.

—Desde Nymeris lo hemos confirmado —continuó Lothir—. Mientras el sello del Umbra Luxor se debilita, la oscuridad encuentra de nuevo su camino. Y dado su vínculo con el poder rúnico de Ryslorn, Su Majestad recuperará tanto sus recuerdos como su poder.

Thaeryn cerró los ojos un instante.

—Eso explica el retorno gradual de tus recuerdos —dijo.

Rheon apretó la mandíbula.

—¿Quién lo ha robado? —preguntó.

Lothir negó una vez más.

—No lo sabemos, señor. La huella se dispersa. Como si alguien hubiera preparado el terreno durante décadas. Hay indicios de colaboradores. No solo en Ryslorn. En varias ciudades y rutas, incluso aquí.

—¿En Elarion? —saltó Tyren.

Rheon enderezó los hombros.

—Entonces esto ya no es una advertencia —dijo—. Es una declaración de intenciones.

Sus ojos recorrieron la mesa, uno a uno.

—Quien haya tomado el Umbra Luxor no busca esconderlo. Busca devolver a Veskar al mundo. Y cree que puede controlarlo.

El colgante bajo su túnica latió con fuerza.

—Si el sello cae… —dijo Lothir—. Recobrará todo su poder, tanto él oscuro como usted, señor.

—Que así sea —sentenció Rheon.

GLACIARIS

El camino iluminado desembocó en un pasillo de árboles frondosos nevados que al cruzarlos pudimos ver un pequeño valle en un risco. A su derecha, justo debajo de la pared de la montaña, un estanque ovalado de agua completamente inmóvil, tan transparente que reflejaba el cielo blanco.

Avanzamos lentamente, con precaución.

El Protector del viento se mantenía tranquilo, de vez en cuando cerraba los ojos, en lo que creía, que el viento le estaría susurrando algo.

Rion se quedó detrás, en alerta, con la marca en su hombro encendida.

Me arrodillé ante el estanque.

—¿Este es el final del camino? —susurré mirando el reflejo de mí misma ¿Cuánto más deberíamos buscar por estos bosques y montañas?

Aidan negó con la cabeza

La brisa se detuvo. La superficie del estanque comenzó a iluminarse. Luces azules y plateadas se formaban como pequeñas estrellas, empezaron a moverse dejando finas estelas detrás de sí.

Esas pequeñas estrellas se acercaron a nosotros a gran velocidad y nos pasaron hasta detenerse detrás nuestra formando una espiral desde el suelo hasta un par de centímetros. Iban desplazándose como si rebotaran, dejando tras de sí, una extraña flor congelada.

—La flor de Nerysil —dijo Aidan mientras se acercaba. Se arrodilló y tocó la flor—. Nivaryn está cerca.

Miré alrededor, pero solo seguía viendo nieve y árboles.

—Nos observa desde hace rato —comentó Rion llevando su mano a la empuñadura, sus ojos entrecerrados iban de un lado a otro—. Abrid bien los ojos. —dijo mientras se ponía delante de mí para cubrirme.

—Rion, no necesito protección. Ella es una protectora —dije situándome a su lado y lo miré con el rabillo del ojo con una ceja alzada, extrañada por ese comportamiento.

Vi como Aidan se incorporaba despacio. No movió ni un músculo demás, incluso el viento dejó de soplar.

—Rion, Isil… acercaros. —dijo Aidan.

Solo dimos un par de pasos… y entonces la vimos.

Allí estaba de pie, frente a nosotros, cubierta por una ligera niebla. Sus ojos celestes brillantes, su pelo blanco largo, esa elegancia.

Su figura era alta, envuelta en una capa gruesa de tonos celestes y plata. Su cabello blanco recogido parte en trenzas y parte suelto. Pero eran sus ojos —claros como la escarcha al primer sol— los que detenían el mundo.

—Habéis llegado —dijo Nivaryn seria, seguido de una pequeña reverencia con la cabeza.

Sentí su voz en todo el cuerpo. Calmada pero autoritaria.

—Nivaryn… —se me escapó su nombre de la boca con un vaho blanco. Esa mujer era impresionante. Alta, fuerte, hermosa y elegante.

—Isil —Nivaryn se acercó, firme y serena.

Se detuvo a escasos pasos frente a mí, no se inclinó y tampoco extendió la mano.

—Bienvenida —dijo con una voz dulce y clara.

Se acercó todavía más a mi cara, quise moverme pero estaba completamente paralizada por esos ojos y esa presencia.

Ladeó su cara y llegó hasta mi oreja.

—No tienes que saber quién eres aún —susurró en mi oído—. Solo debes aceptar lo que ya eres capaz de sentir.

La Protectora acercó su cuerpo y me abrazó.

Esta vez no me quedé inmóvil. Mis manos se cerraron en su espalda, torpes al principio, como si no supiera cuánto espacio ocupar. Apoyé la frente un instante en su hombro y respiré hondo, dejando que el frío de Glaciaris se disipara bajo ese gesto inesperadamente cálido.

Bajo su aspecto rudo, había algo firme y protector.

Nivaryn se apartó primero. Al hacerlo, me sostuvo por los antebrazos un segundo más de lo necesario. Cuando levanté la vista, vi una fuerza y un brillo en sus ojos, que hizo que cualquier duda que tuviera, se disipara. Entonces dirigió su atención hacia Rion y Aidan.

—Bienvenidos vosotros también, Protector del Fuego —miró a Rion más duramente durante unos segundos.

Rion asintió pero su mirada sería y el gruñido casi imperceptible que emitió, dejo entre ver, que el protector, muy cómodo no estaba.

Nivaryn desvió entonces los ojos hacia Aidan, recorriéndolo de arriba abajo con un gesto rápido, casi distraído.

—Protector del Viento…

Algo en esas miradas me decía que ella sabía mucho más de los dos hombres que me acompañaban.

Aidan alzó una ceja t esbozó una media sonrisa que no llegó a los ojos.

—Veo que aquí las presentaciones vienen con juicio incluido —murmuró, sin rastro de burla.

La Protectora del Hielo no reaccionó al comentario de Aidan. Pero continuó:

—Muy bien, seguidme, hay algo que debéis ver.

Giró el cuerpo y señaló el paisaje a su espalda. Entre la nieve se había formado un sendero delimitado por flores de Nerysil, pálidas, casi translúcidas, como si hubieran brotado del hielo mismo. El camino avanzaba hasta un edificio de piedra y hielo antiguo y basto.

—No para entender el presente, sino para recordar lo que fue olvidado. El pasado debe ser recordado. Acompañadme.

—¿De dónde ha salido? —susurré aún sin poder creerme lo que veían mis ojos, hacía un momento, ahí no había nada.

—Es el Santuario de Nyr —me susurró Aidan acercándose—. Sólo cuando su guardiana conceda el permiso será revelado. Se dice que un velo lo protege de ojos curiosos.

Nivaryn empezó a avanzar hasta el camino.

—Venid —dijo, sin volverse—. No temáis al hielo.

Caminé detrás de ella, con la nieve crujiendo bajo mis botas, asombrada del jardín que se extendía hacia ambos lados, alzando la cabeza y quedándome aún más asombrada de la preciosa construcción que tenía ante mis ojos. El Santuario de Nyr emergía con el bosque helado alrededor. Una estructura elegante, con dos cúpulas laterales y una central más ancha y alta. Las paredes de piedra azulada y grandes ventanales en forma de arco en punta. La runa de Hielo sobre la entrada, esculpida en piedra encima del gran portón. El arco del portón tenía runas grabadas brillando sutilmente.

—Esto no es un templo cualquiera —susurró Aidan—. El aire… recuerda.

La atención de Rion estaba fija en la figura de Nivaryn avanzando delante. Inspiré hondo y continuamos hasta detenernos delante del gran portón.

Avanzamos y cruzamos el arco del Santuario con la Protectora del Hielo guiándonos. El interior extrañamente el ambiente era cálido. Las paredes no eran lisas, sino cubiertas de runas y constelaciones que parecían moverse muy lentamente.

Nivaryn nos condujo hasta una sala al descubierto con un pequeño pasillo que conducía hasta el centro, en forma circular con unas columnas de hielo que se alzaban hasta el techo decoradas con enredaderas de flores de Nerysil rodeándolas. La estancia estaba repleta de grabados, runas mágicas, es lo que había murmurado Aidan por detrás.

En el centro del círculo, un gran monolito de hielo se erguía.

Nivaryn caminó hasta el centro y se detuvo ante el muro de cristal grueso. No dijo nada. Solo extendió la mano. Durante un instante el hielo permaneció intacto, duro, indiferente… y entonces se ablandó bajo sus dedos, volviéndose líquido, como agua suspendida.

Nos quedamos inmóviles. El agua comenzó a formar figuras, primero borrosas, inestables; hasta que poco a poco se definieron ante nosotros.

Guerras antiguas.

Un colgante parecido al mío.

Seres oscuros.

Seis figuras iluminadas.

Un hombre con el Lumen Astraë brillando.

Una silueta de espaldas. Alta. Envuelta en una capa oscura que parecía fundirse con la penumbra. En su cuello, se asomaba una marca, latía muy débilmente: una espiral violeta envuelta en trazos vivos, como tinta viva corriendo por la piel.

Di un paso al frente, confundida.

Algo que reconocía sin saber por qué.

—¿Quién es? —pregunté, casi en un suspiro.

Nivaryn me miró.

—Él fue el Protector de la Sombra. El que no habla. El que no exige. Solo ve… y permanece. Cuando todos huyeron de la oscuridad, él la sostuvo. No para servirla… sino para contenerla.

Aidan entornó los ojos, atento.

—¿El Protector de la Sombra? —murmuró.

Rion cruzó los brazos, su expresión tensa.

—¿Y dónde está ahora?

La superficie del cristal volvió a endurecerse, pero una última imagen quedó grabada en la escarcha:

Una flor blanca con sombras alrededor, solitaria, palpitando en un rincón de sombra. Bruma.

Nivaryn se giró hacia mí.

—Cuando llegue el momento… no lo buscarás tú. Él te encontrará.

Tragué saliva, mi pecho todavía vibrando.

—¿Él… sabe quién soy?

— Querida, tu luz nos guía. —dijo Nivaryn, con ternura. Se acercó a mí— Todos nosotros —dijo mirando y señalando a Rion y Aidan, después volvió su mirada hacia mí y se acercó— estamos conectados a ti.

Nivaryn se volvió hacia la derecha donde una escalera de hielo se curvaba hacia abajo.

—Venid. Hay más por ver.

—¿Más recuerdos? —pregunté.

—Más verdades. Y una que no debéis temer. Porque está por llegar.

Mientras bajamos las escaleras, el aire helado se me quedó atrapado en la garganta mientras seguía los pasos de Nivaryn. A cada palabra suya, la certeza de mi destino se volvía más real, más inevitable. Sentía el peso de las miradas de Rion y Aidan, como si su sola presencia me anclara al mundo y, al mismo tiempo, me empujara hacia lo desconocido.

Una voz sin cuerpo, pero con fuerza susurró…

Donde la sombra se detuvo… la luz podrá volver a alzarse.

Mi piel se erizó, un aire frío me rozó la nuca, me revolví y miré hacia atrás, buscando al culpable con la mirada a Rion, pero él no había sido.

—Aquí hay algo extraño… —dijo Aidan por detrás.

Rion se tensó y se puso en guardia.

Cuando llegamos al último escalón, delante nuestra una sala se extendía con muros de hielo grabados con las runas de los protectores, mi marca, y algunas más que no reconocía.

Aidan señaló una sección del muro: unas runas perfectamente trazadas, había un espacio, como si alguien lo hubiera borrado.

—Está incompleto. —dijo, su voz más baja que antes.

Me acerqué.

Nivaryn permanecía inmóvil unos pasos más atrás. No hablaba. Pero cuando lo hizo, su voz fue como un soplo que no quería romper el momento.

—No todo puede ser grabado.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, girándome hacia Nivaryn.

—Se dice en las antiguas historias, que la luz podrá crear un nuevo ser. —dijo Nivaryn con los ojos bajos.

—¿Un nuevo ser? —murmuró Rion.

Nivaryn se encogió de hombros.

—Aún tenemos muchas runas sin identificar. Sobre todo… —dijo señalando los murales— runas antiguas y divinas.

Sentí una presión leve en el pecho. La idea de que algo nuevo pudiera surgir de la luz me atravesó. Las flores de Nerysil parecían inclinarse, y un brillo tenue recorrió las runas que rodeaban la sala, como si respondieran a una llamada que solo ellas entendían. Rion frunció el ceño, su mano rozando instintivamente el pomo de su espada.

Aidan observaba el cielo, parecía inquieto, como si el viento le susurrara secretos que no quería oír.

—¿Entonces… por qué podemos sentirlo? —susurré.

—Porque hay verdades que incluso el olvido no puede enterrar del todo —respondió Nivaryn, con un dejo de pesar en su voz—. Y porque quizás… lo necesitaremos. La sala guardó silencio.

CAPÍTULO 34
ISIL

Nivaryn nos observó unos segundos más, el brillo de las runas reflejándose en sus ojos como espejos de calma. Luego suspiró, un sonido leve que se mezcló con el murmullo helado del lugar.

—Habéis viajado largo y sin descanso —dijo, dando unos pasos hacia el pasillo que conducía hacia la escalera de la sala del monolito —. Venid. El santuario también es un refugio.

La seguimos y subimos las escaleras. Caminamos hasta llegar a un pequeño vestíbulo en el que bifurcaban varios caminos. Nos dirigimos hacia el oeste y subimos otras escaleras. *¿Cómo podía ser tan grande este Santuario?*

Rion y Aidan nos seguían.

—Hay lugares que no necesitan palabras para imponerse —dijo Aidan a mi espalda—. Este, sabe exactamente quién entra en él — murmuró.

Nivaryn arqueó una ceja, divertida.

—Y también, quien entre, debería mostrar respeto al hielo y debería tener cuidado con lo que toca —intervino Nivaryn murmurando, aunque su tono era firme.

Aidan sonrió, ese gesto tranquilo que siempre escondía algo de picardía.

—Nunca he conocido que el hielo no acabe rindiéndose al viento —dijo con una inclinación ligera, casi burlona.

Nivaryn detuvo su paso y giró el rostro, la luz de las runas le dibujó una sombra elegante sobre el perfil.

—El viento puede esculpir la escarcha, Stormrider, pero nunca su propósito —sentenció la Protectora del Hielo.

Alcé la vista, mirándolos a ambos extrañada. Rion también se tensó, cruzando los brazos con ese gesto instintivo que usaba cuando no comprendía algo.

—¿Stormrider…? ¿Cómo sabe tu…? —preguntó él con el ceño fruncido.

Aidan lo interrumpió ladeando la cabeza, divertido.

—Vaya, me temo que mi reputación viaja más rápido que yo.

Los miré a ambos, desconcertada. Había en sus palabras una familiaridad que no pertenecía a simples presentaciones.

—¿Os conocéis? —pregunté, incapaz de ocultar la curiosidad.

Nivaryn y Aidan intercambiaron una mirada breve, cargada de esa complicidad silenciosa que se forma entre almas viejas.

—El viento y el hielo se han cruzado varias veces —respondió Nivaryn.

Aidan asintió con una media sonrisa.

La Protectora del Hielo sacudió la cabeza, aunque en sus labios se insinuó una expresión casi maternal.

—Me alegra verte, Protectora del Hielo —añadió Aidan haciendo una leve reverencia.

Estaba presenciando algo que escapaba al tiempo: dos fuerzas antiguas, distintas y complementarias, reconociéndose sin necesidad de explicarse.

Se me quedó la cara entre asombro y curiosidad. Sin darme cuenta, mi boca se abrió y las palabras salieron.

—¿Alguien me puede explicar? ¿Desde hace cuánto os conocéis? —pregunté mirándolos a los dos incrédula.

Aidan se detuvo, ladeando la cabeza con ese aire despreocupado que parecía grabado en su naturaleza.

—Bueno, sí… hace un poco más de trescientos años —dijo frotándose la nuca.

—¿Trescientos años…? —parpadeé y me quedé boquiabierta, asombrada.

Nivaryn suspiró asintiendo con la cabeza.

—¿Tres siglos? —salté, entre atónita y divertida—. Pero eso es imposible… quiero decir, parecéis… —recordé a Endria, la jefa de Cocina del Palacio.

—Guapos y jóvenes —interrumpió Aidan, con una media sonrisa —. El viento es un buen aliado para eso.

—El viento debería aprender a callar —murmuró ella, aunque su tono carecía de reproche real.

Me llevé una mano al cabello, colocando un mechón detrás de la oreja, intentando procesar lo que acababa de oír.

—Entonces… ¿Cuántos años tenéis exactamente?

Aidan apoyó el brazo sobre una columna de hielo, teatral.

—Depende del viento. A veces quinientos. A veces solo un soplo.

—Tiene quinientos —corrigió Nivaryn, sin mirarlo siquiera.

—¿Y tú? —pregunté, con genuino interés.

—Cuatrocientos cuarenta —respondió sin vacilar—. Los años del hielo pesan distinto.

Abrí la boca, pero ninguna palabra salió. Me quedé mirándolos, intentando imaginar lo que debía significar vivir tanto tiempo.

—¿Y cómo… cómo se conocieron? —pregunté al fin, casi en un suspiro.

Aidan soltó una risa breve, de esas que esconden más recuerdos que alegría.

—En una asamblea de sabios, en Forsthelm. Una reunión llena de discursos interminables y gente que hablaba más que escuchaba.

—Como tú —dijo Nivaryn, cruzando los brazos.

—Exactamente —asintió él, sin ofenderse— Fui solo porque me prometieron vino. No hubo vino, pero encontré algo más raro: una mujer capaz de congelarme.

Aidan le lanzó una mirada de pura diversión.

—Desde entonces somos amigos. O rivales, depende del día.

No pude evitar sonreír, pero el gesto se me quedó a medias. Algo no terminaba de encajar.

—Entonces no fue mi llegada lo que os unió —dije despacio.

—No todos —replicó Nivaryn con calma—. Además, nuestras marcas no se han activado hasta hace poco. Nuestra magia y fuerza siempre han estado pero el poder divino no estaba activo.

—Algunos nos encontramos antes de saber quiénes éramos. —dijo Aidan alzando las cejas y sonriendo.

Algo en mi interior se estremeció. No eran solo Protectores. Son seres antiguos.

—Vamos sigamos. Os enseñaré dónde dormiréis —dijo Nivaryn, lo cual me sacó de mis pensamientos.

Seguíamos en la sala donde se bifurcaban varios caminos. A medida que avanzábamos, comencé a notar que no era un pasillo cualquiera. Las superficies brillaban. Las runas grabadas en el hielo se entrelazaban con un brillo suave, danzando en patrones que cambiaban al compás de nuestros pasos.

Nivaryn nos condujo a cada uno hasta nuestros dormitorios, habitaciones contiguas, talladas directamente en la roca helada.

Nivaryn se paró delante de una de las puertas y la abrió para mí.

—Toda tuya —dijo mirándome con cariño.

Entré con cautela, esperando el frío… pero el aire era cálido, casi protector. Las paredes, cubiertas por una escarcha luminosa, reflejaban un resplandor azulado que parecía respirar. Las flores de Nerysil se enredaban por las columnas y el techo, sus pétalos desprendiendo destellos que semejaban polvo de estrellas cayendo lentamente. Entre las raíces de esas flores, pequeñas runas se encendían y apagaban con un ritmo sereno, bañando la estancia en una luz viva y cambiante.

El lecho, amplio y cubierto de pieles blancas, invitaba a rendirse al descanso. Sobre una mesa de hielo pulido descansaban frutas árticas, pan de grano oscuro y una sopa humeante. Todo parecía demasiado humano, demasiado cálido para un lugar hecho de hielo.

Nivaryn permaneció unos segundos observándome, como si quisiera asegurarse de que el calor me alcanzara.

—Descansad, comed algo y lavaos del viaje —dijo al fin, en tono casi maternal— Os espero abajo en una hora.

Asentí y cerré la puerta de la habitación. Me tomé una ducha y comí un poco.

Cuando salí al pasillo, el silencio me envolvió de nuevo. Aún no era la hora que había dicho Nivaryn, solo habría pasado media hora. No di más de tres pasos antes de ver a Rion, apoyado contra una

columna, los brazos cruzados y la mirada clavada en mí. Las sombras lo abrazaban como si fueran parte de él.

—¿No deberías estar descansando? —preguntó él, sin moverse.

—No podía… —respondí.

Rion se apartó de la columna y se acercó con paso lento. La luz azul que se reflejaba del hielo resaltó el ámbar intenso de sus ojos.

—No deberías andar sola por un lugar que no conoces.

Lo observé sin retroceder.

—¿Temes que me pierda… o que encuentre algo que tú no puedas controlar?

Mi pregunta lo dejó en silencio unos segundos.

Sus labios se tensaron.

—Temo —dijo al fin— que algo intente tocarte antes de que sepas cómo defenderte.

La voz de Rion tenía esa mezcla peligrosa de control y autoridad. Avanzó un paso más. No fue un gesto brusco, pero el aire cambió.

Su mirada recorrió el pasillo, las runas, el hielo de las paredes. Volvió a mí.

—Si algo intenta aprovecharse… —continuó. Su mirada se endureció, los músculos de su mandíbula seguían tensos—. Tendrá que pasar por mí.

—Rion…

—No digas nada —interrumpió, bajando la voz hasta un murmullo — Solo… mantente cerca.

Sin añadir más, pasó junto a mí. Su hombro rozó el mío al pasar, dejando tras de sí un rastro de calor que persistió incluso cuando ya se había perdido en el pasillo.

CAPÍTULO 35
ISIL

Bajamos al gran salón una hora después. El aire era distinto allí abajo: menos gélido. Las paredes tenían esa misma luz azulada que en los dormitorios, y los cristales del techo destilaban gotas lentas que caían en un estanque central.

La mesa que rodeaba el estanque era de piedra clara. Sobre ella, fuentes que emanaban vapor y copas de cristal helado aguardaban.

Nivaryn estaba ya sentada en el extremo, erguida; con su mechones blancos plateados cayendo como nieve fresca sobre su capa azul oscuro.

Rion se acomodó frente a mí, con ese aire de que todo le resultaba una amenaza potencial, incluso la sopa.

Aidan, en cambio, ya había metido la cuchara antes de que nadie dijera palabra.

—Por los dioses, esto tiene mejor pinta que la cena del Emperador —murmuró el Protector del Viento, con una sonrisa entre divertida y satisfecha. La cuchara golpeó el cuenco con un sonido suave—. Aunque quizá me maten por decirlo.

Nivaryn levantó la vista con una expresión seria, casi ofendida.

—Aquí nadie daña a los invitados —dijo Nivaryn; una pequeña sonrisa asomó por su comisura.

—Solo los congela —añadió Aidan con una sonrisa pícara.

—Depende de su comportamiento —replicó la Protectora sin mirarlo con el mismo tono en el que Aidan había hablado.

Intenté ocultar la sonrisa. Las gotas de rocío caían en el estanque central. Fue entonces cuando Aidan, como si no temiera a las palabras, dejó la cuchara y apoyó los codos sobre la mesa.

—Así que, Nivaryn —dijo, sin rodeos—, ¿vas a unirte a nosotros en la búsqueda de los demás?

Los ojos de Nivaryn, claros como el hielo al amanecer, se clavaron en él. No respondió al momento. Su mirada pasó de Aidan a Rion, luego a mí, como si midiera el peso de cada uno antes de hablar.

—Así es —dijo al fin, con voz firme—. Llevo demasiado tiempo guardando este lugar. El hielo me ha recordado mi deber, la Diosa Nirai está con nosotros.

Aidan ladeó la cabeza.

—El hielo también te dice otras cosas. ¿Verdad? —dijo mirándola con cara amable de afirmación.

Rion soltó un bufido apenas audible.

—Sutil como siempre.

Pero Nivaryn no se molestó.

—El hielo también protege y defiende. —admitió ella, bajando la mirada hacia su copa.

El fuego azul del brasero titiló, reflejándose en sus ojos.

—Partiremos al amanecer —dijo Rion después de un largo silencio.

Nivaryn asintió lentamente, sin apartar la vista del fuego.

Aidan se recostó en la silla, jugueteando con la copa entre los dedos. El líquido reflejaba la luz del brasero, y por un instante su sonrisa se volvió más afilada. Luego se incorporó lentamente, levantándose con la copa en alto.

—¿Qué ha visto últimamente? —preguntó mirando a la Protectora del Hielo con las cejas levantadas—. En nuestros viajes, hemos tenido enfrentamientos con seres oscuros, cosas moviéndose bajo la tierra.

La copa giró otra vez entre sus dedos y el líquido se deslizaba formando un remolino.

—¿Has visto algo? ¿Algo que no debería estar caminando? —insistió Aidan.

El aire cambió y la temperatura bajó sutilmente, como si el hielo mismo se tensara al oír la pregunta. Nivaryn dejó la copa en la mesa, el sonido del cristal resonando en la sala silenciosa.

Antes de que respondiera, Rion habló. Su tono era bajo, seco, sin adornos.

—La primera vez que vimos algo fue en los bosques al norte de Valdrim, cuando encontré a Isil… —dijo mirándome, aunque hizo un gesto extraño con los labios y sus ojos no parecían del todo convencidos—. Una criatura de humo y garras.

Recordé aquella noche, la forma en que me había dicho «¡Al suelo!» antes de que el mundo se llenara de luz.

Rion continuó:

—No son rumores, Nivaryn.

—Veskar… —susurró la Protectora.

Ese nombre me golpeó.

Mientras Aidan hablaba y el fuego se reflejaba en sus ojos, sentí cómo algo dentro de mí se estremecía. Era una sensación de pérdida, de algo que alguna vez fue bello y se corrompió. Mi corazón latía con fuerza, recordé los sueños, los susurros de oscuridad que me habían perseguido desde Eldara.

Nivaryn se quedó quieta, los ojos fijos en la llama azul. Durante unos segundos no dijo nada, y cuando lo hizo, su voz sonó más antigua que ella misma.

—No sois los únicos que lo habéis sentido —sus dedos rozaron la superficie helada de la mesa, y el hielo respondió con un leve brillo —. Hace semanas que los glaciares murmuran. Hay grietas donde no debería haberlas. Ecos en los túneles más antiguos, donde el hielo no olvida nada.

Su mirada se alzó hacia nosotros y continuó:

—El frío ha visto cómo las sombras se movían sin dueño. No sé de dónde vienen, pero llevan consigo algo… roto. Algo que huele a memoria y muerte —agarró su copa y la movió haciendo que el vino se balancease. Nivaryn no quitaba la mirada de la copa— Si lo que habéis visto es real… Debemos movilizarnos.

Aidan se quedó quieto.

—¡Perdonad…! —dije interviniendo con un grito y apoyando con fuerza las manos en la mesa. Todos se giraron—. ¿Podéis explicarme qué significa todo esto de Veskar? Habláis de él como si fuera algo

que todos conocéis, como si fuera una sombra que os persigue desde siempre. ¿Quién es? ¿Qué fue lo que hizo?

Aidan entrecerró los ojos, mirándome con esa mezcla suya de paciencia y gravedad.

—No fue, Isil. Es —sus palabras resonaron en mi mente—. Pero... ¿Qué o quién es?

Nivaryn giró lentamente la copa, observando cómo el vino formaba un remolino oscuro.

—Veskar no es un dios. Es un Guardián, uno de los Cuatro Guardianes Eternos —respondió al fin—. El Guardián del Olvido. O por lo menos… antes lo era.

El corazón me dio un vuelco.

—¿El Guardián del Olvido?

—Su deber era custodiar lo que debía perderse —explicó Nivaryn— Para que el mundo pudiera seguir viviendo sin el peso de sus propias heridas. Pero ansiaba ser recordado. Pasaron siglos, y nadie lo nombraba. Nadie lo veneraba. —la voz de la Protectora seguía serena, pero en los ojos de los otros protectores e notaba la incertidumbre—. Se corrompió. Atrajo a su lado a hechiceros que habían cedido a la avaricia. Quiso ser aclamado… y cuando la luz no lo miró, la oscuridad lo escuchó.

El fuego azul parpadeó, proyectando sombras que parecían moverse.

—Y ahora… —murmuré—. ¿ha vuelto?

Él clavó la mirada en mí, el brillo de la llama reflejado en sus ojos verdes.

—Nunca se fue del todo —dijo con una calma inquietante— Solo dormía… esperando que la luz bajara la guardia.

Nivaryn asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Y parece que ya ha abierto los ojos.

Me quedé helada. El colgante seguía latiendo, como si cada palabra de ellos lo despertara un poco más.

—Entonces… si él fue un Guardián, si alguna vez formó parte de la luz… —mi voz tembló— ¿por qué siento que su nombre me suena tan familiar?

Nivaryn alzó la vista hacia mí.

—Estáis conectados, igual que nosotros. Eres la Luz y la Oscuridad, Isil… —se acercó a mí, bajó la mirada hacia el colgante—. Y para el Lumen Astraë, eres su Portadora —su voz se volvió más suave, casi un susurro— El Umbra Luxor —cuando lo nombró su mirada se tensó, más seria.

El nombre me atravesó como un filo invisible. Umbra Luxor.

No sabía por qué, pero al oírlo sentí una punzada en el pecho, como si algo antiguo se revolviera dentro de mí, reclamando un espacio que no recordaba haberle concedido. El aire se volvió espeso, casi irrespirable.

—¿Un colgante… gemelo? —pregunté con un nudo en la garganta.

Nivaryn asintió lentamente y continuó:

—Dos reliquias creadas al mismo tiempo, con propósitos opuestos. El Lumen Astraë, la Luz de las Estrellas, canaliza la esencia de los dioses. El Umbra Luxor… la contiene. Fue forjado como prisión, para retener lo que no debía renacer —sus dedos rozaron la copa, pero esta vez no bebió— Para sellar a Veskar.

El nombre seguía resonando en mi cabeza como una campana lejana, imposible de silenciar. Umbra Luxor. Cada sílaba parecía encajar en un lugar vacío dentro de mí, como una pieza que llevaba tiempo esperando ser recordada.

Empecé a entender el peso del Lumen Astraë: no era solo una reliquia, ni una simple joya divina, sino la mitad de algo mucho más grande… y profundamente inestable. La idea de que existiera su reflejo oscuro, su gemelo destinado a contener la oscuridad misma me heló la sangre. Todo cobró un sentido incómodo.

El silencio de Rion, las evasivas de Aidan, la mirada distante de Rheon. Todos sabían algo que yo no.

Me habían protegido, sí, pero también me habían mantenido ciega. Y ahora, en solo unas horas, había aprendido más sobre mi destino que en todo el tiempo que llevaba en este mundo. No sabía si sentirme traicionada o agradecida, solo que sentía que estaba tocando la verdad… y que esa verdad dolía.

Rion se irguió en su silla de golpe. —Nivaryn, basta —dijo con tono seco— No tiene por qué escuchar eso ahora.

—¿Por qué no? —interrumpí, la voz me temblaba de rabia— ¿Ahora resulta que sigo necesitando permiso para saber lo que llevo colgado del cuello? —me levanté, la silla chirrió contra el suelo de piedra—. ¿Cuánto tiempo pensabais seguir mintiéndome? ¿Hasta cuándo ibais a decidir qué merezco saber y qué no?

Rion apartó la mirada, apretando la mandíbula. Aidan, alzó la copa y me observó con esa calma suya.

—¡No es el momento! —repetí dando un paso hacia él— ¿Y cuándo va a serlo? ¿Después de morir? ¿O cuando esa cosa, Veskar, decida venir a por mí?

Aidan dejó la copa en la mesa, despacio y du mirada se volvió más seria, más fría.

—Si hubieras sabido todo esto antes… —dijo el Protector del viento soltando el aire—. No te habría servido de nada. No podías controlar el colgante, ni tu marca, ni el poder que te une a él. Solo habrías tenido miedo, y el miedo… —hizo una breve pausa— el miedo es exactamente lo que esa oscuridad busca.

Me quedé en silencio, con el pecho ardiendo. Sus palabras me golpeaban con fuerza, pero no bastaban para calmar el torbellino que tenía dentro.

—Solo queríamos protegerte —dijo Rion con los puños apretados y con una mirada intensa.

—¿Protegerme? ¿Ocultándome cosas? ¿Mintiéndome? —repetí, casi sin reconocer mi propio tono. Reí, pero sonó más como un suspiro ahogado.

Rion se levantó también, su sombra cayendo sobre la mesa.

—No fue una mentira —dijo, con ese tono contenido que usaba justo antes de perder la paciencia— No estabas preparada. Fue lo único que podíamos hacer.

—¿Lo único? —di un paso hacia él, el colgante brillando débilmente en mi pecho— ¡Me hicisteis creer que todo estaba bajo control mientras andaba sin saber que llevo encima algo capaz de canalizar los poderes de seis dioses!

—No podíamos arriesgarnos Isil —replicó, mientras se acercaba a mí, con la voz quebrada—. Si te lo hubiéramos dicho antes, ¿qué

habrías hecho? ¿Huir? ¿Romperte a la mitad antes siquiera de empezar a entender quién eres?

Cuando terminó la última frase estaba tan cerca mío y notaba el calor de su agitada respiración.

El silencio cayó de golpe.

La única luz era el reflejo azul del hielo en sus ojos y en los míos.

Aidan se pasó una mano por el cabello, exhalando.

—Isil… —dijo con un tono más suave, como quien se rinde a explicar lo inevitable— Todo esto no era para engañarte. Era para darte tiempo. El Lumen Astraë responde a ti, pero también te consume si lo fuerzas. No podíamos arriesgarnos a que despertaras algo que no sabías contener.

Giré mi cabeza hacia Aidan.

—Y aun así lo hicisteis igual —respondí, la voz se me quedó pequeña—. Me usasteis como si no fuera más que un arma con nombre y rostro.

Nivaryn me observaba en silencio, los ojos fríos pero tristes, como si comprendiera lo que ninguno de ellos se atrevía a decir. Rion abrió la boca, pero no encontró palabras. Su mirada, en cambio, decía lo que callaba: culpa, frustración… miedo.

—No soy una niña —susurré, dando un paso atrás—. Si voy a ser parte de esta guerra, al menos merezco saber de qué lado estoy luchando.

El eco de mis palabras quedó suspendido un instante en el aire. Nivaryn no apartó la vista, su expresión era la calma antes del deshielo. Rion seguía de pie, con los puños y la mirada perdida, entre rabia y culpa. Aidan, en cambio, se reclinó lentamente en su silla, me observó en silencio, y un destello casi cómplice cruzó sus ojos.

—Vale —dijo al fin, levantándose despacio—. pero por hoy es suficiente. —se acercó a mí con esa mezcla suya de serenidad y descaro, apoyando ambas manos sobre mis hombros y dándome un par de palmadas suaves para aflojar la tensión— Vamos a tomarnos un par de copas más y aclaramos alguna que otra duda de lo que acabas de descubrir.

Su tono no era burlón, sino tranquilizador, como si intentara recordarme que incluso en medio del caos, todavía podíamos respirar.

Aidan se giró hacia Nivaryn y, sin perder esa media sonrisa cansada, alzó la copa en un brindis improvisado.

—Por la verdad, aunque llegue tarde —dijo.

Nivaryn lo imitó con un leve asentimiento, pero su mirada seguía fija en mí. Había algo en sus ojos, un brillo helado que parecía contener siglos de secretos.

—La verdad nunca llega tarde, Stormrider.

Me dejé caer de nuevo en la silla. Sentía las piernas temblar y el pecho arder, no sabía si por la rabia o por la avalancha de revelaciones que se amontonaban en mi mente. Rion permanecía en silencio, apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. Su mirada se posó en mí un instante, suficiente para notar la culpa y el miedo ocultos bajo su compostura. No decía nada, pero lo entendí: él también había estado atado por algo más grande que su voluntad.

Aidan volvió a servirme vino, esta vez sin pedir permiso.

—Tranquila, Isil. No tienes que entenderlo todo hoy —dijo, con ese tono ligero que usaba para quitar tensión— Solo recuerda que el Lumen no te eligió por casualidad.

Tomé la copa con manos temblorosas, observando cómo el líquido reflejaba la luz del hielo que nos rodeaba. En su superficie temblaba mi propio reflejo, distinto, más cansado… pero también más decidido.

—No sé si quiero entenderlo —murmuré.

Aidan me miró, y por un segundo su expresión se volvió más seria, casi protectora.

—Lo harás —susurró— Todos lo hacemos, tarde o temprano.

El silencio volvió, pesado, pero menos hostil. Rion se apartó de la pared y, sin decir palabra, colocó su capa sobre mis hombros antes de salir del salón. El gesto fue tan breve como inesperado.

Nivaryn se puso en pie y se dirigió hacia el ventanal. Afuera, la nieve caía en silencio, cubriendo la noche de reflejos azulados.

—Mañana hablará el hielo —dijo sin girarse.

CAPÍTULO 36
ISIL

El viento helado de Glaciaris me rozaba el rostro. Me encontraba en uno de los porches exteriores del ala oeste, mirando hacia el horizonte con el cielo cubierto de estrellas y las montañas nevadas.

El recuerdo del reflejo del monolito de hielo, el agua formando imágenes, la sombra, había tantas cosas...

Apoyé las manos en la baranda helada y respiré hondo. Las imágenes se me amontonaban en la cabeza, desordenadas, como si no quisieran quedarse quietas.

Un leve crujido en la escarcha rompió el silencio.

Instintivamente di un paso atrás, resbalando sobre la escarcha. Mis manos se aferraron a la baranda, el corazón latiéndome en la garganta.

No hizo falta mirar para saber quién era.

—No deberías estar sola tan tarde —dijo Nivaryn, su voz serena, con esa cadencia.

No me giré enseguida.

—No puedo dormir —confesé, sin apartar la vista del paisaje—. Todo lo que dijiste… no paro de darle vueltas.

Nivaryn se detuvo a mi lado, su capa ondeando suavemente. El brillo del hielo iluminaba su rostro, sereno, casi inmortal.

—El conocimiento es un peso, Isil. Cuanto más sabes, más difícil es volver a ser quien eras antes.

—Quiero saber, necesito saber. —dije, apretando el colgante entre los dedos—. Pero tampoco sé cómo vivir sabiendo que soy responsable de algo que ni siquiera comprendo.

Un viento helado levantó mi capa y mi cabello, obligándome a entrecerrar los ojos.

Nivaryn me observó un instante antes de responder.

—Llegará el momento. Pero no será fácil —su mirada se endureció.

—¿Y si fallo? —murmuré.

—No depende solo de ti —respondió con suavidad relajando los hombros.

El silencio nos envolvió. La nieve caía despacio, y el resplandor del Lumen se reflejaba en el hielo.

—No les guardes rencor —añadió, y su voz bajó un tono—. Rion y Aidan te ocultaron cosas, sí… Pero a veces, es la única manera de proteger.

La comisura de Nivaryn se alzó suavemente formando lo que parecía una sonrisa. Por un instante creí ver algo más en sus ojos: una melancolía antigua.

—Descansa, Isil. Y no olvides —sus dedos rozaron la baranda helada—, incluso la sombra más profunda se deshace en la luz.

Cuando se marchó, me quedé sola en el corredor, con el eco de sus palabras suspendido en el aire.

Al rato tomé el pasillo que desembocaba en un jardín oculto del que Nivaryn nos había hablado durante la cena.

Nos había contado que era un lugar donde las rosas blancas florecían incluso en la más dura de las heladas.

El Jardín de las Nerysil me recibió con un silencio casi sagrado. Las rosas brillaban con un fulgor plateado, y cada pétalo estaba cubierto de cristales diminutos que reflejaban la luz de la luna. El aire era tan puro que cada aliento dolía un poco.

Caminé entre los rosales, dejando que mis dedos rozaran los tallos fríos; no cortaban, pero sí me recordaban que estaba viva.

—¿Escapando del deber o de ti misma? —preguntó una voz detrás de mí.

Me giré despacio, y un escalofrío me recorrió la espalda al ver a Aidan apoyado en la columna de hielo. Un paso atrás me hizo tropezar ligeramente y mis manos se aferraron al colgante.

—¿Cómo sabías que…? —pregunté.

—¿Casualidad? —me interrumpió encogiéndose de hombros mientras miraba las rosas y se acercaba—. Quería admirar esta maravilla. Hacía años que quería ver el Jardín secreto de Nivaryn —me guiñó un ojo.

—Es precioso —admiré de arriba abajo el lugar. Bajé la vista hacia las flores. Su brillo era mágico—. No estoy segura de lo que siento, Aidan. Es como si el Lumen Astraë me empujara en todas direcciones. Como si cada decisión que tomo me alejara de algo… o de alguien.

Aidan me observó sin decir nada durante unos segundos.

—No viniste aquí para elegir un camino —dijo—. Aunque no quieras aceptarlo, deberás luchar y seguir adelante.

Apreté los puños. Desde el principio sabía que no me quedaba alternativa.

—No sé cómo… —susurré caminando despacio entre las rosas y mis dedos rozando los pétalos helados.

Aidan se colocó a mi lado. Su aliento chocó con el mío, cálido en medio del frío.

—Entonces empieza por lo que sí sabes —susurró—. Eres la Portadora de la Luz Eterna. Lor'Astraë. Eres luz… y no estás sola —cuando dijo la última frase apoyó su mano en mi hombro y asintió decidido.

—No quiero huir —agaché la cabeza observando las flores—. Pero tampoco quiero perderme en lo que esperan de mí.

Aidan retiró la mano de mi hombro.

—Isil, nadie espera nada de ti. Estás perdida, pero eso no define que eres realmente.

Di un paso lateral, rompiendo la cercanía. Necesitaba espacio para pensar. La nieve crujió bajo mis botas.

Me detuve frente a las rosas heladas agachándome en cuclillas. Estiré mi mano para tocar una de las flores y el frío me atravesó los dedos.

—Está bien —lo miré con el inicio de una sonrisa.

La nieve empezó a caer lentamente sobre nosotros. No supe cuánto tiempo permanecimos sin hablar, simplemente mirando el

jardín y su belleza ante los copos que caían.

La calma se quebró con un crujido, un ruido entre los rosales. Aidan se tensó al instante, un cambio en el aire casi perceptible, como si algo invisible se hubiera colado en aquel rincón sagrado.

—No estamos solos —susurró Aidan, serio.

Mi corazón se aceleró y el Lumen Astraë empezó a vibrar con fuerza. Me giré hacia los rosales, los puños apretados, lista para lo que viniera.

CAPÍTULO 37
ISIL

Desde una esquina del pasillo helado, lo vi antes de que él supiera que lo había notado. El pasillo crujió bajo mis botas mientras me acercaba a Rion. Sus ojos se abrieron lentamente y un hilo de calor recorrió la superficie del hielo, levantando pequeñas partículas que danzaron como polvo.

Rion parecía descansar apoyado en uno de los pilares del pasillo, con los brazos cruzados y los ojos cerrados.

Me acerqué a su posición, ya que tenía que pasar por ahí para llegar hasta mi habitación. A tan solo tres pasos de él, alzó la cabeza y frené en seco.

Dio un paso al frente. Sentí el calor antes que el sonido, una leve vibración en el hielo que me recorrió la piel como un aviso.

Sentí como clavaba sus ojos en mí.

—Rion —dije a modo de saludo girándome hacía él.

Él me miró, con esa mirada autoritaria. Sus puños se cerraron, y un leve resplandor anaranjado se escapó entre sus dedos.

—Iba a buscar agua —dijo finalmente, su voz era grave. No había rabia ni frialdad.

Asentí despacio, sabiendo que era una mentira.

Quise decir algo, preguntarle si todo lo que estaba pasando entre nosotros tenía sentido.

Mi corazón latía con fuerza, y un millón de preguntas giraban en mi mente, entrelazándose con cada recuerdo compartido.

¿Realmente entendía lo que sentíamos? ¿O él, como siempre, mantenía un muro demasiado alto para que yo lo alcanzara?

El frío del pasillo no me helaba tanto como la distancia que sentía entre nosotros, y la incertidumbre me empujó a romper el silencio antes de que la duda me paralizara.

—¡Yo tampoco quiero perderte! —grité.

Rion se detuvo en seco.

No se giró de inmediato; sus hombros se tensaron y, por un instante, pensé que seguiría caminando, que elegiría el silencio otra vez, pero permaneció en el mismo sitio.

—No sabes lo que dices… —agachó la cabeza soltando un suspiro y pasó la mano por el pelo, sacudiéndolo.

—Puede ser. Pero también sé que me has ayudado —añadí, alzando la barbilla y sosteniéndole la mirada.

Rion levantó la cabeza y en sus ojos pude distinguir miedo.

—Perderme no es lo peor... —giró sobre sí mismo, mordiéndose el labio inferior—. Lo peor sería quedarme y hacerte daño sin querer.

Pasó la mano por el pelo, tirando con fuerza, como si quisiera arrancarse los pensamientos de la cabeza. Dio un puñetazo a un pilar cercano; el hielo crujió bajo el impacto y un pequeño fragmento cayó al suelo. Di varios pasos hacia él, recortando la distancia entre ambos.

—No lo harás… —me acerqué a él y le agarré el puño que estaba sangrando—. Nunca me harías daño, lo sé —extendí la mano hasta agarrar su antebrazo para que parase

Todos los momentos que habíamos vivido desde que llegué, él fue el primero en encontrarme y en protegerme.

Alzó la mirada. El pasillo reflejó el resplandor suave de su marca, que empezó a brillar en su hombro.

—Tú no lo entiendes... Desde que llegaste… —murmuró sin terminar la frase. Apartó mi mano y empezó a andar en círculos, seguía alterado—. Cuando estás cerca, todo lo que he mantenido a raya… se sale de control.

—¿Desde que llegué? —dije alzando una ceja.

¿Soy yo el problema?

Se detuvo de espaldas a mí y suspiró apretándose el entrecejo. Algo en su expresión cambió.

—Isil, yo… —escuché como chasqueó la lengua, frustrado—. Está bien… —susurró girándose—. No te encontré por casualidad en la nieve.

El aire se me quedó atrapado en el pecho y retrocedí medio paso, con el mundo reduciéndose a la vibración de su presencia.

—¿Qué? ¿Cómo que no fue casualidad…? —pregunté, tensando la mandíbula.

Fruncí el ceño, manteniendo los ojos clavados en él, mientras una mezcla de intriga y punzada amarga me recorría el pecho.

Había algo.

Algo que no me había contado.

Rion avanzó varios pasos con un brusco movimiento de pies que hizo crujir el hielo bajo su peso, pero se detuvo antes de alcanzarme. Su mano se alzó, como si fuera a tocarme… y luego se cerró en un puño, dejándola caer a medio camino con fuerza contenida.

—Isil, por favor… —dijo, la voz grave, tensa.

—¿Lo sabías? —añadí seria, retrocediendo un paso más—. ¿Desde cuándo, Rion?

Su mandíbula se tensó, y apartó la vista un instante, lo suficiente para delatarse. Cuando volvió a mirarme, había levantado un muro.

No respondió.

Se quedó allí, rígido, con una súplica muda atrapada en la mirada, mientras su respiración se hacía audible, corta y controlada, como si cada aliento fuera una batalla.

—No voy a suplicarte, Rion —corté el silencio. Si no iba a contarme nada, no iba a insistirle—. Ahora mismo solo quiero… salir de aquí.

Di media vuelta, y el sonido de sus pasos fue inmediato. No me agarró. No me detuvo. Pasó por mi lado y se colocó delante de mí, bloqueándome el paso sin tocarme. Su cuerpo permaneció rígido, tenso como un arco a punto de disparar.

—No es tan simple —murmuró—. Y tú lo sabes.

—Escúchame —lo corté—. Te he dejado espacio. He entendido tus silencios… Pero no voy a quedarme aquí esperando a que decidas qué hacer o cuándo hablar conmigo.

Intenté avanzar pero Rion me bloqueó de nuevo el paso.

—Desde que Aeloria sintió la presencia de que el colgante se estaba activando… —masculló—. Nosotros ya…

Bajó la cabeza. Respiró hondo y volvió a suspirar.

—¿Nosotros ya qué, Rion? ¿Ya qué? —era insoportable estar aguantando medias verdades—. Mira, si no vas a decir nada, será mejor que…

—Tienes razón —me interrumpió—. Y no mereces pagar el precio de mis dudas.

Se acercó tan rápido que no medió tiempo a reacciona. Su mano apartó un mechón de mi pelo con delicadeza.

—Perdona por el daño que te haya hecho —añadió—. No voy a desaparecer… pero ahora mismo necesito hacer esto bien.

Retrocedió un paso. Solo uno.

—Cumpliré con mi deber —dijo.

Lo observé alejarse por el corredor, la luz del fuego deslizándose por su espalda, mientras su figura se perdía entre las sombras del hielo.

No era el fuego lo que me asustaba. Era lo que despertaba dentro de mí cada vez que él estaba cerca.

Ya en la cama con el sueño cerrándome los párpados, frente a mí, entre una nube de bruma, una figura emergió.

No la reconocí de inmediato. Su presencia no era ruidosa, pero llenaba todo. El silencio se inclinaba ante él. Cabello oscuro, casi como la noche, y unos ojos que no brillaban con fuego ni con luz, sino con profundidad: ojos violetas, sombra viva, suave, que observaba sin juzgar.

—*Vareth elun tharë silian.* —susurró.

—¿Quién eres? —pregunté, aunque el sonido de mi voz pareció disolverse antes de llegar a él.

El hombre no respondió al principio. Dio un paso hacia mí, y el suelo bajo sus pies se oscureció como si absorbiera la luz. Su silueta se volvió más clara. No emanaba miedo, sino una calma inquietante,

la sensación de estar ante algo que no debía tocarse, pero tampoco temerse.

—*Isil* …—dijo al fin, y su voz fue como un eco antiguo, como si ya la hubiera pronunciado muchas veces antes, en vidas que no recordaba—. *Vareth elun tharë silian.*

Supe entonces que podía ser el Lûn Loryn en el sueño, pero no podía despertar. Todo en mí temblaba, no de miedo, sino de reconocimiento. Lo había sentido antes, en los límites del colgante, en ese murmullo que a veces me susurraba cuando la noche era demasiado quieta.

—¿Te conozco? —pregunté dando un paso mas.

Sus labios se curvaron.

—Pronto.

A su alrededor, las sombras comenzaron a moverse, formando alas oscuras que se abrían y cerraban lentamente. Supe entonces que no era enemigo, pero tampoco era luz. Era algo más… un equilibrio que no comprendía, una calma nacida del silencio.

Su mano se alzó, como si quisiera tocarme, pero una línea de luz —la mía— nos separó. El Lumen Astraë resplandeció con fuerza, ardiendo como un pequeño sol, y su expresión se ensombreció.

—Aún no —susurró él.

Antes de que pudiera decir nada, todo se disolvió. La sombra se quebró en un millón de fragmentos, y me encontré de nuevo en mi habitación, jadeando.

Ryslorn – Torre de Lóreth (Nymeris)

El silencio en Ryslorn no era ausencia de sonido. Era un lenguaje antiguo.

Uno que hablaba con los ecos de pasos no dados, con los suspiros de libros que ya nadie abría, con la sombra que no temía ser olvidada.

Allí, en lo más alto de la Torre de Lóreth, Aeron Nightshade se mantenía en pie, inmóvil frente a un muro de piedra viva. Sus dedos descansaban sobre el lomo de un libro cerrado. No lo leía. No hacía falta.

Lo que debía recordar, ya estaba en su alma.

Lo que debía olvidar… nunca lo haría.

La marca en su cuello latía en silencio. No ardía. No brillaba.

Solo… vibraba. Como si supiera que, en algún rincón del mundo, alguien lo había recordado.

Aeron abrió los ojos. Eran violetas, eléctricos, como el cielo en una tormenta.

Caminó con lentitud por el pasillo curvado de la torre. Cada paso era medido, cada sombra bajo sus pies lo seguía como si le perteneciera. Tal vez lo hacía.

Al llegar al piso nueve y dirigirse a la biblioteca de los sabios, una sala abierta con una chimenea inmensa encontró a la anciana bibliotecaria, sentada como siempre frente al brasero. No lo miró. Solo habló:

—La piedra ha comenzado a latir, ¿verdad?

Aeron no respondió de inmediato.

Solo se arrodilló junto al fuego, como quien honra un altar.

—Tengo que moverme.

—Paciencia, la sombra es paciente —replicó la mujer.

El brasero titubeó y varias chispas bailaron alrededor.

—¿Dónde está ella? —preguntó Aeron en tono de urgencia.

—No aquí. No aún. Pero se mueve. El Hielo la cuida, puedes estar tranquilo.

Bajó la mirada y apoyó la mano en el suelo de piedra. Algo se tensó en el aire. Afuera, el viento sacudía los árboles plateados y las hojas secas caían, una tras otra, arrastradas por la corriente.

Aeron se incorporó algo decepcionado con las respuestas que la anciana le había dado.

La anciana lo miró buscando en sus ojos alguna respuesta.

—Te irás… —dijo ella siguiendo la mirada del Protector de la Sombra.

—No aún. Pero pronto. —contestó Aeron decidido.

—Escúchame bien, Aeron Nightshade. La sombra no existe para reclamar la luz. Existe para custodiarla. No para poseerla.

El silencio se instauró por unos segundos, Aeron no respondió.

—Ella no necesita cadenas —continuó—. No necesita que la envuelvas hasta asfixiarla. La Luz Eterna no fue creada para ser protegida desde el miedo.

Aeron tensó la mandíbula, pero no apartó la mirada. Su sombra empezó a deslizarse sutilmente por el suelo.

—¿Miedo? —dijo con un tono de amenaza en su voz mirando fijamente a la anciana.

—Protégela —sentenció ella. La cara de Aeron volvió a relajarse —. Sí. Darías la vida sin dudarlo. Pero no la ates a tu oscuridad.

El violeta de sus ojos titiló un instante.

—Haré lo que tenga que hacer.

Las sombras ya se había deslizado hacia la entrada, como si ya supieran el camino.

—El mundo no está listo para ti —dijo la anciana.

—Yo tampoco —respondió él con honestidad.

Y desapareció en la oscuridad sin dejar rastro.

CAPÍTULO 38
ISIL

Las palabras de Nivaryn aún flotaban en mi mente nada más despertar, suaves pero afiladas, como si cada una hubiera sido colocada con cuidado para abrir una herida necesaria.

El Lumen Astraë existe para equilibrar lo que los dioses dividieron.
Si el Umbra Luxor es la prisión de la oscuridad, tú eres la luz, la voluntad y la esperanza.
Incluso la sombra más profunda nace de la luz.

El Lumen Astraë no solamente era un amuleto de protección, era una reliquia que albergaba un poder en su interior. Ya había reaccionado desintegrando a los enemigos, aunque todavía no sabía qué tan poderosa era esta joya.

Y aún faltaba descubrir el porqué de que cada vez que me había protegido emanando su poder, había acabado tan cansada.

Me levanté de la cama y miré la estrella sobre mi pecho.

Ni un brillo, ni una vibración, nada.

Ahora era simplemente una joya.

Llamaron a la puerta con dos golpes secos, parpadee desorientada pegando un salto brusco de mis pensamientos a la realidad.

Me envolví en la capa, el tacto de la tela aún tibia contra mi piel me calentó. Fui hasta la puerta y abrí.

Rion estaba allí de pie, cubierto de escarcha. Su cabello tenía mechones húmedos cayendo por la frente, sus ojos de ese ámbar

quemado me buscaron hasta que me encontré con ellos. Durante un instante ninguno dijo nada.

—Tenemos que prepararnos —dijo al fin, con la voz grave, ronca por el frío—. Salimos en un par de horas.

Asentí, pero sentí algo en su tono, en la forma en que evitaba mirarme directamente, me hizo entender que no hablaba solo del viaje.

Lo invité a entrar y Rion cruzó la habitación despacio, como si cada paso pesara más de lo que debía y cerré la puerta.

—¿A dónde iremos ahora? —pregunté interesada.

Se quitó los guantes, uno por uno.

—A Nymeris. Pero… —Su mirada se alzó, noté duda e incertidumbre en sus ojos.

—¿Pero…? —repetí mirándole con los ojos abiertos— siempre hay un pero contigo.

Una sombra cruzó su rostro. Dio un paso hacia mí, lo bastante cerca para que su aliento tibio se mezclara con el mío.

—No sabes lo que implica ir allí —murmuró.

El corazón me golpeó el pecho con fuerza.

Le miré con cariño, y sonreí apoyando mi mano derecha en su pecho.

Rion levantó una mano, la bajó rápidamente dudoso, pero finalmente volvió a levantarla y la apoyó sobre mi mejilla.

—No deberías mirarme así —susurró.

—Entonces deja de acercarte —respondí, aunque no me aparté.

Una sonrisa casi imperceptible cruzó su rostro.

—No puedo.

Me agarró de la muñeca y me acercó más a él. Nuestras miradas se encontraron y se inclinó lo suficiente para apoyar su frente en la mía; la distancia se redujo en el minúsculo espacio que quedó entre nuestros labios.

Su nariz rozó la mía. Su respiración rozó mis labios.

Cerró sus ojos y el silencio se alargó.

Afuera, el hielo tomaba las cornisas; dentro, el calor entre los dos tensaba demasiado.

—Si sigues mirándome así, no responderé por mí —murmuró con su voz grave.

Abrió los ojos y me sostuvo la mirada.

—Entonces no me mires tú —susurré.

Mi respiración se había vuelto lenta, como si el aire costara más dentro de ese espacio mínimo entre los dos.

Suspiró y dio un paso atrás apartándose de mí. El frío me volvió a recorrer el cuerpo en el momento que se alejó.

—Empaca lo necesario. No habrá descanso en el camino.

Cuando se giró para marcharse, me di cuenta de que no me había contestado.

—¡Rion! —grité en vano.

La puerta se cerró y el sonido de sus pasos resonaron perdiéndose por el pasillo.

Respiré hondo, intentando calmar el temblor que me había dejado en la piel. Su forma de mirarme, el roce… y la fuerza de sus manos.

Me dejé caer sobre el borde de la cama. El Lumen Astra emitió un resplandor suave bajo la tela, como si hubiera absorbido la intensidad de lo que acababa de pasar.

Me pasé una mano por el rostro, recomponiéndome.

Rion siempre había sido eso: un muro imposible de escalar. Pero algo en él estaba cambiando también.

Esa mañana había algo más. Algo que ninguno de los dos se atrevía a poner en palabras.

El pasillo estaba iluminado por la luz azulada que filtraban las vidrieras de hielo. El aire olía a pan recién hecho y a humo de leña.

Me ajusté la capa y bajé los escalones con la alforja colgando del hombro, tratando de ignorar el pulso inquieto del Lumen Astraë sobre mi pecho.

En el gran salón, el fuego ardía con fuerza en la chimenea, proyectando reflejos dorados sobre las paredes.

Rion y Aidan ya estaban allí.

El Protector del Fuego hablaba con un tono bajo, mientras revisaba unos mapas extendidos sobre la mesa. A su lado, Aidan lo observaba con esa calma que siempre parecía esconder una ironía latente. Cuando me vieron entrar, Rion levantó la vista; sus ojos se cruzaron con los míos un instante y luego volvió a fingir que revisaba los mapas.

—Buenos días —dijo Aidan, con una media sonrisa que parecía demasiado ligera para la hora—. Dormiste poco, por lo que veo.

—Demasiadas cosas en las que pensar. —contesté, dejándome caer en la silla frente a ellos.

Nivaryn apareció poco después, tan serena como siempre, su túnica blanca reflejando la luz del hielo. Depositó sobre la mesa un cuenco de fruta helada, carne a la brasa, una hogaza y una jarra de infusión humeante.

—Comed —dijo simplemente—. El viaje será largo, y la calma que habéis tenido aquí no la encontraréis allá.

Aidan sirvió el té con un ademán teatral. —La calma nunca fue mi especialidad —dijo, tendiéndome una taza—. Pero admito que la hospitalidad de Glaciaris es algo que podría echar de menos.

Rion, sin levantar la mirada de los mapas, masculló: —Tú echarías de menos hasta una tormenta si te dieran vino durante ella.

—Exacto —replicó Aidan, sonriendo, y dio un sorbo—. El truco está en sobrevivirla con estilo.

Nivaryn negó con un leve gesto, pero había un brillo de cariño en su mirada. Luego se volvió hacia mí. —¿Estás segura de que estás lista, Isil? El viaje a Nymeris no es solo distancia. Hay cosas en esas tierras que despiertan lo que uno prefiere mantener dormido.

El nombre me estremeció. Nymeris. Lo había escuchado en boca de Nivaryn la noche anterior, pero no imaginaba que ese sería nuestro siguiente destino.

—Estoy lista —dije, aunque no sabía si lo estaba de verdad.

Rion levantó la mirada por fin, clavando sus ojos ámbar en los míos. —No lo estás —dijo, sin dureza, solo con una calma triste—. Pero lo estarás en el camino.

No supe si agradecerle u odiarlo por tener razón.

El desayuno transcurrió entre silencios y frases medidas. Aidan mantenía el ambiente menos tenso con comentarios sarcásticos que Nivaryn ignoraba con dignidad. Rion, por su parte, revisaba las provisiones una y otra vez. Cuando terminó, se puso en pie y asintió hacia la puerta.

—Los caballos están listos. Partimos en cuanto terminéis.

Salieron uno a uno. Me quedé unos segundos mirando la taza vacía entre mis manos, intentando reunir el valor que el té no me había dado. Nivaryn se acercó por detrás, su voz suave, casi maternal.

—La decisión no se mide por lo que sientes, sino por lo que eliges hacer pese a ello. No olvides eso, portadora.

Asentí, incapaz de responder. Salí y el frío me recibió con la fuerza de un nuevo comienzo. En el patio, cuatro caballos aguardaban. Rion ajustaba la silla del mío, Lýrian, con movimientos precisos. Aidan ya estaba montado, jugando con las riendas mientras sonreía.

—¿Lista para otra aventura fuera de tu zona de confort? —preguntó, con una mirada traviesa.

—Deja de hablar antes de que cambié de idea —dije, intentando ocultar la sonrisa que me escapó.

Rion me ofreció la mano para subir, y al tocarla, el Lumen Astraë volvió a latir. Él lo notó. Nuestros ojos se cruzaron de nuevo, y por un instante, la distancia entre nosotros fue un espejismo.

—Nymeris nos espera.

CAPÍTULO 39

En la Sala de la Estrella se respiraba calma, la luz que bañaba la estancia no provenía de antorchas ni de cristales, sino del propio brillo que emitían las runas grabadas y que cubrían las paredes con un resplandor tenue y constante.

Rheon entró sin guardias, sus pasos resonaron suaves sobre toda la estancia y se detuvo en el centro exacto de la sala.

Allí seguía.

La runa de la Protectora del Hielo. El copo de nieve de ocho puntas se iluminaba en la piedra; pero no era por esa runa que había venido.

Otra runa había despertado; la misma que parpadeaba cuando Isil estuvo allí, la runa de Nymeris.

Dos líneas curvas entrelazadas. La runa del Protector de la Sombra.

Rheon no se inmutó. Sus ojos la contemplaban.

—Tú también has despertado por fin… —murmuró con un suspiro y una sonrisa ladeada.

Alzó la mirada hacia la cúpula estrellada del techo, donde la luz se concentraba en un punto imposible, como si el cielo mismo escuchara.

—La sombra se mueve —añadió en voz baja, más para sí que para nadie.

Durante un instante permaneció inmóvil, dejando que la luz de las runas se asentara. Luego, con un gesto casi imperceptible, se agachó y apoyó la mano sobre el centro de la estrella grabada en el suelo. La piedra estaba fría, pero viva.

—Isil… —susurró al fin, y su voz perdió toda dureza—. Cuídate.

GLACIARIS

El sendero continuó con bosques cubiertos de nieve. Más adelante se abrió rodeando una explanada con un lago congelado.

Nos quedamos callados, todos lo habíamos sentido… La presión en el aire.

Nivaryn se acercó con su caballo y vio el hielo, cómo le recorrían unas venas negras, como si corriese sangre. Se enderezó en su caballo, precavida. Sus ojos recorrían el paisaje.

Rion sujetó sus riendas y se colocó delante de mí.

— Pero qué… —replicó.

—Algo viene. Quédate detrás —susurró.

Sujeté bien las riendas y retrocedí para no molestarlos.

—Están cerca —dijo Nivaryn atenta—. El hielo los reconoce.

De la bruma que descendía por el paso superior, surgieron tres figuras negruzcas, envueltas de bruma negra. Seres oscuros. Hechiceros, vasallos de Veskar. Mientras se acercaban se podía ver como movían sus manos y sus labios, de un momento a otro, una bruma oscura delante nuestra se extendía y empezaron a salir sombras.

—Merisyn —susurró Aidan.

—¿Merisyn? — pregunté, cubriéndome detrás de él.

Aidan se giró, no creía que le hubieran escuchado y afirmó con la cabeza mirándome—. Son masas de oscuridad formadas por espíritus errantes, tanto animales como humanos. Los hechiceros abren portales y así es cómo pueden llegar donde quieran.

Rion desenvainó la espada con un movimiento seco; la hoja ardió en un resplandor ámbar. El fuego no se extendía sin control, lo contenía, acumulando la llama ardiente.

—¡Aidan, a la derecha! —gritó.

El viento respondió antes que el propio Stormrider. El Protector del Viento se lanzó hacia donde le había dicho su compañero.

El viento lo elevó; los pliegues de su capa moviéndose de un lado a otro, se detuvo y desde las alturas empezó a mover las manos, los brazos con movimientos envolventes y secos al finalizar. Un

torbellino ascendió desde el suelo, envolviendo a dos de los Merisyn y desintegrándolos en una lluvia de ceniza oscura.

Nivaryn se mantuvo inmóvil en el centro del valle, el cabello blanco ondeando. Cuando levantó la mano, el aire se cristalizó y una lanza de hielo puro emergió de la nada, con un gesto de su mano hacia delante, la lanza salió disparada atravesando al primer hechicero que se atrevió a invocar runas negras. El cuerpo cayó, congelado, sin sangre.

La lanza aún vibraba, enterrada en el pecho del hechicero. El eco de su conjuro se apagó en el aire helado. Con un gesto de la mano, Nivaryn la deshizo.

Sus ojos, fríos, se posaron en los cuerpos que se desintegraron sobre la nieve.

—No os confiéis —sentenció, con la respiración visible en la bruma. Volvió la vista hacia el lago, donde la oscuridad aún bullía bajo el hielo:

—Esto no ha terminado. El hielo murmura…

Rion dio un paso al frente, la llama danzando sobre su espada como una criatura impaciente. El calor se condensó a su alrededor, una muralla de luz anaranjada que chocaba con el azul helado del paisaje.

Cuando el segundo hechicero extendió las manos para lanzar otro conjuro, Rion giró sobre sí mismo, la hoja trazando un arco de fuego que cortó el aire en dos.

La llamarada se curvó y golpeó el pecho del enemigo; el impacto lo arrojó hacia atrás, pero del hielo surgieron más sombras, retorciéndose como raíces negras.

Rion gruñó.

—¡Malditos espectros, no pienso volver a veros renacer!

Avanzó entre ellos, a cada paso derritiendo la nieve bajo sus botas. Una garra de sombra se abalanzó sobre su hombro; Rion giró el torso y la espada encendida cortó la oscuridad en dos. El fuego chispeó, dejando un resplandor efímero que iluminó el rostro de Isil.

En mi mente se cruzaban destellos de la noche anterior: la voz de Nivaryn, las manos de Rion, el eco de la profecía.

Incluso la sombra más oscura nace de la luz.

Los vi luchar, podía sentir cada vibración de los poderes a su alrededor: el fuego de Rion abrasando el aire, el viento cortante de Aidan contra los Merisyn, el hielo vivo de Nivaryn cerrándose sobre los enemigos. El Lumen Astraë brillando cada vez más fuerte y aun así, las criaturas seguían surgiendo, una tras otra.

El tercer hechicero alzó sus manos cubiertas de marcas negras y pronunció una palabra que hizo temblar la superficie helada. De la grieta emergió una masa aún mayor: una bestia amalgamada, cuatro rostros humanos fundidos en uno, gritando en silencio.

—¡Isil, atrás! —Rion se interpuso, el fuego envolviéndolo como una armadura viva. La temperatura subió, la nieve empezó a derretirse bajo sus botas. Se giró hacia mí, los ojos ardiendo.

—¡No dejes que te alcance! ¡El poder de ese colgante atrae su magia!

Apreté la mano sobre el Lumen Astraë.

—No puedo pararlo. Está respondiendo a vosotros.

Aidan giró sobre sí mismo, liberando una ráfaga de aire tan intensa que el bosque crujió.

—¡Rheon va a sentir esto hasta en Elarion! —maldijo, empujando a la criatura hacia el lago congelado.

Nivaryn cerró los ojos y pronunció un canto en lengua antigua.

Elyen frëa thal'vyn, veskar naédrin, lumen'yar ithar elen'ael.

Que el hielo recuerde, que la oscuridad se quiebre, que la luz dormida despierte en el frío eterno.

El lago se partió en mil fragmentos.

—¡Ahora! —gritó Nivaryn.

Aidan me miró y bajó su mirada al colgante.

—Isil, haz que brille —dijo, decidido.

Cerré los ojos, suspiré manteniendo el control y el Lumen Astraë se encendió como un sol, envolviéndome en un halo blanco y plateado. La energía me levantó del suelo unos centímetros. Mi

cuerpo tembló; el poder era demasiado, notaba una sobrecarga en el centro del pecho.

—¡Isil! —gritó Rion, corriendo hacia mí, pero el viento lo empujó hacia atrás.

—¡No te acerques! Está canalizando —espetó Aidan.

La luz estalló. Durante un segundo eterno, el bosque entero del norte de Glaciaris pareció respirar. Los Merisyn se deshicieron y el agua se purificó hasta volverse transparente.

Cuando el silencio volvió, caí al suelo, exhausta y sin fuerza en el cuerpo. El colgante fue apagándose poco a poco.

Sentí como unos brazos fuertes me cogieron, y una voz rota cerca de mi oído.

—Te dije que no estabas lista —su voz se quebró mientras sujetaba mi cuerpo.

Apenas pude sonreír, seguía exhausta, el cuerpo me dolía y casi no podía mantenerme consciente.

Nivaryn avanzó despacio entre la bruma que empezó a disiparse, la túnica rozaba la nieve. Se agachó delante mía; me agarró la mano y observó el colgante apagarse; luego alzó la vista hacia Rion.

—El Lumen Astraë ha respondido. No podemos quedarnos aquí —dijo mientras se incorporaba—. Levántala, nos vamos.

Rion miró a Nivaryn de reojo, no tenía idea de lo que estaría pensando.

—Dale un momento, ¡por Dios! —gritó Rion mientras me ayudaba a levantarme.

Lo miré desde abajo. Todos estábamos cansados, pero estaba claro que aquí no nos íbamos a quedar. La primera vez que el Lumen reaccionó él tuvo que cargar conmigo.

Nivaryn se acercó a Rion, seria.

—O nos movemos o vendrán más, tú decides —no le apartó la vista al Protector del Fuego.

Los brazos de Rion se tensaron bajo mi cuerpo.

—Estoy bien, estoy bien —dije reincorporándome poco a poco y sacudiéndome la ropa.

Aidan exhaló, el viento a su alrededor comenzaba a calmarse, como una criatura obediente que se rendía al silencio.

—Sí, esto ha hecho ruido en más de un sentido —murmuró— Si seguimos aquí cuando anochezca, estará lleno. No hace falta que el viento me lo diga.

Rion asintió, aún sin soltarme.

—¿Puedes mantenerte en pie? —preguntó sosteniendo mi brazo.

Asentí.

Nivaryn miraba hacia el horizonte, donde el cielo se teñía de gris violáceo; mientras iba a por su caballo, montó y se acercó al grupo.

—Nos moveremos al este, hacia las montañas —su mirada pasó de Rion a Aidan—. No quiero otro estallido como este. Si ella vuelve a canalizar, ninguno saldrá ileso —ajustó el manto, subió a su montura con un movimiento ágil.

—Partimos ya. Cada minuto que el hielo guarda silencio es un minuto valioso.

Rion me ayudó a subir a Lýrian. Me aferré a la montura mientras notaba el peso del colgante. Era la primera vez que me hacía levitar de esa forma, no era una simple explosión de luz. Aún tenía mucho que descubrir.

CAPÍTULO 40
ISIL

Rion cabalgaba a mi lado sin decir palabra. La mirada fija al frente, los nudillos apretando las riendas. Podía sentir su rabia.

Aidan avanzaba un poco más adelante. De vez en cuando miraba hacia atrás. El viento no se había ido, seguía girando suavemente alrededor nuestro.

Nivaryn nos guiaba.

Su silueta blanca se recortaba contra la nieve. La oía murmurar oraciones antiguas, quizá para calmar el hielo u otros seres.

El mundo se estrechaba entre el ritmo de los cascos y el silbido del viento. El cielo se había vuelto de un naranja pastel, y la luz del atardecer se reflejaba sobre la nieve como si todo el paisaje respirara.

No me dolía nada, era más bien un cansancio profundo. Cada respiración me recordaba que la energía que había canalizado aún la notaba por dentro.

El Lumen Astraë descansaba contra mi pecho, frío, silencioso. Su luz se había apagado hacía rato.

Miré al Protector del Fuego de reojo. Tenso, la mirada fija al frente. Sabía que me observaba sin hacerlo evidente. Sin quitarle la vista, recordé todas las veces que me había salvado. Desde el primer momento en que apareció en el bosque defendiéndome y ofreciéndome su mano. No me conocía, ni yo a él.

A veces pienso que, si no hubiera aceptado su ayuda y lo hubiera seguido hasta Elarion, tal vez ni siquiera seguiría viva.

Un copo de nieve cayó sobre la crin de Lýrian. Lo observé derretirse, deslizándose como una lágrima líquida. El aire era tan frío

que cada exhalación salía visible, blanca.

Más adelante, Aidan y Nivaryn seguían hablando en voz baja. No alcanzaba a oírlos. Aidan gesticulaba poco, y ella, desde la montura, asentía con lentitud.

La nieve crujía bajo nosotros. Recordé el combate en el lago, imágenes que no quería revivir venían a mi mente: la luz envolviéndome, la criatura oscura fundiéndose con la claridad que el Lumen liberó. Todo se había movido tan deprisa que apenas lo recordaba con precisión.

Cuando el Lumen liberó la luz, una corriente cálida, se extendió por todo mi cuerpo como si el universo respirara conmigo. Sentí el poder pasar, como hilos finos tejiéndose desde mi mente hasta mis músculos. Y cuando se fue, solo quedó el vacío que dejan las cosas sagradas: paz, cansancio.

Cerré los ojos un instante. El frío se coló bajo el abrigo, pero no me importó. Lýrian seguía avanzando, y yo solo pensaba en eso: en lo cerca que había estado de perder el control.

La tarde se volvió más suave, y el viento que nos rodeaba girando alrededor nuestro protegiéndonos, cansado de tanta vigilancia, se retiró. La tensión que había estado flotando entre nosotros se diluyó poco a poco, hasta quedar suspendida en el aire como el vaho de los caballos.

Durante unas horas, nadie habló. El mundo se redujo al ritmo de las monturas, el chasquido ocasional de las riendas y el crujido leve de la nieve que se derretía en los bordes del camino.

Cuando el sol empezó a esconderse, Nivaryn detuvo su montura junto a una arboleda baja.

—Descansaremos aquí —dijo sin volverse. Su voz tenía ese tono que no admitía réplica.

Desmontamos de los caballos. Aidan avivó una pequeña fogata con un gesto de la mano; el aire obedeció y la llama se elevó con un suspiro. El fuego reflejaba destellos anaranjados sobre nuestros rostros, y durante un rato solo se oyeron los crujidos de la leña y el canto distante de alguna criatura nocturna.

Me senté junto a la fogata, envolviendo las piernas con la capa. Aidan descansaba apoyado contra un tronco, jugueteando con un trozo de rama que giraba entre sus dedos; Rion vigilaba de pie apoyado en un árbol cercano, la mirada perdida en la oscuridad del bosque.

—No parece que vaya a nevar —murmuré, más para romper el silencio que otra cosa.

—No por ahora —respondió Nivaryn, con voz tranquila.

—No deberías preocuparte Isil. —dijo Aidan mientras se reincorporaba. — Tenemos a la protectora del Hielo. —señaló a Nivaryn con la cabeza y se encogió de hombros.

Nivaryn sacudió la cabeza.

—No puedo controlar el tiempo, solo el hielo. Incluso la memoria que guarda para cada uno es incontrolable para mí.

Aidan lanzó la rama al fuego y el chasquido de las brasas iluminó su sonrisa.

—¿Eso significa que puedo dormir sin congelarme o el hielo decidirá asesinarme esta noche?

—¿El viento no sabe cuándo guardar silencio? —replicó Rion sin mirarlo.

Aidan agachó la cabeza sonriendo de lado.

—Más que el fuego. —Sentenció el Protector del Viento alzando su mirada hacia Rion serio.

Nivaryn soltó un suspiro breve, exasperado, y se sentó frente a la hoguera. Permaneció unos segundos callada, mirando el fuego como si buscara en él la forma más adecuada de empezar. Su sombra se movía sobre la nieve con cada parpadeo de las llamas.

—Tenemos que decidir nuestra ruta —dijo al fin, con voz firme pero calmada—. Esta noche descansaremos, pero al amanecer seguiremos hacia el este. Si el viento y el hielo no cambian, llegaremos a la Puerta de la Estrella en uno o dos días.

Aidan giró la rama en el fuego, provocando una lluvia de chispas. — La puerta de la Estrella…

La Protectora levantó la vista, sus ojos se encontraron y el aire se tensó entre ambos pero ninguno habló. Solo se escuchó un leve susurro de viento que recorrió el campamento.

La respiración de Nivaryn se volvió más lenta, y Aidan apartó la vista del fuego, como si escuchara algo que no provenía de ninguna boca.

Su mirada, fija en la protectora del hielo, era intensa. Demasiado.

Enseguida intuí que estaban utilizando la conexión de la que me había hablado Aidan.

Por pura curiosidad, cerré los ojos y me concentré en lo profundo de mi mente, buscando algún hilo de luz… lo mismo que había sentido la última vez que el Lumen Astraë reaccionó. Apreté los párpados con fuerza, intentando ir más allá del simple silencio interior.

Al principio, solo vi oscuridad. Un espacio inmenso, vacío, a lo lejos dos pequeñas luces doradas difusas. Frente a frente, flotando en la nada, conectadas por un hilo tan fino que difícilmente se distinguía.

Me acerqué mentalmente a ellos, despacio, conteniendo la respiración. No los toqué, no quise alterar lo que fuera aquello. Solo observé.

A su alrededor, la oscuridad era absoluta, pero esos dos puntos irradiaban una claridad viva.

En la distancia, distinguí otro haz de luz, más débil. Di unos pasos con cautela. Su resplandor era diferente, un leve tono rojizo lo cubría.

Todo era vacío, infinito. Solo esas luces suspendidas, intercambiando algo que no podía oír.

Atraída por una sensación que no comprendía, miré atrás, al fondo; lejos vi una luz tenue, difusa, como si me observara, rodeada de un halo lila.

Me concentré en las dos luces suspendidas frente a mí, las que se mantenían flotando una frente a la otra.

No escuchaba nada, pero lo sentía: una vibración leve, como un pulso de energía que viajaba entre ambas.

Sabía que eran ellos —Aidan y Nivaryn—, comunicándose de un modo que escapaba al lenguaje común.

Cada destello era un pensamiento.

Desde mi lugar en la distancia, observaba sin atreverme a intervenir. A cierta distancia, una tercera luz titiló. Más débil. Cubierta por un resplandor rojizo que resplandeció una sola vez.

—¿Rion? —el pensamiento me cruzó fugazmente por la cabeza.

La tercera luz titiló una sola vez, como si respondiera al intercambio.

De pronto, un chasquido.

El fuego del campamento estalló en una llamarada, devolviéndome al mundo real.

Abrí los ojos de golpe. El aire olía a resina quemada y a nieve fundida. Nivaryn seguía con la vista clavada en las llamas; Aidan parecía distraído, lanzando pequeñas ramas al fuego como si nada hubiera pasado, pero la tensión en su mandíbula lo delataba.

—¿Qué pasa con la Puerta de la Estrella? —preguntó Rion, rompiendo el silencio con voz grave, justo donde la conversación se había quedado suspendida.

Su mirada pasó de Nivaryn a Aidan, luego a mí. Nadie respondió al instante.

Aidan fue el primero en mover un dedo, removiendo las brasas con una rama, fingiendo desinterés.

—Solo hablábamos de si vale la pena desviarnos —dijo, sin levantar la vista—. No hay mucho que ver en un montón de ruinas heladas, ¿no?

Rion lo observó un segundo más, frunciendo el ceño.

—Depende.

Aidan sonrió con calma al Protector del Fuego, pero su mirada se cruzó con la de Nivaryn. Un intercambio invisible pasó entre ellos, rápido como una corriente de aire.

Ella intervino entonces con una voz más controlada de lo normal:

—Es un sitio antiguo. Sagrado. Descansaremos allí. Nada más.

—Eso no suena a "nada más" —murmuró Rion, sin apartar los ojos de ella.

Guardé silencio un rato, los escuchaba mientras las chispas del fuego subían y morían en el aire. Aún podía ver en mi mente: esas luces flotando, los hilos de energía entrelazándose, la sensación de haber contemplado algo que no debería haber visto.

Un escalofrío me devolvió a tierra. Me acerqué más a la hoguera y apoyé los brazos sobre las rodillas extendiendo mis manos para sentir el calor del fuego.

Aidan me tendió una sonrisa tranquila.

—Estás muy callada.

—Solo estaba pensando... —respondí. Me había sorprendido así que saqué el primer tema que me vino a la mente—. En lo distinto que es todo aquí. Echo de menos Eldara.

—¿Eldara? —repitió Aidan curioso.

—Mi mundo. Es… diferente. Más luces, coches... Aunque debo decir que las estrellas son diferentes aquí. —Una sonrisa se dibujó en mi cara.

Esta noche, el cielo brillaba cubierto de estrellas, iluminándonos. El viento suave, movía las llamas de un lado a otro.

Recostada en una piedra y abrigada por la capa y una manta, observaba las estrellas.

Pensé en mi abuela, en la forma en que levantaba la vista por las noches, buscando historias entre las constelaciones. Recordé su risa suave, su voz contándome…

Una sonrisa cansada se atisbó en mis labios, y sin pensarlo, susurré:

—Si mi abuela viera esto, diría que el mundo está cantando.

Aidan sonrió, levantando su cabeza y fijando su mirada en mí. Empezó a cantar en una lengua que no conocía. Era suave y ligera.

Shirael vael,

Eir'va shaal,

Nym'reth alor, myral eir'na.

Thalen'va en kaelor dormae,

Sirel vael, eir'va shaal,

Vael'tha rhael nae,

Thae'len vael, sirel dormae.

El viento danza,

Despierta alma,

No temas, el cielo se alza.

Camina entre la calma y la tormenta,

Susurra viento, alma despierta.

La luz es esperanza.

Que el viaje siga, que el aire cante.

El fuego crepitaba acompasando la voz de Aidan. El sonido de esa lengua era distinto a todo lo que había oído: no era áspero ni dulce, sino algo entre susurro y respiración. Sus palabras me resultaron extrañas, pero había una música en ellas que me tocó el alma.

El viento acompañaba cada verso, agitando la nieve del suelo en pequeñas espirales doradas por la luz del fuego.

Las chispas subían al cielo y se perdían entre las estrellas, confundiendo fuego y firmamento.

Nadie hablaba. Ni Rion, ni Nivaryn. Hasta las montañas parecían escuchar.

—¿Qué… ha sido eso? —pregunté en voz baja. Mi corazón y mi mente se estaban recuperando. Una energía liviana y fresca me recorrió el cuerpo.

Aidan seguía mirando el fuego, con el mismo gesto tranquilo de siempre, aunque su mirada tenía un brillo distinto, más profundo.

—Una canción antigua —respondió—. Los míos la llaman Vael'lor.

—¿Vael'lor? —repetí, saboreando el sonido extraño del nombre.

Asintió lentamente.

—Significa *la luz del alma*. Es una plegaria de Aelinthar. Se canta cuando el miedo engulle y el corazón necesita valor. —Hizo una pausa breve y bajó la voz—. Sirve para recordarnos que aún respiramos y que seguimos aquí.

Ryslorn. Nymeris.
Aeron

En lo profundo de Nymeris, entre la neblina y la piedra dormida, Aeron descendía lentamente los peldaños interiores de la Torre de Lóreth preparándose para una de sus misiones.

Se detuvo a mitad de la escalera, apoyando una mano contra la pared. Una sensación de incertidumbre recorrió la espalda de Aeron. La sombra estaba inquieta.

Cerró los ojos y buscó en su mente a Isil y a los protectores que estaban con ella. Localizó sus hilos, pero a kilómetros también presintió un cúmulo de energías oscuras.

El cuerpo se le tensó y las sombras de su cuerpo surgieron deslizándose bajo sus pies. De un círculo, de una neblina negra, perfecto en el suelo, las sombras empezaron a elevarse y formaron una silueta. Más alta que él.

La silueta se acercó a Aeron y le habló.

—Ella está en peligro.

La voz lo alcanzó sin aviso, grave, seca, imposible de ignorar.

Aeron apretó los puños y unas sombras salieron deslizándose desde sus manos hasta sus antebrazos.

Aunque no había amenaza en esa voz, Aeron lo entendió de inmediato. No necesitaba explicaciones.

Algo en su pecho se contrajo, un presentimiento que no venía de la razón sino de esa parte suya que siempre había sabido más de lo que admitía.

Volvió a cerrar los ojos. Buscó la luz de Isil en su mente y se abrió paso. Le daban exactamente igual las consecuencias.

Allí estaba ella, con el rostro tenso, sus hombros caídos, los labios apretados y la luz del Lumen Astraë temblando sobre su piel clara.

No había gritos, solo ese miedo silencioso que se queda atrapado dentro del pecho. Lo sintió, tan claro que le dolió.

Aeron abrió los ojos. La silueta se había deshecho, disolviéndose en un remolino oscuro y retrocediendo de nuevo hacia su cuerpo.

El corazón le golpeaba con fuerza, empujándolo a actuar.

CAPÍTULO 41
ISIL

A la mañana siguiente la nieve estaba compacta y los cascos de los caballos se mantenían sobre la superficie nevada.

Nivaryn tomó la delantera, guiando con precisión hacia el este.

Aidan iba detrás de ella, atento a cada cambio del viento.

Rion iba a mi lado, serio como siempre y la capa cubierta de escarcha.

Cabalgamos en silencio un buen rato.

—¿Vas a seguir ignorándome mucho tiempo? —pregunté al fin, sin mirarlo.

No respondió.

—Podrías decir que estás enfadado. O que no te importa. Lo que prefieras.

Sus dedos se cerraron un poco más sobre las riendas.

—Hablar no cambia nada.

—El silencio tampoco —repliqué.

Pasaron unos segundos. El sonido de los cascos llenó el espacio entre nosotros.

—Siempre haces eso —añadí—. Te cierras. Como si desaparecer fuera una forma de proteger a alguien.

Giró levemente la cabeza, lo justo para que supiera que me había oído.

—No sabes de lo que hablas.

—Te vi en el lago —dije entonces, más bajo—. Pensaste que no iba a salir de ahí.

Su mandíbula se tensó.

—Pensé —respondió— que no debía perderte de vista.

—Eso no es lo mismo.

El viento sopló entre nosotros, frío, insistente.

—Rion… —empecé.

—No ahora —me interrumpió, sin dureza.

Avanzamos entre los riscos.

El camino se estrechaba hasta convertirse en una hendidura en la montaña. A ambos lados, muros de piedra y hielo se alzaban afilados, recorridos por vetas azuladas que brillaban cuando la luz las rozaba. El viento descendía en corrientes cerradas, susurrando entre las paredes como si el paso mismo vigilara a quienes lo cruzaban.

El aire olía a hielo puro, limpio y cortante. Bajo la escarcha, la piedra mostraba marcas antiguas, casi borradas, que parecían guiar el sendero más que señalarlo.

Me acomodé de nuevo en la silla, dejando que la nieve se pegara a mi capucha y desapareciera poco a poco con el calor de mi cuerpo.

—El camino se pone resbaladizo aquí —dijo Rion, señalando un tramo de hielo bajo la nieve—. Vigila los pasos de Lýrian.

Cabalgábamos tan cerca que, de cuando en cuando, nuestras capas se rozaban. No era el frío lo que me empujó a hablar, sino ese silencio denso que se había instalado entre nosotros.

—Nunca me has contado nada de ti —dije con un hilo de curiosidad más que de reproche.

—No hay mucho que decir —respondió Rion, la voz baja, casi arrastrando las palabras.

—Siempre dices eso. Pero seguro hay algo… —insistí, empujando un poco el muro que nos separaba—. Tu infancia, tu familia, cómo llegaste a ser… esto.

Después de varias horas, por fin me sostuvo la mirada. Sus ojos tenían ese color rojizo como si el fuego naciera en ellos.

—Nací en el sur de Elarion —dijo al fin—. En los barrios bajos.

—¿Y tu familia? —pregunté, suavizando la voz.

—Mi padre murió cuando era niño. Mi madre sigue cuidando de mis hermanos. Crecí trabajando en una herrería… después me hice mercenario. El calor del metal fue mi primer maestro. —Hizo una

pausa, como si buscara que entendiera cada palabra. —El segundo… fue el hambre.

No pude evitar que un escalofrío me recorriera. No era la confesión de un héroe, sino de alguien que había tenido que sobrevivir antes de aprender a vivir.

—Aidan dice que el fuego responde al corazón —dije en voz baja.

—Aidan dice muchas cosas. —replicó, con un gesto casi imperceptible que dejaba entrever cansancio y desafío al mismo tiempo.

Lo observé de perfil: la mandíbula tensa, los nudillos apretados sobre las riendas, la mirada clavada en el horizonte, y por un momento, parecía que todo el mundo que lo rodeaba se desvanecía.

—¿Y ahora? —pregunté—. ¿Qué te mueve, entonces?

—Tú.

Lo dijo tan suave que dudé de haberlo oído.

—Tú —repitió alzando la voz más firme mientras alzaba la cabeza y volvía a mirarme—. Protegerte. Es mi deber.

El aire entre nosotros se volvió pesado y cálido a la vez, como si cada palabra flotara antes de asentarse.

Solo se oía el roce de la nieve contra los cascos. Quise decir algo, cualquier cosa, pero las palabras se quedaron atascadas detrás del nudo que me dejó su respuesta. Me quedé quieta, con los dedos agarrotados sobre las riendas, sintiendo una sensación pesada en el pecho.

—Siempre dices que es tu deber —murmuré al fin—. Pero eso no explica por qué sigues aquí, cuando podrías marcharte.

Rion mantuvo la mirada al frente, los caballos crujían bajo nosotros y el viento giraba entre los riscos. Me aferré más fuerte a las riendas de Lýrian, intentando no traicionar el nerviosismo que me recorría.

—No todo lo que uno hace necesita explicación.

—Sí, pero tú siempre pareces tener una. —Sonreí de lado, inclinándome un poco hacia él—. Menos cuando se trata de ti.

Rion soltó el aire con fuerza, como si librarse de mis preguntas fuera un ejercicio físico.

—No me voy simplemente porque no quiero —dijo, al fin—. No cuando todavía hay algo que puede destruirnos.

—¿Y qué pasa cuando esto termine?

—Cuando termine, tú volverás a tu mundo. —La voz le salió seca, seria. Ni una pizca de duda, ni suavidad: cada palabra parecía tallada en hielo.

Al escucharlo, sentí un tirón en el pecho. No era enojo, ni tristeza directa: era la certeza de que algo entre nosotros quedaba fuera de su alcance, imposible de retener. Mis dedos se aferraron con más fuerza a las riendas. Mis labios se entreabrieron, pero no encontré nada que decir; solo podía mirar su perfil, intentando descifrar el muro que había construido alrededor de sí mismo.

—¿Y tú?

—Seguiré con lo que estaba haciendo antes de encontrarte.

Lýrian resopló, sacudiendo la cabeza y haciendo que unos copos de nieve cayeran sobre mi hombro.

Sentí una punzada, una mezcla de pena y rabia por lo injusto de todo.

—A veces hablas como si cargaras con el mundo entero —dije con algo de frustración en mi voz.

—Tú lo haces —replicó con calma—. Yo solo intento que no te aplaste.

Quise reír, pero no pude. Me limité a observarlo mientras el viento agitaba su capa y la nieve formaba pequeños remolinos alrededor de nuestros caballos.

Aidan giró un poco más adelante, mirándonos por encima del hombro, con una sonrisa pobremente disimulada.

—¿Vamos a seguir fingiendo que esto es una excursión tranquila? —gritó.

Rion frunció el ceño.

—Concéntrate en el camino.

—Solo digo que la tensión puede derretir el hielo antes que el sol —bromeó Aidan, dándole una palmada al cuello de su montura antes de acelerar el paso.

Lo vi alejarse con esa ligereza suya que todo lo suavizaba, y volví la vista hacia Rion.

—¿Por qué es así contigo? —pregunté— ¿Siempre tan… distante?

—Aidan es viento. No puedes sujetarlo.

—Y tú, eres fuego. Y tampoco parece que te guste dejarte tocar.

—Depende de quién lo intente. —Su tono fue bajo, casi un gruñido.

Esa respuesta me encendió la piel. No lo miré; sabía que si lo hacía, perdería la calma.

El comentario me golpeó más de lo que debería. No supe qué responder. Me limité a mirar hacia otro lado, fingiendo que el paisaje exigía toda mi atención. El viento me azotó la cara, helado, como si el mundo mismo me recordara que el fuego no siempre abriga.

Seguimos avanzando, dejando atrás un tramo de terreno escarpado. A cada paso, la nieve era más espesa y los árboles, más retorcidos. El día empezaba a desvanecerse, y con él, la claridad.

Nivaryn levantó la mano desde el frente, deteniéndonos.

—No más avance por hoy —anunció la Protectora con voz firme—. El hielo del este cae rápido al anochecer. No es buena idea seguir cuando la temperatura baja.

—¿Cuánto falta hasta la Puerta? —preguntó Rion acercándose a ella.

—Un día, si el tiempo no cambia. Pero esta zona no es segura de noche. —sus ojos escudriñaron el horizonte, donde el sol ya rozaba las montañas—. Conozco unas cuevas más al norte. Pertenecieron a los primeros guardianes de Glaciaris. Son estables y secas. Pasaremos la noche allí.

Sin esperar respuesta, giró el caballo y comenzó a ascender por un sendero angosto que se abría entre las rocas.

La seguimos.

El viento se levantó, gélido y cargado de copos que se arremolinaban entre los cascos. Me subí la capa hasta cubrirme casi por completo, dejando solo un resquicio para respirar.

Rion avanzaba detrás de mí, tenso, los hombros rígidos como si estuviera esperando una emboscada. Cada sombra parecía dibujarse con peligro a sus ojos. Yo mantenía las riendas firmes, sintiendo cómo el silencio entre nosotros se hacía casi sólido, una chispa que se negaba a apagarse.

Tras casi una hora de marcha, Nivaryn detuvo su caballo frente a un muro de hielo. Extendió la mano y murmuró algo en una lengua que no conocía. El hielo crujió con un gemido profundo, y una grieta vertical se abrió lentamente. Respiré hondo, el frío afilando mis pulmones, y desmonté, temblando ligeramente por la mezcla de aire helado y emoción.

—Aquí —dijo Nivaryn desmontando con agilidad—. Estaremos protegidos hasta el amanecer.

Entramos uno por uno. Aidan encendió la antorcha primero; la luz dorada bailaba sobre los cristales del techo, transformando la caverna en un palacio de hielo dormido. Rion descargó las alforjas en silencio, y yo me quité los guantes, frotándome las manos hasta que el calor regresó.

Mis botas crujieron sobre el suelo helado mientras ajustaba la antorcha que llevaba. Aparté pequeñas estalactitas que colgaban del techo, dejando que la luz dorada iluminara el camino.

Cada movimiento parecía amplificado por la quietud del lugar.

El murmullo del viento afuera era constante, como un animal esperando en la entrada. Me agaché para acomodar la capa sobre mis hombros y observé a Rion, sus hombros tensos incluso dentro del resguardo.

—Descansad —dijo Nivaryn—. Mañana alcanzaremos La Puerta de la Estrella.

Rion echó una rama al fuego. La llama chisporroteó, iluminando su rostro, y nuestros ojos se cruzaron un instante. Me giré hacia el fuego, moviéndome inquieta, sintiendo que el silencio me aplastaba.

Aidan lanzó una piedra al aire y la atrapó, una y otra vez, mientras Rion afilaba la espada. Yo me movía entre ellos, jugando con el borde de mi capa, ajustando mi colgante y frotándome los brazos para entrar en calor.

Nivaryn observaba las llamas, inmóvil, como si escuchara algo más allá del crepitar.

Yo estaba entre Nivaryn y Aidan, enfrente tenía a Rion.

—Deberías dormir un poco —dijo Rion, sin levantar la vista de la hoja.

—No puedo. —Me encogí de hombros, frotándome las manos todavía frías—. Cuando cierro los ojos, todo sigue ahí: el lago, las sombras, el colgante…

—Y tus preguntas —añadió Aidan con media sonrisa, dejando caer la piedra.

—Sobre todo mis preguntas.

—Entonces hazlas —intervino Nivaryn, con un tono tranquilo que sonaba más a orden que a permiso.

Me levanté un poco, acomodando mi capa alrededor de los hombros, sintiendo el calor crecer cerca del fuego mientras decidía qué preguntar primero.

—¿Cuándo podré volver a mi mundo? —me giré hacia ella.

Los tres protectores me miraron. El fuego reflejaba en sus rostros sombras danzantes, y el murmullo del viento afuera parecía retener la respuesta.

Nivaryn tardó en hablar, como si estuviera escuchando algo más allá de la caverna.

—Es posible que las piedras de los protectores… puedan ayudar —dijo al fina en un murmullo mientras volvía a dirigir su mirada celeste hacia nosotros.

—¿Por qué decidiste unirte? Podrías haberte quedado en el Santuario… —le pregunté a la Protectora del Hielo. Puede que sea una pregunta directa, pero necesitaba saberlo.

—Durante siglos, he estado aislada —miró al suelo sin emoción ninguna y tomó aire—. Pero cuando el hielo comenzó a hablar, comprendí que aquello que estaba dormido se estaba despertando.

—Hablas como si los dioses hubieran cometido un error —intervino el Protector del viento inclinándose hacia delante y con un tono serio en su voz.

—Lo cometieron —la respuesta fue tajante.

Rion dejó de afilar la espada y clavó su mirada en la Protectora del Hielo.

—¿Qué clase de error? —preguntó.

Nivaryn alzó la vista, y por un momento su semblante dejó entrever algo casi humano, como un cansancio antiguo.

—Su deber era proteger Aeloria, pero no lo hicieron, y ahora la oscuridad ha vuelto.

—Y aun así seguís sirviéndoles —repliqué.

—Yo no sirvo a nadie —dijo Rion mirándome con la mandíbula tensa.

—Tu Dios es el que te ha elegido y el que te da poder —sentenció Nivaryn con una mirada intensa a Rion.

El silencio cayó entre nosotros.

Ni Aidan intentó hacer un chiste. El sonido del fuego fue lo único que llenó el espacio.

Rion emitió un gruñido bajo y guardó la espada.

—El fuego solo consume.

Sentí que un escalofrío me atravesaba la columna. Mis dedos se cerraron sobre el colgante, buscando un ancla frente a la advertencia de Rion.

—¿Solo consume…? —musité, más para mí misma que para él—. ¿Nada puede detenerlo?

Mis ojos se clavaron en las llamas, como buscando respuestas en el crepitar. Respiré hondo, intentando calmar la inquietud que subía desde mi pecho.

Aidan, que había estado observando con la paciencia de quien espera su turno, soltó un suspiro y se dejó caer de espaldas.

—Qué grupo tan inspirador somos. Uno que puede explotar en cualquier momento, otra escucha al hielo, y yo hablo con el viento. —dijo Aidan sonriendo.

—Y yo tengo un colgante que brilla cuando estoy a punto de morir. —intervine con una media sonrisa y un suspiro.

Aidan giró la piedra entre los dedos, sonriendo.

—Y ese colgante, según el Emperador, es mucho más ¿verdad?

—No. —Me enderecé de golpe—. Dijo que existe otro… su reflejo. El… Umbra Luxor, lo llamó.

El nombre flotó un instante en el aire.

La Protectora del Hielo alzó la cabeza despacio. La llama del fuego le recortaba el perfil, duro y sereno.

—Umbra Luxor —repitió Aidan en voz baja, con una cadencia antigua—. La Sombra de la Luz…

Sus ojos, siempre distraídos, tenían ahora la gravedad de quien recuerda demasiado.

—¿Lo conoces? —pregunté.

El Protector del Viento dejó la piedra a un lado y apoyó los codos en las rodillas inclinándose hacia mí.

—Si tu pregunta es si lo he visto, no. He leído, he escuchado… y el viento trae nombres.

Nivaryn no apartó la vista del fuego.

—Yo sí lo he visto —dijo al fin, sin dramatismos—. El hielo me lo mostró, hace años.

Rion enderezó la espalda.

—Explícate.

—El Santuario guarda memorias como bien recordaréis. A veces muestra más de lo que pido. —Nivaryn habló despacio, escogiendo bien cada palabra—. Vi dos colgantes naciendo. Uno, era la estrella plateada que llevas —me señaló con un gesto breve—. El otro… la misma estrella en negro, con detalles diferentes y con una gema circular roja incrustada en el centro.

Aidan asintió, serio llevándose una mano al mentón y dando golpecitos.

Me humedecí los labios.

—Si el Lumen y el Umbra se encuentran… ¿qué ocurre? —pregunté.

Nivaryn sostuvo mi mirada.

—Depende de quién los una y para qué. Si es para romper el sello, todo se inclina hacia la ruina. Si es para equilibrar, la luz manda…, Y ahora durmamos.

RION

La cueva estaba en silencio. Solo el fuego respiraba.

Todos dormían ya. Aidan, recostado con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía tan tranquilo que hasta el viento se había rendido a su calma. Nivaryn reposaba cerca de la entrada, con los ojos cerrados y el hielo de la pared reflejando su luz azul.

Y ella…

Isil dormía a pocos pasos, envuelta en su capa. Y, aun queriendo, Rion no logró apartar la mirada.

Cada vez que el fuego crepitaba, algo dentro de él respondía, como si el fuego mismo quisiera acercarse a esa luz.

El recuerdo del día seguía fresco: su voz, sus preguntas, la forma en que la miró y le dijo «*Tú. Protegerte. Es mi deber*.».

No debía haberlo hecho.

Se pasó la mano por la cara queriendo borrar esas palabras, pero el recuerdo en los aposentos en el Santuario de Nyr, regresó con la misma intensidad:

El roce de mi mano sobre su mejilla, el temblor en su voz al susurrar

No deberías mirarme así.

Su mirada lo atravesó; su voz, suave, aún le temblaba en la memoria.

El fuego crujió, Rion abrió los ojos, con la mirada fija en las brasas. Nunca debió tocarla. Nunca debió acercarse tanto. Pero el calor seguía ahí, vivo, imposible de apagar.

Deslizó una mano sobre su brazo izquierdo, su marca se iluminaba manteniéndole caliente.

Desde niño lo había sentido: esa voz antigua, latente, como un rugido que despertaba solo cuando perdía el control.

Miró de nuevo a Isil. Ella tembló entre sueños, y sin pensarlo, Rion se quitó la capa y la cubrió con cuidado. Sus dedos rozaron un mechón de su cabello; una descarga leve, imperceptible que recorrió el aire.

El Lumen Astraë brilló un segundo, suave, como si reconociera el gesto.

Rion retrocedió.

El corazón le martillaba el pecho. Cada vez que la rozaba, el fuego respondía, la marca ardía más fuerte y una sensación cálida, dulce y explosiva que lo empujaba más hacia ella.

Se quedó de pie frente al fuego. La llama proyectaba su sombra en la pared. Las brasas respondieron con un crujido breve.

Se obligó a apartar la mirada, como si ese gesto bastara para contener al dios que ardía en su interior.

Sabía que Nymeris estaba cerca. Y que lo que aguardaba allí, ni siquiera él podía imaginarlo.

Volvió a mirar a sus compañeros dormidos y el viento aulló en la entrada de la cueva, trayendo con él un murmullo que heló el aire.

Por un instante, creyó escuchar su nombre. El fuego titiló, y durante un segundo juró ver en las llamas una silueta dorada, casi humano, observándolo desde dentro.

Vaëthar an lôr sylraen narë…
No estás solo. El fuego y la sombra nacieron juntos.

CAPÍTULO 42
ISIL

Me desperté con un aroma delicioso recorriendo la cueva. Tardé unos segundos en abrir los ojos, aún pegados por el sueño. Había dormido mejor que en toda la travesía; el frío no me había alcanzado y la hoguera seguía viva, lanzando destellos anaranjados sobre las paredes de roca.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—El sol saldrá en cualquier momento—contestó Aidan—. Vamos, Isil. Ven a comer algo —removía la olla llena de caldo, carne y arroz —. Hoy no pararemos.

Me incorporé despacio y una capa que no era la mía, se deslizó hasta el suelo.

Rion.

La recogí y la doblé varias veces.

Busqué a Rion con la mirada. Y allí estaba, apartado, afilando su cuchillo con una piedra y el ceño concentrado.

Di varios pasos hasta llegar a él y extendí mis brazos para darle su capa doblada.

—Gracias. Espero que tú no hayas pasado frío. —dije.

Levantó la mirada del cuchillo, lo envainó y se lo guardó en el cinturón.

—No he pasado frío —contestó mientras cogía la capa de mis manos y la sacudía para desplegarla. Se la ató al cuello, cayendo por la espalda—. Anoche tiritabas. No sé si por el frío o por otra cosa. —dijo mirándome.

Quedé hipnotizada en esos ojos durante unos segundos. Los sueños que tenía cada vez eran más recurrentes.

—¡Isil! —gritó Aidan con entusiasmo en su voz.

Me sobresalté. Aparté rápidamente la mirada de Rion y vi a Aidan levantando, el que supongo que sería mi cuenco.

—Come o se enfriará —se levantó y caminó hacia nosotros— Él ya comió mucho, y el fuego, da más calor allí. Ven.

Agarró mi muñeca y me arrastró hasta la hoguera.

El cuenco que me tendió Aidan, tenía una pinta deliciosa. La carne estaba caliente, sazonada con hierbas, y el arroz en su punto. Comí en silencio, escuchando el crepitar del fuego.

Rion había vuelto a sacar su cuchillo para afilarlo. El sonido rítmico de la piedra contra el acero se extendía por la cueva.

Nivaryn, más cerca de la entrada, observaba afuera, como si pudiera leer lo que vendría.

—El hielo está inquieto —susurró Nivaryn, sin apartar la mirada del exterior.

Aidan se tensó ligeramente.

—El viento también —añadió mirando a la Protectora del Hielo. Cruzaron sus miradas serias.

—La Puerta de la Estrella es un lugar sagrado, ¿verdad? —preguntó Rion acercándose a la hoguera.

Nivaryn asintió a la pregunta.

—Avancemos rápido, cuando lleguemos descansaremos y analizaremos la situación. —Rion sacudió la cabeza para señalar a Nivaryn—. ¿Cuánto nos queda?

—¿No has escuchado lo que acaban de decir? El viento y el hielo están inquietos —me levanté de golpe.

Rion dio unos pasos hacia mí.

—¿Entonces quieres quedarte aquí? —señaló la cueva mirando arriba y a los lados—. Sé que tienes miedo Isil.

La expresión se me tensó al escuchar esa última frase. El enfado me subió desde el estómago, apreté los dientes para mantenerlo a raya.

Rion se acercó un poco más, su mirada, su expresión en la cara se tornó amable.

—Tienes a tres Protectores —su tono cambió, más duro y honorable. Miró a Aidan y a Nivaryn, asintiendo con la cabeza

buscando su confirmación de lealtad y protección. Los dos protectores le devolvieron el gesto—. Nada ni nadie te hará daño —puso su mano sobre mi hombro y lo apretó.

—Rion tiene razón. Debemos movernos; cuanto antes mejor. —Nivaryn intervino sacándonos de ese momento—. Llegaremos antes del anochecer a la puerta, si no hay contratiempos.

Terminé de comer y nos pusimos a recoger todo. Mientras yo guardaba los cuencos, ollas y demás enseres.

Rion apagó la hoguera aplastando las brasas con nieve; el vapor se elevó en un soplo blanco. Nivaryn se aseguró de que no quedara rastro alguno del fuego, ni de nosotros. Dibujó unas runas en el hielo, el cual, se empezó a levantar y a cubrir nuestro rastro.

Aidan les dio agua y comida a los caballos, ajustó las riendas y los preparó para salir.

Salimos de la cueva mientras el sol despuntaba entre las nubes, derramando una luz pálida sobre la nieve. Avanzábamos en silencio, cada uno concentrado en nuestro propio pensamiento. Cada tanto, una ráfaga más fuerte levantaba polvo helado y nos obligaba a bajar la cabeza.

Nivaryn marchaba delante, su capa blanca confundida con el paisaje. Detrás, Aidan silbaba una melodía apenas audible, como si tratara de distraer al propio viento. Rion iba a mi lado, la mano apoyada en el cuello de su caballo, los ojos fijos en el horizonte.

Pasó un rato antes de que me atreviera a romper el silencio.

—¿Por qué la Puerta de la Estrella es un lugar sagrado? —pregunté, sin saber bien a quién dirigirme.

Nivaryn giró un poco la cabeza, y el reflejo del sol se perdió en su cabello claro.

—Una vez la puerta se abra, dentro, nos encontraremos el Templo de Elar Thirën —respondió—. Creado incluso antes de que nosotros existiéramos. Se dice que la Diosa del Hielo Nirai y el Dios de la Sombra, Vareth, junto con los primeros Protectores del Hielo y la Sombra guardaron secretos y memoria dentro del templo.

—Aunque hay rumores —dijo Aidan sonriendo.

—¿Rumores? —pregunté.

—La piedra de la Sombra —Aidan miró a Nivaryn la cual iba con un talante serio.

—Una de las piedras… —murmuré.

—La más peligrosa. O la más necesaria, según a quién le preguntes. —contestó el Protector del Viento—. Son solo rumores. Y como ya dije, no entraremos. Nadie sabe cómo.

Guardé silencio unos segundos.

Metí la mano en mi bolsa y la saqué la piedra del Hielo. El cristal relucía, transparente como agua, y en su interior flotaba una runa azulada.

Nivaryn se giró hacia mí. Sus ojos brillaban al ver la piedra.

—Déjame verla.

Se la tendí con cuidado. Sus dedos, fríos rozaron el cristal. En cuanto lo hizo, una bruma ligera escapó de la piedra, reconociendo a su dueña.

Nivaryn cerró los ojos, y la runa se iluminó.

—Eir'Vael Niraiën… —susurró y una sonrisa se le dibujó en los labios—. No creí volver a verla.

Aidan la observaba en silencio.

—Pensé que pertenecía al templo de Nyr.

—Así fue. Hasta que el hielo decidió esconderla —respondió Nivaryn, sosteniendo la piedra—. Esta es la piedra del equilibrio emocional. Contiene la memoria de Nirai.

—Entonces… —dije, mirando la piedra— ¿para eso sirven? ¿Para contener recuerdos?

—No solo recuerdos —intervino Aidan—. Poder. Energía divina en su forma más pura. Cada piedra responde a un dios y a su protector. Si se usan mal, pueden desatar algo que ni los dioses quisieran despertar.

Me quedé mirando el reflejo azul.

—¿Y la del viento? —pregunté—. ¿Y la del fuego? Nadie habla de ellas.

Rion no respondió enseguida. Solo tensó la mandíbula.

Fue Nivaryn quien habló.

—Porque nadie sabe dónde están. La del viento se perdió cuando los templos de Aelinthar cayeron en ruina. La del fuego… —miró a

Rion de reojo—. lleva siglos sin rastro.

Rion seguía encima de Dravenor sin inmutarse.

Yo, en cambio, no podía apartar la vista de la piedra. El colgante, bajo mi capa, comenzó a latir con un brillo sutil, casi imperceptible.

Nivaryn lo notó.

—Te reconoce —dijo casi en un susurro—. La piedra del hielo y el Lumen Astraë comparten un origen.

El viento sopló más fuerte. Aidan se cubrió el rostro con el brazo.

—¿Y tú que quieres ahora? —preguntó Aidan al viento.

El aíre se arremolinó en él y salió como una ráfaga hacía delante.

El camino se ensanchaba, dejando ver árboles y explanadas de nieve. A medida que descendíamos, la montaña parecía abrirse. Los árboles, cubiertos por una capa blanca, se mecían con el viento.

La luz del sol se filtraba entre las ramas, deslizándose en haces dorados sobre el hielo. Algunas hojas secas colgaban aún de los abedules, vibrando con el más mínimo soplo.

Rion tiró de las riendas para detenerse. —Ahí —dijo, señalando con la barbilla—. ¿Lo veis?

A lo lejos, entre las montañas, una muralla de hielo brillaba con reflejos plateados.

La Puerta de la Estrella.

5 horas más tarde

El bosque se disolvía detrás, tragado por la niebla helada. Cabalgábamos sin hablar. Las ramas se abrían a nuestro paso como si reconocieran a los Protectores.

Frente a nosotros, el sol rebotaba en las laderas y una muralla de hielo y piedra se alzaba: la Puerta de la Estrella.

En el centro se elevaba una estrella de seis puntas grabada en el hielo, brillando sutilmente. Arriba, curvado en forma de arco, se distinguía unas runas, un escrito grabado en una lengua antigua.

El viento rugió entonces, los caballos relincharon con inquietud y el suelo tembló bajo sus patas.

—Aeloriano antiguo —susurró Aidan.

—¿Qué quiere decir? —pregunté mirando esa inscripción.

Aidan se encogió de hombros y bajó de su caballo.

—No lo sé. —Dijo en tono divertido.

Vi como Rion desmontaba y ataba a Dravenor en uno de los árboles cercanos.

—Voy a buscar algo para hacer fuego —sin más volteó su cuerpo y se perdió entre la niebla y los árboles.

La noche cayó rápido. Rion ya había regresado. Encendió una hoguera que chispeaba débilmente, reflejando su luz dorada sobre las paredes heladas. Las llamas parecían insignificantes ante la inmensidad de la Puerta.

Nos acomodamos alrededor del fuego.

—¿Segura que no quieres intentarlo? —Aidan miró a Nivaryn y después a la Puerta.

—Protector del Viento, hay cosas que mejor no tentar a la suerte. —contestó Nivaryn mirándole fijamente. —Solo se abre con una palabra y con la intención correcta. Si tienes tantas ganas descífralo —señaló con la cabeza a las runas curvadas encima de la estrella.

Aidan la observó por un largo momento, como si midiera sus palabras, pero al final sonrió y se encogió de hombros. No era la primera vez que desafiaba las advertencias de Nivaryn, pero había algo en el aire, en esa Puerta, que lo hacía más cauteloso de lo habitual.

El crujir de las ramas caídas y el susurro del viento eran los únicos sonidos que nos rodeaban, y, a pesar de la proximidad de la hoguera, la Puerta de la Estrella parecía aún más distante, como si sus secretos estuvieran más allá de nuestra comprensión.

La estrella de seis puntas grabada en el hielo brillaba con una luz propia, que a veces parecía intensificarse y otras desvanecerse, como si estuviera viva, observándonos.

Fue entonces cuando me levanté lentamente, mi mirada en la estrella tallada en el hielo con el rostro sereno, pero decidida.

Caminé hacia la Puerta sin dudar. Sabía que los Protectores me observaban en silencio.

Me detuve a pocos pasos de la Puerta, la estrella tallada brillaba débilmente, como si respirara. Su luz era fría, pero hermosa, y algo en mi interior me empujaba a acercarme más.

El viento se levantó con fuerza, como si la puerta misma estuviera respondiendo a mi presencia.

No pensé, solo levanté la mano. Mis dedos estaban a punto de rozar la superficie cuando una mano me sujetó el antebrazo con fuerza.

Rion.

Su agarre fue tan repentino que el aire se me escapó. Me giró hacia él, sus ojos ámbar fijos en los míos, ardiendo con ese fuego que nunca necesitaba palabras.

—No lo hagas. —dijo, sin alzar la voz, pero con una intensidad que helaba más que el viento.

Intenté apartarme. —No iba a—

—Sí, ibas. —me interrumpió, bajando apenas el tono. —Y no sabes lo que podría pasar si la tocas.

El silencio se alargó entre nosotros. Las llamas del fuego titilaron a lo lejos, y el viento, que antes rugía, ahora se enredaba alrededor como un animal expectante.

Rion soltó mi mano lentamente, pero su mirada siguió fija en mí.

Me aparté despacio, respirando hondo, intentando ignorar el temblor en mis dedos.

Regresamos junto a la hoguera. Aidan nos observaba sin decir nada, aunque la chispa divertida en su rostro se había apagado. Nivaryn, en cambio, tenía los ojos fríos, fijos en la Puerta.

—Hiciste bien —dijo al fin, mirando a Rion—. Esa puerta no debe tocarse a la ligera.

—¿Por qué? —pregunté, más molesta conmigo misma que con ella.

Nivaryn tardó unos segundos en responder.

—Porque no todas las cosas antiguas quieren ser recordadas. —Bajó la voz—. Hay lugares que guardan memorias peligrosas… y nombres que prefieren permanecer en silencio.

El fuego crepitó.

Durante un buen rato nadie volvió a hablar. Aidan se recostó junto a la fogata, con las manos tras la cabeza, observando el cielo cubierto de nubes. Nivaryn permaneció inmóvil, los ojos fijos en la Puerta, como si aún escuchara algo que no podía oír.

Rion se había apartado un poco, apoyado contra un tronco, con el rostro vuelto hacia la oscuridad.

Me envolví en mi capa, intentando espantar el frío que no venía del aire, sino de lo que acababa de sentir allí, frente al hielo. Las llamas comenzaron a bajar, a transformarse en brasas anaranjadas.

El sueño me fue venciendo poco a poco, aunque el murmullo del viento no dejaba de moverse, susurrando entre los árboles como si intentara formar palabras.

No sé cuánto tiempo pasó. Quizás horas.

Cuando abrí los ojos, el fuego era apenas un resplandor y todos dormían.

Nivaryn descansaba con los ojos cerrados sentada y su espalda contra la pared. Aidan roncaba ajeno a todo, no parecía que se preocupase mucho por la situación.

Rion, cerca de mí, mantenía la respiración lenta, el rostro relajado, aunque su mano seguía descansando cerca de la empuñadura de su arma, incluso dormido.

Me incorporé y sin hacer mucho ruido, me acerqué a la puerta. Era descomunal. Las runas grabadas brillaban.

El viento me envolvió con la delicadeza de una caricia. Se deslizaba entre mi cabello, por mis manos, mis piernas. Sentía como me recorría.

Por un instante, el susurro del aire se volvió claro y pude distinguir con algo de dificultad:

Estás donde debes estar.

El Lumen Astraë respondió antes que yo iluminándose ligeramente.

Abrí los ojos de inmediato, algo confusa

¿Qué ha sido eso?

El viento me ha hablado, pero lo más extraño es que lo he entendido.

Me giré hacia mis compañeros que seguían descansando a mis espaldas con las brasas de la hoguera aun calentando.

Volví mi mirada hacia la puerta, levanté mi mano y la posé en ella. Algo me arrastraba a hacerlo.

Como si fuera un calambre, frío pero sin dolor, me recorrió la mano hasta la cabeza. Una visión de una silueta de mujer en blanco apareció pronunciando una palabra extraña y se desvaneció.

Regresé al presente, jadeante, buscando aire.

—¿Ha estado bien la visión? —escuché a Aidan detrás mío.

Al darme la vuelta, justo detrás tenía a Rion con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¿Qué has visto? —preguntó serio girándome hacía él.

—Yo solo… —dije sin entender lo que había sucedido.

Nivaryn se acercó. Parecía algo tensa y molesta.

—Deberías avisarnos y confiar en nosotros antes de hacer una tontería como la que acabas de hacer.

Sacudí mi brazo para quitarme de encima la mano de Rion.

La Protectora del Hielo se giró y movió sus manos en formas rectas y onduladas, parecía que estaba reforzando las runas protectoras que había grabado cuando llegamos.

Enderecé mi cuerpo, saliendo de la sensación en la que me había quedado. Sacudí mi cabeza para espabilarme.

—¡Solo la he tocado! —grité a mis compañeros.

Rion me agarró nuevamente del brazo y me acercó a él.

—¿Estás bien?

Esa voz susurrante y grave, esa preocupación que hacía evidente en cada gesto y palabra.

—Estoy bien, Rion, pero… —deslicé mi mano sobre la suya para aflojar el agarre. Su piel era cálida, un poco áspera al tacto.

Mi mano apenas lograba rodear la suya.

Aidan y Nivaryn ya estaban a nuestro lado.

—¿Pero? —preguntó la Protectora del Hielo con desafío y una ceja levantada.

—Una silueta blanca, de mujer. Llevaba una corona de acero simple pero con una joya en forma corazón en el centro… Apareció nada más tocar la puerta —contesté observando la grandiosidad de la puerta.

—Parece que tu Diosa nos ha dado la bienvenida. —dijo Aidan que miraba a Nivaryn y la Puerta de la Estrella.

—¿Su Diosa? —pregunté, pero nadie me contestó.

—Por casualidad… —con curiosidad, Aidan se acercaba con los brazos cruzados y una mano apoyada en su mentón—. ¿Te ha dicho algo? —preguntó Aidan mientras se inclinaba hacia mí—. Como abrir la Puerta… o cómo salir de aquí seguros?

Volví a mirar hacia la puerta, la inscripción rúnica de arriba seguía iluminada.

—¿Thanyel? —dije intentando vocalizar la palabra que había escuchado en la visión.

Un golpe resonó en las montañas, la inscripción se iluminó más fuerte. El sonido de las piedras y hielo deslizándose y quebrándose, la Puerta finalmente estaba abierta delante de ellos.

Rion me agarró de la muñeca y me puso detrás de él.

Los protectores se pusieron en semicírculo entre la Puerta y yo para cubrirme.

—Vaya —dijo Aidan, con media sonrisa—. Qué curioso, ¿no? La mismísima Diosa del Hielo decide susurrarte la palabra que su protectora lleva décadas evitando.

Miró a Nivaryn con inocencia fingida, como si acabara de comentar el clima.

—Parece que tu Diosa no está muy de acuerdo contigo, Nivaryn. Tal vez deberías discutirlo… en privado.

Nivaryn lo fulminó con una mirada que habría congelado un volcán.

—No todas las puertas están hechas para abrirse, Stormrider.

—No es lo que opina ella —replicó él, ladeando la cabeza y señalando la Puerta de la Estrella abierta. Encantado con su propio descaro.

Rion exhaló, con esa calma tensa que anunciaba que en cualquier momento alguien iba a salir ardiendo, literalmente o no.

—Ya basta —gruñó, sujetando mejor la espada—. La cruzaremos juntos.

Giró hacia Isil, sin soltar la guardia. —Pero tú, no vuelvas a tocar nada sin avisar.

—No la toqué a propósito —respondí, alzando las manos.

Aidan no pudo evitar reír bajo. —Al menos ha funcionado. Diría que eso ya es progreso.

—¿Podrías tomarte esto en serio? —Nivaryn bufó, lanzando un gesto rúnico sobre el suelo helado—. No solo nosotros hemos sentido la puerta abrirse.

—Lo intento —dijo él, alzando una ceja—, pero es difícil cuando los dioses se empeñan en tener mejor sentido del humor que sus protectores.

—¿No solo nosotros? ¿Qué quieres decir…? —Intervine preocupada.

—¿Qué pensabais que mis runas mágicas no se iban a proteger de todo? —dijo pellizcándose el entrecejo—. Esta puerta es sagrada, por muchas runas de protección que ponga, su energía es más superior que la mía. —Se giró y caminó hacia la puerta, se arrodilló enfrente de la entrada. Con un palo empezó a dibujar runas en el suelo mientras murmuraba un rezo antiguo. Cuando terminó, se levantó y vino hacia nosotros.

—Eso nos dará algo de tiempo.

Rion se giró hacia mí, con ese tono bajo que solo usaba cuando el mundo se volvía incierto.

—No te alejes de mi lado —me miraba serio, la espada aún desenvainada, el hielo reflejando el brillo de su hoja.

Aidan, claro, no soportó tanto dramatismo junto.

—Bueno… si todos hemos terminado con la parte trágica, ¿qué tal si comprobamos que no haya, ya sabes, un ejército de espectros esperándonos dentro?

Sonrió, encantado con su propio ingenio, mientras el viento le revolvía el cabello.

—Aunque debo admitirlo, Isil, abrir una puerta sagrada sin querer es un talento bastante exclusivo. Ni siquiera yo puedo hacer eso.

Sonreí.

Rion chasqueó la lengua mirándonos de reojo, perdiendo la paciencia.

—Basta de bromas. —Sus palabras fueron secas, firmes. Dio un paso adelante, comprobando el terreno helado.

Llené los pulmones, el Lumen Astraë seguía vibrando contra mi pecho, como si quisiera recordarme que aquello no había sido un error.

El viento volvió a moverse, ligero, casi susurrante.

—Rion… —lo llamé en voz baja.

Él me miró sin bajar la guardia.

—No te alejes de mi lado —repitió, con la voz grave, tensa, y una sombra de preocupación apenas visible tras sus ojos.

Asentí.

Aidan a mi lado, soltó un suspiro.

—Bien, si nadie más piensa entrar primero…

Rion rodó los ojos, Nivaryn lo empujó con el hombro y murmuró algo sobre "idiotas del viento".

Y mientras las runas de la puerta ya abierta, palpitaban cada vez con más fuerza, la sensación de que algo —o alguien— nos esperaba al otro lado se hizo imposible de ignorar.

CAPÍTULO 43
ISIL

Dentro, un corredor que descendía varios metros, tallado en roca negra con vetas de plata y fragmentos de cristal que atrapaban la luz como si guardaran constelaciones he iluminaban ligeramente. Un aroma a madera y metal llegó a mí, era como una noche fresca en un bosque.

Mis pasos resonaban apenas mientras rozaba la pared negra. La superficie estaba helada y lisa, y bajo mis dedos vibraba un pulso antiguo que me erizó la piel.

El Lumen Astraë titilaba bajo mi ropa, acompasando mis pasos.

Un silencio vacío, sin eco ni pequeños sonidos. Como si el templo guardara secretos.

—Esto no es solo un templo —murmuré cuando llegamos a la sala.

Escuché a Aidan acercarse, su andar flexible, el viento siguiéndolo.

—No —dijo serio—. No es solo un templo. Es el Templo de Elar Thirën.

El nombre se clavó en mi pecho.

Nivaryn se detuvo a mi lado y llevó la palma a dos dedos de la pared, sin tocarla, pero algo me decía, que aun así, ella, podía sentirlo.

—El Templo de la Sombra Estelar —añadió con voz baja—. Así lo llaman los textos más antiguos del norte… aunque pocos creían que fuera real.

Cerró los ojos un instante. Las vetas plateadas parecieron responderle, como si la roca atendiera a su respiración.

—Aquí no se adoraba a los dioses —continuó—. Aquí se los recordaba. Y también a lo que vino antes de ellos. Los que crearon las estrellas.

Rion, detrás, dejó escapar el aire por la nariz.

—No puede ser tan fácil—dijo sin levantar mucho la voz y analizando cada parte de la sala con sus ojos.

Aidan extendió la mano y dejó que una corriente de aire se enroscara en sus dedos. Cerró el puño, escuchó al viento, y asintió para sí mismo.

—No hay trampas —susurró—. Pero el viento recuerda. La protección del Hielo y la Sombra está en este lugar, no hay nada que temer.

El Lumen brilló varias veces seguidas como si confirmara las palabras

Bajo mis pies una pequeña niebla se acumulaba

—¿Qué es esto? —pregunté algo nerviosa.

—El lugar está evaluándonos. —dijo Nivaryn mirando a sus pies y a los de sus compañeros.

Rion avanzó hasta quedar a mi altura. Su hombro rozó el mío y ese contacto, mínimo, me recorrió como una chispa.

Me giré hacia él.

En sus ojos no había dudas, solo una decisión fría y ardiente a la vez.

Sentí el pulso asentarse en mi garganta. El temblor en los dedos aflojó.

—Haz lo que tengas que hacer —me ordenó.

¿Qué era realmente lo que tenía que hacer? Seguía sin entender muchas cosas y mucho menos iba a saber qué es lo que tenía que hacer.

Miré alrededor, las paredes negras brillaban como si tuvieran estrellas incrustadas. La niebla flotaba por encima del suelo.

Al fondo de la sala había varios altares, uno central y dos a cada lado.

Nos acercamos lentamente. Nivaryn inspeccionó el altar izquierdo, Aidan fue a por el derecho, Rion y yo nos acercamos al central.

—Donde no hay sol, hay silencio. Donde hay silencio…está el protector de la sombra. —Dijo Aidan leyendo un grabado en nyëalir —. Esto confirma la protección tanto del Hielo como de la Sombra — Se giró hacia nosotros con una sonrisa agradable en la cara.

—Aquí hay varios símbolos —dije señalando el altar que Rion y yo habíamos mirado.

Nivaryn se acercó.

—Esta —deslizó sus dejos sobre los bordes del símbolo—. Es la runa de la Diosa del Hielo, y este —deslizó su dedo hacia la runa de la derecha—. la del Dios de la Sombra, Vareth.

Alzó su cabeza y con los ojos barrió cada rincón de la sala.

—No deberíamos estar aquí. —la Protectora bajó la voz—. Aunque Nirai nos haya dado permiso diciéndole la palabra a Isil… La Sombra no se ha pronunciado, no me gusta esta sensación.

—Si la sombra aparece, tenemos al Protector del Fuego…—dijo Aidan con su aire de humor mirando a Rion—. El fuego es luz, puede aplacar a la sombra si se lo propone. —y miró a Rion. Esté se le quedó fijamente mirando sin responderle.

—¿Entonces qué? ¿Hay algo que nos pueda ser de ayuda? —dije rompiendo la tensión.

—¿En ese altar hay algo? —señalé el altar que había revisado Nivaryn.

Nivaryn abrió el altar del Hielo.

Rion se acercó.

—¿Qué es este símbolo?

Me acerqué al altar y vi en el centro un gran símbolo grabado, dos líneas curvas entrelazadas en espiral. Como si estuviera hipnotizada por esa forma brillando débilmente, mi mano se deslizó hasta el símbolo.

Una corriente atravesó mi mente. Alguien pedía permiso…

Y lo dejé que entrar.

—¡*No temas. Ya voy. Ahí estás segura.*

Estaba con los ojos cerrados concentrándome en el hilo.

La presencia se afirmó y supe —sin saber cómo— que era él.

Al tocar mi marca me has llamado, y yo he respondido. Estoy de camino. Recupera mi piedra Portadora.

El vínculo se cortó de golpe y caí de rodillas, jadeando, con el corazón golpeando en mi garganta.

—¡Isil! —Rion vino corriendo a sujetarme. —¿Qué te ha…?

—¿Lo has sentido? El Lûn Loryn ha reaccionado —interrumpió Aidan.

Los dos nos giramos a mirarle y asentí.

—Entonces, el Protector de la Sombra se ha puesto en contacto contigo…—dijo Nivaryn entrecerrando el ceño.

Rion se tensó a mi lado. —¿Qué quiere?

Aidan se acercó interponiéndose entre los dos, apoyándose en el altar y mirando el símbolo de la Sombra.

—¿Qué… qué quiere? —se giró para mirarme— Lo mismo que nosotros; proteger a la Portadora.

Rion dio un paso hacia atrás, bufó y se cruzó de brazos.

—Y bien… ¿te ha dicho algo? —continuó el Protector del Viento inclinándose hacía mí.

—La piedra, tiene que estar aquí. Ha dicho que la recupere.

—Bien. —Aidan se puso pensativo, mirando alrededor con la mano frotándose la barbilla.

Nivaryn se acercó al símbolo de la Diosa Nirai y puso su mano encima. De su boca salían palabras en Nyëalir.

Nirai Nivëth shaal;
Lorathen eir'na, Eryshal velën.
Thorenyl silen, Vaeroth en Myrren.
Thanyel Nyshen… Lorym vaen.
Kael veira; Soryel elyn.
Nyraël syren, Draveth velorn.
Rhímar loryn… Lorym Thanyel vaen.

Nirai, alma del hielo eterno;
que la memoria despierte y el destino oculto se alce.
Que el sello quede en silencio y el juramento hable con el viento helado.
Sombra en la bruma… que el cristal revele.
Que la estrella señale; que la aurora ilumine.

Que el equilibrio custodie y la oscuridad calle.
Por el glaciar que guarda la luz… Piedra de la Sombra,
manifiéstate.

El símbolo de Nirai se iluminó cuando Nivaryn terminó de decir esas palabras.
El techo empezó a llenarse de niebla negra y a descender.

—Prepararos —dijo Nivaryn desde su sitio. Estaba tranquila, pero con una mirada en sus ojos, que me hacía dudar.

Rion y Aidan se pusieron delante de mí, cubriéndome.

—No te separes —me dijo Rion sin mirarme.

En poco tiempo estábamos envueltos en una sombra oscura, casi no nos veíamos. Solo sentía los cuerpos de los protectores delante.

Cuando ya todo estuvo prácticamente a oscuras, escuché tres golpes bruscos contra el suelo, ni siquiera me dio tiempo a preguntar, que sentí como perdía la fuerza en mi cuerpo y me desmayaba.

El mundo se apagó y desperté en un sueño extraño, suspendida en un lugar que no reconocía, pero que mi alma parecía recordar.

Me veía allí… pero no era yo realmente. Mis manos eran distintas, mi voz más grave, y en mis ojos había un brillo que no me pertenecía.

El aire soplaba con un sol poniente cálido, cosechaba la verduras en el huerto, iba de un lado a otro arreglando una preciosa casa.

Y entonces lo vi.

Rheon.

Estaba de pie entre la bruma, envuelto en esa misma luz cálida que parecía nacer de él. No llevaba su corona ni su armadura, sino un manto oscuro bordado con símbolos en plata.

Intenté hablar, pero mi voz no salió. Él avanzó un paso hacia mí, la bruma se movía bajo sus pies.

Por un instante, dudé de que aquello fuera un sueño, sino una memoria que me reclamaba. Como si el pasado y el presente se hubieran cruzado por error, y en esa grieta él y yo hubiésemos coincidido, otra vez.

Desperté de golpe, sin tener claro lo que había presenciado en ese momento, intenté relajarme, respiré hondo y busqué con la mirada a mis compañeros, que ya estaban incorporándose.

Aidan se acercó para ayudarme a terminar de incorporarme.

—¿Qué ha pasado? —dije recobrando el aliento.

—La Sombra a hablado —dijo Aidan.

Nivaryn asintió desde su lugar.

—La piedra debe ser revelada. —sentenció la Protectora del Hielo, firme al templo.

Desde los altares empezó a dibujarse en el suelo una línea de escarcha de hielo que se dirigía hacia la derecha, a una sala interna.

—Sigámosla —Aidan se apresuró a seguir la línea. Los demás lo seguimos.

Al entrar en la segunda sala, un altar de piedra negra con una barrera protectora alrededor lo protegía, una piedra negra pequeña en el centro del altar emitía destellos violáceos y plateados.

—Ahí está —dijo Rion al verla. —Como vamos a—señaló con la cabeza la barrera.

—Fácil —dijo Aidan acercándose al altar. —Isil, por favor, Acércate.

Caminé hasta donde estaba Aidan, cuando pasé por el lado de Rion, este me agarró con su mano cálida la muñeca de nuevo

—Ten… cuidado. —Rion me agarró la muñeca con firmeza, pero su voz temblaba, revelando preocupación que no quería mostrar.

Sentí un calor inesperado recorrerme el brazo y no pude evitar apretar su mano.

—Confiemos.

Cuando llegué hasta Aidan, este, agarró mi mano y sin decir nada, la subió hasta la barrera protectora y la apoyó, Sentí como si un rayo entrase por mano.

—¡Isil! —gritó Rion!

El Lumen Astraë en mi pecho se iluminó fuertemente,

—Aidan, aunque sea posible, esto es demasiado… —Intervino Nivaryn.

Antes de que la Protectora del Hielo terminara la frase, la barrera que rodeaba el altar, se habían desvanecido.

Aparté mi mano rápidamente, dándole un tirón a Aidan para que me soltase.

Rion se lanzó hacia Aidan, sujetándole del cuello de la túnica.

—¡Como has podido! —gritó Rion—. ¡La pusiste en peligro!

Instintivamente, levanté las manos, sin saber cómo detenerlos

Nivaryn alzó sus manos y lanzó una ráfaga de escarcha para separarles.

—¡Suficiente! No estamos aquí para pelear entre nosotros. —Nivaryn se giró hacia Rion—. Empieza a controlarte Protector del Fuego, días peores llegarán.

Rion retrocedió unos metros, pensativo.

—Y aquí está —Aidan señaló la piedra de la Sombra—. Isil, ya puedes cogerla.

Me invitó a acercarme con un gesto de cabeza.

Frente a ella podía incluso percibir el poder que contenía. Era preciosa, con la runa de la sombra flotando dentro de ella, parecía cristal negro, era como si unas nubes violetas danzaran y unos rayos plateados cayeran por dentro.

Extendí la mano.

El cristal respondió y por un instante, creí ver otros rostros en el vidrio negro, seres con miradas antiguas, batallas y guerras, seres oscuros y de luz, ciudades y pueblos alzarse y caer.

—Isil… —la voz de Aidan me sacó de esas visiones—. Si la sombra te habla, escúchala, pero no le respondas.

—¿Y cómo sabré cuál es su voz? —pregunté sin apartar la mirada del altar.

—Lo sabrás —dijo él.

De pronto, una corriente fría recorrió el templo, como si la oscuridad exhalara. La piedra se alzó lentamente, suspendida sobre el altar.

Runas plateadas comenzaron a girar en torno a ella, trazando un círculo vivo que se expandía por el suelo.

Nivaryn retrocedió un paso, con los ojos fijos en la luz.

—Va a reconocerla. Lo mismo que hizo el hielo ahora lo hará la sombra.

No supe que significaba, y tampoco tuve tiempo de preguntar. Una voz profunda, sin sonido, entró en mi mente, no sabía si la voz venía del Lûn Loryn o del propio altar, o si era mi mente cediendo ante algo más antiguo.

Era una frase que no comprendía y se repetía varias veces.

Vaer'Thyn Elarëth

El Lumen Astraë brilló con fuerza y en ese instante el aire se enfrió. El aliento escapó de nuestras bocas en nubes densas y blancas extendiéndose. Unas sombras con ligeros destellos violáceos empezaron de la base del altar, deslizándose por el suelo enredándose entre sí. Otras, se acercaban a mis pies trepando por ellos. Subían rodeando mi cintura y los brazos.

—¡Isil! —escuché a Rion.

Rion intentó alcanzarme, pero una explosión de energía, que emanó de las sombras, lo lanzó hacia atrás.

—¡Rion! —grité, pero mi voz se rompió en la garganta.

Las sombras me envolvieron por completo mientras el Lumen Astraë seguía brillando en mi pecho. Durante unos segundos cerré los ojos.

Las sombras que tenía deslizándome por el cuerpo no me oprimían, parecía seda acariciándome el cuerpo.

Cuando volví a abrir los ojos, la luz y las sombras ya se habían desvanecido.

Una piedra descansaba en mis manos.

Era más pequeña de lo que habría imaginado, apenas del tamaño de mi palma, Su superficie era oscura, no negra del todo, sino de un gris con reflejos violáceos atravesado por vetas plateadas que parecían moverse bajo la capa translúcida, como niebla atrapada en cristal.

En su interior, dos líneas curvas del color de la amatista giraban lentamente.

Me sobresalté cuando una mano se posó en mi hombro.

—La hemos encontrado —susurró Nivaryn con una suave sonrisa en su rostro. Me apretó ligeramente el hombro y se colocó a mi lado

—. Var'Vaël Varethar, la piedra del Protector de la Sombra.

La piedra emitió un ligero resplandor.

—Ya está… —dijo Aidan exhalando desde atrás mientras si acercaba—. La Piedra de la Sombra ha respondido.

—Así és —Nivaryn asintió cerrando los ojos—. Algo me dice que la Sombra ya lo habrá sentido —sus ojos volvieron al altar y hacia las paredes del Templo que nos rodeaban.

Todavía sentía el roce de las sombras en mi cuerpo, acariciándome con delicadeza.

Rion se acercó rodeándome los hombros y apretándome hacía él con el rostro endurecido.

—¿Estás bien?

—Creo que sí… —lo miré apoyando una mano en su pecho—. No estoy herida, solo…

—¿Solo…? —entrecerró los ojos intentando adivinar que es lo que quería decirle.

Nivaryn volvió a mirarme y Aidan se acercó de nuevo a nosotros.

—¿Qué has sentido Isil? —preguntó Nivaryn también mirándome con sospecha.

—Las sombras… —me separé de Rion mientras cerraba los dedos alrededor de la piedra—. Es… solo una tontería, no es nada.

Levanté la piedra para mirarla de nuevo y la superficie oscura comenzó a iluminarse de nuevo, primero con un pulso tenue, casi tímido, y luego con una claridad más firme. Las vetas púrpuras y plateas recorrieron el cristal. Lentamente, como relámpagos atrapados, y la runa suspendida en su interior, giró brillando intensamente unos segundos.

Y volví a escuchar una voz familiar, un eco en mi cabeza.

Portadora de la Luz, bien hecho. Recuerda que la sombra se oculta hasta que alguien la necesita.

—Nos ha aceptado. —dije con seguridad acercándome al altar dejando a los Protectores detrás.

—¿Nos? —Aidan arqueó una ceja.

—A todos —respondí girándome más decidida—. Pero ha dicho algo más.

—¿Qué? —preguntó Nivaryn.

—La sombra… —Lo dije casi sin voz—.se oculta hasta que alguien la llama.

Nadie habló durante un largo instante aunque pude ver como la mandíbula y los hombros de Rion se tensaban.

El eco de esas palabras pareció quedarse flotando en el aire, como si el templo mismo las guardara.

Aidan y Nivaryn se miraron y asintieron. Parecía que se estuvieran comunicando. ¿Estaban usando el hilo?

Con la piedra en mis manos el hilo volvió a tensarse dentro de mí mente, fino y vivo.

Una voz atravesó el Lûn Loryn.

—La piedra te ha reconocido.

Su voz grave, áspera y serena provocó un torrente de escalofríos por mi espalda. Al volver a mirar la piedra, unas sombras empezaron a salir de ella, envolviéndome los dedos, como si me estuvieran acariciando.

—La piedra ya está contigo. Solo tengo que llegar hasta ti.

Reconocí esa mezcla de calma y amenaza.

Era él.

El Protector de la Sombra.

—¿Dónde estás? —pregunté con curiosidad a través del vinculo, hacía unos momento me había dicho que venía hacia aquí.

—Cerca.

Podía sentirlo observando a través de la oscuridad, y sin embargo no había rastro físico.

—La piedra te ha hablado, escúchala. No todas las sombras son enemigas. Algunas solo esperan a ser comprendidas.

La conexión vibró, su última frase llegó como un pensamiento en un idioma extraño.

—Vareth elun tharë silian.

Y el hilo se cortó.

Me quedé inmóvil, mirando la piedra entre mis manos. Su luz se había vuelto más suave.

—Es hora de irnos. —la voz de Rion me devolvió a la realidad — Ya tenemos la piedra, salgamos de aquí ya.

CAPÍTULO 44
ISIL

Cuando salimos del Templo la puerta se cerró tras nosotros. Los caballos seguían donde los dejamos y la hoguera ya consumida, no habrían pasado más de dos horas.

Recogimos el campamento y tapé los restos de las ascuas con nieve.

—¿Hacia dónde iremos ahora? —pregunté mientras me subía a Lýrian.

—Hay un pueblo, cerca de la frontera. Podríamos parar allí a descansar y reponer víveres —dijo Rion.

—Ilyanar… —dijo Nivaryn en voz baja, pensativa—. Será perfecto.

Los caballos avanzaron a buen ritmo; por lo que había dicho Rion al empezar el camino, nos tomaría dos días en llegar. El frío se fue haciendo menos cortante a medida que dejábamos atrás las montañas; seguía allí, clavado en el aire, pero ya no mordía tanto la piel como en las alturas. El cielo, despejado con un azul brillante y el sol encima de nosotros, calentándonos.

Frente a nosotros, las montañas nevadas comenzaron a abrirse como si un gigante hubiera separado sus manos. Entre ambas laderas se extendía una llanura amplia, interrumpida por afloramientos de roca y de nieve.

A lo lejos se alzaba una franja: un bosque frondoso que se tragaba la luz.

Rion iba delante, con la espalda recta en la silla, la mano derecha apoyada en las riendas y la otra siempre cerca del arma. Aidan, un poco más atrás, dejaba que Narel, marcara el ritmo mientras él miraba el cielo como si esperara que este le respondiera. Nivaryn

cabalgaba a mi lado, silenciosa, con el rostro sereno y la mirada atenta a cada detalle del terreno.

Se paró en seco. Y nuestros caballos la siguieron.

Fue entonces cuando lo vimos.

En medio de la llanura nevada, se alzaba un megalito circular de enormes piedras grises y oscuras, envueltas de hierba pero firmes, clavadas en la tierra como colmillos. Dentro del círculo, el terreno era distinto: una especie de explanada de piedra se extendía en forma circular, en el centro de esa explanada pude distinguir líneas grabadas que dibujaban una forma.

Una estrella de seis puntas.

El Lumen Astraë parpadeó bajo mi ropa.

—¿Qué es eso? —Asombrada por el impresionante monumento, incluso desde esa distancia se podía ver perfectamente.

—KaelThoren —murmuró Aidan, tensando la mandíbula—. Antiguo. Muy antiguo.

¿Kael'Thoren? Más nombres extraños para la colección pensé.

—La marca de la Estrella —agregó Aidan al ver mi cara—. Aunque también se le conoce por otro nombre, pero mejor no pronunciarlo. —sonrió y me guiñó un ojo.

—Continuemos. —añadió Nivaryn.

Nos acercamos al paso y amarramos los caballos en las pequeñas arboledas que quedaban. El cuero estaba duro; el nudo no cedía y tuve que tirar con los dedos entumecidos.

Aidan y Rion se adelantaron, Nivaryn se quedó a mi lado, alerta.

Las piedras que formaban el círculo se alzaban muy por encima de nuestras cabezas. No eran lisas: estaban cubiertas de runas apagadas, desgastadas por el tiempo, pero aún visibles. En el centro, grabada en la roca, la estrella de seis puntas se extendía bajo mis pies como una marca dormida.

—No me gusta —gruñó Rion, rompiendo el silencio y mirando desconfiado alrededor—. No deberíamos haber cruzado por aquí.

Sonreí, aunque algo en el pecho me decía que esta vez podía tener razón.

—Rion, tranquilízate. —Me giré hacia Aidan y Nivaryn, ellos estaban mirando las runas— ¿Sabéis algo más sobre este sitio?

Aidan se agachó junto a una de las piedras y pasó los dedos por las marcas, sin llegar a tocarlas, como si el viento le advirtiera de algo. Cerró los ojos un instante. El aire se arremolinó leve alrededor de él, jugueteando con los bordes de su capa.

—Antes de que Glaciaris tuviera reyes —dijo al fin—, esto ya estaba aquí —hizo una breve pausa, inclinando la cabeza—. Hay muchos rumores sobre este sitio.

Me volví hacia Nivaryn. Ella ya estaba en el centro de la estrella, con la mano extendida a pocos centímetros del suelo, sin llegar a tocarlo. Su expresión había cambiado; no era miedo, pero sí una cautela antigua.

—Es un antiguo altar, Kael'Thoren, ya lo nombró Aidan antes. — se puso de pie— Aquí se reunían los antiguos sabios y gobernantes de Glaciaris para hacer rituales a Nirai. Juramentos, pactos, memorias.

Sus ojos se oscurecieron.

La protectora del Hielo alzó la vista hacia una de las piedras. Rozó con la mirada las runas gastadas y volvió a hablar.

—Cuando las primeras incursiones de Veskar alcanzaron el norte, esta zona fue tomada. —Su voz se volvió más fría—. Capturaban sabios y viajeros. Hacían rituales de sangre, en nombre del Olvidado.

Un escalofrío me recorrió por la espalda. No era solo el viento.

—Fantástico —bufó Rion—. Un lugar que adoró a Nirai y luego a Veskar. Justo donde quería pasar la tarde.

Nadie contestó a Rion, pero yo quería saber más, acaso este camino y este sitio eran seguros? Aunque hubiera pasado tiempo, por lo que ya he experimentado, podríamos incluso estar rodeados.

—¿Acaso es seguro este lugar? —Miré a Rion, tal vez sí que tenía razón.

Empecé a preocuparme y a mirar a mi alrededor. Una mano se posó en mi hombro desde atrás, y me sobresalté.

—Tranquila Isil. —La voz del Protector del Viento. Aidan siempre estaba bromeando pero también mostraba esa seguridad y sabiduría cuando más lo necesitaba—. Estamos aquí para protegerte. No tienes de que preocuparte —me apretó el hombro y supe que no estaría sola.

Mientras analizábamos las runas, teníamos que darnos prisa, algo en el ambiente cambió. El aire se sentía más pesado, el cielo se cerraba, nubes grises habían aparecido cubriendo el cielo azul. Se oscureció como un día de lluvia.

Aidan alzó la cabeza de nuevo. El viento que antes jugueteaba en círculos se había quedado quieto.

—Preparaos—susurró, mirando hacía el bosque.

Nivaryn entrecerró los ojos y miró hacia el mismo lugar que Aidan. Las copas de los árboles apenas se movían.

—No son buenas noticias —dijo el Protector del Viento cuando una ráfaga de aire pasó por su lado.

La misma ráfaga pasó por cada uno de nosotros, notamos la tensión, y la energía que traía. No era nada bueno.

—Algo se acerca —dijo Rion—. Y no viene solo.

Una niebla oscura empezó a extenderse desde el bosque por toda la llanura, robando el color incluso a la nieve blanca. Un escalofrío me recorrió las manos. El miedo que había sentido minutos antes volvía a aparecer, mi pecho se encogió y miré a los protectores que estaban al frente analizando la situación.

—Rion —solo pronuncié su nombre y los dos asentimos.

Rion se colocó delante de mí, los otros dos protectores, salieron del círculo de piedras. Pude ver cómo la mano de Rion se cerraba con fuerza alrededor de la empuñadura de la espada y la desenvainaba.

Al fondo, las oscuridad entre los árboles se espesaba. Durante unos segundos, no vi nada. Luego distinguí formas que avanzaban, separándose del bosque: figuras encapuchadas, ropajes largos, movimientos lentos, deliberados. Y algo más, moviéndose agazapado a sus pies.

Dos hechiceros salieron a la luz, uno más adelantado, el otro un paso detrás. Entre ellos, las sombras del suelo parecían más densas. Sentí la piel erizarse. Tras las capas oscuras, algo se arrastraba en silencio: Silfrans, sus cuerpos de humo helado, ojos vacíos, fauces entreabiertas.

—Quédate detrás de las rocas —dijo Rion sin apartar la vista—. No me discutas, Isil. No hoy.

Iba a replicar, por costumbre, pero el tono en su voz no admitía discusión. Asentí y retrocedí hasta una formación de piedra quebrada que quedaba unos metros más atrás. Me agaché entre las rocas, desde donde aún podía verlo todo.

Aidan dio un paso más adelante y empezó a mover las manos. El viento a su alrededor empezó a moverse elevándose hasta formar un muro de viento y nieve. El Protector del Viento volvió a mover las manos en círculo y las extendió lanzando esa masa hacia esos seres.

El hechicero adelantado levantó ambas manos, y con tan solo un movimiento de dedos, apareció una ráfaga negra y verde como si fueran unas garras, deshaciendo el ataque del Protector del Viento. Los Silfran se desplegaron a sus lados con un gruñido hueco.

Nivaryn se puso a la altura de Aidan, mientras Rion, dejando a Isil segura, se colocó al otro lado de Aidan. Los tres protectores estaban listos.

—Que Kaelyor nos proteja. —dijo Aidan volviendo a alzar las manos y mover el viento a su alrededor.

Los Silfran se abalanzaron con una velocidad que apenas pude seguir. Rion se adelantó, su espada describiendo un arco que dejó tras de sí un destello cálido en el aire, más luz que fuego, pero suficiente para frenar la embestida de la primera criatura. La segunda se lanzó hacia Aidan, que giró sobre sí mismo; una ráfaga invisible desvió el cuerpo de humo.

—Nivaryn! —gritó Aidan para llamar la atención de su compañera.

El viento contra ese humo no era de mucho, necesitaba un poder más sólido.

El golpe de Nivaryn fue limpio, el brillo de la marca en su nuca se veía debajo de su pelo blanco. Tocó el suelo y este se agrietó bajo sus pies, la grieta se dirigía hasta la criatura haciéndose más ancha. Una columna de escarcha subió como una lanza hacia el pecho del Silfran. La criatura quedó clavada, retorciéndose, hasta que el hielo se cerró sobre ella y la partió en un crujido seco.

Rion seguía conteniendo a el otro Silfran, consiguió esquivar a un Merisyn que se acercaba. Aidan silbó y el viento veloz se dirigió hacia donde estaba Rion, ayudándole.

El viento se arremolino alrededor del Merisyn, lo levantó y lo arrojó hacia un lado, estampándolo contra una de las piedras del círculo con un estruendo hueco. Una grieta se abrió en la roca.

El Protector del Fuego seguía centrado en el Silfran, su marca empezó a brillar y la espada se enrojeció cubriéndose de llamas. Inhaló y se lanzó a toda velocidad hasta llegar tan cerca que se impulsó saltando por encima del ser, y, desde arriba, lo cortó varias veces. Cuando sus pies tocaron el suelo, el Silfran se giró, y Rion le clavó la espada, arrastrándola de arriba abajo, cortándolo en dos. El Silfran se deshizo en una nube de humo oscuro que tardó en disiparse.

Los hechiceros comenzaron a recitar algo. No entendí las palabras, pero el sonido me puso la piel de gallina. No era un idioma vivo. Era un eco.

Sentí el impulso de salir de mi refugio, pero me obligué a quedarme agazapada. Rion se movía con furia contenida, cada golpe más rápido, cada giro más desesperado, como si algo dentro de él ardiera más allá del combate. Un destello rojo recorrió el filo de su espada por un segundo; la luz se apagó enseguida, pero Nivaryn lo miró de reojo, como si hubiera percibido aquello también.

Uno de los hechiceros alzó más los brazos y la sombra bajo sus pies se estiró, alargándose hacia el círculo. Otro Silfran se materializó a medias desde esa sombra, pero Nivaryn alzó su mano despacio, la nieve empezó a subir y a tomar forma de pequeñas estacas de hielo, bajó su mano con decisión y atravesaron la forma incompleta del monstruo, rompiéndola antes de que pudiera terminar de materializarse del todo.

El combate se extendió durante minutos. Los Silfran y los Merisyn los tenían controlados, pero si no hacían algo con los hechiceros, seguirían surgiendo esas criaturas.

Seguía viendo como los protectores luchaban, hasta que un golpe mal calculado hizo que mi corazón se parase por unos segundo.

El hechicero adelantado, el que parecía liderar, murmuró algo y lanzó una sombra compacta hacia Rion. Intentó esquivarla, pero tropezó con una irregularidad en la piedra y cayó de rodillas, la espada resbalando de su mano.

—¡Rion! —El grito se me escapó antes de poder contenerlo.

Lo vi encorvarse, con una mano en el costado. Sangre oscura manchaba su ropa.

El mundo se redujo a eso. No pensé. Mis piernas se movieron solas. Salí de entre las rocas y corrí hacia él. Solo veía su figura tratando de levantarse, la mano apretando la herida, la respiración agitada.

—¡Isil, no! —escuché a Aidan gritar. — ¡Ni se te ocurra moverte!

Me paré en seco, pero ya había llegado al centro del megalito, con la estrella debajo de mis pies.

Rion se giró para verme

—Isil…

No llegué a escucharle, pero vi su cara de preocupación.

Nivaryn rodeada, se deshizo de los últimos Merisyn. Rápidamente tocó el suelo desde su posición, cerró los ojos y volvió a soltar palabras que no sabía que significaban.

Nirai Nivëth shaal; Kael'Thoren vaen.
Diosa del Hielo, muestra tu poder y protégela en tu círculo.
Kael'Thoren despierta.

Después de eso, la estrella bajo mis pies se iluminó brevemente iluminando el círculo bajo mis pies.

El hechicero que había conjurado giró la cabeza hacia mí. Lo vi sonreír bajo la sombra de la capucha.

A su lado, el otro hechicero alzó ambas manos hacia el cielo. La temperatura cayó de golpe. La piedra tembló bajo mis pies.

Una sombra entre las dos figuras empezó a densificarse, a tomar forma. Era como si el aire se hubiera vuelto líquido, negro, burbujeante. Se elevó en espiral, creciendo, creciendo, hasta que una forma gigantesca emergió de ese torbellino.

Ojos verdes, brillando como brasas envenenadas.

Venas incandescentes recorriendo un cuerpo oscuro, como lava atrapada en carne de sombra. Dos cuernos enormes enmarcaban una cabeza que recordaba a la de un dragón, pero más alargada,

más antinatural. Sus garras se clavaron en el terreno con un estruendo que me hizo vibrar los huesos.

La bestia levantó la cabeza y rugió. No era un sonido. Era un desgarrón en el aire.

Yo seguía en el centro de la estrella. El corazón me golpeó el pecho con tanta fuerza que creí que se me rompería. Quise moverme, pero las piernas no respondieron. Estaba paralizada. Ni siquiera sabía si era por miedo o por algo más.

—No… —susurré, sin voz.

La criatura dio varios pasos enormes hacia mí. Cada uno hacía temblar la roca.

A mi izquierda, vi movimiento. Rion consiguió incorporarse con esfuerzo. Sus ojos se posaron en mí, luego en la bestia, luego en los hechiceros. Algo se encendió en su mirada: una furia que no había visto nunca.

Se abalanzó hacia el hechicero que lideraba el ritual.

Lo siguiente ocurrió tan rápido que casi no pude seguirlo.

Rion esquivó una descarga de sombra, se deslizó por el suelo, recuperó la espada y, en un solo impulso, se lanzó hacia el hombre. La hoja brilló y con una chispa incendió la espada en llamas, justo antes de atravesar el pecho del hechicero. El impacto fue brutal; la sombra que lo rodeaba se deshizo, y su cuerpo cayó de rodillas antes de desplomarse de lado.

Nivaryn y Aidan aprovecharon. La protectora del hielo golpeó con ambas manos el suelo; y como unos látigo hechos de nieve y escarcha, atrapó al segundo hechicero por los pies, congelándolo hasta la cintura en cuestión de segundos. Aidan, al mismo tiempo, giró sobre sí mismo, levantando una columna de viento tan concentrado que parecía visible. La ráfaga golpeó de lleno al hechicero congelado, partiéndolo en fragmentos que se deshicieron en humo negro al tocar la roca.

—¡La bestia se debería haber desvanecido! —dijo Aidan.

Nivaryn escudriñó la llanura, alerta.

—Tiene que haber otro… —susurró segura la Protectora del Hielo.

Rion empezó a correr hacia el círculo, hacia mí, hacia la bestia que ya casi me alcanzaba. Daba igual el dolor del costado, daba

igual la sangre: lo vi correr como si todo lo demás hubiera desaparecido.

Entonces su cuerpo se detuvo en seco, paralizado.

—¿Qué…? —Su voz fue un gruñido ahogado—. ¿Qué es esto? ¡No puedo moverme! —Su mirada se clavó en mí—. ¡Isil! ¡Aidan!

A varios metros, semioculto tras una piedra caída, otro hechicero que hasta entonces había permanecido oculto tenía las manos alzadas hacia Rion. Los dedos extendidos, los labios murmurando un conjuro. Sombras finas, como hilos negros, ataban el cuerpo del protector del fuego, sujetándolo e impidiéndole avanzar.

—No puede ser… —susurró Rion, con los músculos tensos, luchando contra aquello que no veía.

El pánico me atravesó como una cuchilla cuando vi el siguiente movimiento de la bestia.

La criatura levantó un brazo inmenso y golpeó varias de las piedras del círculo. El impacto fue tan brutal que se partieron por su parte superior y por la mitad, salieron despedidas hacia varias direcciones, pero uno de esos bloques iba hacia dentro, girando sobre sí misma. Venía directa hacia mí.

No pude moverme. Ni esquivar. Ni correr. Ni gritar. Solo pensé una cosa.

En mi abuela.

El Lumen Astraë estaba frío contra mi piel, lo agarré con fuerza, como si aferrarme a él fuera lo único que podía hacer. Lo primero que me vino a la mente fue su rostro, sus manos, su voz contándome historias en la oscuridad de mi habitación.

—Por favor… —susurré, sin saber a quién se lo decía.

La sombra en el círculo se hizo más espesa.

—¡Isil! —El grito de Rion me rasgó por dentro, cargado de desesperación—. ¡ISIL!

El mundo se oscureció de golpe.

Una bruma negra, densa, empezó a enredarse a mi alrededor con una velocidad imposible, cerrándose como una esfera. No eran sombras normales: eran compactas y al mismo tiempo ligera, como si flotara.

Estaba envuelta en una oscuridad, con un gran pedrusco cayendo sobre mí; el cual me iba a quitar la vida… ¿o ya estaba muerta?

Algo me empujó hacia atrás con fuerza, como un tirón seco en el aire. Caí de espaldas. El golpe me recorrió la columna y me dejó sin respiración. Me encogí instintivamente, con ambas manos clavadas en el colgante, esperando el peso.

Escuché el estruendo encima de mí, tan cerca que el suelo vibró y el aire salió de los pulmones.

Cerré los ojos. No sabía si la bestia me había alcanzado, si la roca me había caído encima o qué estaba pasando. Solo sabía que estaba encogida en el suelo, las manos aferradas al Lumen, el corazón golpeando tan fuerte que dolía.

Pero no sentí el aplastamiento. No sentí el final.

Solo… una presión encima. Un peso sostenido. Algo que había interceptado lo imposible.

Un gemido ahogado, muy cerca de mi rostro, quebró el silencio dentro de aquella cápsula.

Mi primer pensamiento fue Rion.

El siguiente me dolió más.

No, no es él.

La oscuridad alrededor de mí no era la misma que había visto antes en criaturas y hechiceros. No quemaba. No rasgaba. No pesaba sobre el pecho como un peso muerto. Era otra cosa. Densa, sí, pero… distinta.

Tenía miedo, claro. El cuerpo me temblaba, las manos me dolían de tanto apretar el colgante, la respiración era un hilo torpe. Pero esa bruma… esa bruma no me atacaba. Solo estaba allí.

—¡ISIL! —gritó Rion.

Escuché su voz lejos de esta cúpula de oscuridad. Eso quería decir… *Qué o quién* tengo encima. El cuerpo me temblaba de adrenalina. Notaba la nieve húmeda pegándose a mi ropa y el palpitar en las muñecas.

Abrí los ojos.

Al principio no vi nada, solo negrura. Luego, poco a poco, dos puntos se encendieron delante de mí, como gemas violáceas flotando en medio de la oscuridad, con dos pequeñas estrellas

blancas brillando en ellos. Nunca había visto unos ojos así, aunque realmente, nunca había visto nada como lo que estaba viviendo en Aeloria.

El corazón se me encogió. Estaba nerviosa. Pero, contra todo instinto, no me sentía en peligro. Había algo en esa presencia, en esos ojos que reconocía, algo que me hacía sentir segura y protegida.

La voz me salió como un susurro.

—¿Quién… eres?

CAPÍTULO 45
ISIL

Un golpe volvió a retumbar la cúpula oscura, la bestia gruñendo en el exterior empezó a embestir contra lo que parecía un escudo de sombras.

Cerraba los ojos tras cada impacto y un sonido agudo y desgarrador volvió a extenderse.

Sentí cómo la sombra que me aplastaba se retiraba y el frío del aire volvió a tocar mi piel. Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que el alarido de la bestia se alzara, cargado de dolor.

Habían terminado con ella.

—¡Isil! —escuché a los tres protectores llamándome desde fuera.

Al incorporarme la mano me resbaló y la piedra me rasguñó la espalda.

La presencia de ese nuevo ser volvió a inclinarse sobre mí.

Seguía tumbada, mareada y con el dolor en la espalda ahora añadido. No podía distinguir que era arriba y que era abajo, me mantenía en tierra con todo el cuerpo tocando el suelo.

Parpadeé varias veces. La imagen iba y venía. Entonces vi la línea de una mandíbula…

Los ojos violáceos volvieron a iluminarse, flotando un segundo en la oscuridad antes de que algo más empezara a definirse.

La bruma a mi alrededor empezó a desvanecerse. Entre la negrura vi el puente recto de una nariz, un mechones negro cayendo sobre la frente.

La voz llegó después. Grave, baja, como si viniera de muy lejos y, al mismo tiempo, estuviera justo al lado de mi oído.

—No tengas miedo.

Las sombras a nuestro alrededor se deslizaron por mi cintura.

No me había dado cuenta de que estaba conteniendo el aire; respiré hondo. Mis dedos seguían clavados en el Lumen Astraë.

Se inclinó hacia mí acercando su rostro.

Su pelo azabache caía sobre sus ojos con reflejos plateados.

Esos ojos violáceos no paraban de mirarme.

—Eres… —Mi voz tembló.

Sus labios se curvaron hacia un lado y dibujaron una sonrisa.

—Te dije que te encontraría. Te dije que ya venía. Y por fin te tengo aquí.

—Tú… —No podía apartar la mirada de él.

El Protector de la Sombra. Es… él.

Sentí su respiración acompasarse con la mía.

—¡Isil! —volví a escuchar a Rion; su grito me sacó del ensimismamiento.

Intenté incorporarme pero las piernas no me respondían.

Fue entonces cuando sentí como su mano rodeaba mi muñeca.

Tiró de mí lo que provocó que… PAM

Chocara con él.

Dí un paso atrás rápido y nerviosa. Me sacudí la ropa.

Cuando terminé de azotar mi ropa y levanté la vista, tenía ante mí una masa de músculos de cuero negra y correas. A su espalda, asomaban dos espadas, solo sus empuñaduras, el pomo y la guarda de color plateado, de lo que parecía acero antiguo, en la guarda se diferenciaban dos alas de dragón. La empuñadura estaba recubierta de cuero negro.

Algo golpeó el escudo de sombras por fuera. El estruendo me hizo encogerme.

—¿Qué está pasando? —susurré.

Su mirada se alzó un instante, como si pudiera ver a través de la oscuridad que él mismo había levantado.

Emitió un gruñido bajo.

—Ya me he encargado de todo. No tengas miedo.

Él seguía tranquilo, mirando y observando a través del escudo, como si estuviera analizando lo que pasaba fuera.

—¡Sal de ahí ahora mismo! —Rion seguía golpeando el escudo de la sombra una y otra vez. Las sombras que nos rodeaban resistían.

Desde dentro escuché la voz de Aidan, distorsionada, pero clara en su intención.

—¡Isil! ¡Responde si me escuchas!

—¡Isil! —la desesperación en el grito de Rion me rasgó por dentro.

Me moví frente al hombre que tenía delante a tan solo un par de pasos.

—Salgamos, nos están esperando —lo miré a los ojos sin miedo.

Alargó una mano. Sus dedos, largos, sujetaron mi muñeca derecha.

—El fuego no es el único que puede protegerte —susurró.

Fuera, escuché a Aidan y a Nivaryn como se llevaban a Rion hacía atrás.

—Lo sé, seis protectores, ¿verdad? —dije con una media sonrisa.

—Así es — respondió sin emoción alguna en su voz, bajó la mirada hasta mi muñeca y me soltó.

Cerró los ojos un segundo y habló en un idioma que no reconocí. Ni Aeloriano, ni Nyëalir, ni nada que hubiera escuchado antes.

—Sërral syr'vaen… liräenvar.

Las sombras reaccionaron como si hubieran recibido una orden directa. El escudo empezó a aclararse. No del todo: era como si las sombras se hicieran poco a poco translúcidas.

Por fin podía verlos.

Aidan con la capa hecha jirones, pero no estaba herido. Vi a Nivaryn preparada para lo que pudiera pasar.

Rion seguía herido, más alejado después de que los otros dos protectores retrocedieran con él, pero seguía intranquilo, con la marca en su hombro brillando y sujetándose el costado.

—Por favor, necesita ayuda —dije señalando con la cabeza a Rion, que dio un paso en falso y cayó de rodillas.

La oscuridad a nuestro alrededor se disipó de golpe. Algunas sombras seguían alrededor de mis pies, otras se enroscaban alrededor del cuerpo del Protector de la Sombra. Me di cuenta de que seguíamos muy cerca.

Rion se puso en pie, tambaleándose, la mano con la que se apretaba el lado manchada de sangre y nos miraba serio mientras apretaba la mandíbula.

—Isil… —murmuró Rion con una mirada intensa. Sus ojos parecían arder.

—No me dirás que eso también ha sido idea tuya, ¿no? —murmuró Aidan, al otro lado, bajó el bastón con una mueca de cansancio absoluto.

Nivaryn no dijo nada. Me miraba fijamente, con algo indefinible en los ojos.

Respeto. Y otra cosa que no supe nombrar.

Miré al hombre que me había protegido. La luz le rozó un segundo el perfil, delineando su expresión. Tenía el ceño fruncido, como si calculara algo.

—Gracias —dije girándome hacía él.

Escuché a Rion acercarse, arrastrando un pie. Su voz sonó ronca.

—Aléjate de ella. —susurró Rion. Esa advertencia imperceptible parecía mucho más peligrosa que un grito.

El hombre frente a mí alzó la mirada para ver a Rion acercarse. No alteró su postura, ni se tensó. Solo lo miró.

El fuego en la espada de Rion empezó a prenderse. Su camisa estaba empapada de sangre.

Giré mi cuerpo interponiéndome entre ellos dos.

—¿Pero que haces? —di un paso hacia el Protector del Fuego con una mano extendida—. ¡Baja la espada!

—Isil, apártate —dijo Rion mirándome como un muro. Sus dedos estaban blancos de lo fuerte que estaba apretando la empuñadura.

Me erguí delante de él y suspiré cerrando los ojos.

—¡Ya basta! —grité clavándole mi mirada.

Rion dio un paso hacia atrás y sus ojos se abrieron, sorprendido.

Escuché como Aidan intentaba contener una risa.

Rion miró con una mirada desafiante al Protector del Viento, éste solamente alzó los brazos en modo de rendición.

—Le has salvado la vida —dijo Nivaryn, acercándose al Protector de la Sombra—. Si no fuera por ti, ese bloque de piedra…

No terminó la frase. Se giró y lanzó hacia la espada de Rion una ráfaga de hielo que hizo que se apagara al momento.

Rion bajó la espada acercándose a mí y de un momento a otro, posó su frente en la mía y agarró mis hombros, apretándolos con cuidado, como si midiera su propia fuerza. Sentí el calor de su piel atravesar la tela húmeda, su respiración irregular rozó mis labios.

—No sé qué haría si te sucediera algo—murmuró.

Abrió los ojos y me sostuvo la mirada. Había alivio en ellos, y, algo más. Algo tenso, oscuro, reprimido.

—No vuelvas a interponerte nunca más —añadió en voz baja.

Su pulgar se movió despacio, casi sin darse cuenta, marcando el borde de mi clavícula. No fue una caricia, fue un gesto inconsciente. Territorial.

Alcé una mano y la apoyé sobre su muñeca.

—Lo hice porque era necesario —susurré—. No porque no confiara en ti. Él me ha salvado Rion.

Cerró los ojos y su mandíbula se empezó a mover, parecía que se contenía en decir, o hacer algo.

Rodeó mi cintura y me atrajo contra él. Nuestros cuerpos chocaron y su cuerpo se tensó al contacto. El contacto me recorrió de golpe. Apoyé mi mano contra su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo. Mis dedos se cerraron despacio en la tela de su camisa, buscando equilibrio.

Sentí su respiración estabilizarse poco a poco, y con ella, la mía.

Levanté la cabeza lo suficiente para mirarlo. Mis labios se separaron como si fuera a decir algo, pero no salió ninguna palabra.

Se apartó lo justo para mirarme y apoyó un dedo bajo mi barbilla, obligándome a alzar más el rostro.

Sus ojos se clavaron en los míos.

—No vuelvas a hacerlo. —dijo.

—Ejem, ejem… —carraspeó Aidan levantando las cejas—. No tenemos todo el día. Lo que sea que estéis haciendo, dejarlo para más tarde, tenemos que irnos ya.

Rion se apartó, dejando un espacio vacío que se lleno de un aire frio rozándome el cuerpo. Pasó por mi lado dedicándome esa mirada suya que decía que teníamos una conversación pendiente.

Me froté las manos en la falda y la apreté mientras daba un último suspiro antes de continuar. Sacudí los hombros y seguí a Rion varios pasos hasta que llegamos donde los otros protectores.

—Lo de la bestia y el hechicero ha sido cosa tuya, ¿verdad? —añadió Aidan pasándose una mano por el pelo y despeinándose todavía más. Serio, con la mano frotándose la barbilla—. Has llegado en el momento perfecto, y tú solito has derrotado a esas dos criaturas. —su tono de curiosidad e ironía tensó el ambiente.

El Protector de la Sombra miró a los tres protectores, como si estuviera analizándolos.

—No estoy aquí para haceros daño —dijo con una voz baja y firme, libre de cualquier amenaza.

Rion dio un paso más, sacudiendo el hielo de la espada y apretándose con el otro brazo la herida en las costillas.

—Entonces di, ¿quién eres? —gruñó el Protector del Fuego—. Y, ¿qué quieres de ella?

Aidan frunció el ceño, pero no dijo nada.

Nivaryn observaba.

Me encontré a mí misma suspirando de nuevo. No había manera de controlar el fuego.

El Protector de la Sombra, me miró como si la única opinión que le importara de verdad, fuera la mía.

—Aeron Nightshade —dijo sin grandilocuencia en una voz grave y oscura—. Protector de la Sombra —sus ojos se clavaron en los míos —. Te he esperado desde hace mucho tiempo. Estoy aquí por ti.

GLOSARIO

ISIL: Joven de Eldara, arrastrada a Aeloria.

LUMEN ASTRAË: Colgante divino. Canaliza el poder de los dioses.

UMBRA LUXOR: Colgante gemelo divino del Lumen Astraë. Este es la prisión del alma de Veskar, un sello creado en la Batalla de Elyvar para contenerlo.

AELORIA: Mundo donde transcurre la historia. Continente con seis regiones principales. Al oeste, dos islas: una al norte y otra al sur.

ELARION: Región central. Palacio Imperial. Ciudad y mercado.

Con el mayor puerto comercial de todo Aeloria, el Puerto de Lyndorel al sudeste.

GLACIARIS: Región en el Noroeste. Conocida como la región del hielo y la nieve. Grandes montañas azuladas, cubiertas de nieve. Bosques blancos.

NYMERIS: Región del Noreste. Envuelta en niebla y estrellas. Lugar de secretos y luz. Boscoso con árboles verdes oscuros y plateados. Lagos y ríos.

VESKAR: Guardián corrompido, mencionado en leyendas. Se dice que su sombra permanece en la oscuridad.

EMPERADOR RHEON: Monarca de Elarion. Hombre sabio y reservado. Su mirada guarda más historia de la que revela su corona.

LAS VAËLTHIRËN (piedras rúnicas de los protectores): Reliquias antiguas. Guardan el poder de cada uno de los Dioses.

MARCAS: Símbolos que aparecen sobre la piel de ciertos elegidos. Cada marca reflejará el dios que lo creó, otorgando así poder a los protectores.

LÛN LORYN: Resonancia mental-espiritual de origen divino que conecta a la Portadora de la Luz Eterna con los Protectores.

AGRADECIMIENTOS

A mi madre.

Porque antes de que existiera Aeloria, exististe tú.

Por sostenerme toda mi vida, por creer incluso cuando yo dudaba, y por enseñarme que hay que seguir luchando.

Mi guerrera, mi heroína. Este libro es tuyo.

A mi hermana gemela. Por ser refugio, espejo y verdad. Por caminar a mi lado y apoyarme. Nada de lo que soy habría sido igual sin ti.

A todos los amigos y conocidos por apoyarme y querer leer mi historia.

A todos los lectores beta que han estado ahí ayudándome a mejorar y viviendo el proceso conmigo.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro nació en un momento en el que necesitaba un sitio donde sentirme segura. Aeloria no estaba planeado del todo. Entre ideas sueltas, miedos, esperanza y esa terquedad mía de querer crear algo que pudiera acompañar a alguien en sus propios días grises.

Al principio escribí estas páginas solo con la sensación de que había una luz interior esperando ser encontrada. La Luz que todos tenemos. Quizá porque, en el fondo, todos buscamos algo parecido: una señal de que no estamos perdidos del todo, que algo en nosotros brilla incluso cuando la vida se vuelve oscura. Pero también necesitamos a aquellos que nos apoyan, ayudan he intentan protegernos.

A los que llegan a este libro: gracias por leerme, por acompañar a Isil, a los Protectores, y a este mundo que ahora también es vuestro. Ojalá encontréis aquí un susurro de consuelo, una chispa de valentía o un pequeño refugio donde descansar el alma.

Gracias por hacer que la fantasía siga viva.

Y gracias, sobre todo, por no olvidar que incluso en los silencios más largos… En nuestras propias sombras, también encontramos algo de luz.